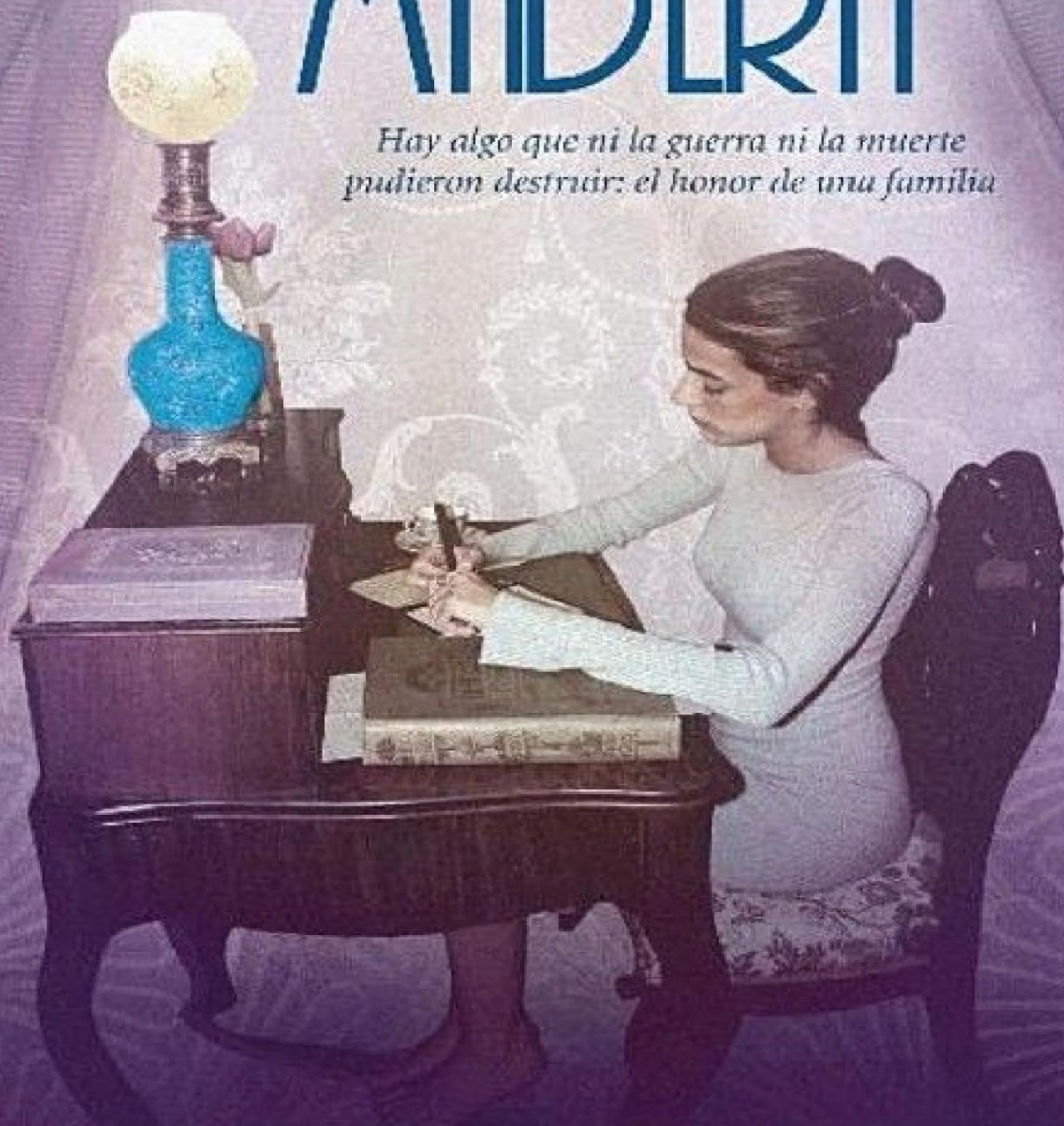


La
CRUZ DE
MADERA

LOLA
SOLANA

*Hay algo que ni la guerra ni la muerte
pudieron destruir: el honor de una familia*



NOVELA HISTÓRICA

Lola Solana Campíns

LA CRUZ DE MADERA

la esfera  de los libros

Para mis hijos.

«... Tenemos, todos los que vivimos, una vida que es vivida y otra vida que es pensada, y la única vida que tenemos es esa que está dividida entre la verdadera y la errada. Cuál, sin embargo, es la verdadera y cuál la errada, nadie nos lo sabrá explicar; y vivimos de manera que la vida que tenemos es la que tenemos que pensar...».

FERNANDO PESSOA

1. *Buscando* Madrid

¡No está! *Creí que estaba guardado en el trinchero o en el armario de caoba de la abuela, pero no lo encuentro por ningún sitio. ¡No es posible! Ha desaparecido. ¿Quién se lo habrá llevado? ¿Se lo daría a alguien antes de morir? ¿O lo escondería? Ya no sé dónde mirar... Dios mío... ¿dónde estará?*

—Pero, mamá, ¿qué estás buscando?

—El libro de tu abuela.

—¿Qué libro, mamá?

—El que ella escribió.

—¿La abuela escribió un libro? No me habías dicho nada.

—Sí te lo había dicho. Te lo conté una vez cuando eras pequeña: te conté que tu abuela escribió un libro, que se pasó media vida escribiéndolo. ¿No te acuerdas?

—Sí, es verdad... Me suena que me contaste algo... ¡Sí, ahora me acuerdo! En Sevilla, una vez, cuando volvíamos del cementerio. De visitar la tumba del abuelo.

—Cuando eras pequeña no parabas de hacerme preguntas, te encantaba que te hablara de la abuela, querías saberlo todo. Por eso quiero encontrar el libro. Me recuerdas tanto a ella...

—No te preocupes, mamá. Lo encontraremos, ya lo verás.

—He rezado a san Antonio, le he ofrecido de todo, siempre me hace caso; es el patrón de las cosas perdidas. Pero esta vez no me ayuda, no aparece, María Dolores. Se ha perdido... y era para ti.

—Pero ¡qué trágica te pones! Siéntate un momento, por favor... Ahora nos vamos a tomar un café y a pensar tranquilamente dónde puede estar. Y si no lo encontramos, no pasa nada. Me cuentas de qué trataba y ya está.

—Ese es el problema... No sé de qué trataba. Nunca me dejó leerlo —exclamó su madre mientras se aferraba a una vieja caja de puros color lila que encontró en su afanada búsqueda.

—¡No me lo puedo creer! Tan unida como estabas a la abuela, ¿y no sabías de qué trataba el libro que escribía?

—Pues no, no lo sabía. Puedo imaginar lo que quería contar, pero la realidad es que nunca me dejó ver el libro, nunca me comentó nada; solo me dijo una cosa...

—¿Qué te dijo?

—El título. El título es lo único que me dijo. Y yo te lo conté a ti, aquel día, al volver del cementerio, cuando eras pequeña. ¿Te acuerdas?

—No... La verdad es que no lo recuerdo... ¿Cuál era?

—*La cruz de madera.*

Mi madre hablaba de una manera que atraía a los demás. Había algo en su voz lleno de sensualidad y magnetismo. Era como si fuera abriendo con dulzura, capa a capa, el corazón de las personas. Conseguía llegar donde nadie más lo hacía. Y una vez llegaba, lo llenaba todo. Después ya nadie podía dejarla marchar. Mi madre daba vida a las personas. A mí, me la dio al nacer y me la daba cada vez que hablaba con ella. Recuerdo todavía el sutil movimiento de sus labios, que acompañaba cada cambio de expresión, y la intensa luz que se encendía y se apagaba chispeante en el fondo de sus pupilas según iba contándome las cosas. Ese día me hablaba de su madre, pero no me miraba a mí como otras veces; su mirada parecía seguir el curso de un río.

—Tu abuela se encerraba casi todas las tardes en lo que ella llamaba el «cuartito moruno». Era una estancia decorada con chismes que compraron mis padres en su época de Melilla. En un rincón había una mesita de té con patas de madera de haya. Justo enfrente, un buró de caoba con muchos cajones pequeños llenos de pequeños recuerdos, pequeños secretos que se escondían detrás de una persiana totalmente cerrada. Allí solía encerrarse, siempre vestida de negro, siempre fiel al luto. Siempre sola. Se sentaba delante de su secreter a la luz de un quinqué de porcelana azul pintado con flores de vivos colores... y se ponía a escribir. Escribía a pluma, y no sé qué era lo que la inspiraba pero, en poco tiempo, llenaba montones de páginas en blanco... Páginas que se convertían en regimientos de letras, esas letras tan claras y elegantes que hacía tu abuela, en perfecta formación, como soldados impecablemente uniformados desfilando ante una mano superior. Escribir se le daba fenomenal.

—He leído sus cartas, pero no sabía que le gustara tanto escribir...

—Le encantaba escribir y lo hacía maravillosamente.

—¿Por eso siempre me has dicho que envidiabas a la gente que escribía bien, a la gente que escribía novelas?

—Sí, quizás fuera por eso. Me hubiera encantado saber escribir como ella, describir como ella. Era como si te fuera poniendo en la mano lo que encontraba a su alrededor; lo podías tocar, lo podías sentir. Me hubiera gustado transmitir emociones como lo hacía ella, contar historias de la misma forma que lo hacía mi madre. Se metía a la gente en el bolsillo con su manera de decir las cosas, y lo hacía con un maravilloso acento andaluz que se percibía también en su escritura.

—Pero... mamá. Nadie ha contado historias mejor que tú, mi infancia ha sido una auténtica aventura sin salir de casa. Cada día nos narrabas las historias más fascinantes con los protagonistas más sencillos: el portero, la dueña de la mercería, el mendigo de la esquina o el perro del sexto; todos, por un momento, en tus relatos se convertían en auténticos superhéroes. Nunca sabíamos muy bien si lo que nos contabas era verdad o mentira, pero nos hacías pensar que todo era posible... que un día normal, con solo salir de casa, podría convertirse en una aventura extraordinaria. Y nosotros, unos niños normales, seríamos los protagonistas de la historia. Así conseguiste que cada día al salir a la calle pensáramos que algo especial nos podía suceder, que a alguien especial podíamos conocer.

—Supongo que lo aprendí todo de tu abuela. Ella me demostró que la vida está llena de sorpresas, fue ella quien me enseñó a no perder la ilusión. La pena es que cuando volvíais a casa me decíais un poco decepcionados: «Mamá, hoy no nos ha pasado nada de lo que dijiste...».

—Sí, pero tú siempre insistías y nos decías: «Ya veréis... si no ha sido hoy, será mañana: veréis mañana lo que os estará esperando». Y siempre nos despertábamos con la ilusión de saber que algo, sin comprender muy bien el qué pero algo especial, nos estaba esperando. Así pasaron los años... y, al final, tuviste razón. Muchas cosas especiales pasaron. Algunas malas, pero conseguiste que aun las malas fueran especiales.

—Solo quería transmitirte lo que a mí me transmitió mi madre. Que supierais que todo puede cambiar de un día para otro. Quería que fueras fuerte y sonrieras a la vida. Como lo hizo tu abuela. Ella vivió una tragedia, pero yo nunca tuve esa percepción; siempre pensé que éramos unos afortunados. Consiguí que yo sintiera la alegría de vivir, cuando para ella vivir era un calvario.

—Pues lo conseguiste, mamá. ¡Mamá, lo conseguiste! Todavía recuerdo que gané un concurso en el colegio al escribir un cuento que se llamaba «La felicidad llama a la puerta que le sonríe». El premio no fue por la calidad literaria sino por la originalidad. Tú siempre me decías esa frase cuando me enfadaba por algo de pequeña. Y cada vez que me la decías, yo me enfadaba más todavía... Pero, fíjate, mira por dónde, tu frase me inspiró un cuento. ¿Te acuerdas, mamá? La frase se me quedó dentro... Y el cuento es lo único que guardo de mi infancia.

Pero mi madre no me escuchaba ni me veía y siguió relatándome sin dejar de acariciar la vieja caja de puros que tenía en su regazo, con la mirada perdida. Anclada al pasado.

—Cuando era niña, tu abuela entraba en su habitación y entonces era como penetrar en el pasado: con su viejo escritorio, su pluma y su quinqué azul; fluía en el tiempo para rescatar sus recuerdos, para no dejar que los devorara el olvido. Sin que ella se diera cuenta, yo la miraba desde detrás de la puerta. Me quedaba fascinada por la facilidad con la que escribía: era como si alguien dirigiera su mano; y así, pluma y papel al ritmo de consonantes y vocales, creaba lo que para mí era una melodía familiar, como una vieja y conocida canción que suena de fondo todos los días. Pero, en cuanto se daba cuenta de mi presencia, la melodía, de repente, se detenía, y de una forma brusca, algo que no era habitual en ella, buscaba excusas para que saliera de la habitación. Nunca me dejó leer nada; ni a mí, ni a nadie... No era algo que me importara, porque sabía que tarde o temprano leería lo que escribía. Pero, después de su muerte, no pensé en el libro. Solo cuando pasó el tiempo y tú me hacías tantas preguntas me acordé de él, y entonces lo busqué. Pero lo busqué sin éxito porque no lo encontré. Creí que tarde o temprano, cuando menos lo esperara, aparecería por cualquier sitio, pero me equivoqué. No apareció entonces ni aparece ahora. Y sus recuerdos se han ido con ella.

—No te preocupes, mamá. Encontraremos el libro y lo leeremos juntas. Ya lo verás, estoy segura. Pero mejor lo buscamos otro día. La semana que viene si quieres, cuando venga a por ti, porque ahora me tengo que ir a casa...

—¿No vendrás mañana a verme? —pronunció con voz anhelante y algo decepcionada.

—Esta semana no puedo. Tengo que hacer viajes de trabajo, dar una clase y, por si fuera poco, la chica que cuida de los niños esta semana está de vacaciones. Pero el fin de semana te recogeré y vendrás a pasar un mes a casa. No sabes la ilusión que les hace a tus nietos que te vengas con nosotros.

Y entonces ella me sonrió y, cuando ella sonreía, lo hacía el mundo entero.

Al día siguiente, por la noche, sonó el teléfono.

—¿María Dolores? —Cuando mi madre decía mi nombre, parecía que estaba cantando un bolero. Nunca nadie ha pronunciado mi nombre con tanta musicalidad. Oírlo en su voz era como estar en casa.

—Sí, soy yo, mamá —contesté de inmediato.

—¿Vas a venir a verme? Quiero contarte una cosa.

—No puedo, mamá. Tengo mucho lío, ya lo sabes. Pero el sábado voy a buscarte y ya no nos separamos.

La misma llamada se repitió los dos días siguientes.

—¿María Dolores, vienes a verme? ¿Por qué no me llamas? Tengo que decirte una cosa importante...

—El sábado, mamá. ¡No seas pesada! El sábado te recogeré —contesté, mientras pensaba en que solo me quedaban dos días para mandar la documentación para una clase de finanzas que tenía que impartir.

—¿El sábado? Hasta el sábado quedan muchos días y tengo ganas de verte... Cuando vienes se me ilumina la casa entera —me dijo con inmensa dulzura.

—Tres días, mamá, solo tres días... No seas impaciente.

Mi madre estaba en casa de mi hermano. Había estado enferma, muy enferma, pero se estaba recuperando. Siempre me decía que me veía poco, que iba poco a verla. La verdad es que mi día a día no me permitía dedicarle todo el tiempo que quería, todo el tiempo que ella merecía. Trataba de llegar a todo, pero no llegaba a nada.

El cuarto día no me llamó. Mi hermano y yo habíamos decidido turnarnos hasta que se recuperara. Un mes en cada casa. Eso habíamos convenido. A mí me parecía un buen acuerdo y estaba tranquila. Pero ese día no me llamó. Era raro. Por la noche, sonó el teléfono. Era mi cuñada. Me dijo que mi madre estaba bien pero un poco inquieta. Tuve la impresión de que algo no iba bien, y pensé que me quedaría más tranquila si me acercaba a verla.

Me vestí, cogí el coche y, al salir del garaje, noté cómo una suave lluvia caía en silencio a través de una tranquila y dulce oscuridad. Bajé la ventanilla. Olía a humedad, a tierra mojada. Las gotas de agua entraban en el interior del coche, empujadas por el viento. No me importaba mojarme, me gustaba sentir cómo la lluvia salpicaba mi cara; pero el aire arrastraba también las hojas de los árboles, colándose algunas en el coche. Eso me gustaba menos y subí la ventanilla. Apenas había tráfico, algo habitual a esas horas en días de lluvia. Puse la radio y, de fondo, Luz Casal y su «Piensa en mí» me acompañaron en el trayecto.

Toda esa semana me había sentido intranquila, estaba preocupada y algo agobiada; pero, de repente, en ese momento, sentí una oleada de paz que se llevó toda mi ansiedad por delante. Sin entender muy bien por qué, me sentí a gusto conmigo misma y me pregunté cómo podía percibir esa paz interior en un momento tan crítico, con tantas cosas como tenía encima. Esa sensación me hizo ir despacio. No había prisa.

No encontré sitio para aparcar. Tenía la opción de meter el coche en el *parking*, sería más rápido. En circunstancias normales lo hubiera hecho, pero no sé por qué esa noche no lo hice. Creo que inconscientemente quería alargar esa sensación de paz interior que me embriagaba.

Quizás por eso llegué a dar hasta tres vueltas. Y, cuando por fin encontré un sitio a dos manzanas de casa de mi hermano, me sentí tan contenta como si me hubiera tocado la lotería. Eran casi las once. Me bajé del coche, ya no llovía. ¡Qué suerte tengo!, pensé, no me voy a mojar. Lo que no pensé en ese momento fue que una decisión tan tonta, tan trivial podría significar tanto. Lo que no pensé fue que esos diez minutos de más que tardé en encontrar un sitio me iban a remorder la conciencia, a quitar el sueño y a atormentar durante tanto tiempo.

Después todo me parece que pasó en una décima de segundo. Llamé al telefonillo del portal, me abrieron sin preguntar. Subí... Llamé al timbre de la puerta. Me abrió mi cuñada, que, con el teléfono en la mano, pedía a gritos una ambulancia.

—¿Y mi madre? —le pregunté mientras notaba que mi corazón latía cada vez más rápido.

Me señaló su habitación sin decirme una palabra. No hacía falta hablar. Toda la sensación de paz interior que había experimentado momentos antes desapareció de golpe cuando entré y la vi.

—¡Mamá! —grité.

Me acerqué. La toqué, la abracé, la llamé... Estaba caliente, muy caliente; tenía el rosario entre las manos, los ojos cerrados y una expresión de paz infinita. Parecía incluso que sonreía.

—¡Mamá! —insistí—. ¡Despierta, por favor!

Al principio pensé que estaba dormida, que estaba inconsciente. Llegó el médico. Le rogué que la reanimara, que la despertara, que le hiciera el boca a boca, que hiciera algo... Pedí un milagro. Pero no pudieron hacer nada. Mi madre se había ido solo un instante antes de que yo llegara.

Y entonces grité: ¿Por qué no me ha esperado? Y pregunté otra vez sin saber a quién: ¿Por qué no me ha esperado... por qué...? Y, de repente, lo entendí todo. Por eso me llamaba, por eso me había llamado tres noches consecutivas, insistiendo en que tenía algo que contarme: quería decirme que se moría y despedirse de mí. Quizás por eso sentí paz en el coche cuando venía a su encuentro, porque esa era su forma de despedirse, de decirme adiós.

Pero no. No estoy en paz. No tengo paz porque esa no era la forma que yo había pensado. No era la forma que habíamos hablado entre nosotras. No era así. ¡No! No podía irse de esa manera. Sin esperarme, sin decirme que al verme se le había iluminado la casa entera. Sin un abrazo. Si hubiera ido a verla el día anterior cuando me llamó, si hubiera metido el coche en el *parking*, si hubiera dado solo una vuelta, incluso si hubiera dado dos... pero no. Di tres, tres malditas vueltas. Si no hubiera escuchado la radio, si no hubiera abierto la ventanilla para oler la lluvia... Si no hubiera hecho todo eso, habría llegado a tiempo y hubiera podido decirle: «Adiós, mamá». Hubiera muerto en mis brazos y yo me hubiera perdido en los suyos. Pero no lo hice... Y ya no le pude decir nada. Nunca más.

Y entonces me enfadé con el médico, con mi familia, pero, sobre todo, conmigo misma. Y lloré, lloré mucho. Lloré como una niña. Durante dos años anduve como perdida buscando a mi madre por todas partes, buscando su voz, su forma de reírse, su forma de tomar el café... La buscaba en la gente que conocía y en la que no conocía, buscaba a quien le gustara hablar con desconocidos e inventara historias como ella hacía, gente que disfrutase bailando, que jugara a la lotería... «La vida está llena de sorpresas, María Dolores», me solía decir. Había tres cosas a las que nunca decía que no: a una taza de café, a una copa de vino y a un décimo de lotería... Nunca le tocó nada, pero siempre vivió con la ilusión de que algún día le pudiera pasar. En definitiva, buscaba

gente alegre, gente que, con razón o sin ella, se riera como se reía ella, que bebiera sangría como la bebía ella, gente que me dijera que cuando yo entraba les iluminaba la casa entera... Empecé a usar su perfume. Quería oler a ella. Y después quise parecerme a ella: me vestí con sus colores favoritos, de blanco y negro; me pinté los labios con su carmín, de rojo ciclamen me empecé a poner perlas por todas partes: pendientes, collares, pulseras... como lo hacía ella. Un día, me miré al espejo y fue a ella a quien vi.

La buscaba tal como era, en los sitios en los que habíamos estado y en los que nos hubiera gustado estar, la buscaba en su casa, en sus cosas, en sus cartas, en sus fotos... Oía su voz, oía cómo me llamaba... Pero no la encontraba. No estaba. Hasta que me di cuenta de que era inútil, que no servía de nada, que no podía seguir buscándola en cada esquina, en cada gesto, en cada voz. Dejé de hacerlo. Dejé de buscar su cariño, ese cariño que se fue con ella. Ya no podía volver a casa. Pero, por fin, sabía lo que tenía que hacer. Por fin sabía cómo encontrarla.

Cogí mi ordenador, limpié el viejo escritorio, encendí el quinqué de porcelana azul y me senté. Había decidido escribir un libro. Había decidido escribir *La cruz de madera*.

2. *Lolita*

De Sevilla a Madrid

«... Si yo encontrara un alma como la mía, cuántas cosas secretas le contaría. Un alma que al mirarme sin decir nada me lo dijese todo con la mirada. Y a veces me pregunto qué pasaría si yo encontrara un alma como la mía...».

Extracto del bolero «Alma mía», de MARÍA GREVER

Dolores Roda nació en Sevilla en marzo de 1892, en la calle Gran Capitán, aunque ya no se llama así porque los grandes capitanes no están de moda; ahora recibe el nombre de avenida de la Constitución. Nació en una casa de cuatro plantas que hacía esquina con la Puerta de Jerez. Muy cerca, la Giralda era testigo muda de tan deseada llegada. Era una mañana de gran nerviosismo entre la población; a las siete de la mañana el río Guadalquivir se había desbordado provocando una gran riada en la ciudad. En la calle había un ambiente frío, vaporoso, desdibujado por tanta agua; pero dentro de aquella casa lo único importante era el nacimiento de la pequeña Lola, que llenó de calidez la estancia. Era tan extraordinaria la crecida del río como extraordinario era el nacimiento de una niña en ese hogar. Desde el de su hermano Antonio, hacía doce años, sus padres, Dolores y Miguel, habían perdido la esperanza de tener otro hijo después de varios abortos. Sin embargo, cuando menos lo esperaban, la vida quiso hacerles un precioso regalo. La recibieron con una alegría inmensa, alegría que rodeó y acompañó a esa niña, de profunda mirada de ojos negros, durante toda su infancia. Nació en el seno de una familia religiosa, culta y acomodada; por tanto, no escatimaron en la educación de la deseada benjamina. Recibió clases de música y de francés a diario y, con el tiempo, llegó a tocar el piano de tal manera que pronto se convirtió en la admiración de todos los invitados en las reuniones sociales que, a menudo, se celebraban en su casa.

No era guapa, no tenía unas facciones perfectas, pero estaban bien combinadas, y tenía unos ojos tan expresivos y una forma de hablar tan sensual que resultaba tremendamente cautivadora. Sin embargo, su mayor atractivo eran sus piernas: las cruzaba con tal salero y andaba con tanto garbo que los caballeros siempre volvían la cabeza al verla pasar.

Por asuntos laborales de Miguel, su padre, que era funcionario de aduanas, la familia se trasladó a Madrid cuando Lola apenas había cumplido veintidós años. Alquilaron un piso en la calle Bárbara de Braganza, 2, y allí se instalaron padres e hija. Antonio, el hermano mayor, no se fue con ellos. Al principio ella echaba de menos su querida Sevilla, pero enseguida se enamoró de las luminosas y amplias calles de Madrid. Al cabo de un año, cuando ya se habían adaptado a la vida madrileña, sus padres decidieron pasar unos días en Málaga. Pensaron que el cálido clima del sur sentaría bien a la delicada salud del cabeza de familia. Lolita, así llamaban todos a la joven sevillana desde que nació, no quería ir; prefería quedarse y pasear por las calles del centro

de Madrid, especialmente por Recoletos, y así contemplar las coloridas madre selvas y pensamientos que adornaban los palacios señoriales que salpicaban el paseo. Sin embargo, ante la insistencia de sus padres, al final aceptó.

Los primeros días en Málaga hacía un tiempo húmedo y muy caluroso; por eso, se bañaban en las concurridas playas del Limonar por la mañana, y por la tarde recorrían el paseo de la Farola hasta la céntrica calle Larios, ya que en el número 2 de la misma se encontraba su hotel. Habían planeado también ir al célebre Café Central, en la plaza de la Constitución; Lolita lo estaba deseando, pues se había puesto de moda en la sociedad de aquella época. Se sentía importante solo con pensarlo. Además, le encantaba el café, oler a café era oler a vida. Pero nunca llegaron a ir: la gripe acabó con la vida de su querido padre cuando menos lo esperaban. Terminó sus días en la habitación del hotel justo el Día del Padre, un 19 de marzo de 1914. Arropadas y acompañadas por el personal del hotel, y de Antonio, lo enterraron en el cementerio de Málaga. Madre e hija volvieron a Madrid desoladas. Se tenían la una a la otra y eso las mantenía fuertes, pero habían perdido el eje de sus vidas.

Durante los meses siguientes, acudieron a diario a la iglesia de Santa Bárbara, regio templo que estaba situado enfrente de su residencia. Coronaba la fachada principal una gran cruz de piedra flanqueada por dos ángeles de rodillas, lo que imprimía al edificio un magnífico aspecto. En el interior del templo, las dos mujeres encontraban paz y escuchar misa las reconfortaba. Hasta que un día, Lolita descubrió una pequeña iglesia algo más alejada de su casa pero que, por lo discreta, sencilla y acogedora que era, le atraía mucho más. Pasaba desapercibida a la mayoría de los transeúntes porque parecía una residencia más, una casa cualquiera. Era el portal número 11 de su adorado paseo de Recoletos: un portal como los demás, pero desde el que se veía perfectamente el reloj del palacio de Correos. Cuando ella pasaba, siempre marcaba las doce.

Al poco tiempo, convenció a su madre para cambiar de iglesia con la excusa de que así darían un paseo más largo y podrían disfrutar de esos palacetes que, señorialmente, adornaban el paseo y tanto le gustaban. Dado que por sus creencias religiosas madre e hija acudían a diario a misa, Lolita convirtió la distancia entre su casa y la iglesia en un continuo descubrimiento. Disfrutaba de todo lo que encontraba a su paso: las residencias, los árboles, los carruajes, el clima seco de Madrid, la gente que se cruzaba por el camino y a la que siempre dedicaba la mejor de sus sonrisas...

Una vez dentro de la pequeña iglesia, y aunque intentaba seguir la homilía con suma devoción, poco a poco comenzaba a distraerse y los pensamientos iban y venían de su cabeza como una ola acercándose y alejándose de la orilla hasta que, al final, empezaba una conversación privada con Dios en la que siempre le pedía lo mismo, con todo el fervor que era capaz de reunir: «Dios mío, por favor, ayúdame a encontrar un hombre bueno que me quiera mucho, mucho... No tengo prisa, pero que sea bueno y me quiera mucho». Lolita era una muchacha normal, de una época donde no era importante hacer mucho aprecio del atractivo masculino, aunque no podía evitar que le gustara la belleza en las cosas y, sobre todo, en las personas; por lo tanto, siempre se había sentido atraída por los jóvenes guapos y apuestos. Sin embargo, desde la muerte de su padre valoraba más otro tipo de virtudes, como la lealtad y la nobleza. Se ensimismaba de tal forma en esos pensamientos, consigo misma y con Dios, que solo el repicar de las campanas al dar las doce la

sacaba de su mundo interior y la devolvía a la realidad, una realidad que, después de sus rezos, percibía de una forma distinta. Hasta que un día fue algo diferente a las campanas lo que la sacó de sus pensamientos.

Ese día, su madre no había podido asistir a la iglesia porque se encontraba un poco indispuesta, por lo que fue ella sola. Mientras estaba arrodillada, advirtió una figura que salía de una puerta. La siguió con la mirada y vio cómo colocaba flores en el altar mayor de la capilla, en el confesionario, en la sacristía, y se quedó embelesada por la forma y la dulzura con que lo hacía. Sus gestos desprendían una delicadeza y una juventud tan atractivos que no pudo reprimir el impulso de acercarse a hablar con ella.

—Hermana, perdone mi atrevimiento, pero quería preguntarle... ¿Por qué pone tantas flores?

—Estoy preparando la iglesia para la fiesta de mañana. Es la Inmaculada Concepción, un día importante porque es la patrona de la iglesia. ¿Sabes que esta es la iglesia de San Pascual y de la Inmaculada? Por eso, me gustaría que hoy la iglesia pareciera un jardín.

—No conocía el nombre de la iglesia. Me encanta, gracias por decírmelo. ¿Quiere que le ayude?

—No, descuida, me tengo que retirar.

—¿Cómo se llama usted?

—Sor María Inmaculada Concepción, pero me puedes tutear. Llámame Conchita.

—El mismo nombre que la iglesia... ¡Qué casualidad! ¿Y no podríamos hablar un rato más?

—No, lo siento, tengo que irme —replicó su voz juvenil, mientras inclinaba con timidez la cabeza.

—Es que... No sé muy bien por qué, pero me he sentido a gusto viéndote colocar las flores y recorrer la iglesia con tanta entrega. Sería bonito que vinieras un día a mi casa; a mi madre seguro que le gustaría invitarte a merendar y disfrutaría viendo tu habilidad con las flores.

—Lo siento mucho. Pertenezco a la congregación de las Clarisas, hicimos voto de clausura. No puedo salir.

—¿No puedes salir a la calle? —preguntó Lolita, atónita—. ¿Y no te agobias encerrada aquí todo el día?

—Es mi elección, es la voluntad de Dios. Él me llamó para que siguiera este camino, y cada piso que subo de este edificio para mí es como si fuera a una ciudad diferente, a un mundo distinto. En cada piso converso con hermanas diferentes sobre diferentes cosas, porque son de diferentes edades, de diferentes formas de ser. Para mí es suficiente todo esto. Y si noto que me falta algo, entonces converso con Dios.

—Y así... ¿eres feliz?

Sor María Inmaculada sonrió de tal forma que era evidente: no necesitaba decir nada para que quienquiera que le preguntara supiera a ciencia cierta que era feliz.

—Ha sido un placer, sor María Inmaculada. Bueno, mejor dicho: Conchita.

Mientras le sonreía, Conchita le entregó una de las flores que había colocado. Era un crisantemo color ciclamen. Y cuando Lolita quiso darse cuenta y reaccionó, la figura de la joven monja se deslizaba ya por la misma puerta por donde había salido. Quiso apretar el paso para darle las gracias, pero la entrada se cerró y dejó de verla.

Desde entonces, Lolita, cuando iba a la iglesia donde hablaba con Dios para pedirle que le ayudara a encontrar a su amor, buscaba con la mirada a sor María Inmaculada y no se iba hasta localizarla y dedicarle una sonrisa. Y cuando no la veía, salía de la iglesia, entraba en el convento contiguo, subía las escaleras y llamaba al torno con la excusa de pedir unas pastas; pero no eran pastas lo que buscaba: buscaba a sor María Inmaculada, su voz. Le encantaba oír su voz.

La flor que le dio, Lolita la secó y la guardó en una caja color lila. Era una vieja caja de puros que había pintado en sus ratos libres con pequeñas florecitas; el lugar donde guardaba todos sus pequeños tesoros... sus bibelots.

Y cada vez que abría la caja y miraba la flor disecada se hacía la misma pregunta: «¿Cómo podrá ser feliz con tan poco?». No sabía idiomas, no sabía tocar el piano, no tenía novio, nunca se casaría ni saldría a la calle... Lolita pensaba, por aquel entonces, que una mujer estaba hecha para ir del brazo de un hombre y no concebía cómo una muchacha de su edad podía vivir feliz sin soñar con encontrar el amor. Tanto la fascinaba y tanto la admiraba que pensaba: «Si alguna vez tengo una hija, se llamará Inmaculada Concepción. Conchita, como ella. Sí, me gusta Conchita».

Así transcurrían los días en Madrid. Lolita tocaba el piano, paseaba por la Castellana, visitaba la iglesia y rezaba con suma devoción para encontrar un hombre bueno que la quisiera mucho...

No sucedía nada especial, pero se sentía a gusto con su día a día. Sin embargo, su madre estaba preocupada. Lolita era demasiado joven para llevar una vida de luto. Todos los días la misma rutina: gente encopetada dando el pésame y compadeciéndose de ellas, tristeza compartida por la irreparable pérdida y misa a las doce... No quería que su hija estuviera en un entorno donde todos se apiadaban de ellas. Por eso, cuando llegó su hijo Antonio, aprovechando unos días de permiso, y les propuso acudir al estreno de *El amor brujo* de Manuel de Falla, no se lo pensó. Al saber que era Pastora Imperio quien actuaba, no dudó en aceptar la invitación.

A Lolita le dio una alegría inmensa encontrarse con su hermano: desde el entierro de su padre no lo había vuelto a ver. Antonio también era funcionario de aduanas, pero con menor rango del que tenía su padre y estaba destinado en Huelva después de haber pasado por numerosos destinos costeros. Era alto, moreno, con unos inmensos y transparentes ojos azules. Tenía una constitución fuerte sin llegar a resultar grueso y llevaba un bigote con perilla perfectamente cuidado. Resultaba un hombre elegante y siempre colgaba de su bolsillo una larga cadena que acababa en un reloj de plata con motivos de caza grabados en la tapa. En cualquier estancia que entraba era foco de atención: su amena conversación y su refinada cultura atraían a los caballeros, y sus ojos azules eran faros capaces de cautivar a las más altivas damas que acostumbraban a pavonearse en los salones que frecuentaba. Una atención que aumentaba según hablaba; su optimismo y su sentido del humor creaban un poderoso campo magnético del que era difícil escapar. Solo tenía un defecto: le gustaban demasiado las mujeres. Cualquier excusa era buena para salir, buscar y acercarse al sexo contrario. Ellas, además, no le ofrecían demasiada resistencia. Su madre se desesperaba y, cuando le sugería que por qué no se estabilizaba y se casaba, él alegaba que le gustaban demasiado las mujeres como para conformarse con una, y añadía que no tenía ningún sentido hacer feliz a una pudiendo hacer felices a muchas...

Para Lolita ir con él al teatro, a un estreno tan sonado, era todo un acontecimiento y nada le podía hacer más ilusión. Quedaron impresionados por la maravillosa música y por los recuerdos

que les traía *El amor brujo* de su querida Andalucía, de su infancia; por eso, cuando salieron del teatro, Lolita no podía parar de hablar de lo que había visto y oído.

—Mamá, ¡qué música tan sentida! Se me ponen los pelos de punta. ¡Cómo sienten el baile los gitanos, los andaluces en general! En Madrid la gente no baila tanto, o por lo menos no baila así. No sienten tanto la música...

—Sí, hija; supongo que sí la sienten, pero de otra manera: se emocionan y expresan de forma distinta. A ellos les resulta más difícil despegar los pies del suelo al oír flamenco, pero seguro que con un chotis se ponen a bailar. Aunque, eso es verdad, no creo que sientan un chotis como nosotras sentimos unas sevillanas.

—¿Sabes una cosa, mamá? Me gustan mucho las clases de piano y de francés que doy en casa, pero no te enfades si te digo que tengo ganas de salir, de conocer gente, de que un desconocido me saque a bailar...

Y mientras lo decía, caminaba pero parecía que flotaba en un intento por demostrar a su madre lo mucho que le gustaba bailar. Esto le hizo pensar a Antonio, testigo mudo de la escena, que había llegado el momento de que su madre y su hermana empezaran a distraerse más. Tenían que dejar el luto y las misas diarias por una temporada y disfrutar un poco. Su hermana lo estaba pidiendo a gritos: quería salir, quería sentir, quería vivir. El teatro le había abierto una ventana al mundo. Ahora quería abrir la puerta entera... La vida la estaba esperando.

Había transcurrido un año desde el fallecimiento de su padre. Por eso, Antonio decidió invitarlas unos días a Alicante. Él no podría acompañarlas por razones laborales, no obstante las llevaría y las recogería en el tren para asegurarse de que salían y llegaban sanas y salvas. Al principio las dos se resistieron, pero, reblandecidas por las dotes de persuasión de Antonio, pronto bajaron la guardia y desapareció toda resistencia posible.

—¿Mamá, es necesario que vayamos a Alicante? —preguntó Lolita poniendo la misma cara que ponía cuando no le gustaba la comida.

—Necesario no es, pero nos vendrá muy bien a las dos —su madre suspiró—. Bien pensado, es una idea acertada... Nos merecemos tener un respiro, Lolita, tú y yo.

Lolita no dijo nada, solo esperaba que su madre continuase hablando, sin dejar de advertir la mirada nostálgica que se perfilaba en ella. Una mirada que, al encontrarse con la suya, trató de animarse.

—Ya verás cómo te gusta... Me han hablado de un hotel que está muy bien. Te distraerás, nos dará el aire del mar —hizo una pausa, en la que Lolita permaneció sin añadir palabra—. Estamos las dos débiles, tenemos que coger fuerzas. Últimamente está habiendo muchas epidemias de gripe y no quiero que caigas enferma. Pero... lo más importante no es eso. Lo importante es que podamos pasarlo bien, las dos juntas. Que disfrutemos mucho, las dos juntas. Creo que lo necesitamos. Y que nos lo merecemos.

Lolita no pudo seguir fingiendo ser de piedra ante el cariño y la franqueza con que su madre le había hablado. Y, aunque no lo reconociese con palabras, sentía en su interior que había mucha verdad en lo que acababa de escuchar.

—Bueno, como quieras. Si te empeñas... —concedió al final.

Le costaba mucho salir de Madrid y abandonar su querido paseo de Recoletos, pero siempre trataba de contentar a su madre. Y esta no era una ocasión en que pudiera dejar de hacerlo. Quizás, después de todo, un viaje como ese mereciera la pena. Así que, sin ofrecer más resistencia, cogieron el tren rumbo a Alicante el 18 de julio de 1915, tras despedirse de Antonio con un caluroso abrazo. Madre e hija, juntas. Hacia un destino que las pudiera alejar, al menos por un tiempo, de la tristeza y el sufrimiento que deja la ausencia de un ser querido.

3. *El paseo de los Tristes*

Alicante

Y así, un 18 de julio, llegaron a Alicante. Desembarcaron en la estación central de trenes, un magnífico edificio cuya fachada principal correspondía al estilo neoclásico. Estaba en el centro de la ciudad, una ciudad alegre y llena de palmeras. Hacía un precioso día de verano y podrían haber llegado al hotel dando un paseo, pero llevaban demasiado equipaje para caminar. Numerosos coches esperaban apostados en la puerta de la estación mientras un trasego constante de conductores y cocheros contaminaba de ruido la brisa de la mañana. Uno de estos cocheros vino a buscarlas, les cogió el equipaje y las invitó a subir. Era el coche de tiro más lujoso de los que por allí había y pensaron que lo habría contratado Antonio para ellas. Así pudieron disfrutar de un agradable paseo, admirando las zonas de la ciudad que se descubrían ante ellas.

—Tenemos reservada una habitación a nombre de Dolores Rovira —dijo Dolores en tono serio y decidido al llegar a la recepción del hotel.

—Sí, señora; aquí la tiene: habitación doble con dos camas —indicó el amable recepcionista.

—Muchas gracias. ¿A qué hora es la comida?

—A partir de las dos, señora.

—Muy pronto hemos llegado.

—Si quieren las señoras, pueden salir a dar un paseo. La playa está muy cerca. Hoy no hace demasiado calor para lo que es habitual a estas horas —dijo el recepcionista con la intención de animarlas, y añadió—: Y si se encuentran con fuerzas, pueden caminar hasta el paseo de los Tristes. Llega hasta la iglesia donde despiden a los difuntos antes de ser enterrados. El paseo, a pesar del nombre, merece la pena —insistió con entusiasmo.

—Muy bien, muchas gracias; pasaremos por allí. ¿Podemos dejar aquí el equipaje?

—Por supuesto, señora. Faltaría más —dijo el recepcionista mientras salía a recoger las maletas.

—Vamos, Lolita, ¿qué haces? No te quedes parada. ¿Qué miras?

—No... Nada... Bueno, sí... ¿Ves ese militar con poco pelo?

—Sí, lo veo. ¿Qué pasa?

—Pues que no para de mirarme, y fijate qué ojos tiene...

—No empieces a inventar historias, que pareces Antoñita la Fantástica.

—Bueno, vale. ¿Entonces dónde vamos? —y un leve temblor resonó en su tierna voz—. Prefiero no ir a la playa... La última vez fue con papá, y no me trae buenos recuerdos. Además, no vamos vestidas de forma adecuada. Prefiero ir al paseo de los Tristes.

—Tienes razón. Vamos un rato a pasear por allí y se lo dedicamos a tu padre, que en paz descansa... Seguro que está con Dios en el cielo y le agradecerá saber que le echamos mucho de menos y que rezamos por él.

—Venga, vamos... Y si quieres podemos ir al cementerio: en Málaga me gustaba leer los nombres grabados en las tumbas que estaban cerca de la de papá, ver las fechas de nacimiento y buscar los parentescos, imaginar la historia de la familia. Me gustan los cementerios. Las tumbas hablan y cuentan historias del pasado, historias de familias, de generaciones...

Caminaban juntas, sin apurar el paso. Dolores escuchaba con atención las palabras de su hija, que hablaba sin perder detalle del paseo que se abría ante ambas.

—Lolita, olvídate de tumbas y déjate de historias... No vamos a ir al cementerio. Tenía razón el recepcionista: fíjate qué bonito es el paseo. ¡Cuántas palmeras! Pero ¿cómo puede ser que no haya nadie? ¿Qué pasa, la gente en Alicante no pasea? ¿O es que no está triste?

—Mamá, mira: no estamos solas —replicó Lolita, susurrando misteriosa—. ¿Te has dado cuenta de quién viene detrás de nosotras? El militar con poco pelo... No digas nada, no digas que parezco Antoñita la Fantástica, que ya sé que es pura coincidencia, pero... Ahí viene...

—No es ninguna coincidencia, no —sentenció su madre—. A este paseo de los Tristes solo se viene por dos motivos: o porque estás triste o porque quieres acompañar a alguien. Creo, y mi intuición nunca me ha fallado, que ese militar no está muy triste... Y el que viene con él, ¡menos todavía!

Pasaron durante más de media hora y, durante todo el trayecto, detrás de ellas, como escoltándolas, desfilaron los dos militares... Al llegar al final del paseo, dieron la vuelta y en el camino de regreso se cruzaron con ellos. En el momento en que los adelantaron, cuando los dejaban atrás, Lolita oyó cómo una voz grave, la voz del más alto y corpulento de los dos, el militar de poco pelo, exclamaba:

—¿Quién se habrá muerto en el cielo para que un ángel vaya de negro...?

Muy dignas, con una contenida sonrisa y sin volver la cabeza atrás, madre e hija siguieron su camino. Lolita, haciéndose la ingenua, le preguntó a su madre:

—¿Va por ti o va por mí?

Pero Dolores ni siquiera tuvo que contestar: sabía la respuesta de antemano.

Llegaron al hotel justo cuando el recepcionista mantenía una fuerte discusión con un huésped. Este se quejaba enérgicamente pero con educación. Finalmente, tuvo que aparecer el director del hotel para convencer al señor de que las normas no permitían su hospedaje en un lugar como aquel.

—¡Qué raro! No lo entiendo... Dice que tiene dinero, se lo ha enseñado. Lo acabo de ver. ¿Por qué no se puede alojar aquí?

—No todo es el dinero, Lolita —respondió Dolores tajante pero sin sonar severa—. Siempre, cuando no te conocen, te juzgarán por cómo vayas vestido. Y ese hombre será un caballero, pero está sucio y harapiento. ¡Mira su ropa! Parece un pordiosero. Tienen que pensar en el resto de los huéspedes. Su presencia les puede incomodar.

—A mí no me importa...

—A ti no, pero a los demás sí. Así que recuerda: si quieres que te respeten, debes ir bien vestida. Siempre.

Después de contemplar el incómodo incidente, pasaron al comedor y degustaron una típica paella del Mediterráneo. La sala estaba medio vacía, pero, al cabo de un rato, Lolita notó que

alguien la miraba fijamente desde la mesa de enfrente.

—Lola, no te quita ojo. Sigue cada movimiento que haces.

—Mamá, no exageres... No me mira tanto...

Y cuando volvió la cabeza para comprobar si la estaba mirando, se dio cuenta de que era más guapo de lo que le había parecido al principio... Siempre le habían atraído los hombres con poco pelo; los encontraba más varoniles. Por eso, el hecho de que fuera calvo le atraía de especial manera y, mientras pensaba esto, sus miradas se encontraron. Durante un momento que pareció una eternidad, se quedaron allí, mirándose, conectados como si alguien les hubiera hechizado, como si la vida alrededor se hubiera parado, como si esa mirada hubiera reducido el mundo a la nada, como si ya nada más importara...

—Lola, ¡por Dios! ¿Quieres disimular y comportarte como una señorita? ¿No te da vergüenza mirar tan descaradamente?

—Perdona, mamá. No me he dado cuenta —se excusó, algo turbada—. No sé qué me ha pasado. Solo... solo me estaba fijando en su uniforme. Creo que es... comandante... comandante de artillería...

Y, mientras decía esto, sus pensamientos se arremolinaban en torno a otras sensaciones que poco o nada tenían que ver con el uniforme que vestía aquel hombre. Aquel comandante que, con solo una mirada, había provocado que en su menudo pecho el corazón latiese con un ímpetu hasta entonces desconocido.

4. *La iglesia de Santa Bárbara*

Madrid

Al día siguiente, Lolita se despertó muy pronto y, antes de nada, se dirigió al tocador. Allí estaban, perfectamente alineados, su jabón Heno de Pravia y la botella de petróleo Gal: nunca viajaba sin ellos. Se había acostumbrado a la suavidad y brillo que el último daba a su pelo. Y en una polvera de nácar guardaba sus inseparables polvos de arroz Victoria. Siempre seguía el mismo ritual: se lavó la cara y se empolvó, se cepilló el pelo, y salió al balcón en su *toilette*, una elegante bata de muaré con encajes negros; así comprobaría la temperatura antes de elegir el vestido que se pondría ese día. Pero ni se fijó en la temperatura ni pensó en el vestido porque, nada más asomarse, lo vio: estaba también asomado, en el balcón de al lado, con casi medio cuerpo fuera. No llevaba el uniforme. Solo una camisa blanca remangada que dejaba al descubierto unos brazos musculosos, apoyados en la barandilla del balcón, en los que se marcaban unos varoniles tendones y unas pronunciadas venas.

—Buenos días. ¡Qué raro! Hoy el sol sale por otro lado —dijo el militar simulando sorpresa y guiñándole un ojo.

Lolita se metió dentro inmediatamente y cerró el balcón. El corazón le latía tan fuerte que temió que la oyeran en la habitación contigua.

—Mamá, no te lo vas a creer: el militar... el comandante... el que no tiene pelo... Está en la habitación de al lado. ¿Cómo puede ser? Ayer había una señora con un niño...

Pero sí podía ser. El militar había pedido cambiar de habitación para estar más cerca de esa morena sevillana que tanto le atraía. Y había pedido que, mientras se alojara en el hotel, le dieran una mesa junto a la de la sevillana y su madre, para así desayunar, comer y cenar cerca de ellas... Cerca de ella. Y, poco a poco, paso a paso, las distancias se acortaron, las defensas se retiraron. Y el militar fue ganando terreno.

Miguel, que así se llamaba, las llevó a concursos de mantones de manila que esos días se celebraban en la ciudad, a fiestas florales, a carreras de sacos... Les invitó al Teatro Principal, que se encontraba cerca del hotel. Les enseñó el Castillo de Santa Bárbara, donde les explicó que recibía ese nombre porque el día de su festividad, un 4 de diciembre de 1248, lo tomó a los árabes el infante Alfonso de Castilla, futuro rey Alfonso X el Sabio. Les habló también de las hogueras y de cómo hacía dos años había ganado el segundo premio una que representaba a un toro y al matador hartándose de darle pinchazos. La hoguera se llamaba «El triunfo del Gallo». A Lolita y a su madre les encantaban los toros y sentían debilidad por Joselito *el Gallo*. Por eso, escuchaban al militar con profunda admiración.

Pero, además de una infinidad de planes que gustosamente quiso compartir con ambas, Miguel se descubrió como un caballero amable, atento. Tan dispuesto a hablar como a escuchar, sin perder nunca el hilo de las palabras que se deslizaban por el filo de los labios de Lolita, a quien

no podía adorar más. Dolores se convertía en testigo muda del intercambio interminable de diálogos que se daba entre el comandante y su hija; por una parte, recelosa del desenlace que aquella relación que no paraba de estrecharse pudiera tener; por otra, admirada por el cariño y atención que Lolita recibía, y por la chispa que se mantenía viva en su mirada, una dicha que el luto había mantenido soterrada demasiado tiempo.

Al cabo de solo una semana más, Lolita y Miguel paseaban a solas en una noche de brisa suave y rumor tranquilo. Y el comandante, que siempre encontraba las palabras precisas, necesitó de un leve carraspeo para liberar las que en esos momentos le ardían en la garganta:

—Quiero que estés segura, Lolita... —comenzó a decir, sosteniéndole las manos—. Solo nos conocemos desde hace unas semanas. Yo sé lo que siento, pero no sé hasta qué punto sientes tú lo mismo que yo... Solo pretendo que seas mi compañera el resto de mi vida, que estés a mi lado. Toda mi vida he estado solo y no me ha importado. Estaba acostumbrado, pero ya no puedo. Desde que te conozco no soporto estar solo, no soporto cada instante que estoy sin ti...

Las cosas importantes, los sentimientos profundos se expresan en silencio. No hace falta decir nada, no es necesario. Hay momentos en que no se precisan palabras; basta percibir algo... una ráfaga, un brillo, una luz. Dicen que cuando los labios no pueden, los ojos se entienden. Y tienen razón. Esa tarde los ojos rasgados y envolventes de Lola descifraban lo que sus labios eran incapaces de traducir, y los pequeños y expresivos ojos de Miguel lo entendieron.

—Pero ¿por qué has estado solo? ¿Por qué no tienes familia? —le preguntó Lolita con toda la ternura de que fue capaz mientras rozaba con el dorso de la mano su mejilla humedecida.

Y entonces sintió su piel, una piel arrugada a pesar de su juventud pero todavía suave al tacto, y mientras esbozaba una sonrisa no del todo cuajada, Miguel le preguntó:

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro que quiero saberlo; necesito saberlo. Si no lo haces, será fácil que alguna vez, con el paso del tiempo, me asome alguna duda, y yo no quiero tener ninguna duda contigo. Quiero formar parte de tu vida. De tu presente, de tu futuro y para eso tengo que conocer tu pasado. Quiero saberlo todo... ¿Por qué eres tan reservado con tu vida?

—La vida es ese espacio entre dos tiempos: el tiempo que has vivido y el que te queda por vivir —contestó él—. No me gusta hablar de lo que ya he vivido. Prefiero centrarme en lo que me queda por vivir; ese tiempo que queda no quiero que se contamine con el pasado. Por eso no hablo de mí, para no ensombrecer este momento, este momento tan mágico que me gustaría que durara siempre pero que lamentablemente pasará, desaparecerá como una cortina de humo arrastrada por el viento —Miguel hizo una pausa. Finalmente añadió—: Pero tú ganas, siempre ganas. Te lo contaré.

Y Miguel empezó a relatar mientras Lolita le escuchaba con extrema atención.

—Nací en Alcoy, Alicante, pero vivíamos en Valencia, donde mi padre, que curiosamente se llamaba igual que el tuyo, Miguel Aura, era teniente de infantería. Le habían destinado allí hacía varios años, si bien se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de España. Le veía pocas veces, aunque, cada vez que venía, su sola presencia hacía que la casa pareciera una fiesta. Mi madre, esos días, estaba mucho más contenta. Y para mí, el mundo era ella: siempre estaba con ella; así que si se ponía contenta yo también, y si ella estaba triste yo estaba triste, porque si no sonreía yo

me ahogaba sin su alegría. Cuando mi padre venía, me daba un vuelco el corazón. Entonces todo era felicidad.

»Cuando tenía cinco años, nació mi hermano. Recuerdo que era un bebé precioso de ojos azules. Mi padre ese año estaba destinado fuera de España. Combatía en la segunda guerra de Cuba... Pensar en su familia le daba fuerzas para sobrevivir. Hasta que por fin tuvo unos días de permiso y pudo volver a casa para conocer a su hijo. Como mi padre ya había elegido mi nombre, Miguel, mi madre eligió el de mi hermano: César. En esos días en que pudo regresar a casa, una terrible epidemia de cólera arrasaba Valencia, atacando especialmente a los más débiles. A los cuatro meses de dar a luz, mi madre moría víctima de esa epidemia. También acabó con la vida de mi hermano —la voz de Miguel perdió fuerza con esas últimas palabras, pero recobró el aliento al sentir el afectuoso apretón que las manos de Lola le imprimieron a las suyas—. Mi padre estuvo a punto de perder la razón. Se sentía culpable por haber estado tan lejos de su familia; pensaba que de haber estado aquí se hubieran salvado. Conchita, que así se llamaba mi madre, murió a los veintiséis años. Mi hermano tenía cuatro meses. Yo me sentía perdido, no reconocía a mi padre. Estaba furioso, perdió los estribos: se encerró con su escopeta y su mujer en el dormitorio, y se negaba a que la enterraran... Intentaban entrar en la habitación, pero él no abría la puerta. Amenazaba con disparar si alguien trataba de tirarla abajo. A los dos días de la muerte de mi madre, dos días que pasó encerrado con ella, se derrumbó y abrió la puerta. Mis tíos aprovecharon para llevarse a mi madre y enterrarla junto a mi hermano.

»Al cabo de unas semanas, recuperó la cordura y decidió volver a Cuba; tras pensarlo mucho, consideró que lo mejor era que yo fuese con él. La verdad era que mi padre no sabía qué hacer con un niño de cinco años y decidió meterme interno en el colegio de la Compañía de Jesús de La Habana. Venía poco a verme, pero yo le esperaba ansiosamente. Día tras día, me agarraba a los barrotes del patio esperando ver aparecer su figura uniformada y, cuando se iba, me aferraba a sus piernas llorando y suplicando que no se marchara. Una vez, cuando llevaba dos años en el colegio, apareció acompañado de una mujer. Tuve un mal presentimiento, sentí que algo había cambiado y no me equivoqué... Se había vuelto a casar con una española de Barcelona que llevaba mucho tiempo viviendo en Cuba con su familia. En ese preciso momento, cuando los vi juntos, supe que iba a perder a mi padre también. Me endurecí y me acostumbré a la disciplina. A los once años me enviaron al Colegio de Huérfanos de Madrid. Mi padre, que todavía seguía en Cuba, mandaba regularmente dinero a un hermano de mi madre al que nombraron mi tutor legal para mis gastos y manutención, hasta que descubrió que ese dinero no llegaba a su destino. Los familiares empleaban el dinero para otros fines muy distintos al de mi sustento. Finalmente, mi padre pidió destino en Barcelona para estar algo más cerca de mí, pero yo ya me había acostumbrado a forjar mi propia vida alejado de cualquier ambiente familiar.

»Actualmente los dos siguen viviendo allí y son felices. Cuando mi padre se instaló en Barcelona, yo tenía dieciséis años e ingresé en el Colegio Militar de Trujillo, un año más tarde en la Academia de Infantería de Toledo y después en la Escuela Superior de Guerra... Como ves, pasé mi vida en cuarteles, en regimientos. Desde los cinco años no sé lo que es un hogar. Mi vida eran Dios y la Patria. Pero siempre he tenido presente el recuerdo de mi madre; de alguna manera, siento como si ella viviera en mí, como si se hubiera transformado en mí. Sus recuerdos perduran,

intactos a pesar de la corta edad que tenía cuando ella murió. Es como si su vida, lejos de acabarse, se multiplicara a través de mí, y gracias a esos recuerdos he soportado el dolor del abandono. Supe adaptarme al Ejército, que se convirtió en mi familia; una familia donde el cariño se sustituyó por la disciplina».

Y, mientras decía esto, Lolita sintió cómo la emoción le subía a los ojos en forma de lágrimas y no pudo evitar acercarse más, unir la mejilla a la suya, rozar con los labios su piel, esa piel que ya no distinguía si era suya o era de él. Y a la vez que sentía un corazón retumbar agitadamente en su pecho, que no sabía si era suyo o era de él, respiraba su aliento, el aliento del que se había convertido en su hombre. El que sería su único hombre.

Después, lentamente, separando y alargando cada sílaba, Miguel dijo:

—¿Sabes una cosa? Los últimos años mandaba el escuadrón de Alcántara y el escuadrón de caballería de Kert y Larache en África. Allí vi la muerte muy cerca... Cargamos contra el enemigo y mis hombres caían con arrojo y valentía. Muchas veces pensé que yo también moriría en esa tierra africana y no me importaba la idea de morir con mis hombres. Pero entonces sentía la presencia y la voz de mi madre dándome aliento; su voz me ayudó a sobrevivir en esos días. Y cuando volví de África me dieron destino en el Regimiento Vizcaya 51, en Alcoy, ¡fíjate qué coincidencia! Alcoy es la ciudad donde nací, así que pensé que era mi madre quien me traía de vuelta, quien me hacía volver a casa... y estoy seguro de que fue ella quien lo hizo; pero es ahora cuando comprendo por qué. Lo hizo para que estuviera cerca de ti. Por eso, si alguna vez tengo una hija, ya he elegido su nombre: se llamará Conchita, como mi madre —añadió finalmente Miguel, mientras un tenue brillo le empañaba los ojos.

Y al oír ese nombre en su voz, el nombre que también ella había pensado poner a su hija, Lolita se estremeció; una descarga eléctrica recorrió su cuerpo y le besó. Entonces todo, de repente, se convirtió en presente y acabó flotando en la misma esfera donde apenas se grababan marcas que diferenciaban el pasado, el presente y el futuro. No había tiempo, no había espacio. Solo ellos.

A partir de ese momento Lolita y Miguel no dejaron de verse ni un solo día durante la estancia en Alicante. Miguel la esperaba en la recepción por las mañanas y, acompañados siempre por Dolores, las llevaba a pasear por la ciudad, ciudad que conocía como anillo al dedo. No paraban de hablar; ambos eran grandes conversadores e incluso compartían expresiones en francés, idioma que los dos dominaban a la perfección, algo que no era tan habitual en aquella época. Lola se maravillaba con la cultura de Miguel; se preguntaba cómo le habría dado tiempo a aprender tantas cosas. Y Miguel estaba fascinado con el acento andaluz de Lola, nunca había oído una voz tan dulce y femenina.

Con ese acento andaluz, una mañana le preguntó:

—¿Volverás a África? ¿Seguirás luchando contra los moros? Me da miedo... Ellos tienen otra forma de combatir, no tienen aprecio a la vida. No quiero que vuelvas... —confesó con tono de súplica.

—No te preocupes, Lolita; he terminado mis prácticas de Estado Mayor. En mayo me ascendieron a comandante, ahora tengo un destino peninsular. Mando un batallón de infantería en Alcoy y ejerzo como juez instructor del regimiento; es muy difícil que vuelva a África. Además, el protectorado de Marruecos está más tranquilo.

—Está más tranquilo gracias al valor con el que dirigías allí a tus hombres contra el enemigo.

—No, Lolita; está tranquilo gracias a la valentía de todo el escuadrón y al sacrificio que hicieron muchos hombres por pacificar a las tribus locales que continuamente se levantaban en armas contra nosotros.

—Pero tú eras quien mandaba el batallón. Por eso te dieron la Cruz de Mérito Militar de María Cristina —replicó Lolita, mirando con admiración las cruces que tenía prendidas en su uniforme, una admiración que cada día era mayor.

—Ten en cuenta, además —añadió Miguel cambiando de tema para quitar importancia a los elogios que le dedicaba ella—, que la situación política con Eduardo Dato como presidente de gobierno es estable. Fíjate si nuestro jefe de gobierno es conciliador que hasta nos ha librado de una guerra mundial. Ahora no creo que nadie tenga intención de ocupar más territorios en Marruecos, ni que se arriesguen a provocar otra semana trágica como fue la de Barcelona en 1909. Así que no te preocupes más, mi vida —dijo al final con cierto tono paternalista.

Lo que no sabía entonces Miguel era que Eduardo Dato moriría asesinado, el desencanto volvería a la Península y él regresaría a luchar en África.

Durante los días siguientes, Lolita y Miguel, ajenos a temas políticos y militares, continuaron disfrutando del clima suave del Mediterráneo, de esa luz mágica que a veces daba al entorno un aspecto sobrenatural y de ese mar de intensos colores turquesas que impregnaba de sal todos sus besos. Hasta que una mañana llegó su hermano Antonio a recogerlas.

Antonio estaba ayudándolas con el equipaje, el coche les esperaba en la puerta para llevarlas a la estación, cuando apareció Miguel.

—¿Os vais tan temprano? —preguntó Miguel, sorprendido.

—Sí —contestó Lolita—. Acaba de llegar mi hermano. Ha venido a recogernos. Os presento: Miguel Campíns, comandante de infantería; mi hermano Antonio. Es director general de Aduanas en Huelva —añadió orgullosa.

—Huelva, bonita ciudad... Me gustaría conocer la Rábida y Punta Umbría —comentó con amabilidad Miguel.

—Cuando quieras organizamos una excursión —se ofreció Antonio con simpatía.

—No me fío de mi hermano. Si organizáis algo tiene que ser con nosotras.

—Por supuesto que será con vosotras. No lo concibo de otra manera. Pero, por favor, dejadme invitaros a un aperitivo antes de subir al coche...

—No, gracias —dijo Antonio. Pero entonces vio la mirada de su hermana, ese brillo suplicante en los ojos, y no necesitó más palabras para entender lo que pasaba.

—Bueno, si queréis, id vosotros primero. Yo espero a que baje mamá.

Antonio advirtió al cochero que tendría que esperar un rato mientras se despedían los jóvenes. Lola y Miguel se encaminaron al paseo de los Tristes, pero, antes de doblar la esquina, Lola volvió un momento la cabeza y vio a su hermano dirigirse al café del hotel. Al mismo tiempo, él le dedicó un guiño de complicidad que provocó una inmensa sonrisa en la cara de ella.

Era un día muy caluroso. La refrescante brisa del mar les hacía más soportable la pegajosa humedad y esa luz especial del Mediterráneo les proporcionaba una intimidad que les incitaba a hablar. Lolita y Miguel no pararon de contarse cosas; se quitaban la palabra el uno al otro, como

si tuvieran prisa por relatarse sus vidas. No querían dejarse nada en el tintero. Después de un largo paseo y cansados de tanto hablar y caminar, por fin, se sentaron en un banco, un banco de madera cerca de la playa que, por alguna razón, parecía que les estaba esperando. Entonces se produjo un largo silencio. A lo lejos solo se oía el sonido de las olas. Iban y venían cada vez con mayor cadencia... Empezó a chispear, soplaban viento de Levante. El mar se agitó y cambió de color: el turquesa y el esmeralda se intercalaban al ritmo en que batían las olas, y cuando Miguel volvió a hablar, Lolita pensó que diría: «¡Vámonos!»; pero de forma inesperada pronunció:

—Lola, ¿te quieres casar conmigo?

Se quedó paralizada. Nunca pensó que cinco palabras podrían colarse de forma tan rápida por su piel. Eran palabras que, como el agua que caía, buscaban la forma más rápida de calar hondo y esconderse para siempre en el rincón más profundo de su alma. No contestó, no podía contestar; temía que cualquier cosa que dijera rompiera la magia y la emoción del momento. Llovía pero no les importaba: ya estaban calados. No hacían falta palabras. Todo estaba dicho.

Eligieron Madrid para casarse, un año más tarde. La iglesia de Santa Bárbara sería el escenario de la boda. A Lolita le gustaba más la pequeña iglesia de San Pascual y la Inmaculada, pero su madre pensó que era más apropiada la otra. Era más grande y había que tener en cuenta la cantidad de invitados que vendrían de Sevilla. Después de la ceremonia, lo celebrarían con una gran comida en el hotel Ritz. Lolita acabó aceptando porque había tres cosas de la iglesia de Santa Bárbara que le encantaban: subir y bajar las majestuosas escalinatas de acceso, el maravilloso lienzo de la Visitación del altar mayor y, sobre todo, que era el lugar donde estaban enterrados Bárbara de Braganza y Fernando VI. Al vivir y pasear tanto por las calles que llevaban sus nombres, había leído la historia y había quedado fascinada con la personalidad de la reina y por lo mucho que se querían los reyes. Además, Fernando VI le recordaba un poco a su futuro marido: ambos habían crecido sin el cariño de una madre.

Esos días Madrid estaba especialmente bonito. El bullicio y el gentío atraían a Lolita como un imán. Por eso, salía por salir, no hacían falta motivos. Cualquier excusa era buena para estar en la calle, pero siempre lo hacía acompañada de su madre y sin olvidar nunca su sombrilla para protegerse del sol. Dolores insistía mucho en que debía mantener un cutis blanco y cuidado para la boda. Paseaban disfrutando por esas calles llenas de luz, de sus miles de tiendas, de los kioscos de bebidas con las sillas extendidas, del ir y venir de faroleros, cocheros, traperos y de la música de los organillos que repetían las canciones más populares de la época. Madrid era como un espejo de mil alegrías. Los domingos llegaban caminando hasta los jardines del Buen Retiro. Era todo un espectáculo porque había gente de lo más variopinta: estudiantes, oficinistas, costureras... A su madre, sin embargo, no le hacía tanta gracia como a ella. Decía que los domingos había demasiados alborotadores.

En los días siguientes, en el número 2 de la calle Bárbara de Braganza seguían los preparativos. Antonio acababa de llegar a la ciudad. Estaba nervioso y se movía por la casa como un león enjaulado. Tenía motivos para hacerlo... Iba a ser el padrino. Dolores, en esos días, se acordaba mucho de su marido y pensaba en lo orgulloso que estaría de sus hijos. Hubiera dado años de vida

por que su querido Miguel pudiera ver desde algún rincón a su hija convertida en una novia guapísima y a su hijo Antonio en el flamante padrino.

Al principio, Dolores había tenido sus reservas con respecto a la boda: había sido todo tan rápido... Él tenía treinta y seis años y su hija, veinticuatro; doce años le parecían una diferencia excesiva. Pero pronto se dio cuenta de lo mucho que se querían y de que la edad no era ningún impedimento.

—Mamá, mira: el ramo me lo ha preparado sor Inmaculada Concepción —le enseñó a su madre una Lolita resplandeciente—. Me encanta, le he prometido que después de la boda iré a verla. Ella no puede salir a verme y quiero dejarlo allí en el altar mayor... ¡Estoy tan contenta! ¡Mi sueño se ha hecho realidad! Miguel es un caballero, un buen cristiano y un buen militar.

—¡Ay, hija mía! Ya te he dicho que Dios da ciento por uno...

—Es todo tan mágico, mamá. Estoy como loca...

—Aprovecha esa locura, hija, porque el amor es como el Quijote: cuando recobra la cordura ya está a punto de morir. ¡Ojalá que a ti te dure muchos años!

La boda transcurrió de la manera prevista. La devoción con la que los novios se casaron no era habitual entre los jóvenes madrileños, pero ambos eran profundamente religiosos y consideraban el matrimonio un sacramento divino. La madrastra de Miguel, Leonor, acompañó a Antonio como madrina.

Lolita se llevó una sorpresa muy agradable cuando conoció a Leonor. La había imaginado como una madrastra amargada y antipática, pero su impresión fue totalmente diferente. Era amable y elegante. Los padrinos se sentían orgullosos. No eran los padres de los novios, pero la emoción que se respiraba ese día en la iglesia no hubiera sido mayor de otra manera. Dolores y Miguel, sentados en el primer banco, adoptaron complacientes y felices un discreto segundo plano. Como testigos, figuraban ilustres personalidades relacionadas con la Dirección de Aduanas y militares de alto rango con sus uniformes de gala.

Cuando ascendía por las majestuosas escalinatas, Lolita pensaba que subía al cielo para encontrarse con su amor, ese amor que había sido un regalo de Dios. Llena de emoción mientras escuchaba las palabras del sacerdote, miró el lienzo de la Visitación y, cuando les dio la bendición nupcial, un escalofrío recorrió su cuerpo: sintió que muy pronto ella también sería madre.

Al salir del brazo de su hombre, miró de reojo la tumba de Fernando VI y, aunque estaba oculta, sabía que, muy cerca, a su espalda, estaba enterrada su querida esposa la reina. Pensó entonces que ella tampoco se separaría nunca de su marido, ni siquiera después de muerta. Su historia de amor duraría tanto como la de aquellos reyes.

Fuera de la iglesia, bellas y distinguidas damas ofrecieron flores a la recién desposada. A la una de la tarde dio comienzo el banquete de gala en el hotel Ritz. El salón nupcial rebosaba de gente. Los ecos de los invitados flotaban en el ambiente mientras degustaban un elaborado menú; pero, sin duda, el momento más emotivo fue a la hora de los brindis, cuando Antonio se alzó y dijo estas palabras:

—A partir de hoy, Miguel, tendrás siempre en tu esposa una ayuda, un apoyo y una compañera dispuesta incluso a sacrificarse en la pena y en el dolor; lo mismo a tu lado en los días de tristeza

que en los días felices. Y, a partir de ahora, Miguel, también tendrás en mí a un hermano.

Los tres se miraron. Los demás invitados desaparecieron, dejaron de existir durante el tiempo que duró la mirada, un tiempo que les unió para siempre, aunque todavía desconocieran el verdadero alcance de esas palabras. Antonio se sentía orgulloso. Lolita estaba radiante. A Miguel le quemaba el deseo.

Y las sospechas de Lolita de que pronto sería madre se cumplieron. Al cabo de algo más de un año nació su primer hijo. Ambos soñaban con una niña, pero fue un niño. Un precioso bebé rubio que no paraba de sonreír. Le llamaron Miguel, como su padre y como sus dos abuelos. Las visitas para conocer al recién llegado se sucedían una detrás de otra. Habían decidido establecer su primera residencia en un céntrico barrio madrileño, en la calle General Díaz Porlier, 1. La casa se llenó de colores. Los aparadores, trincheros y cómodas se vaciaron de sus tristes y descoloridos utensilios habituales para llenarse de flores: violetas, ciclámenes y jazmines, muchos jazmines. La vida llamaba a la vida. El hogar entero olía a felicidad. Pero la estancia en Madrid de la nueva familia duraría poco.

—Lolita, tengo nuevo destino. Regimiento Príncipe 3, en Oviedo —dijo una mañana Miguel con tono circunspecto.

—¿En Oviedo? Pero... ¿cómo nos vamos a ir ahora? —la noticia cayó como un jarro de agua fría sobre Lolita—. Acabo de dar a luz. ¿Cómo vamos a hacer el traslado con un bebé? Y ¡mira qué tipo tengo! Estoy tan gorda y tan débil que me cuesta criar a mi hijo. ¿Cómo voy a dejar a mi madre aquí? ¿Quién me va a ayudar? ¿Qué van a pensar al verme las encopetadas señoras de Oviedo con las que tendré que tratar?

—Mi vida, no te apures —trató de serenarla Miguel—. Ponte tan contenta como lo está tu marido: vamos a ir a una ciudad que te va a encantar y donde hay muchos matrimonios como nosotros. Hay dos o tres capitanes que tienen niños de la misma edad que Guelín. Uno es amigo mío y me ha enseñado un retrato de su hijo hecho por él, la mar de sano. Contrataremos una cocinera que te ayude a alimentarte bien para que estés fuerte. Y, si es necesario, a una nodriza también. Ya verás cómo nos arreglaremos sin tu madre.

Ante el gesto entristecido de su esposa, Miguel se acercó y tomó sus manos con dulzura, mirándola fijamente a los ojos.

—No necesitamos a nadie: ya sabes que para tu marido no hay en este mundo placer mayor ni satisfacción que pueda compararse a la que experimenta «cuidando a su mujercita». Y lo del tipo no tiene que preocuparte: sabes que a mí, tu marido, me gustas mucho así. Lo importante es no separarnos, estar juntos... ¿No te parece? —añadió con una mezcla de ternura y virilidad.

La cara de Lolita se iluminó, el brillo de sus ojos hizo innecesario decir más.

—Está bien. Pero no quiero cocinera, ni mucho menos nodriza: a nuestros hijos los criaré yo. Voy a preparar la cena y después iré haciendo el inventario del equipaje que nos tendremos que llevar... —dijo al poco tiempo Lolita, con una voz firme y cálida a la vez.

Miguel la siguió hasta la cocina. La cogió por detrás y, abrazándola con fuerza por la cintura, la atrajo hacia él y le susurró al oído:

—No me he casado contigo para que estés en la cocina, sino para que seas mi compañera, mi consejera, para hablar contigo, para estar contigo, para...

Sin dejarle terminar la frase, Lolita se volvió y buscó su cara, sus labios y, mientras el deseo le palpitaba por todo el cuerpo y sentía cómo consumía el oxígeno de su vida, Miguel le desabrochaba la ropa lenta y sinuosamente, acariciando cada milímetro de su cuerpo y cada milímetro de su alma... Y entonces ella se sintió pequeña y perdida en un mundo que se detuvo en ese instante. Se sintió inmortal.

5. *El encuentro con Franco*

Oviedo

En 1918 Miguel Campíns fue destinado al Regimiento Príncipe 3, en Oviedo. En esa ciudad se instalaron. A Lolita le pareció un lugar elegante y muy señorial, pero echaba de menos la luz y la alegría de Madrid.

Durante su estancia en Oviedo, que solo duró un año, Miguel conoció a otro comandante, Francisco Franco, más joven que él, pero también distinguido por su valor en África y con similares criterios sobre la carrera militar. Precisamente por eso entablaron una buena amistad que se vería fortalecida en los años siguientes.

Cada mañana, en su día a día, Lolita recogía las cortinas en los alzapaños con la esperanza de que la casa se llenara de rayos de luz, con la esperanza de ver el cielo azul. Pero un día tras otro el cielo estaba siempre gris. Las condiciones climatológicas de la ciudad y el cuidado de un niño de tan corta edad mantenían a Lolita encerrada en casa. Deseaba tanto salir a la calle y ver gente... Por eso, poco a poco, se fue integrando en la sociedad de la época, conociendo a los ilustres compañeros de su marido y a sus elegantes mujeres. Álvaro Sueiro, Camilo Alonso Vega, Rafael Civantos y Francisco Franco Salgado-Araujo eran los militares con los que trataba más a menudo. Pero, a pesar de todo, seguía afectada de cierta melancolía. Hasta que llegó la noticia que cambió definitivamente su estado de ánimo. Volvía a estar embarazada.

Esta vez sería la niña, pensó: tendría la parejita. El embarazo transcurrió con normalidad y el cielo gris de la ciudad ya no le importaba. La ilusión de la espera hacía que todo alrededor tuviera otro color, como si el velo que cubría los días se hubiera disipado de la misma forma que se disipa la niebla matutina. Hasta que, por fin, llegó el deseado momento.

Un 12 de octubre, a las ocho de la tarde, nació un niño hermoso y sano. El parto fue rápido y sin complicaciones. No fue la ansiada niña, pero no importaba: la llegada de otro varón llenó la casa de Oviedo de alegría. Las mejillas sonrosadas y los profundos ojos negros lo convertían en el vivo retrato de su madre. Los dos tenían la misma mirada. Su marido ya había elegido el nombre de su primer hijo y también el de la niña, si es que algún día llegaba. Por lo tanto, le tocaba a ella escoger ahora el nombre de este hijo. Y lo tuvo claro. Se llamaría Antonio, Antonio como su querido hermano. Lolita empezó a llamarle Toñín para diferenciarlo de su tío, y desde entonces todo el mundo le llamaría así. Era un niño tranquilo, comía y dormía bien y a su madre le llenó la vida.

Con motivo de la llegada del nuevo miembro de la familia, numerosos militares con sus esposas venían a ofrecer su amistad y a presentar sus felicitaciones. Pero, en el fondo, lo que querían era conocer a la mujer sevillana del nuevo comandante y de la que últimamente todo el mundo hablaba. De todas las personalidades que pasaron por su casa en esos días, había un militar que a Lolita le llamó poderosamente la atención.

—¿Quién es ese militar tan lleno de cicatrices? —preguntó Lolita a su marido después de una reunión en el salón de casa.

—El comandante Millán Astray y Terreros —le contestó Miguel—. Es un militar que ha destacado por su valentía en las campañas de África, e insiste en que los regulares no son suficientes para afrontar los múltiples ataques que tienen lugar en el protectorado español en Marruecos. Tiene una sola idea en la cabeza: crear una fuerza algo parecida a la legión extranjera francesa, una fuerza que se base en el legendario código Bushido de los samuráis japoneses, que aporte combatientes voluntarios y perfectamente disciplinados y entrenados, una fuerza que puede dar resultados excepcionales... Curiosamente —añadió Miguel con creciente interés—, hablando con el comandante Franco de este tema, quiere que le aconseje en los preparativos de ese tercio. Él se ocupará de las cuestiones operativas y yo le puedo echar una mano en las organizativas y en la uniformidad que sería más adecuada para los miembros. Tiene que ser una uniformidad acorde con la valentía y la decisión necesaria en este cuerpo... Recuerdo el servicio que tenía tu madre, cómo resplandecía todo el personal con aquellos trajes que les convertían en el centro de todas las miradas. Lolita, tú que entiendes tanto de uniformes y que además tienes tan buen gusto para la moda, ¿tienes alguna sugerencia? ¿Se te ocurre algo que sea diferente, algo singular?

—¿Una fuerza de élite, de valientes? No sé de qué color ni de qué forma tendría que ser la camisa de ese tercio; pero lo que sí sé es que las mangas tendrían que estar recogidas, que España entera sienta al verlos pasar que no les importa mancharse los puños, que están dispuestos a luchar, preparados para el combate. Que todos se llenen de orgullo al verlos intrépidos y valientes tanto en desfile como en combate —dijo Lolita levantando la vista.

La propuesta fue llevada a cabo, y al año de los trabajos preparatorios de Campíns y Franco, y tras diversas vicisitudes con el ministro de Guerra, este finalmente autorizaba la creación del tercio de extranjeros con carácter provisional, que sería definitivo meses más tarde. En junio del mismo año y con ocasión de la asistencia en Madrid a la jura de bandera del Príncipe de Asturias, Franco se entrevistó otra vez con Millán Astray y aceptó la oferta de este para convertirse en el segundo jefe de la Legión.

El cielo seguía gris en Oviedo, pero a Lolita la oscuridad de la ciudad ya no le afectaba. La luz estaba en su casa, en sus niños... eso era lo único que le importaba. Guelín ya había empezado a andar y era un terremoto, pasaba el día entero correteando por la casa, tocando y tirando al suelo todo lo que encontraba a su paso. Toñín, sin embargo, seguía siendo un bebé tranquilo que casi no lloraba; solo protestaba tímidamente cuando tenía hambre. Era en ese momento cuando Lolita lo cogía entre sus brazos, y madre e hijo se fundían en uno. La mirada de Lolita a su hijo mientras le daba el pecho paraba el mundo entero.

Miguel, cuando llegaba a casa, se deshacía en cariños para sus hijos. Anhelaba también el momento de quedarse a solas con su mujer para comentarle las novedades y posibles destinos. Sin embargo, esta vez estaba preocupado: desconocía qué efecto podría tener un cambio de destino con dos niños tan pequeños. Temía la reacción de su mujer.

Pero a Lolita ya no le importaba cambiar de ciudad, de clima o de amigas. Ella tenía a sus niños y, mientras eso no cambiara, lo demás ahora no tenía importancia. Además, la llegada de Toñín a su vida le había dado una felicidad difícil de explicar. Había tenido un efecto exponencial en sus

emociones. Con Guelín, la inexperiencia y la carga de trabajo no le habían dejado disfrutar plenamente de la maternidad. Ahora era distinto. Se sentía más segura. Aunque no sabía muy bien si esa seguridad venía de ella o del niño.

Esa noche acostó a sus hijos; los arropó con infinita ternura, los miró y se sintió inmensamente afortunada. Tenía la sensación de que en cualquier momento explotaría de felicidad. Apagó la luz, cerró con suavidad la puerta para no despertarlos y se dirigió a su dormitorio, donde Miguel la estaba esperando.

—No me importa dónde te destinen —le dijo Lolita en voz baja a su marido, mientras se deslizaba en la cama.

Miguel percibió el brillo en sus ojos. Ya no necesitaban nada más. No querían nada más. La vida les había dado todo lo que le habían pedido. Lo que no sospechaban en ese momento era que la vida todavía les daría más, para después arrebatárselo sin mostrar piedad.

6. *El desastre de Annual*

Almería

Por esa época, Miguel Campíns volvió a cambiar de destino. Desde el 18 de junio de 1919 mandaba el batallón del Regimiento de infantería Covadonga número 40, de guarnición en Madrid. El matrimonio y sus dos hijos permanecieron en la capital hasta febrero de 1921, fecha en la que ascendió a teniente coronel por antigüedad. Ya se habían reiniciado las hostilidades en Marruecos cuando volvieron a darle nuevo destino: Regimiento La Corona 71 en Almería, desde donde se veían necesarios inminentes refuerzos para la zona de Melilla.

Nada más conocer la noticia del nuevo destino, Lolita estaba ilusionada: volvía a Andalucía y volvía al mar Mediterráneo, ese mar que, unos años antes, tanto le había gustado. Pero ahora era diferente. Almería era una ciudad complicada, mucho más calurosa que Oviedo y más empobrecida. Vivían cerca de la Alcazaba. Las vistas del puerto y de la bahía eran magníficas, pero no le resultaba cómodo desplazarse desde allí hacia otros puntos de la ciudad. Con dos niños pequeños que solo se llevaban un año y con su salud delicada, comenzó a padecer frecuentes jaquecas y dolores de cabeza que la dejaban paralizada; la vida allí le resultaba agotadora. A todo esto, había que añadir las continuas ausencias de su marido, que pasaba más tiempo en Melilla que en Almería. Por lo tanto, decidieron que su madre los acompañara unos meses en su nuevo destino para ayudarla con la crianza de los niños.

La presencia de su madre la reconfortó. Admiraba que, a pesar de tener sesenta años, mostrase una fortaleza tremenda: nunca estaba enferma. Le llamaba la atención la rapidez con la que se adaptaba a las diferentes ciudades, a las nuevas situaciones. Había dejado su Sevilla natal, había perdido a su marido, sus hijos vivían lejos de ella; se había quedado sola, pero jamás se quejaba. Había organizado bien su vida, seguía viviendo en Madrid en la calle Bárbara de Braganza, donde se reunía casi todas las tardes con sus amigas a tomar café y a jugar a las cartas. Las tertulias y las partidas que organizaba eran de las más célebres de Madrid. Seguía visitando la iglesia de Santa Bárbara y la iglesia de la Inmaculada, donde siempre llevaba unos dulces a la joven monja de la cual Lolita tanto le había hablado, y, de vez en cuando, su hijo Antonio la sacaba de paseo: le encantaba subir al tranvía y transitar por las calles de Madrid, y le gustaban especialmente los cafés y teatros de la Gran Vía. Pero estaba dispuesta a dejar todo esto y ayudar a su hija estuviera donde estuviera si ella se lo pedía. Por eso, cuando Lolita le puso un telegrama pidiéndole que viniera a ayudarla, contándole que no podía más y que la necesitaba, no dudó en dejar sus tertulias, sus partidas de cartas, coger el tren y, con la única compañía de una bolsa de viaje, poner rumbo a Almería.

Un día Lolita, estando Miguel en Melilla, discutió con su madre por la forma de criar a los niños. Estaba muy bien que la ayudara, decía, pero eran sus hijos y las normas las ponía ella. Si no querían comer no les iba a forzar, y si no querían dormir tampoco les obligaría. Su madre le

reprochaba que era demasiado blanda, que era poco rigurosa con los horarios y que así no se podía educar a los niños. Molesta porque se sentía cuestionada como madre, esa tarde casi no le dirigió la palabra. Era su casa y las normas las establecía ella.

—Lolita, ¿no bajas a cenar conmigo? —preguntó más tarde su madre, con tono reconciliador.

—No, mamá. Estoy leyendo *Madame Bovary*, la novela que tanto te gustó y me regalaste. ¿Te acuerdas?

—Muy bien, hija; pero ahora baja a cenar y mañana sigues leyendo.

—No, mamá. Estoy justo en lo más interesante y no lo puedo dejar.

Su madre cenó sola esa noche y únicamente cuando oyó que había subido a su habitación, Lolita, por fin, bajó a picotear algo. No quería encontrarse con ella, no quería verla. Además, tampoco tenía hambre. Algo le punzaba en el estómago. La llamada de atención de su madre le había dolido. Además, se decía, cómo les voy a obligar a comer o a dormir con este calor. Trataba de excusarse, pero sabía que, en el fondo, su madre tenía razón. Entró en la habitación de sus hijos: dormían como angelitos. Pasó ante la habitación de su madre y pensó en entrar y pedirle perdón, pero su orgullo fue mayor y, no, no lo hizo. Mañana tendré mejor humor, pensó, y se nos habrá pasado a las dos el enfado. Es mejor que deje pasar un día para tranquilizarme.

Esa noche Lolita no pudo dormir. Estaba inquieta... Los pensamientos y los remordimientos se le retorcían en la cabeza. Al día siguiente se despertó cansada y más tarde de lo habitual. Le pesaba la cabeza como si estuviera llena de plomo. Y mientras la señorita, una mujer andaluza que recientemente habían contratado para el cuidado de los niños, les daba el desayuno con infinita paciencia, ella preparó café y tostadas con mermelada de melocotón, la favorita de su madre. Se dispuso a servirlo en el juego de café de la Cartuja de Sevilla: era parte de su ajuar y sabía que a su madre le encantaría. Se despejarían con el café y harían las paces. No había nada que una taza de café no arreglara, pensó con el ánimo recuperado.

A las diez y media de la mañana su madre aún no había bajado. Era rarísimo, siempre madrugaba... No había nada que la mantuviera en la cama más allá de las nueve. A Lolita siempre le decía que tenía que sacudir la pereza, espabilarse y levantarse pronto; por eso resultaba tan chocante que ella se hubiera quedado dormida.

Quizás no haya dormido bien, quizás fui un poco impertinente anoche, pensó en silencio. Iré a despertarla y le daré las gracias por venir. Le daré las gracias por ayudarme y le diré que no sé qué haría sin ella.

—Antonia, saca a los niños al patio mientras despierto a mi madre —dijo Lolita a la recién contratada niñera en voz alta y algo inquieta.

Llamó. Nadie contestó. Insistió, nada.

—¿Mamá? —preguntó con temor—. Abre la puerta, por favor...

No hubo respuesta. Giró el manillar muy despacio. Lo primero que vio fue el orinal de cama tirado en el suelo, luego los irrigadores también esparcidos, la cama sin deshacer...

—Mamá, ¿qué te pasa? —gritó asustada.

Su madre estaba tirada en el suelo, boca arriba, vestida... Tenía el rosario en la mano.

—¡Mamá! No puede ser... ¡Socorro! —a sus gritos acudió acelerada la niñera—. Llama al médico, Antonia. ¡Rápido, por favor!

Se agachó. Se tumbó a su lado. La acarició.

—¡Despierta, mamá! —le dijo—. Estoy aquí. ¡Despierta! ¡Mamá, no me dejes, no te vayas! Venía a darte las gracias, a decirte que tenías razón.

Lolita le hizo el boca a boca, le dio su aliento; quería darle su vida. Siguió pidiéndole que la perdonase, rogándole que despertase. Antonia, en ese momento, apareció en el umbral de la puerta.

—¡Antonia, por favor! ¿Dónde está el médico?

Pero su madre ya estaba fría, estaba helada. Había muerto la noche anterior, justo cuando Lola había pasado ante su puerta sin finalmente llamar y disculparse. Pudo haberlo evitado, pudo haber entrado, pudo haber llamado al médico... Pudo haberla abrazado y acompañado en su último instante, en ese último aliento, pero no lo hizo. No hizo nada de esto; simplemente se fue a dormir, y ahora su madre estaba muerta. Murió sola, eso pensaba sin cesar Lola. Todos los productos higiénicos y de farmacia estaban tirados por el suelo. Quizás tuvo fuertes dolores —lamentaba una y otra vez—, quizás estuvo horas agonizando... Su único consuelo fue el rosario... Yo no supe acudir a su lado cuando me necesitó. Ella vino a ayudarme y yo se lo pagué enfadándome con ella y ya nunca la volveré a ver, nunca...

Más tarde, el médico diría que había sido un fallo del corazón. Y entonces todo el dolor de la vida traspasó el pecho de Lola, todo el dolor del corazón de su madre se ensartó en el suyo, oprimiéndola como una pesada carga. Un cráter se había abierto a sus pies y siempre iría con ella, hiciera lo que hiciera, persiguiéndola allá donde fuese.

Durante dos días y mientras duraron el duelo y los enterramientos, Antonia se hizo cargo de los niños. Lolita estaba destrozada. La muerte de su madre la había desgarrado por dentro, le había dejado un vacío interior que la abrasaba como una quemadura y no encontraba nada que le calmara ese dolor. Ni sus hijos, ni pensar en su marido... Se había quedado huérfana. ¿Quién la iba a ayudar ahora en el cuidado de sus hijos? ¿A quién le iba a pedir consejo? ¿Quién la iba a animar cuando se le acabaran las fuerzas? Pero, sobre todo, lo que más le dolía era no haberse despedido de ella, no haberle dado las gracias por su ayuda, no haberle dicho por última vez lo mucho que la quería. La idea de que había muerto sola en la habitación sin darle ni siquiera la mano la atormentaba por dentro. Lolita todavía no sabía que en la mayoría de los casos no hay despedidas, que las personas más importantes se van sin decir adiós. Y cada uno de ellos al marcharse se lleva un poco de nosotros, pero nos deja mucho de sí. Mucho más de lo que en un principio pensamos.

Tenía dos niños pequeños y estaba sola. Miguel no daba señales de vida. Sin embargo, no le quedaba otra alternativa: debía fortalecerse y seguir adelante. Con la ayuda de Dios y por obra de su propia tenacidad, lo conseguiría.

Mientras Lola luchaba por sobreponerse a la desgracia, la estancia del teniente coronel Miguel Campíns en Almería tuvo lugar en los mismos días en que se desarrolló la trágica retirada de Annual.

La retirada de Annual fue un desastre logístico y humano estremecedor: más de diez mil muertos en menos de una semana. Una desbandada de soldados procedentes de Annual y otras diversas posiciones que, totalmente desorganizada y con la estructura del mando roto, se refugió en el

fuerte del Monte Arruit. Aguantaron lo que pudieron pero, al no llegar ayuda, se rindieron; una vez desarmados, los rifeños se echaron sobre ellos y los mataron a todos. Unos fueron descuartizados, otros degollados, algunos quemados vivos. El general Silvestre, responsable de la retirada de Annual, no sobrevivió. El general Navarro, que se negaba a abandonar a los heridos, se rindió en Monte Arruit y de casualidad logró sobrevivir.

El desastre de Annual provocó una terrible crisis política en España, llegando a decir el diputado Indalecio Prieto en las Cortes: «Estamos en el periodo más agudo de la decadencia española. La campaña de África es el fracaso total, absoluto, sin atenuantes del ejército español».

La unidad de Campíns, debido, sin duda, a su asentamiento en el puerto peninsular más próximo a Melilla, fue la primera que envió un batallón expedicionario para socorrer a la mencionada ciudad africana. Las tropas al mando del teniente coronel Barrera desembarcaron el día 24 de agosto en dicha ciudad, infundiendo ánimo a una población cuya preocupación y nerviosismo crecientes eran todavía más peligrosos que la proximidad del harca rifeña. Por todas partes se hablaba de lavar el honor, de recuperar lo perdido, de revancha, de venganza. Se pedía a gritos repatriar a los muertos, darles sepultura y rescatar a los prisioneros.

La gente acudió a recibir a las tropas recién llegadas en el vapor *Isla de Menorca* entre vítores, banderas y ramos de flores. El cariñosísimo recibimiento sorprendió a las fuerzas expedicionarias. El teniente coronel Barrera dirigió una vibrante y patriótica alocución a las fuerzas en el muelle Villanueva. Al terminar se escuchó una entusiasta ovación, vitoreándose constantemente al batallón del Regimiento La Corona. Una banda de música amenizó el desembarque, ejecutando alegres composiciones. Después desfilaron las fuerzas brillantemente por la calle Alfonso XIII, entre calurosos aplausos y vítores. Una bandera rojigualda ondeaba en la torre más alta de Melilla la vieja: la ciudad recuperaba la esperanza. Barrera, que se encontraba enfermo desde hacía tiempo, contempló orgulloso a sus tropas desfilar bajo la bandera; a pesar de su grave enfermedad, se negó a dejar el mando y se mantuvo al frente del mismo en todas las acciones de combate hasta que no pudo más. En el mes de octubre tuvo que ser evacuado de urgencia al hospital Militar de Melilla, donde murió dos días más tarde. El teniente coronel Campíns, al conocer la noticia, no dudó en presentarse voluntario para reemplazarlo. Al mando de sus tropas e integrado en la columna del general Neila, inició la reconquista, también llamada la «Campaña del Desquite». En primer lugar, aseguraron las líneas de defensa de Melilla y, una vez consolidadas estas, comenzó la recuperación de las posiciones perdidas durante el Desastre.

Recorrieron todos los puestos que ocupaba el ejército hasta junio. Fueron reconquistando todos, uno a uno y, mucho antes de llegar a Annual, para cumplir el sagrado deber de dar tierra a los cuerpos insepultos de los soldados caídos, empezaron las tropas a buscar sus cadáveres. El escenario que se encontraron en el trayecto fue dantesco. Algunos cuerpos estaban desmembrados, sin brazos, sin piernas, cubiertos de piedras; otros, clavados en el suelo con estacas, con los genitales arrancados, las cabezas machacadas. Casi todos tenían señales de ensañamiento: unos habían sido martirizados antes de morir, en otros la crueldad se había cebado después de la muerte. El hedor era insoportable. Miguel no podía dejar de pensar en aquellos hombres, en aquellos soldados, casi unos niños... ¿Qué sentirían, qué pensarían mientras veían cómo los

mataban desarmados, indefensos? Cuando se pidieron voluntarios para enterrar a los fallecidos, hubo que seleccionar: todos dieron un paso al frente. Los enterraron cristianamente en una fosa común y solo muchos años después los trasladarían al Panteón de los Héroes en el Cementerio de la Purísima Concepción de Melilla.

La actuación de este batallón durante los seis meses y medio que duró la intervención asombró a propios y extraños no solo por la eficacia y rapidez en conseguir sus objetivos, con muy pocas bajas, sino por la combatividad y la valentía demostrada en todos sus enfrentamientos; y, muy especialmente, en la toma de Casas de Fumini, donde no vacilaron en cargar la bayoneta contra los rifeños. La acción fue de un coraje y una valentía excepcionales, llegando al cuerpo a cuerpo, motivados no tanto por el afán de conquista como por el deseo de venganza de sus compañeros muertos. La hazaña trascendió el ámbito del ejército de operaciones y su notoriedad llegó pronto a la Península, dado el número considerable de enemigos con los que se enfrentaban y la firme posición que mantenían esas tropas, casi todas montadas y bien pertrechadas con el material tomado con anterioridad a las fuerzas españolas. Las acciones de reconquista de las posiciones permitieron encauzar victoriosamente el final de esa campaña en la zona oriental.

Miguel fue objeto de numerosas felicitaciones del comandante general, del ministro de la Guerra y del propio Alfonso XIII. Y, finalmente, después de varias jornadas de marcha, llegó a Melilla, donde la misma tarde de un 15 de mayo embarcó para Almería. Se había ganado unos días de permiso.

En la estación de Almería, al teniente coronel le esperaba un ayudante del rey para darle la bienvenida. Alfonso XIII quiso destacar con este gesto el gran aprecio que sentía por la unidad y por su jefe, tras su extraordinario comportamiento en África.

Y, por fin, llegó a casa... Su querida Lolita volvía a vestir de negro. Tenía unas profundas ojeras y había perdido ese brillo embellecedor que antes tenía en los ojos. Ahora, sin ese brillo, quedaba al descubierto la realidad de una cara extremadamente delgada y que apenas reconocía.

—Siento mucho no haber estado a tu lado, al lado de tu madre... —le dijo con infinita ternura y con el corazón en un puño—. Sé lo unida que estabas a ella, lo mucho que la querías. Y lo mucho que la necesitabas. Yo también la quería; el cariño que me dio fue lo más cercano que he conocido al cariño de una madre.

—Sí... Pero no has estado conmigo, no has estado con ella... Cuando te necesitaba, me has dejado sola con los niños. Estabas con tu ejército, has arriesgado tu vida por la patria... Pero ni siquiera era tu patria. Has arriesgado tu vida para defender un territorio que no nos importa, que no es nuestro, que no es España. Deja África para los moros y piensa en tu familia. El ejército, la patria, tu fidelidad a tus superiores, ¿crees que te necesitan ellos más que yo?

—Suen a reproche y no es justo lo que estás diciendo —contestó Miguel contrariado.

—Tu fama se ha adelantado a tu vuelta. No necesito eso para saber que eres valiente y tienes coraje, y que amas a tu patria y a tu ejército tanto como a mí...

Lolita hablaba sin mirarle. Soltaba las palabras y las dejaba caer mientras corría detrás de los niños que acababan de entrar por la puerta para saludar a su padre de la mano de Antonia. Al ver a su padre, se soltaron y salieron corriendo hacia él, que, impulsado por la tremenda necesidad de abrazarlos, los cogió a la vez, cada uno en un brazo.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo habéis crecido! —exclamó Miguel—. Casi no os reconozco —añadió con una mezcla de sorpresa y tristeza.

—Papá, papá, ¿había moros en la costa?

—Pero, bueno, ¿dónde habéis oído eso? —contestó Miguel sin poder esconder media sonrisa.

—Siempre lo decía la abuela...

Y el recuerdo de Dolores planeó por la estancia rozándoles a todos y dejando entre ellos una estela de condensación.

—¡Papá, llévanos contigo a luchar contra los moros! Hemos comido mucho... ¡Mira qué fuertes somos! ¡Déjanos tu fusil! —gritaban los niños.

Cuando los niños salieron de la habitación, un silencio helador se extendió por esta; una fisura emocional se había abierto entre Lolita y Miguel. Ambos notaron que un muro se había levantado entre ellos; muchos meses, muchos sentimientos contenidos... Se habían alejado. Ella seguía todavía en la puerta de la habitación de su madre, acariciando su cuerpo inerte. Él todavía pensaba en la sepultura de los soldados mutilados de Annual.

A veces, el silencio corta más que el cuchillo de una bayoneta. Ella fue hacia la cocina, él la siguió... Lolita vio que él tenía los ojos brillantes y sabía que sus propios ojos echaban chispas también... Sentía algo que ya había sentido, conocía esa sensación. Y sabía que no la podía esconder. Miguel la volvió a agarrar por detrás como solía hacer en el pasado; sus fuertes brazos la inmovilizaron. La atrajo hacia sí... Lolita supo entonces que había entrado en su campo magnético, y al entrar en él el muro se deshacía, se desintegraba, desaparecía... Se volvió y le dijo:

—Perdóname; no me daba cuenta de que tú también estabas lidiando con la muerte.

Y sin dudarle más le besó... Fue el mejor beso de su vida.

Era 16 de junio. Estaban radiantes: Miguel, con su uniforme de teniente coronel, y Lolita, con su sombrero y su vestido blanco, iban a ser recibidos en audiencia por el rey. El fotógrafo real les iba a fotografiar inmortalizando el momento. Lolita volvía a sentirse la mujer más feliz del mundo.

Y el 14 de agosto del mismo año de 1922, para culminar su inmensa alegría, le fue concedida a la Bandera del Regimiento la Medalla Militar colectiva por los méritos contraídos por su batallón expedicionario, condecoración que fue impuesta solemnemente por el propio rey, que se desplazó a Almería nuevamente para tal fin.

Fue la única vez en toda la guerra que una unidad de reemplazo alcanzó tal recompensa. Campíns volvió a demostrar con este hecho que él no buscaba méritos personales sino el de sus unidades, cuyos integrantes llevarían ya siempre en su corazón el orgullo y la satisfacción de haber servido en aquella unidad. Pero lo que no pudo evitar fue el crecimiento de su prestigio en el Ejército; ya no se trataba solo de un militar ejemplar en su conducta personal, sino de «un mando admirado y deseado por todo el Ejército, quien lo reconoce como una esperanza para el futuro», como así fue calificada su actuación por la jefatura del Ejército de África.

Lolita estaba profundamente orgullosa de su marido. Ya no le importaban las ausencias: tenía que compartirlo con su ejército, con su patria, con su bandera, una bandera que siempre había llevado en el corazón. Y ahora todo el mundo lo sabía.

7. *Llega la niña*

Melilla

Desagradables incidentes en Barcelona durante la Diada del 11 de septiembre, en contra del Ejército español y a favor de la republica del Rif, desencadenaron el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera en esa misma ciudad el 14 de septiembre de 1923.

Ante la creciente incertidumbre política, Lolita no quería estar más tiempo separada de su marido. Así que, finalmente y tras pensarlo mucho, la familia al completo se trasladó a Melilla. A la inquietud que generaba vivir en esa ciudad se unió un motivo más de preocupación: volvía a estar embarazada. Allí no conocía a nadie, no tenía amigas ni familia. ¿Qué matrona la asistiría en el parto? Miguel, como siempre, la animaba y la tranquilizaba diciéndole que todo saldría bien. Pero no fue así.

Después de un parto largo y doloroso, Lolita dio a luz a gemelos, dos niños preciosos pero muy pequeños. Nacieron antes de tiempo, a los siete meses. Nada más nacer los bautizaron: a uno le llamaron César, como al hermano pequeño de Miguel, que con cinco años murió de cólera; al otro le llamaron David. Después del bautismo, Lolita los colocó en su pecho durante las siguientes veinticuatro horas, en que muy lentamente cerraron los ojos para volver al sueño que hacía tan poco habían dejado. Tenían mal formados los pulmones. Nunca supo si fueron las malas condiciones clínicas o si fue su débil estado de salud física y emocional los que provocaron la prematura muerte de los pequeños. No obstante lo que siempre pensó Lolita fue que repetiría toda la angustia del embarazo y del parto aun sabiendo que las cosas podrían no salir bien, con tal de volver a experimentar la inmensa felicidad que le supuso tener durante veinticuatro horas a sus pequeños César y David en su pecho.

Los enterraron al día siguiente en el cementerio de la Purísima Concepción de Melilla. Una parte de Lolita se quedó allí con ellos.

Pero la vida muy pronto le devolvió lo que le había quitado. Un nuevo embarazo. Esta vez sí. Lo consiguieron. Por fin había llegado. Era una niña: Era Conchita.

Conchita nació en Madrid el 24 de agosto de 1924. Su madre estaba más tranquila si daba a luz en la capital; Melilla no le ofrecía garantías si volvía a haber complicaciones. Pero no las hubo. El parto fue rápido y fácil. Y Conchita no paraba de sonreír y repartir alegría entre todo el que se acercaba a verla. Aunque esa alegría que flotaba en el ambiente no era completa. Miguel, que tanto había deseado esa niña, no pudo asistir a su nacimiento; los combates en África se lo impidieron. Dada la buena salud de madre e hija, al mes, volvieron a Melilla. Lolita quería estar más cerca de su marido.

Mientras tanto, Campíns seguía combatiendo en territorio africano, pero el pensamiento estaba con su mujer y con su pequeña Conchita... Se sentía radiante de felicidad y tenía la certeza de que su madre velaba por él y por su familia... Se encontraba en la zona occidental, al mando del

Regimiento Alba de Tormes, pero integrado con otras unidades en diversas columnas que variaban según la situación y las disposiciones tomadas por sus jefes, el general Castro Girona inicialmente y después el general Leopoldo Saro. En cierta ocasión llegó a mandar la 8ª Circunscripción, integrada por ocho mil hombres, que incluía el mando del grupo de regulares Tetuán número 1 y diversas unidades de caballería, artillería, zapadores y, desde luego, de infantería, lo que excedía las atribuciones de cualquier teniente coronel. Pero el propio Saro no solo destacó en sus informes las «excepcionales aptitudes de mando» de Campíns, sino que tenía ya decidido darle el mando de una de las tres columnas que intervendrían en el desembarco de Alhucemas que estaba preparando.

La intervención de la Brigada Saro en Alhucemas se produjo en septiembre de 1925; estaba encargada de alcanzar una línea de posiciones que protegiera el posterior y gran desembarco hispano-francés en la zona. La brigada estaba formada por tres columnas: las dos primeras mandadas por los coroneles Martín y Franco (recientemente ascendido), mientras que la tercera, comandada por el teniente coronel Campíns, estaba inicialmente prevista como reserva en segunda línea. Sin embargo, la detención de la columna de Martín en la playa de la Cebadilla obligó a realizar un paso de línea a Campíns, que progresó victoriosamente en vanguardia hasta alcanzar sus objetivos. Su acción del 24 de septiembre motivó una nueva propuesta de ascenso, que no se materializó hasta febrero de 1926, «por méritos contraídos entre agosto de 1924 y octubre de 1925»; es decir, agrupando nuevamente acciones diferentes. Así, el general Castro Girona decía en 1924: «(...) he podido apreciar personalmente el meritorio trabajo de dicho jefe que, unido a sus dotes de mando y gran cultura, puede considerarse una esperanza para el Arma de Infantería, a la que dará días de gloria en mandos superiores para los que está sólidamente preparado». Por su parte, el general Núñez de Prado declaraba en octubre de 1925: «Lo considero como uno de los mejores jefes de nuestro Ejército, por lo que el elevarlo a categorías superiores sería beneficioso tanto para las Armas como para la Nación».

Fue el 9 de marzo de 1926 cuando Campíns, ya coronel, se incorporó a Melilla para tomar posesión de su nuevo destino, el Regimiento de infantería África 68, donde realizaría su última etapa africana. En abril actuó de nuevo en las acciones previstas en la zona tras el desembarco de Alhucemas, donde al mando de la columna de su nombre y junto a tropas francesas e indígenas participó exitosamente en los combates que acabaron con la resistencia de Abd el Krim y, en definitiva, con el problema del Rif, por los que el coronel Campíns recibió nuevas felicitaciones y condecoraciones. Miguel le contaba a su mujer todos y cada uno de sus avances en África y le narró con un orgullo especial cómo se coordinaron los ejércitos de tierra, mar y aire para realizar el desembarco en una playa rifeña de interés estratégico, y cómo gracias a ese apoyo naval, aéreo y terrestre pudieron conquistar el territorio. Fue duro, muy duro. Los soldados desembarcaban a cincuenta metros de la orilla por lo rocosas que eran las playas, y avanzaban por el agua que les llegaba hasta los hombros con el fusil por encima de las cabezas para que no se mojara. Al mismo tiempo, otros avanzaban por verticales acantilados bajo el fuego de ametralladoras rifeñas. Muchos habían caído.

—Pero lo conseguimos, Lolita, conquistamos el terreno —dijo Miguel con emoción contenida—. Y ¿sabes cómo hemos pensado llamar a lo que pronto será una ciudad española? —añadió con

orgullo.

—No, ¿cómo?

—Alhucemas.

—¿Alhucemas? No parece nombre español. ¿Por qué Alhucemas? —preguntó Lolita frunciendo el ceño con cara de sorpresa.

—Porque alhucemas viene del árabe *alkhuzama*, que es el nombre de una planta muy típica en el Rif: la lavanda. Esa parte de Marruecos está llena de lavandas como lo está todo el Mediterráneo. Es la flor del Mediterráneo. ¿Recuerdas cómo te gustaba coger ramos de espliegos de lavanda y meterlos en bolsitas cuando paseábamos por las afueras de Alicante?

—Claro que me acuerdo. Me encantaban sus flores: tenían un precioso color violeta con reflejos azulados y me volvía loca su envolvente olor. Por eso las cortaba y las guardaba en bolsitas para capturar su aroma, para que no se fuera, y llevármelo a casa. Olían a limpio... Además, mi madre siempre me decía que tenían poderes curativos. ¡Qué nombre más bonito, Miguel! ¡Una ciudad con nombre de planta curativa...! ¡Qué buena idea! Será un símbolo y una referencia para el mundo entero, por el nombre y por lo que habéis hecho —exclamó Lolita entusiasmada.

—Ya verás, Lolín, será una gran ciudad... Podremos ir con los niños de vacaciones —contestó Miguel con orgullo.

Durante el tiempo que duró la Segunda República, la ciudad se llamó Villa Alhucemas. Sin embargo, durante el régimen franquista y hasta la independencia de Marruecos en 1956, la ciudad pasó a llamarse Villa Sanjurjo, en honor al general que comandó el ejército de las tropas terrestres en aquella playa.

Lolita, sin embargo, no tenía demasiado interés en visitar Alhucemas y ya estaba un poco cansada de Melilla. El clima era demasiado seco, especialmente ese invierno; apenas había llovido y los chicos no paraban de toser. Estaba convencida de que el colegio era un foco de infección, no tenía muy claro que obligaran a los niños a respetar las normas elementales de higiene. Y, para colmo, Miguel se había ido a Madrid. Se sentía sola.

Pero Miguel no pudo evitar que entre los meses de marzo y diciembre de 1927, en que abandonaría definitivamente tierras africanas, se viera obligado a compaginar sus responsabilidades en el destino con frecuentes viajes a la capital española, ciudad en la que participaría en los trabajos de una comisión organizadora de la academia general militar, para la que había sido designado por el ministro. Campíns era el vicepresidente de dicha comisión; Franco, el presidente.

Mientras tanto, Lolita intentaba sacar fuerzas. Se acordaba de lo que le decía su madre cada vez que la veía apurada: «Cuando estés agobiada y creas que no tienes fuerzas suficientes para salir adelante, llama a doña Necesidad; ella nunca te fallará y te dará las fuerzas que crees que no tienes». Los refranes de su madre terminaban convirtiéndose en algo más que palabras y, como si de un salvavidas se trataran, se aferraba a ellos con una esperanza que terminaba por transformar en realidad tales dichos. Uno de esos días, de primeros de marzo, sus hijos tenían mucha tos, por lo que decidió que no irían al colegio. Si hacían esfuerzos o les pillaba alguna corriente, empeorarían y, no estando su marido en casa, prefería no arriesgarse a que eso pasara.

—Antonia, hoy no despiertes a los chicos, no quiero que vayan al colegio. Tienen que descansar para curarse esa tos.

—Sí, señora, como usted disponga.

Pero a media mañana, cuando entró en la habitación para darles un jarabe, descubrió que faltaba uno de ellos. La cama de Toñín estaba hecha, sin una arruga. Pero vacía.

—¿Dónde está tu hermano?

—Se ha ido al colegio.

—¿Cómo que se ha ido? Os dije que hoy os quedaríais en casa, que con esa tos no podíais salir a la calle.

—Ya, se lo advertí cuando se iba...

—Eres el hermano mayor, Guelín, ¿por qué no te ha hecho caso?

—Es que... tenía examen de Historia, y ya sabes lo importante que son para él estas cosas. Yo me hubiese quedado aquí encantado si...

—¡Tenía que haber obedecido! —interrumpió Lolita, enfadada.

—Bueno, dijo que ya no tosía mucho...

Sin querer quedarse a escuchar las excusas que Guelín le pondría, cogió su bolso, sus guantes, un chal y se fue al colegio. Toñín había sufrido una neumonía unos meses atrás, y le preocupaba que tuviera una recaída. Solo pensarlo hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Aceleró el paso hasta llegar al colegio.

Un cura en la recepción le dijo que las aulas estaban vacías. Era la hora del recreo, los niños estaban jugando en el patio trasero... Se dirigió hacia el alboroto, pero no lograba encontrarlo. ¿Dónde se habrá metido este chico?, se preguntó con cierta inquietud. ¿Se habrá puesto peor y lo habrán llevado al hospital? Empezaba a temer que el camino hasta el colegio hubiese empeorado la salud de Toñín, todavía delicada. Pero por fin respiró tranquila. Allí estaba: corriendo por el patio y moviendo piernas y brazos con total despreocupación tras un balón, como si la vida le fuera en ello.

Se acercó a la verja que rodeaba la amplia pista donde los niños, además de jugar con la pelota, chillaban y reían con la facilidad y el desenfado que otorga la infancia. Su pequeño, allí en medio, era uno más. Sonriente, acalorado por las carreras intermitentes tras el balón y los pases y comentarios intercambiados con sus amigos. Podía tener tos, incluso fiebre, pero nada borraba de su cara la sonrisa de satisfacción que le otorgaban unos simples minutos de juego al aire libre. Y pensó que así sería siempre. Que no podría dejar de preocuparse por él cuando no lo tuviera delante, cuando su vida no estuviera bajo su vigilancia. Pensó en que aguantaría todo solo por verlo así, sonriente, divertido. La había desobedecido; él, que era tan recto y comprometido. Solo por no faltar a un simple examen, un examen en el que podía anticipar que sacaría la mejor de las notas.

Eso era ser madre, pensaba Lolita, contemplando a su niño jugar desde la distancia. Querer y preocuparse como si de un todo se tratara. Como partes indisolubles, innegociables. Cuando no fuera tos, serían desamores cuando no fueran desamores, serían ideales. Pero su niño tomaría las decisiones que terminara considerando adecuadas. Por más que no dejara de querer a su madre.

Por más que su madre no dejara de quererlo. Se alejó de la pista sin revelar su presencia, más aliviada. Más apenada, también.

Cuando Toñín regresó a casa para comer, Guelín estaba pendiente de su madre. Intuía que su hermano se llevaría una buena reprimenda, acompañada de un mayor castigo. Sería curioso observar cómo uno de los rapapolvos que habitualmente se llevaba él caía esta vez sobre el cogote de su hermano. Pero Lolita no parecía molesta cuando se sentaron a comer juntos.

—¿Qué tal te ha ido el examen? —le preguntó.

—Bastante bien. Fue un poco difícil, pero por suerte me los sabía todos: los reyes godos y los visigodos.

—A pesar de la tos que tienes.

—Sí. Te vi esta mañana en el patio.

Lolita miró a Toñín, pero no contestó nada.

—Te pido perdón por no haberme quedado en casa. Era un examen muy importante. Pero siento mucho que te hayas preocupado por mi culpa.

La mirada de Toñín era cristalina, rezumaba honestidad. Había hecho lo que consideraba más apropiado, aun desoyendo los consejos de su madre. No obstante, era totalmente consciente de la inquietud que le había ocasionado, y sus disculpas eran sinceras; le dolía haberle fallado. Lolita sintió ganas de estrecharlo entre sus brazos. Pero se contuvo y tan solo asintió, restando importancia a lo ocurrido, y todos continuaron comiendo.

Junio de 1927 fue un mes para el recuerdo. El general Primo de Rivera le impuso a Miguel Campíns, en presencia del embajador de Francia, las insignias de Oficial de la Legión de Honor por los méritos contraídos en Marruecos el año anterior. Miguel estaba plenamente satisfecho. Era el mayor reconocimiento que podía esperar. Y el inmenso orgullo que sentía no era solo por la condecoración que le había otorgado Primo de Rivera, sino porque además le había nombrado jefe de estudios de la academia general. Siempre le había gustado la enseñanza, disfrutaba educando a sus hijos cuando sus responsabilidades se lo permitían. Ahora tenía en sus manos la educación de cientos de futuros cadetes. La futura oficialidad se formaría allí, tenía una oportunidad de oro para hacer del Ejército de Tierra español un referente internacional y un ejemplo a seguir por otras instituciones.

—Lolita, tenemos nuevo destino.

—¿Nuevo destino? ¿Otra vez? Recuerda que tenemos tres niños pequeños, movernos ahora es mucho más difícil. No podemos aceptar cualquier destino. Miguel, no me asustes.

—Tranquila, esta vez te va a gustar... ya lo verás.

—Déjate de rodeos y dímelo ya.

—Nos vamos a Zaragoza.

—¿A Zaragoza?

—Sí: vamos a inaugurar la academia militar del Ejército de Tierra. Primo de Rivera me ha designado jefe de estudios. Francisco Franco, ¿te acuerdas de él?, será el director.

—Claro que me acuerdo, y de su mujer, Carmen, también... Ay, qué alegría, ¡jefe de estudios de la academia militar! ¡Qué categoría! Nuestros hijos crecerán en un ambiente intelectual, y yo

retomaré las tertulias con Carmen y Consuelo. Además, en Zaragoza podremos oír misa en el Pilar y a escuchar las aguas revueltas del Ebro... —exclamó Lolita sin poder contener su emoción.

Lolita no cabía en sí de felicidad. Pero la felicidad a veces es tan etérea, delicada y frágil como una pompa de jabón, una pompa que flota de un lado a otro movida por ligeros soplos de viento, que, cuando por fin quieres tocar e intentas retener, desaparece, dejando solo el recuerdo de lo que fue. En Zaragoza llegarían a tocar con los dedos esa felicidad, pero cuando intentaron cogerla, cuando intentaron retenerla, cuando quisieron convertirla en eterna, la academia se desvaneció de la misma forma en que se desvanecen los sueños. Sin dejar huella.

8. *La Academia Militar* Zaragoza

En enero de 1928 se produjo el nombramiento del general Franco como director de la nueva academia; unos días más tarde, el del coronel Campíns como jefe de estudios.

Justo antes había llegado la familia entera a Zaragoza, procedente de Madrid. Los tres niños estaban nerviosos, la emoción del viaje les tenía alterados. Antonia no paraba de regañarles, pero no parecían hacerle mucho caso. Miguel ayudaba a Lolita con algunas maletas y bolsas de mano; el grueso del equipaje llegaría unos días más tarde.

Habían tardado un poco en bajar del tren. Se detuvieron más de la cuenta en sacar los numerosos bultos que llevaban y hubo un momento de confusión. Cuando por fin abandonaron el vagón, Conchita iba de la mano de Lolita y Toñín les estaba esperando abajo junto a Antonia. Después bajó Miguel y, tras revisar equipaje y familia a vista de pájaro, exclamó alarmado:

—¿Dónde está Guelín?

Todos se miraron entre sí. Luego a su alrededor. Pero Guelín no estaba en ninguna parte.

—Antonia, ¿dónde está Guelín? —insistió Miguel subiendo el tono de voz.

—Estaba aquí hace un momento, a mi lado. Se le cayó una canica ahí detrás y fue un momento a por ella... y... y... no sé... Ahora no está. No es posible... le aseguro que estaba aquí hace un instante.

—Le he dicho infinidad de veces que no puede perder a los niños de vista.

Mientras tanto Lolita, con la cara desencajada, empezó a preguntar a viajeros y personal de la estación. Pero nadie le había visto. Transcurrieron solo quince minutos, pero fueron angustiosos.

—No puede desaparecer así un niño de once años —gritaba Lolita—. ¡Alguien se lo ha llevado!

En ese momento apareció un cochero que se dirigió a ellos.

—Si están buscando a un niño, ahí fuera, justo al salir de la estación, hay un grupo de chavales subidos a un viejo vagón abandonado.

Salieron corriendo. Ahí estaba Guelín. «Fuera moros, fuera moros», gritaba, mientras levantaba un palo junto a otros chavales. «Os hemos vencido... ¡Viva España, muera Marruecos!».

—Baja inmediatamente de ahí... no sabes el susto que nos has dado —gritó Lolita, sin poder disimular cierto alivio.

—Pero, mamá... Los moritos, estábamos jugando a que vencíamos a los moritos... Papá, ¡hemos ganado! Somos soldados españoles y hemos ganado y ahora el vagón es nuestro.

—Soldados y moritos, ¿eh? Te voy a dar yo a ti moritos y soldados ahora mismo, uno detrás de otro... Venga, tira para adelante y sin rechistar —le recriminó Miguel a su hijo, con una severidad nada habitual en él, mientras lo cogía del brazo.

En el vagón se quedó de pie con el palo entre las manos otro niño de edad parecida. «Somos soldados españoles», gritaba sin cesar. Se habían conocido en el tren; su padre también iba

destinado a Zaragoza. Su nombre era Ramón Soldevila. Muchos años después, Guelín lo volvería a ver. Pero no lo reconocería.

El 1 de febrero todo el personal destinado pasó su primera revista y continuó sus trabajos organizativos con el objeto de que todos los aspectos de vida y enseñanza que necesitarían a su llegada los cadetes de la primera promoción estuvieran ya resueltos. Se había creado un centro realmente nuevo en España, tanto en su sistema educativo como en sus métodos de enseñanza, conseguido todo ello en tan solo un año y medio de trabajos preparatorios. Y el 5 de octubre los cadetes se presentaron en formación ante el general Primo de Rivera: se inauguraba el primer curso de la nueva academia. Se habían presentado 785 solicitudes; solo se aceptaron 215. Los exámenes eran anónimos para evitar el viejo vicio tan español del enchufismo. La inauguración fue todo un acontecimiento, la emoción contenida ese día era difícil de explicar; incluso a Miguel Primo de Rivera se le humedecieron los ojos durante el acto, ya que entre los cadetes tuvo el orgullo de ver los rostros juveniles de dos de sus sobrinos.

Mientras tanto, ese año la situación en España empeoraba política y económicamente; se sucedían las huelgas y los atentados. Y tuvo su punto culminante en el fracasado golpe militar contra la dictadura del 30 de enero de 1929, encabezado nada menos que por el prestigioso militar Manuel Goded, comandante de Cádiz. Sin embargo, los procesos incoados contra los principales cabecillas de la revuelta y las circunstancias que rodearon a dichos procesos ejercieron sobre el dictador un efecto negativo, que vio sensiblemente mermada su reputación y fue perdiendo apoyos hasta que, un año después, el rey le pediría al general Primo de Rivera amablemente su renuncia.

No obstante, la inestabilidad militar que se respiraba en España no alcanzó a la Academia de Zaragoza. Era un microcosmos, en el que nadie ni nada se salía de órbita, en el que reinaba la disciplina más absoluta.

La vida de la familia Campíns se desarrollaba agradablemente.

Mientras Miguel se dedicaba a organizar todos los aspectos de la vida y enseñanza de los cadetes y, con especial esmero, a elaborar los programas del curso, organizando y dirigiendo el equipo de profesores, Lolita se afanaba en decorar la casa... Vivían en las dependencias militares del palacio de la Aljafería, un palacio emblemático de Zaragoza donde se respiraba olor a príncipes orientales. A Lolita vivir allí le parecía como vivir en el cuento de *Las mil y una noches*: residencias amplias para cada familia, con estancias espaciosas, muros anchos y techos altos, todas rodeadas de jardines y de patios muy luminosos. Tenía buen gusto y la casa, aunque contaba con pocos muebles y enseres, enseguida se impregnó de elegancia, esa sencilla elegancia que la caracterizaba... Los niños estaban un poco cansados de tantos traslados y tanto cambio de colegio, pero una vez más se adaptaron al nuevo entorno.

Conchita, quizás por ser la pequeña, era la que primero se amoldaba a los cambios. Le encantaba hablar con desconocidos, a los que enseguida sometía a una batería de preguntas. Uno de aquellos días se sentía especialmente contenta y no paraba de correr por los patios y cantar con sus amigas, todas hijas de compañeros o subordinados de su padre. El motivo de su alegría era que había venido a jugar con ella una niña con la que había hecho especial amistad. No sabía su nombre exacto, pero todos la llamaban Nenuca. Nenuca no se parecía mucho a ella en lo físico;

era más delgada y menuda y mucho más morena de pelo y de piel: parecía una gitanilla, sobre todo si se comparaba con la tez blanca y el pelo rizado y rubio de Conchita, quien, al ser la única chica de la casa, era la niña mimada de todos. En esto sí se parecía a Nenuca, lo que quizás influyó en su amistad.

A Conchita le encantaba cantar: siempre se levantaba cantando (costumbre que mantuvo el resto de su vida), despertando a todo aquel que vivía con ella, lo cual no resultaba tan agradable como se podría pensar, aunque ella lo ignoraba. Dios no la había llamado por el camino de la música... Pero ella todavía no lo sabía. Aquel día, incluso cuando se fue Nenuca, seguía cantando: casi siempre eran típicas canciones militares que aprendía en los cuarteles, y recorría los patios de la Aljafería corriendo y saltando mientras tarareaba...

*Yo soy la cantinerita,
niña bonita del regimiento
que a todos mis soldados tengo contentos...
Se me cuadran,
me saludan
y me dicen al pasar:
cantinerita, niña bonita,
si yo pudiera lograr tu amor,
una semana de buena gana
sin comer rancho estaría yo...*

—Conchita, ¿qué haces? ¿Por qué te has puesto la gorra de tu padre? ¿Y ese cinturón? Te he dicho muchas veces que con esas cosas no se juega —le regañaba su madre con un tono dulce pero no exento de autoridad.

—Mamá, estoy ensayando. ¿Crees que lo hago bien? Cuando sea mayor quiero ser cantinerita y llevar bebidas a los soldados, y luego curarles si están heridos y cantarles canciones si están tristes. Por eso estoy ensayando. ¡Pobrecillos! Tienen que luchar tanto... Pero, dime, mamá, ¿crees que lo hago bien?

—Creo que lo haces muy bien, pero harás mucho mejor si antes te ocupas de los deberes del colegio, de tus tareas de piano y de lavarte y peinarte como una señorita.

—No, mamá; yo no quiero ser señorita, quiero ser cantinerita.

—Venga, cantinerita, entra en casa a leer, ensayar y lavarte antes de cenar.

Pero Conchita seguía cantando: ¡Porras! Ya estoy harta de historias, de ejercicios escritos y de la traducción. Si no fuera porque alterno el estudio con unas vueltecitas por la calle principal...

Miguel y Antonio eran inseparables. Se llevaban solo un año y todo el mundo pensaba que eran gemelos. Antonio, a pesar de ser el pequeño, era más responsable que su hermano. Al salir del colegio todos se quedaban jugando con un balón o con las canicas o simplemente fanfarroneando, pero a él, al cabo de un rato de distracción y aunque le apetecía tremendamente quedarse con sus amigos, le podía más su sentido de la responsabilidad; a determinada hora se despedía de ellos y se iba a estudiar. Tenía un afán tremendo por saber: había heredado las inquietudes intelectuales de su padre y, al mismo tiempo, la sensibilidad de su madre. Era cariñoso y atento. Cuando su padre no estaba, era quien ayudaba a Lolita con las facturas, la correspondencia y temas similares.

Era sus pies y sus manos. Guelín (que era como todos llamaban a Miguel para diferenciarlo de su padre), sin embargo, no tenía tantas ganas de estudiar como de quedarse con los amigos; siempre encontraba una excusa para charlar con alguien y evitar el momento de ponerse a estudiar. Tenía un afinado sentido del humor y un magnetismo personal que provocaba un campo de gravedad en el que sus amigos fácilmente quedaban atrapados. Sus ojos chispeantes, su pelo rubio y una seductora sonrisa que permanentemente bailaba en sus labios lo convertían siempre en el más carismático del grupo y, también, en el más conquistador. A sus padres les daba muchos quebraderos de cabeza y les preocupaba su falta de interés por los estudios. Su hermano todo el tiempo intentaba tirar de él, aunque sabía de antemano que era una batalla perdida.

—¿Qué os parece un cigarrito por el Tubo? Unas caladas nos despejarán la mente antes de irnos a estudiar —propuso Eduardo. Era el mayor de la pandilla y lo hacía notar.

—Sí, venga, vamos a por el cigarrito. Pero antes paramos en la cafetería LAC, jugamos un billar y nos comemos una aguja de ternera: están deliciosas. Ya me están sonando las tripas —dijo Guelín mientras ponía cara de éxtasis.

—Id vosotros. Yo me voy a casa —les interrumpió Toñín.

—No seas aburrido... Un garbeo por el centro te vendrá bien. Y es bueno contra la calvicie, estás perdiendo pelo de tanto estudiar —dijo Guelín en tono jocoso.

Todos se rieron.

—Muy gracioso mi hermanito...

A Toñín no le importó en absoluto el comentario. Estaba acostumbrado a las bromas de su hermano y las encajaba con bastante humor. Además, tenía razón. La carga genética de su padre había influido en su prematura calvicie; aunque no le hacía mucha gracia, ya lo tenía asumido: en pocos años estaría calvo como él. Fue entonces cuando oyó decir a una voz femenina:

—Dejadle en paz, él será alguien el día de mañana y vosotros estaréis muertos de hambre.

La que hablaba era una joven extremadamente delgada de ojos color miel. Al hablar se delataba. No podía ocultar su admiración por ese chico serio, alto, algo desgarrado y con entradas.

—No hace falta que le hagas la pelota —dijo Eduardo en tono de conquista—. No insistas... No te pasaré los apuntes. Se va a casa, pero yo, sin embargo, me quedo aquí y te los pasaré encantado.

La chica de ojos miel frunció el ceño y dijo muy digna:

—Gracias, pero tus apuntes no me interesan.

Y se fue. Parecía tan frágil que se podía romper en cualquier momento.

—¡Vaya con la remilgada! —suspiró Eduardo en tono derrotista.

Toñín, al verla marchar, giró la cabeza y por un instante se cruzaron sus miradas. Pero enseguida se dio la vuelta. La vio alejarse en una bicicleta. Desapareció. Entonces él también se marchó, pero en dirección contraria, no sin antes advertir a su hermano.

—Venga, Guelín, déjate de cigarritos y de billares y vente. Mañana tenemos examen de álgebra.

—Ve yendo tú... Dile a mamá que llego en cinco minutos.

Pero los cinco minutos se convertían en dos horas y el tiempo de estudio en nada. Y nada era lo que aprobaba.

Esa tarde, delante del libro de álgebra, Toñín no podía evitar ver los ojos miel de esa chica... El resto de su rostro casi no lo recordaba, se le escapaba, se difuminaba. Y entonces acudía su caprichosa imaginación para retenerlo, para mejorarlo, para idealizarlo.

A pesar de tener caracteres tan opuestos, había una gran complicidad entre los dos hermanos; iban juntos a todas partes, hasta a cortarse el pelo. No podían pasar mucho tiempo separados y se complementaban perfectamente. Uno disfrutaba con las matemáticas; el otro, con los idiomas. Uno, moreno; el otro, rubio. Uno, introvertido; el otro, extrovertido. Pero entre los dos había un vínculo muy fuerte. Parecían las dos caras de una misma moneda.

Mientras los chicos crecían, Lolita se sentía la más feliz de las mujeres. No pedía más. Aunque a veces la acechaba una sombra de preocupación: ¿Sería Miguel tan feliz como ella? Él estaba tan acostumbrado a moverse en regimientos, dirigiendo columnas, combatiendo que, a lo mejor, este destino le parecía demasiado tranquilo comparado con lo que había sido su vida anterior.

—¿Este es el trabajo que te gusta? —le preguntó por fin una tarde con aire de preocupación—. ¿No echas de menos un regimiento, un destino con más actividad?

—¿Que si me gusta este destino? ¿Acaso no me lo notas? —contestó sorprendido Miguel—. Me gusta mucho más que los otros... Me encanta enseñar, escribir las normas y los fundamentos en los que se debe basar un buen cadete. Tengo la oportunidad de implementar normas que pueden servir a miles de soldados para el futuro —continuó explicando, animado—. Quiero establecer un sistema pedagógico avanzado y abierto, que sea una referencia a nivel internacional. Es difícil porque choco muchas veces con la mayor parte del profesorado y con el mismo Franco, pero incluso ese debate me resulta estimulante.

—Ahora entiendo por qué Primo de Rivera insistió en que fueras tú el jefe de estudios —dijo Lolita orgullosa—. Tu cultura es mucho mayor que la de Franco: hablas inglés y francés perfectamente. Poca gente conozco que hable dos idiomas. Poca gente conozco que desde los seis años esté estudiando sin parar. Deberías ser tú el director; además, con tantas ausencias de Franco, creo que quien realmente lleva el peso de la academia eres tú.

—No digas eso, Lolita. Franco es mi superior, mi jefe y, además, un buen amigo y compañero. Siempre le rendiré lealtad, acataré sus órdenes con disciplina y seguiré actuando de forma que nunca se arrepienta de la confianza que ha depositado en mí.

—Ya sé que nunca has pretendido hacerle sombra... Pero se la haces sin quererlo. Él sabe que tu aportación es decisiva, que sabrás solventar juiciosamente cualquier contratiempo que surja, que tú llevas en realidad el peso de la academia. Por eso se ausenta tantas veces, por eso delega en ti, por eso te pide que le ayudes en los discursos...

—Bueno, no es para tanto. Solo cumplo con mi deber. Por cierto, mañana me ha dicho Franco que doña Carmen nos invita a tomar el té en su casa. Le gustaría mucho que además nos lleváramos a Conchita; ya sabes lo bien que se lleva con Nenuca.

Lolita, desde que conociera a Carmen en Oviedo, simpatizó con ella de una manera inmediata y, desde entonces, mantenían una estrecha amistad, amistad que se vio fortalecida por tener las dos niñas de la misma edad, y que se convirtieron en inseparables. Le gustaba asistir a las reuniones de Carmen porque siempre acudían personalidades a rendir pleitesía a la mujer del director de la academia: aristócratas locales, políticos que estaban de paso, oficiales compañeros de su marido

con sus mujeres y también hombres solteros destinados en Zaragoza, como el joven y brillante abogado Ramón Serrano Suñer.

Carmen siempre había tenido debilidad por el acento sevillano de Lolita y también por el brillo seductor de los ojos verdes de Serrano Suñer; por eso, pronto ambos se convirtieron en sus invitados favoritos en aquellas cotizadas reuniones.

Francisco Franco Salgado-Araujo, primo de Franco, también formaba parte de estos cosmopolitas y elegantes encuentros. Y de vez en cuando y si coincidían esos días en la capital aragonesa, eran invitados de los Franco el general Mola, director general de Seguridad y su mujer, Consuelo Bascón.

Lolita, con la cultura y elegancia adquiridas desde su juventud y ese embaucador acento andaluz, encandiló a todas las señoras del círculo de militares de los que se rodeó Franco. Entre las mujeres con las que se codeaba estableció una especial amistad con Consuelo: se habían conocido durante un curso de aeronáutica para jefes de bases aéreas que sus respetivos maridos realizaron dos años antes en Cuatro Vientos. Durante esos dos años compartieron las mismas inquietudes y preocupaciones ante el riesgo que corrían sus maridos al realizar aquellas arriesgadas operaciones militares como observadores y como pilotos en territorio africano. Esa preocupación las unió mucho. Pero ahora que se habían disipado sus miedos y las circunstancias habían cambiado, sus conversaciones giraban en torno a los futuros estudios de los hijos, a Sevilla (ya que las dos tenían la misma edad y las dos eran sevillanas) y a la inestable situación política por la que atravesaba el país. Sus maridos, sin embargo, se conocían de mucho antes. Mola había nacido en Cuba, país donde se crio Miguel. A ambos les unían las raíces cubanas, pero, sobre todo, les unía el haber prestado servicio juntos durante muchos años en Marruecos.

Las reuniones eran acogedoras y la estancia estaba al abrigo del frío helador que hacía en Zaragoza en aquellos días. Había una mesa camilla que escondía, detrás de unas faldas verdes de terciopelo, un brasero que caldeaba la atmósfera, una atmósfera de cordialidad y comodidad que se hacía aún más agradable por el contraste con el exterior. Fuera había un ambiente desapacible que sacudía las ramas de los árboles al compás del frío viento del Mancajo, viento que al mismo tiempo provocaba que un sutil visillo de gasa temblara como un velo de novia ante el silbido helado que se colaba por una rendija de la ventana.

Zita, la hermana pequeña de Carmen, también acudía a estas reuniones. La habitación donde se reunían fue testigo de cómo ella, al igual que su hermana, se estremecía ante los ojos del joven Serrano Suñer, quien desprendía un halo cautivador capaz de atraer la atención de todas las mujeres presentes. No transcurrió demasiado tiempo antes de que este acabara reconociéndole a Carmen su amor por su hermana pequeña, con la que contraería matrimonio en 1932 en Oviedo. En esa boda sería testigo de lujo José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, y fundador de la Falange.

Y así transcurrían los meses en la Zaragoza de los años treinta. Miguel, volcado en las normas pedagógicas de la academia; Lolita, totalmente involucrada en la ajetreada vida social de la capital aragonesa; y los niños, creciendo sanos y felices.

Terminado el primer año del curso académico, llegó el desfile de graduación de los cadetes. La ceremonia prometía ser todo un acontecimiento en la pequeña y provinciana ciudad. Ni la tenue

niebla de ese día consiguió deslucir el acto. ¡Todo el mundo sentía orgullo por ver desfilan a los cadetes recién graduados! Las familias de los alumnos, radiantes de alegría, acudieron al evento con sus mejores galas. En torno al acontecimiento, se reunieron personalidades de la aristocracia y la política, y los más destacados militares se encontraban en la tribuna presidencial. Mola, que asistió como jefe de seguridad al evento, se acercó a Franco y a Campíns para felicitarles por el trabajo desempeñado:

—¡Qué gran trabajo han hecho! ¡Qué diferencia estos oficiales con aquellos enclenques melenudos y plagados de lacras fisiológicas que conformaban antaño el Ejército español! —les dijo con orgullo y satisfacción.

Lolita y los niños también acudieron al acto. Un precioso vestido de gasa rayada rosa y marfil con una falda formando airoas ondulaciones y un cinturón de tafetán acentuaban la fina cintura de Lolita. Cubriendo sus hombros, un abrigo tipo bolero con un gran volante de encaje y, en la cabeza, un sombrero con grandes lazos de gasa color marfil anudados al cuello que lo mantenían en la posición correcta. Miguel la miraba de reojo y pensaba: «¡Qué guapa está mi mujer! ¡Cómo le favorecen los colores claros!». Se hizo la promesa de que nunca, nunca más, la dejaría vestirse de negro. Luego sus ojos se detuvieron en sus hijos. Le llamó la atención lo quietos que estaban: apenas pestañeaban para no perder detalle de lo que allí pasaba. Mientras, cantaban emocionados los himnos militares que desde pequeños habían aprendido con tanto orgullo.

Y llegó el emotivo momento de la jura de bandera de los cadetes. Luego desfilaron todos bajo el palco presidido por el rey, Berenguer (recién nombrado presidente de gobierno y ministro de Guerra), Franco, Mola y el resto del profesorado. Todos los cadetes, al pasar, miraban y saludaban al rey. Excepto uno: el cadete que fue número uno de la promoción. Al marchar bajo el palco presidencial, no miró al rey sino a Campíns. El coronel Campíns, al ver el gesto, se llenó de orgullo: «¡Excelente cadete! Ahí va no solo un oficial: va todo un hombre, un soldado y un caballero. Tiene dotes de mando, voluntad y una gran ilustración. España necesita muchos como él». Y le devolvió la mirada y el saludo. No necesitaban más.

Durante los años siguientes, la academia fue ganando prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras. Campíns era un convencido seguidor de la obra de Francisco Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza. Tenía muy claro cuál debía ser el destino final de la Academia General y así se lo expresaba a su mujer.

—Lolín —así llamaba cariñosamente a su mujer—, tenemos que cambiar la forma de educar, la forma de instruir.

—Pero ¿qué más quieres? Tenéis los mejores profesores, los mejores libros de texto, no os escatiman medios...

—No es solo la teoría, Lolita. La educación va más allá. Tenemos que hacer hombres en toda la acepción de la palabra, que sirvan para mandar y para resolver las múltiples cuestiones y casos difíciles que se han de presentar en la guerra. De lo que se trata en un centro como el que hemos creado no es solo de enseñar, sino de formar y establecer un carácter, lo cual ni se enseña en una clase o cátedra ni con los libros; este, el carácter, es producto de las cualidades innatas en el individuo y de una educación muy delicada y hábilmente dirigida.

—Pero ¿por qué es tan importante el carácter para un militar? —insistió Lolita sin darle mayor importancia.

—Parece mentira que tú me lo preguntes; tú, que siempre has admirado a la gente con personalidad —contestó Miguel contrariado—. El carácter es fundamental. Sin él no hay voluntad, ni criterio, ni pensamiento. La voluntad es imprescindible para el mando, forma la principal característica; tanto, que muchos la confunden con ese carácter. Es necesario no anularla en un centro de esta naturaleza, sino cultivarla y fomentarla de forma que se ponga a todos los educandos al servicio del interés común.

Fue esta nueva forma de educar la que convirtió a la academia en una referencia internacional, aumentando de forma exponencial las solicitudes a medida que pasaba el tiempo. La demanda de plazas era muy superior a la oferta. Hasta que un incidente vino a alterar la tranquila pero intensa vida académica.

Era un frío día de diciembre. Llovía a mares y la humedad se metía en los huesos. Ese día Fermín Galán, un capitán antimonárquico que también había estado combatiendo en Marruecos, decidió dar un golpe de Estado en Jaca, pequeña provincia de Huesca. Salió de allí con su guarnición: dos columnas, mil hombres y cincuenta camiones para ocupar Huesca, creyendo erróneamente que se le uniría el Ejército en pleno, al principio, y todos los españoles, al final. La marcha fue lentísima y llegaron a Huesca empapados, ateridos de frío y con síntomas de congelación. Pronto estuvo claro que nadie les apoyaba y los sublevados fueron recibidos ferozmente por las ametralladoras gubernamentales; se dispersaron por el monte e intentaron resistir utilizando tácticas de guerrillas. Galán, consciente del fracaso de su intentona, dio la orden de alto el fuego para evitar nuevas víctimas. Mientras tanto, Franco, enterado de la marcha de Galán sobre Huesca, dispuso la salida de tres compañías, morteros y ametralladoras para defender Zaragoza, aunque al final no fueron necesarias y se pudieron reintegrar a la academia sin haber entrado en combate.

El propio Franco, más tarde, escribiría a su amigo el coronel Varela: «Lo de Jaca, un asco: el Ejército está lleno de cucos y de cobardes y un loco exaltado arrastró a la colectividad de la manera más cochina». En Zaragoza, mientras tanto, la familia Campíns se preparaba para afrontar nuevos cambios en su vida.

—¿Qué pasa, Miguel? ¿Por qué estás tan inquieto?

Lolita se preocupaba por la actitud que su marido había mostrado a lo largo de ese día. Entre ellos la sinceridad se había vuelto un elemento invulnerable, incuestionable pero ella sabía que el comportamiento taciturno de Miguel tenía que ver con algo que lo removía por dentro.

—No paras de dar vueltas, necesitas dormir. Ayer no probaste bocado en todo el día. Dime, ¿qué te preocupa?

—Nada, tranquila; anoche no quise contártelo para no preocuparte. En la academia y en Zaragoza sigue la actividad normal —tranquilizó Miguel a su esposa—, pero quiero que sepas que ha tenido lugar un golpe de Estado en Jaca. El capitán Fermín Galán ha liderado la sublevación. Ayer desplegué los cadetes de la academia para frenar su columna que tenía como destino Zaragoza, pero, gracias a Dios, no fue necesario que entraran en acción. El golpe fracasó enseguida.

—¿Por qué no pueden estar tranquilos los militares? ¿Es que solo se sienten hombres realizados conspirando, disparando y matando? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Para que mande uno en lugar de otro? ¡Qué poco valor tiene para ellos la vida de un hombre! Si son todos iguales... Con eso no demuestran su hombría ni su valentía y se alejan de ser buenos cristianos.

—Lo sé, Lolita. Es la ambición, el afán de poder, ese afán que no pueden controlar y los lleva a arriesgar su vida, la de sus hombres y la de sus familias. Y se repite una y otra vez. Pero no ha triunfado... No lo han conseguido, nadie se les ha unido. En ese aspecto estoy tranquilo. Lo que me preocupa es que el viernes hay Consejo de Guerra Sumarísimo y me han nombrado fiscal. No me gusta empujar a un compañero a una muerte segura. Fermín Galán pudo huir a Francia, tuvo la ocasión, pero prefirió entregarse a sabiendas de lo que le esperaba. Sabía que los delitos de rebelión contra la Monarquía se pagan con la vida —Miguel hizo un silencio, en el que aprovechó para tomar aire—. Lo lamento porque luchó valientemente en Marruecos y será condenado a muerte. Pero lo que más me inquieta es que, además, tengo indicios de que Ramón Franco y Queipo de Llano desde Madrid también están implicados en el golpe.

—Lo de Ramón no me sorprende —comentó Lolita—. Ya había oído cosas sobre él en las tertulias de su cuñada. Pero ¿Queipo de Llano, que luchó heroicamente en Cuba y Marruecos y ahora quiere ir contra la Monarquía? ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé, Lolita, pero lo cierto es que tomó el aeródromo de Cuatro Vientos. Gracias a Dios los aviones regresaron al poco de salir sin llegar a lanzar las bombas, al ser conscientes de la inoperancia del apoyo prometido. No sé, no me fío en absoluto de ese hombre, no me parece que actuase con honestidad. Y no es porque sea republicano, sino por su competencia irresponsable.

—A mí tampoco me da buena espina ese señor. Ten mucho cuidado —dijo Lolita ladeando la cabeza.

—No te preocupes. Todos serán condenados —la tranquilizó Miguel.

El Consejo de Guerra Sumarísimo sentenció a muerte a los capitanes Hernández y Fermín Galán como responsables de la intentona golpista. También se demostró que Ramón Franco y Gonzalo Queipo de Llano participaron en la sublevación con misiones importantes desde el aeródromo, pero en el último minuto, cuando ya estaban cercados por las fuerzas monárquicas, lograron escapar ayudados por amigos franceses y consiguieron salir de España, emprendiendo vuelo a Lisboa y exiliándose finalmente en París.

El ambiente político siguió tenso y el 2 de abril de 1931 se celebraron elecciones que ganaron las candidaturas republicanas.

—El rey ha comunicado que las elecciones del domingo le revelan que no tiene el amor de su pueblo y ha dimitido —dijo Lolita nada más escucharlo en la radio—. Pero sí lo tiene —protestó a continuación.

—No de todos. Con su actitud trata de evitar que un español se lance contra el otro: quiere impedir una fratricida guerra civil. Ha hecho bien —sentenció Miguel.

El 14 de abril se proclamó la República. Se formó un gobierno presidido por Niceto Alcalá Zamora, con Azaña como ministro de Guerra. Una de las primeras disposiciones sería denunciar a la academia militar como un foco de monarquismo, considerando desproporcionada su estructura

y su alto coste en periodo de paz, y creyendo también que había un exceso de oficiales en el Ejército. Por lo que, sin más preámbulo, se suprimió de un plumazo.

A Miguel la noticia le dejó sorprendido; no entendía cómo se podía cerrar una academia que en solo tres años de vida había logrado la excelencia militar, había alcanzado un prestigio internacional sin precedentes y había conseguido tener una demanda de solicitudes muy superior a la oferta porque se había convertido en referente educativo a nivel europeo. Pero su sentido de la disciplina y de la lealtad a la legalidad vigente le llevó a acatar la orden, prometiendo además fidelidad y respeto a la República, aunque él se sintiera profundamente monárquico.

—Cerrarán la academia ahora, pero la volverán a abrir algún día —le decía a su mujer mientras ella empezaba a desmontar la casa—. Necesitan un centro educativo militar de prestigio académico donde se impartan las normas pedagógicas necesarias para el cadete de ahora y el de las generaciones venideras.

Hablaba con pasión y convicción, como si recitara su ideario de lo que debía ser un cadete, y así siguió explicándole a su mujer con un entusiasmo que no era normal para un jefe de estudios al que le acaban de cerrar la academia, a quien acaban de dejar sin trabajo en el momento en que más involucrado está:

«Un cadete tiene que tener cinco virtudes sin las cuales no puede ser considerado como tal: ha de ser hombre, soldado y caballero; en ese orden, porque esas son las cualidades educadoras que debe tener todo oficial conductor de hombres. Y, además, debe contar con dos cualidades más instructivas: dotes de mando y una gran ilustración. Tenemos que grabar en el alma de cada alumno esas virtudes, que son las fundamentales del espíritu militar».

Lolita se detuvo, dejó la ropa y los trastos que estaba colocando y, con voz firme y rebosante de orgullo, se dio la vuelta y le dijo:

—Seguro que estas tres generaciones de cadetes que has instruido aquí llevan esas virtudes grabadas, y no solo ellos; todo el que haya estado a tus órdenes las llevará grabadas también. Como las llevo yo y las llevan tus hijos.

Pero Miguel, como si no hubiera oído o no hubiera querido oír el halago que le acababa de hacer su mujer, continuó envuelto en sus preguntas, en sus pensamientos, y añadió:

—¿Por qué quieren prescindir de la educación y la profesionalización de nuestro Ejército? ¿Por qué quieren dejar a nuestros cadetes, a nuestros futuros oficiales, sin formación fundamental?

—No lo sé —contestó Lolita—. Supongo que están pensando más en el corto plazo, en ahorrar costes en formación para gastarlos en armamento. No se dan cuenta de que, si quieren que España no se empobrezca aún más de lo que está, deberían mirar al futuro, invirtiendo en educación.

Pero Miguel seguía insistiendo, contrariado:

—Me costó convencer al resto de profesores e incluso a Franco de que no se trata de saber, de aprender como autómatas, sino de ser culto, porque ni en tres, cinco o diez años que durara esta u otra academia puede pretenderse abarcar todos los conocimientos que necesita un oficial, y menos aún pensar que esos conocimientos le servirían para el resto de su carrera, ya que todas las ciencias evolucionan y el oficial deberá estar siempre al día. Son, por tanto, la inquietud y la afición por el estudio lo que hay que promover en los alumnos.

—Pero ¿cómo lo promueves? —preguntó Lolita—. La afición y la inquietud por el estudio son algo innato, aunque dependen también de lo que hayas visto en casa. Fíjate: incluso dos hermanos como nuestros hijos, que han sido educados por igual, tienen inquietudes contrarias. Por eso depende del alumno, de cada persona; naces con esa inquietud, es innata. O la tienes o no la tienes.

—No, Lolita. Te confundes; no depende del alumno, depende del profesor. Es él quien tiene que despertar y desarrollar esa inquietud en el alumno. Platón decía que la enseñanza «no es un pozo que haya que llenar, sino una luz que hay que encender». Hasta que no encendamos la luz en Guelín, hasta que no la vea, por más que le obliguemos a estudiar no encontrará satisfacción en los estudios. Lo que tenemos es que ayudarle a encontrar la luz, la motivación. No se trata por tanto de memorizar, como era tan habitual en otros centros y como pretendían el resto de los profesores, sino de provocar que el alumno descubra y juzgue por sí mismo, algo que, sin duda, perdurará mucho más tiempo. Por todo esto tiene que ser el profesor el que se convierta en el verdadero elemento activo del sistema, no el alumno, al tener el primero que poner la ciencia al alcance del segundo, buscando su aplicación a casos concretos y enseñándole siempre a obrar, a proceder y a discurrir.

»Y cuando por fin estábamos todos de acuerdo —continuaba Miguel cada vez más exaltado—, cuando lo entendían y lo compartían mis compañeros y mis superiores, cuando ya habíamos implementado el sistema y estábamos obteniendo resultados destacados, aunque todavía no había alcanzado la cima donde queríamos situar la educación militar en España, entonces... Es la República quien no entiende lo necesaria que es nuestra labor y tira por tierra todo lo que hasta ahora habíamos hecho. ¿No te das cuenta, Lolita, de que los libros a veces no son necesarios? Se los aprenden de memoria, luego se olvidan de lo que han estudiado y, aunque lo recordaran, enseguida se queda obsoleto. Habría que suprimir los libros de texto y los exámenes en la academia. Hay que enseñarles que lo importante es reaccionar con juicio ante lo imprevisto, no dejarse llevar, y analizar la situación antes de tomar decisiones precipitadas o erróneas. No pueden ser borregos; tienen que cuestionar con calma, tranquilidad y mucho valor. Les tiene que quedar clara la condición de maestro que todo militar profesional ha de saber también ejercer durante su carrera. Todo esto es indispensable. Y ya no podré enseñarles, no podré guiarles ni instruirles más... Se acabó».

Miguel finalizó su discurso con voz desolada, vencido por la realidad de sus palabras.

—Escríbelo —le dijo Lolita para animarle—. Escribe un manual pedagógico de las normas y cualidades que debe tener un cadete. Déjalo escrito para las generaciones venideras, para los futuros profesores, para la academia; estoy segura de que el ministro de Guerra o el presidente de la República se darán cuenta de su error y volverán a abrir la academia. Y si no son ellos, serán los que vengan después. Pero es inconcebible un país sin academia militar, sin normas ni decálogo y sin instructores bien formados que sirvan de ejemplo a los futuros caballeros cadetes.

Él se quedó pensativo, mudo, con la mirada clavada en el suelo. Y después de unos segundos, que a Lolita le parecieron siglos, contestó:

—Lo haré, Lolín, lo escribiré para nuestros hijos y para las generaciones futuras.

—Me parece muy bien que lo dejes escrito —dijo Lolita cambiando el tono de voz; ahora parecía haberse puesto a la defensiva—, pero para nuestros hijos tengo otros planes. He hablado con mi hermano Antonio. Ya sabes que a Toñín lo quiere como a un hijo y quiere que estudie en la Universidad Politécnica en Madrid. Conoces de sobra la ilusión que me hace a mí también que sea ingeniero. Tiene una inteligencia fuera de lo habitual y quiero que se dedique a construir, no a destruir, como a veces hacen los militares.

—Lolita, eso lo tendrá que decidir él. Pero, independientemente de lo que resuelva hacer nuestro hijo, te diré que los militares no destruimos: defendemos, intentamos mantener el orden y la seguridad para todos los ciudadanos, mantenemos la disciplina en España porque respetamos y amamos a nuestra patria por encima de todas las cosas —y al decir estas palabras la voz de Miguel reflejaba su irrefutable vocación de soldado.

—Me parece muy bien, Miguel, que ames tanto a la patria. Te has criado en cuarteles y ha sido tu familia y compañera. Sé muy bien que el amor de tu madre lo supliste con el cariño al Ejército y a España. Yo también quiero a nuestro país, a nuestra patria, pero no por encima de todas las cosas. Por encima de todas las cosas quiero a mis hijos, y quiero que Toñín sea ingeniero, que tenga una vida estable y familiar. No quiero que mis hijos arriesguen su vida en nuevas campañas en Marruecos o en cualquier sublevación que surja, motivada por cualquier militar enloquecido con ansias de poder y de revolución. Quiero que críen a sus hijos, que les acuesten y les puedan dar las buenas noches, que estén con ellos cuando se pongan malos y que les puedan consolar cuando se caigan mientras aprenden a montar en bici. Guelín insiste en que quiere seguir tus pasos, es el mayor: le gustaría ser tu espejo, que el día de mañana te puedas mirar en él y sentirte orgulloso. Yo no puedo luchar contra eso. Pero Toñín es otra cosa: es más tranquilo, le encantan el dibujo y las matemáticas. Desde pequeño construye puentes y edificios con latas y cajas. Sé que quiere ser ingeniero y, si Dios quiere, lo será.

—¡Qué pesadas os ponéis a veces las mujeres! No atendéis a razones —concluyó Miguel, con gesto de desesperación y sin esperar respuesta.

—¿Dónde nos destinarán esta vez? —preguntó Lolita, cambiando de conversación para rebajar la tensión que se había establecido entre ellos.

Miguel rumió unos instantes en silencio, pero sus enfados nunca llegaban a tal y siempre se mostraba cercano a su mujer.

—Todavía no lo sé con seguridad. Habrá que esperar a que el nuevo ministro de Guerra me confirme su decisión.

—No importa el sitio, me da igual Madrid, África o Pekín. Con tal de estar contigo, de no separarme de mi coronel favorito...

—No habrá destino que pueda separar a este oficial de su querida mujercita —replicó, cediendo—. Pero te daré una pista... Tengo la sospecha de que pronto veremos a mi padre y a su mujer —y, mientras decía esto, una sonrisa maliciosa apareció en su cara, dibujando unos hoyuelos en sus mejillas que formaban un triángulo perfecto con el que ya tenía en la barbilla.

—¿Nos destinan a Barcelona? —preguntó con cierta ansiedad Lolita.

—Posiblemente muy cerca, cariño... A Gerona.

—¡Siempre quise conocer Gerona! —exclamó Lolita. Y entonces toda la tensión previa se disipó como una nube en el viento y, sin poder aguantar más, como empujada por la fuerza de la gravedad que de una manera irremediable ejercían los hoyuelos de su marido, se besaron, se acariciaron y se sintieron una vez más como si fuera la primera vez, con la misma ilusión, con las mismas ganas, con el mismo cariño.

Lolita dejó Zaragoza con lágrimas en los ojos; durante esos tres años habían sido tan felices allí, todos juntos, sin ausencias. Al fin los niños habían pasado tiempo con su padre, habían disfrutado de él y él de ellos. Su estancia en Zaragoza había sido esa ola que llega finalmente a la orilla pero que no muere sobre la arena, porque su huella duraría mucho más tiempo del que entonces podía imaginar.

Lo que no sabía es que las veleidades del destino les guardaban una sorpresa. Volvería a Zaragoza, volvería a pasar allí otros tres años felices y entonces volvería a marcharse con lágrimas en los ojos. Pero, esta vez, con el corazón destrozado.

9. *La casa de Leonor*

Gerona

Miguel aceptó el destino de la Primera Brigada de Montaña en Gerona. Y la familia en pleno, junto con la señorita de los niños, Antonia, trasladó su residencia a Gerona en 1931, tras el cierre de la Academia Militar de Zaragoza. Volvía a tener mando en plaza, pero echaba tremendamente de menos las labores de enseñanza. Había descubierto en ellas su verdadera vocación. Por eso, en sus ratos libres, aprovechaba el tiempo escribiendo su ensayo sobre las normas pedagógicas que debían seguir los cadetes.

Mientras tanto, en España se produjo un nuevo movimiento militar en contra de la Segunda República. Esta vez sería el general José Sanjurjo desde Sevilla (el 10 de agosto de 1932) con la supuesta implicación del general Mola, pero tampoco prosperó. Cuando vio que estaba todo perdido, Sanjurjo huyó a Portugal con poca fortuna, siendo detenido en Ayamonte (Huelva) al intentar cruzar la frontera. Juzgado y condenado a la pena de muerte, finalmente se le redujo a cadena perpetua. Mola fue separado del servicio activo.

Algo alejados de ese clima de desconfianza e inestabilidad, la familia Campíns trataba de acostumbrarse a su nueva residencia.

—Miguel, deja ya de escribir... Tienes que descansar —Lolita empezaba a inquietarse por la dedicación exhaustiva de su marido—. Desde que hemos llegado a Gerona no paras ni un momento. Las preocupaciones por la inestabilidad en España te tienen abstraído. Y además parece que no tengo marido: las maniobras de montaña y las operaciones especiales te tienen cautivo por las mañanas, y por la noche tus notas y apuntes de pedagogía militar te secuestran y abducen durante horas. Yo también quiero un poco, un poquito de tu tiempo... —añadió Lolita, con una mirada seductora intentando llamar su atención.

Miguel se quitó las gafas, levantó la cabeza y miró con contenido deseo a su mujer.

—Tienes razón, Lolita. A veces me enfasco tanto en estos asuntos que me pierdo lo que tengo en casa... Ya sé lo que vamos a hacer —Miguel se irguió y se acercó a ella, rodeando con cariño su cintura—. Como mañana es el día de la Purísima, después de misa y del desfile del regimiento, iremos a visitar a mi padre y a Leonor a Barcelona. Les llamaré por teléfono y les diré que comemos con ellos. ¿Qué te parece? A mi padre no le veo desde hace tiempo, y eso me remuerde un poco la conciencia. Seguro que le hace ilusión vernos. Y Conchita ni siquiera conoce a Leonor; será una buena manera de celebrar su santo.

—Me parece buena idea —reconoció con una sonrisa—. Me gusta que los chicos vean a su abuelo. Aunque me violenta un poco su mujer: solo la he visto tres veces, no tengo confianza... No sé si le hará gracia que vayamos todos a comer. Además, están mayores para organizar tanta comida.

—¡Pero si tienen cocinera! La comida no será un problema.

—Aun así, para ellos será un trastorno.

—Pues les digo que les invitamos a comer en un restaurante, aunque ya sabes lo poco que le gusta a mi padre salir de casa. Tiene ya ochenta y dos años y está un poco torpón para caminar.

—Como quieras... Solo espero que Leonor no nos ponga mala cara.

—Ya verás cómo se alegra de vernos —la tranquilizó Miguel.

Al día siguiente, y después de la misa y del desfile de la Purísima, patrona de Infantería, partió para Barcelona el matrimonio acompañado de su hija pequeña. Los chicos, que ya tenían quince y dieciséis años, prefirieron quedarse en Gerona. Era fiesta: no tenían clase y había muchas celebraciones entre los jóvenes de su edad. A Antonia, que seguía soltera, no le importó quedarse ese día en casa para preparar la comida a los chicos. Los quería como si fueran sus hijos y se desvivía por prepararles de postre suspiros de monja y tortillas a la celestina. Los dulces favoritos de los hermanos Campíns.

Miguel Campíns Cort y su mujer, Leonor Amieba, vivían en una zona elegante de Barcelona, el barrio de St Gervasi. Su casa era un espléndido edificio de cuatro pisos situado en la avenida de la República Argentina, haciendo casi esquina con la plaza de Bonanova.

Conchita se quedó admirada. Acostumbrada a vivir en cuarteles, no esperaba que la casa de su abuelo fuera un palacete: cuatro plantas salpicadas de amplios balcones separados por gruesas columnas, y cada uno de ellos protegido del exterior por enormes ventanales llenos de vidrieras de colores. En la fachada, grabados de escudos y formas geométricas convertían una casa familiar en una con aspecto de realeza. Una doncella perfectamente uniformada les abrió la puerta y les dedicó una amable sonrisa. Leonor enseguida apareció tras ella.

Tenía ya setenta años. Perteneecía a una de las familias más aristocráticas de Cuba, cuando Cuba era española. Aunque ella, como toda su familia, había nacido en Barcelona. Era alta y muy delgada. A pesar de los años, conservaba un cutis todavía terso y con pocas arrugas, llevaba el pelo recogido en un moño muy alto que dejaba al descubierto unos pequeños y expresivos ojos marrones que le daban una mirada inteligente; sus manos eran finas y alargadas. No era guapa pero, en conjunto, resultaba una mujer elegante, incluso con un punto arrogante. Después de su matrimonio con el padre de Miguel (y una vez terminó la guerra y se proclamó la independencia en Cuba), se instalaron en Barcelona, ciudad natal de él, y desde entonces vivían tranquilos y alejados de toda la vida política y social de la época. Aunque sus corazones estaban divididos entre dos amores: amaban Barcelona, pero añoraban Cuba.

—¡Qué alegría veros! Pasad, pasad. Tu padre lleva una hora esperándoos en el cuarto de estar —dijo Leonor dirigiéndose a Miguel—. Y tú eres la pequeña Conchita —agregó, volviendo la cabeza y dirigiendo la mirada a la benjamina del grupo.

—Bueno, pequeña no. Tengo ya nueve años —protestó Conchita—. ¡Pero nunca hasta ahora había visto una casa tan grande y tan bonita como la tuya! —añadió con expresión de inmensa sorpresa.

—¡Vaya! ¡Qué honor! Entonces, ¿querrás que te la enseñe entera?

—Sí, por favor, me encantaría —contestó llena de júbilo.

—Enriqueta, haga el favor de acompañar a los señores. Conchita y yo nos uniremos enseguida —le dijo Leonor a la doncella, señalando el final de un largo pasillo.

Y mientras sus padres y su abuelo esperaban en el cuarto de estar, Conchita y Leonor recorrieron la casa. A su paso desfilaban pasillos de altos techos; una cocina inmensa, con grandes ventanales desprovistos de visillos, que daba a un patio interior y en cuyo centro descansaba una enorme mesa con seis sillas; un comedor rodeado de aparadores, llenos de espejos que custodiaban por delante y por detrás una enorme mesa de caoba con motivos florales tallados en las patas, los mismos motivos que se dibujaban también en las patas de las sillas y en las puertas de los trincheros. De un techo altísimo caía una enorme lámpara de araña que, como un calidoscopio, descomponía la luz de sus velas en mil colores, colores que se reflejaban en los espejos y convertían el comedor en un infinito baile de luminosidad.

En el dormitorio, un armario de tres cuerpos de palo de santo, traído de Cuba, ocupaba la pared principal. Cada cuerpo tenía un espejo y, separando cada espejo, en perfecta alineación, unas majestuosas columnas le daban solemnidad al armario, que se diluía cuando uno se daba cuenta de que había flores de vivos colores que, a través de tallos intensamente verdes, escalaban alegremente del suelo al techo como escapando de una mano asesina. Y, arriba del todo, coronando las columnas y casi rozando el techo, unas pérgolas con querubines vigilaban con atención a todo el que entraba en la habitación. La pequeña Conchita se quedó impactada al ver el armario: nunca había visto algo tan colosal y al mismo tiempo tan romántico.

—Leonor... Tendrás más de mil vestidos guardados en ese armario tan grande —exclamó Conchita, con los ojos abiertos como platos.

—Te aseguro que son muchos menos de mil. Y no me llames Leonor, que soy tu abuela, tu única abuela viva.

—Vale. Pero... ¿me enseñarás algún día todos tus vestidos?

—Claro, pero otro día. Si vienes más veces a verme, te los enseñaré e incluso te mostraré mis joyas. Son todas de estilo isabelino, como los muebles. Te van a encantar. Pero ahora nos están esperando tus padres y tu abuelo en el cuarto de estar.

El abuelo Campíns había nacido en Barcelona en 1853. Era extremadamente galante, de esos caballeros que todavía besaban la mano de las señoras con cierto atrevimiento y cortesía vagamente seductora en las reuniones sociales de la época. A las señoras les gustaban sus cautivadoras reverencias: eran la salsa de la coquetería; y sus largos y cuidados bigotes blancos le daban a su aire elegante un toque picante. Esa galantería sería la que enamoraría a Leonor —era lo que siempre había pensado Lolita—, enamoramiento que seguía latiendo entre ellos. Aunque todo apuntaba a que lo hacía con más pulso en Leonor que en Miguel. Ella quería y él se dejaba querer.

Leonor le quiso desde que lo vio por primera vez. En 1879, después de arruinarse con la compañía de seguros donde invirtieron todo su capital, Antonio Campíns Cort y Nieves Vila llegaron a Cuba. Un matrimonio refinado y culto. Él era el mayor de tres hermanos y ejercía de procurador en Barcelona. En 1878 había constituido la compañía de seguros sobre ganado llamada La Solípedo Bovinera, de la que fue fundador y director general y en la cual invirtió todo su capital. Pero la compañía quebró y, al perder todo su dinero y aprovechando que sus dos hermanos militares estaban destinados en Cuba, decidió con su mujer ir a probar fortuna allí. El matrimonio tenía tres hijos. Acordaron que sería más fácil dejar internos a los dos mayores, un

niño de ocho años y una niña de cinco, y llevarse al pequeño, que tan solo tenía un año, con ellos. Más adelante, cuando estuvieran instalados, y si todo iba bien, recogerían a los dos mayores. Pero no todo fue bien. Nada fue bien.

Leonor, por aquel entonces, vivía con su familia en una casa justo al lado de la residencia donde se instaló el matrimonio recién llegado. Desde el principio se sintió atraída por el ensortijado cabello rubio y los expresivos ojos azules del niño. Una vez que se cruzó con la familia por la calle, acarició con dulzura al pequeño y le dedicó la mejor de sus sonrisas a la madre.

—¡Es precioso! ¡Qué rizos tiene! ¿Cómo se llama?

—Emilio —contestó orgullosa Nieves.

—¿Puedo cogerlo? Me inspira tanta ternura...

—Por supuesto.

—Cuando tenga un niño me gustaría que fuera tan guapo como tú, Emilio —le decía Leonor al niño con inmenso cariño.

Pero Leonor nunca tuvo hijos. Y así fue ganándose poco a poco la confianza y el cariño de la familia hasta convertirse en una asidua a las recepciones sociales que los Campíns organizaban en su casa para la alta sociedad cubana. En una de esas recepciones Antonio y Nieves le presentaron a Miguel, el hermano pequeño de Antonio, que a los quince años había dejado Barcelona para presentarse voluntario en la primera guerra contra la independencia cubana. Leonor se enamoró nada más verle. Pero Miguel estaba casado y adoraba a su mujer.

A los seis meses de llegar a Cuba sobrevino la tragedia. Nieves cayó enferma y falleció a los pocos días a consecuencia de la fiebre amarilla. Antonio falleció diez días más tarde por la misma enfermedad. Tenían treinta y tres y treinta y cuatro años, respectivamente, y fueron enterrados en el cementerio de Cristóbal Colón de aquella capital.

Miguel tuvo que hacerse cargo del pequeño Emilio, que se había quedado solo, pero no sabía muy bien qué hacer con él. Su familia estaba en Valencia: él vivía en un cuartel y no se sentía capaz de cuidar de un niño de corta edad. Leonor le ofreció su ayuda y él la aceptó hasta que finalmente lo entregaron al capellán de un barco para que lo llevara de vuelta a Barcelona. Los abuelos del niño se hicieron cargo de él.

El pequeño Emilio murió al poco tiempo de llegar a Barcelona. Acababa de cumplir tres años. Sus abuelos también murieron poco después y los hermanos de Emilio siguieron internados hasta que, pasados varios meses, unos familiares los adoptaron. Miguel Campíns nunca dejó de interesarse por sus sobrinos.

Sin embargo, Leonor no volvió a ver a Miguel hasta que diez años después se encontraron, por casualidad, en el puerto. Entonces Miguel era viudo; tenía un niño pequeño e iba a la deriva. Bajo el emblemático faro del Castillo del Morro, en la entrada de la bahía de la Habana, Miguel, por fin, volvió a encontrar el rumbo. España al poco tiempo perdió Cuba. Pero para Leonor Amieba el sabor de la derrota no fue amargo: todo, hasta lo más cotidiano, parecía más brillante y luminoso. Ahora caminaba con más ligereza, casi flotaba, sonreía con más frecuencia; la atmósfera parecía llena de algo palpitante e imprescindible, respiraba alegría. La gente no lo oía, pero ella había descubierto el verdadero sonido del mundo: Miguel le había pedido que se casara con ella.

Pero aquel día, cuando por fin entraron en el cuarto de estar, Conchita no se fijó en el abuelo; ese abuelo que tanto había sufrido, que tenía una historia tan larga y que la estaba esperando a ella para contársela. Se fijó, en cambio, en un espejo enorme de marco dorado que reflejaba el buró de la pared de enfrente. En medio había una mesa camilla, sobre la que reposaba un macetero de cobre con dos angelitos negros, a modo de asas, que parecían proteger a unos espléndidos jazmines que desordenadamente asomaban por encima de sus alas e impregnaban la estancia de un aroma embriagador. Cerró los ojos. Era el olor del verano. Era el olor de las vacaciones. El olor a jazmín le evocaba tantas cosas...

Encima del buró había algo que le llamó poderosamente la atención: era un quinqué de porcelana color azul turquesa. Estaba repleto de flores de vivos colores pintadas a mano, tan bien dibujadas que parecían hechas en otra dimensión, capaces de transportarla a otro lugar, a otro tiempo. En definitiva, parecía un quinqué encantado. Y entonces se dio cuenta de que no era la única atraída por el magnetismo del quinqué. Su padre también lo miraba. Los dos parecían hechizados por su belleza azul, porque hay veces en que las cosas dejan de ser tales para convertirse en seres que nos hablan, que nos transmiten fuerza y energía, cosas que hemos encantado porque las sentimos y las amamos, cosas que te unen a las personas que quieres aunque ya no estén contigo... Y, en ese instante, la voz de su abuelo rompió el silencio mágico del momento:

—¿Y para cuándo el ascenso a general de brigada? ¿No te conformarás con quedarte en coronel como yo?

—No lo sé, papá —respondió Miguel, desviando con esfuerzo la atención del quinqué—. Ya sabes que las nuevas normas del gobierno de Azaña han suprimido los ascensos por méritos de guerra. Ya no se tienen en cuenta, y a mí me siguen considerando un militar africanista. Todo este asunto ha provocado unos cambios en el escalafón que te asombrarían, papá, pero sin duda me perjudican y retrasan el ascenso.

Miguel contestaba a su padre sin mucho interés porque, de repente, el tema del ascenso había dejado de interesarle. Solo miraba el quinqué y, entonces, pensó en su madre, en sus ojos azules, y recordó cómo su padre un día lo había traído de Cuba y se lo había regalado a ella. Luego le había contado cómo se había enamorado de ese quinqué de porcelana porque tenía el mismo azul turquesa de sus ojos, y Miguel recordó lo mucho que le gustó a su madre, el cariño con que lo colocó en el sitio más destacado de su casa de Valencia. Se dio cuenta de que ese quinqué representaba la pieza clave, la que faltaba en el puzle que era su vida: era el recuerdo de su madre, que durante tanto tiempo había mantenido enterrado para evitar el dolor. Pensó que su existencia era como un rompecabezas, como una caja de juegos llena de pedazos que tienen que encajar unos con otros. Pero había pedazos que estaban perdidos, escondidos, que todavía no había encontrado porque ni siquiera los había buscado... Ese quinqué le recordó lo mucho que había sufrido al perder a su madre, el tremendo dolor de quedarse solo; trajo de vuelta el miedo que tenía a romperse en mil fragmentos y puso de manifiesto la coraza que había tenido que crear para no derramarse, para no caer y arrastrar en su caída sus sueños y los de su padre. Rememoró cómo, de repente, un día conoció a Lolita y en ese dolor se abrió un hueco, una grieta minúscula por la que se coló un hilo infinitesimal de luz, de vida, que entró como una carga de profundidad,

cayó en lo más escondido de su alma y finalmente explotó. Y su onda expansiva transformó el dolor en felicidad.

Sintiendo que el rompecabezas ahora encajaba, no dudó en decir:

—Papá. Sabes que nunca te he pedido nada, pero me gustaría que me regalaras el quinqué azul, el que le compraste a mamá cuando estabas en Cuba —su voz sonó firme y a la vez cálida—. Quiero que ahora sea para Lolita.

Se produjo un incómodo silencio mientras Leonor, algo violenta, bajó la mirada al suelo. Conchita no daba crédito al pensar que ese quinqué que tanto le había gustado se lo llevarían a casa... Y, en un instante que pareció eterno, su abuelo finalmente contestó:

—Por supuesto, hijo; he visto el cariño con el que lo mirabas. Hay cosas que, al contemplarlas con tanto amor, llegamos a sentir las, a encantarlas, las hacemos nuestras. Y nos pertenecen porque las hemos hecho únicas. Ese quinqué te pertenece a ti. Porque en él ves a tu madre.

Lolita observó que, mientras el abuelo pronunciaba estas palabras, a su marido se le humedecían los ojos y, entonces, sintió que volaba, que flotaba ingrávida en el tiempo como una pompa de jabón al sol. Comprendió que los grandes hechos, los actos importantes, la solemnidad y el triunfo no lo son todo en la vida. Que ya había vivido lo suficiente para darse cuenta de que no hay nada tan maravilloso y tan espléndido como un hijo recordando emocionado a su madre.

Para rebajar la emoción que se respiraba en el ambiente, el abuelo añadió cariñosamente dirigiéndose a Conchita:

—¡Señorita, hoy es tu santo! ¡Eres muy afortunada! Tu virgen es patrona de España y de Infantería. Por eso hoy es fiesta nacional y día de precepto y, por eso, el desfile y los cañonazos esta mañana a las doce en punto.

Conchita se quedó un poco desilusionada. Siempre había pensado que los cañonazos, el himno de Infantería, el ambiente festivo eran simplemente porque era su santo, que todo era por ella. En su casa, sus padres cada año lo celebraban mucho. De su cumpleaños no se acordaban, pero el santo era todo un acontecimiento: venían amigos y familiares. Todo el mundo le regalaba algo. Para ella era el día más importante del año.

—Pero ¿sabes por qué es la patrona de Infantería? —insistía su abuelo.

—Sí, lo sé. Porque la Inmaculada Concepción es muy buena y muy guapa... —dijo Conchita con la seguridad y la inocencia propias de una niña.

—Bueno, por eso también. Pero, sobre todo, es por un milagro. —Y empezó a relatar—: Un milagro que ocurrió hace muchos años, un siete de diciembre de 1585, cuando reinaba Felipe II, hijo del grandioso Carlos V. El Tercio del maestro de Campo Francisco Arias de Bobadilla, compuesto por unos cinco mil hombres, combatía en la isla de Bommel, situada entre los ríos [Mosa](#) y [Waal](#), en los Países Bajos. La isla estaba bloqueada por completo por la escuadra del almirante Philips van Hohenlohe-Neuenstein, que se había sublevado contra Felipe II, al que consideraba un extranjero en sus tierras. La situación era desesperada para los tercios españoles, pues, además del estrechamiento del cerco, había que sumarle la escasez de víveres y ropas secas.

»El jefe enemigo propuso entonces una rendición honrosa, pero la respuesta española fue clara: «Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos». Ante tal respuesta, Hohenlohe-Neuenstein recurrió a un método hartamente utilizado en ese

conflicto: abrir los diques de los ríos para inundar el campamento enemigo. Pronto no quedó más tierra firme que el montecillo de [Empel](#), donde se refugiaron los soldados del tercio.

»En ese crítico momento, un soldado que estaba cavando una trinchera tropezó con un objeto de madera allí enterrado. Era una tabla flamenca con la imagen de la Inmaculada Concepción. Anunciado el hallazgo, colocaron la imagen en un improvisado altar y el maestro Bobadilla, considerando el hecho como una señal de la protección divina, instó a sus soldados a luchar encomendándose a la Virgen Inmaculada.

»Esa noche se desató un viento completamente inusual e intensamente frío que heló las aguas del [río Mosa](#). Los españoles, marchando sobre el hielo, atacaron por sorpresa a la escuadra enemiga, al amanecer del día 8 de diciembre, y obtuvieron una victoria tan completa que el almirante Hohenlohe-Neuenstein llegó a decir: «Tal parece que Dios es español al obrar tan grande milagro». Y ese es el famoso milagro de Empel y el origen por el cual mucho tiempo después, el 12 de noviembre de 1892, por Real Orden de la reina regente doña María Cristina de Habsburgo, se convertiría Nuestra Señora la Purísima e Inmaculada Concepción en patrona del arma de Infantería.

Aunque a Conchita ese tipo de batallitas no la atraían demasiado, se dejó llevar por la grandilocuencia con que su abuelo pronunciaba cada palabra, y quedó admirada por lo revelador que le parecía un milagro así.

—¡Qué bonito, abuelo! Mi padre nunca me había contado esa historia.

—Ni a mí tampoco —añadió Lolita, y por un momento se acordó de la monjita de clausura, sor María Inmaculada Concepción... ¿Conocería ella esta historia? ¿Seguiría en la iglesia de la calle Recoletos?

«Si vuelvo a Madrid iré a verla y le contaré esta historia», pensó con firme determinación.

—Algo parecido pasó con la Batalla de Lepanto y la Virgen del Rosario el siete de octubre... —dijo Leonor, como queriendo reclamar su turno.

—Bueno. No os he contado las batallas relacionadas con milagros de la Virgen —dijo de repente Miguel para evitar que ahora fuera Leonor la que se enrollara hablando de Lepanto—, pero no os quejéis. Os he enseñado otras cosas, como el himno de Infantería. Creo que pocas niñas se lo saben tan bien como tú —añadió con tono de padre orgulloso.

—¿Eso es verdad, Conchita? ¿Te lo sabes entero? —preguntó el abuelo.

—¡¡Claro que sí!! ¿Quieres que te lo cante?

—Venga, adelante...

Y Conchita empezó a cantar:

*Ardor guerrero
vibre en nuestras voces
y de amor patrio
henchido el corazón
entonemos el Himno Sacrosanto del deber,
de la Patria y del Honor
¡Honor!*

Y el abuelo siguió:

*De los que amor y vida te consagran
escucha, España, la canción guerrera
canción que brota de almas que son tuyas
de labios que han besado tu bandera.*

Y después su padre:

*De pechos que esperaron anhelantes
besar la cruz de madera
que formaban la enseña de la Patria
y el arma con que habían de defenderla.*

Lolita y Leonor también se unieron. No hay nada que una más a las familias, a los niños, a los amigos y, sobre todo, a los soldados, que cantar juntos. Cantar sincroniza los movimientos del corazón, genera un vínculo de voluntad colectiva, de unión con los demás difícil de destruir; es como una terapia que activa el cuerpo, descansa la mente y enciende el corazón. Y siguieron cantando. Hasta Enriqueta, la doncella, salió de la cocina atraída por la música, y desde el quicio de la puerta los miraba. Ella no sabía cantar, pero sí sentía que de alguna manera también formaba parte.

*Si al caer en lucha fiera
ven flotar victoriosa la bandera,
ante esa visión postrera
orgullosos, morirán.
Y la Patria,
al que su vida le entregó,
en la frente dolorida
le devuelve agradecida
el beso que recibió.*

Ese día, en la calle de la República Argentina de Barcelona, nada les podía detener en esa caída libre al corazón, nada podía apagar la mecha que habían encendido, mecha que el viento hacía cada vez más fuerte al arrastrar las notas, esas chispas de orgullo militar, de orgullo familiar que se escapaban por las ventanas de aquella casa señorial encendiendo toda la calle y provocando que los transeúntes que por allí pasaban se pararan y levantaran la cabeza para mirar de dónde venían esos cantos, un himno tan familiar evocado por una amalgama tan pura de voces pertenecientes a distintas generaciones.

Pasaron un día entrañable. El abuelo, hasta el último minuto, no paró de contar batallas de la guerra de Cuba y de cómo él y Leonor se conocieron y se casaron allí. Recordaron el colegio donde estuvo interno Miguel y la dura disciplina militar con la que trataban a los niños entonces. Comieron admirablemente. Enriqueta se esmeró en elaborar deliciosos platos típicos catalanes. Antes de que comenzase a caer la noche, padre e hijo se despidieron con un fuerte abrazo. Lolita y

Conchita dieron cariñosos besos a Leonor, que había simpatizado especialmente con la benjamina, y le hizo prometer a esta que volvería a verla muy pronto.

—Volveré, Leonor. Te lo prometo de corazón —le dijo Conchita antes de salir.

Luego, de regreso a casa, no paró de insistir a su padre.

—Papá, volveremos, ¿verdad? ¿Me traerás más veces? Se lo he prometido a Leonor. Además, me ha encantado la casa y el abuelo se sabe muchas historias. Y quiero que Leonor me enseñe sus vestidos.

—Claro que te traeré. Quiero que estés muy unida a tu abuelo y a esta ciudad —contestó Miguel.

El destino, sin embargo, pudo más que las promesas. Conchita no volvería nunca a esa casa. Ni volvería a ver a Leonor, al abuelo Miguel o a la doncella Enriqueta.

Aquel día, antes de anochecer, volvieron a Gerona en coche. Conducía Miguel; Lolita, a su lado, contemplaba el frondoso campo verde a su alrededor, un verde que adquiría una intensidad mayor por el reflejo de los tenues rayos del sol al atardecer. Uno de esos rayos se colaba por la ventanilla del coche, iluminando el perfil de Miguel, sus facciones grandes, su cabeza con poco pelo pero perfectamente formada, su cuello largo donde una pronunciada nuez que ascendía y descendía rítmicamente al compás del cambio de marchas le hacía tremendamente varonil. Sus manos fuertes sujetaban el volante con firme decisión, tensando unos brazos con marcadas venas que hacían que se sintiera segura con él, que se sintiera llena de ternura hacia el excelente compañero que tenía al lado. Su vida le pertenecía a él y a nadie más, su corazón rebosaba amor hacia su marido. En su compañía nada le faltaba; estaba rebosante de fuerzas y llena de fe en el futuro. No sabía que no había ninguno para ellos.

De vuelta en Gerona los días transcurrían con normalidad. Los chicos estudiaban. Lolita frecuentaba numerosas reuniones con las señoras de los militares del regimiento y Miguel seguía ejerciendo el mando de la 1.^a Brigada de Montaña alternándolo con el de la comandancia militar, hasta que una orden del Estado Mayor Central del Ejército lo convocó, en septiembre de 1934, a asistir a las maniobras de los Montes de León. Acudió también su amigo y antiguo compañero Francisco Franco. Hacía tres años que no se veían, y tuvieron ocasión de intercambiar opiniones profesionales sobre el desarrollo de los ejercicios y sobre aquellos aspectos de la legislación azañista que a ambos les afectaban, como la dificultad de ascender puestos en el escalafón por méritos de guerra. Se despidieron prometiendo volver a verse pronto con sus respectivas familias.

El día 5 se declaró una huelga general en Barcelona y el coronel Campíns, preocupado por el curso de los acontecimientos, regresó al día siguiente a Gerona, momento en que Lluís Companys, presidente de la Generalidad, proclamó el «Estat Catalán» dentro de la república federal española. La reacción del gobierno central no se hizo esperar y ordenó al general Domingo Batet, jefe de la 4.^a división orgánica, que declarara el estado de guerra en toda Cataluña.

Batet desoyó la pretensión de Companys, que le ordenó ponerse a su servicio y, por el contrario, en pocas horas liquidó la sublevación catalana con las fuerzas a sus órdenes, resistiendo a las milicias de la alianza obrera, a los guardias de asalto de la Generalidad, a los mozos de escuadra y a las juventudes nacionalistas que mandaba el consejero de gobernación.

En Gerona sucedió algo parecido, pues también se creó un comité revolucionario al que desde el primer momento se opusieron las fuerzas de Campíns. Campíns tuvo conocimiento inmediato, tras su vuelta de las maniobras leonesas, de la orden cursada por Batet de proclamar el estado de guerra en la región, y se erigió en responsable del fracaso del movimiento revolucionario en Gerona. La única víctima fue su compañero y amigo el comandante de Estado Mayor Rafael Domínguez Otero, al que, al hacer la lectura pública del bando redactado por Batet, un disparo fortuito arrebató la vida. Después de este incidente, las acertadas disposiciones de Campíns y el impecable despliegue de sus fuerzas por los centros neurálgicos de la ciudad lograron apagar en pocas horas los focos de resistencia.

Los servicios extraordinarios prestados por el coronel Campíns en la noche del 6 al 7 de octubre —tal y como recoge su hoja de servicios— culminaron en las primeras horas del día con el control total de Gerona y el encarcelamiento de las autoridades y elementos subversivos. El general Batet y el coronel Campíns hablaron por teléfono con la satisfacción del deber cumplido: la situación, por fin, estaba controlada. Cataluña estaba a salvo, se había restablecido la paz y España seguía unida. Qué poco sospechaban entonces el triste destino que les esperaba a ambos. Y el triste porvenir que le aguardaba a España.

Lolita no pudo dormir en toda la noche. Se la pasó entera rezando, consciente de los movimientos separatistas y revolucionarios que había en las calles y del peligro que corría su marido. Cuando finalmente apareció Miguel en casa la mañana del día 7 de octubre, le dio las gracias a Dios y un interminable abrazo a su marido. Después no paraba de preguntar:

—¿Qué pasa en España? ¿Qué os pasa a los militares? Primero en Jaca, ahora en Cataluña. ¿Qué quieren, Miguel? ¿Qué buscan?

—Es la insatisfacción de los espíritus, de los egos humanos —contestó Miguel con rabia contenida—. Querer siempre algo más, mejor, distinto. Y quererlo de forma inmediata, sin importar el modo de conseguirlo, a quién sacrifican y qué arriesgan. Por eso todo esto es el origen de innumerables desdichas.

—Esta vez la desdicha le ha tocado al pobre Rafael —lamentó Lolita—. Un tiro delante de todos... ¡Dios mío! Nadie merece morir así, sin despedirse de su familia, sin ver la cara de quien lo asesina, sin un motivo, sin merecerlo. No es justo.

—La vida no es justa, Lolita. Rafael era mi amigo, mi compañero y mi jefe de Estado Mayor... Y lo han matado de la forma más cobarde: de espaldas, cuando leía un bando. Los que le han matado ya están detenidos, pero ¿cuándo será la próxima? ¿Dónde? ¿Podremos mantener el orden, la disciplina, la paz?

Lolita acarició el brazo de su marido; la expresión que cubría el rostro de Miguel era una mezcla amarga de impotencia y desencanto.

—Los tiempos que vivimos, Lolita, son cada vez más difíciles. No hay ninguna verdad absoluta... Lo que para unos es bueno para otros es malo; la paz de los espíritus no existe desde hace mucho tiempo, y esa paz no hay militar que la pueda preservar.

Sus palabras eran desoladoras, pero a Lolita le preocupaba todavía más esa sombra triste que cubría la mirada de la persona que más quería. Sus sombras eran también las suyas.

Aunque acababa de empezar el otoño, el frío húmedo se había instalado en Gerona y se sentía en los huesos. Miguel cogió un echarpe que había en el respaldo de una silla y, con extrema delicadeza, cubrió los hombros de su mujer. Esta vez no se abrazaron, ni siquiera hablaron. Se quedaron en silencio, mirándose, tal y como se dicen las cosas importantes. Lolita apagó la luz.

A fines de 1934 se produjeron numerosos cambios de destino que le provocaron a Campíns su cese en Gerona y su traslado a Zaragoza para tomar el mando del Regimiento de infantería n.º 5 en dicha plaza. La familia, cuando se enteró del nuevo destino, daba botes de alegría. Todos estaban como locos de contentos. Volvían a Zaragoza con sus amigos y, sobre todo, volvían al palacio de la Aljafería, que tanto les gustaba. Vivir allí era magia pura. Lolita se sentía como Sherezade: tendría a su marido para ella por las noches, para susurrarle al oído, para hablarle, para contarle historias; para ganar y engañar al tiempo. Pero el tiempo estaba contado y se estaba acabando.

Cuando, por fin, a Campíns le llegó el ansiado ascenso a general de brigada tras más de diez años de coronel, el 7 de mayo de 1936 y con Azaña de nuevo en el poder, este le nombró en virtud de un decreto ya firmado por el anterior ministro, pero no le dio destino por ser sospechoso de tener ideas «derechistas» (católico, prestigioso militar y compañero de Franco), por lo que permaneció disponible en Zaragoza. Precisamente en los meses en los que ya estaba fraguándose la cercana y definitiva conspiración.

10. *Esperando destino* Zaragoza

Al llegar a Zaragoza, el pabellón del palacio de la Aljafería todavía no estaba a punto. El coronel anterior y su familia acababan de marcharse y Miguel quería realizar unas reformas en la casa antes de ocuparla. Por este motivo, alquilaron un piso en una céntrica calle de Zaragoza. La vivienda era soleada y con buena ventilación, ya que Lolita últimamente estaba delicada de salud. Padecía fuertes jaquecas cuyo origen, a pesar de haber consultado a varios médicos, todavía no había sido identificado. Miguel confiaba en que el frío seco de Zaragoza le sentaría bien a su mujer. Y así fue.

Nada más llegar, Lolita escribió a Carmen Berzosa, su amiga del alma. Eran como hermanas y compartían confidencias y preocupaciones; entre ellas no había secretos ni hacían falta aclaraciones expresas: se entendían con solo mirarse. Era una amistad pura y auténtica donde no cabían las envidias ni los celos de ningún tipo. El marido de Carmen era militar también y había sido el padrino de bautismo de Conchita; un hombre tremendamente elegante, y Conchita lo adoraba. Tenían dos hijos, Eduardo y Carlitos, que eran íntimos amigos de Guelín y Toñín.

Carmen queridísima:

Ya has visto nuestro plan, hemos tomado un piso en un sitio muy céntrico (San Clemente, 24, 3.ª Derecha), en donde tenéis vuestra casa.

El piso es muy pequeño y muy caro, cincuenta duros, pero tiene una terraza hermosísima en donde yo me paso casi todo el día; así es que me sirve de sanatorio hasta que me vaya a Huelva, que creo será a primeros del mes próximo, si no hago ningún retroceso. Hemos pensado ir directos a Huelva, y cuando ya esté mejor irnos unos días a Sevilla con vosotros, pues ahora ya no podría salir ni andar. ¿Qué te parece?

María, tu cuñada, vino a verme con su hija política. Espero que también venga pronto Leonor con la señora que la cuida, Enriqueta. Son encantadoras.

En medio de todo, no me puedo quejar, pues, gracias a Dios, tengo siempre la casa llena. No tenías por qué haber aclarado lo de la remodelación del pabellón; entre nosotras no hacen falta aclaraciones.

Saluda a Berzosa y a los chicos. Te abraza muy fuerte tu mejor amiga.

Lola

Al final de la carta, con letra más pequeña y menos definida, añadió Campíns:

Recuerdos a Carmen; abrazos a los chicos míos y de parte de los míos; y para ti otro más fuerte de tu buen amigo y compañero,

Campíns

Miguel Campíns Aura.

Coronel del Regimiento de Infantería.

Aragón Núm. 5.

ZARAGOZA

Pasaban los meses y Lolita, poco a poco, se recuperaba de su enfermedad. Todavía el pabellón no estaba listo, pero ella, que era muy refranera, siempre decía: «La dicha que tarda, con gusto se aguarda». Solo había una cosa que le preocupaba: la falta de interés de Guelín por los estudios. Se pasaba el día bromeando y era muy popular entre sus amigos, especialmente con las chicas, pero sus padres no sabían qué hacer para que se formalizara y se centrara en los estudios.

Amanecía con niebla en Zaragoza por aquella época, pero después el fuerte viento del cierzo arrastraba las nubes y el día despejaba. Lolita empezó a salir a la calle; le gustaba sentir el aire frío y seco en la cara. Al principio daba cortos paseos, caminaba desde la calle de San Clemente hasta la plaza de los Sitios, que era una céntrica plaza con una agradable zona ajardinada, llena de frondosos árboles. En el centro se encontraba el monumento a «los sitios», uno de los más bellos de Zaragoza. Se pasaba horas frente a él, contemplando al general Palafox y al resto de héroes baturros defendiendo la ciudad ante los franceses. Pero, sobre todo, lo que la tenía absorta era la figura de Agustina de Aragón; siempre había sentido admiración por ella; sin embargo verla allí, con el botafuego con el que encendió el cañón en una mano, la cesta de víveres que llevaba a su marido colgada del brazo y en su mirada toda la rabia y la valentía que sentía en ese momento, le producía una extraña sensación. Era solo una estatua de bronce, pero podía sentir su dolor, un dolor que hacía suyo como si fuera una señal desde otra dimensión. Como si fuera una premonición.

A medida que recobraba fuerzas, los paseos se hicieron cada vez más largos, motivo por el que decidió cambiar de dirección y caminar hasta el paseo de la Independencia para, desde allí, llegar a la plaza de Aragón. Esta plaza no tenía tantos jardines como la otra, pero estaba salpicada de pequeños hoteles y residencias que la llenaban de encanto. Y, aunque admiraba a Agustina, allí se alzaba otro emblemático monumento, la Justicia de Aragón, que simbolizaba la ejecución del joven de veintisiete años Juan de Lanuza, decapitado por las tropas de Felipe II de manera injusta. Lo que más le atraía, sin embargo, y lo que en realidad la empujaba a caminar en esa dirección era que allí estaba la Capitanía General, y siempre mantenía la esperanza de reconocer a su marido entre tanto uniforme que por allí transitaba.

Cuando ya se había acostumbrado a esos fríos paseos «mañanicos», le comunicaron que el acondicionamiento del Pabellón del Castillo de la Aljafería estaba terminado. Toda la familia se trasladó al que sería su nuevo hogar. Lo estaban deseando.

El palacio de la Aljafería resplandecía a la luz del sol. Era impresionante ver la hermosa apariencia del recinto fortificado rodeado por un desafiante foso que protegía la entrada. La bandera española, en lo más alto de la Torre del Trovador con sus brillantes colores rojo, amarillo y morado, se batía al viento con soberbia y orgullo. Orgullo que compartía todo aragonés y todo español que por allí pasaba.

El palacio ganaba esplendor con el atardecer, cuando su silueta recortada en un desdibujado horizonte se iba tiñendo de colores. La sucesión de torreones almenados pasaba del rosáceo al naranja para, lentamente, mutar al gris, evocando, mientras tanto, la majestuosidad de la antigua muralla musulmana. Esta, sinuosa y sutilmente, incitaba a internarse en las entrañas del palacio, entrañas que estaban llenas de vida, una vida pasada que se había convertido en otra eterna,

mostrando al que allí se adentraba las numerosas dependencias, galerías y patios que correspondían a las más diversas épocas y manifestaciones artísticas por las que ha pasado España. Formaban laberintos y pasadizos tan distintos entre sí como la histórica trayectoria del monumento, que, primero, fue alcázar islámico hudí; después, palacio medieval mudéjar (y palacio de los Reyes Católicos); más tarde, cárceles de la Inquisición y, ahora, magnífico cuartel militar.

La construcción del palacio de la Aljafería fue ordenada por el segundo monarca de la dinastía de los Banu Hud, conocido por su título honorífico de Al-Muqtadir, «el Poderoso», y mandó construirlo porque pretendía exhibir con el palacio un símbolo del poder alcanzado por la taifa de Zaragoza en la segunda mitad del siglo XI. El rey en persona llamó a su palacio Qasr al-Surur, «palacio de la Alegría», y en su elección hubo acierto al tratarse de uno de esos monumentos que con tan solo verlo llena los pulmones de una contagiosa e inesperada dicha. Llamó a la sala del trono que él presidía en recepciones y embajadas Maylis al-Dahab, «Salón Dorado», porque el reflejo del sol que se colaba por la ventana lo hacía lucir como el oro. El palacio de la Aljafería constituía el único testimonio conservado de un gran edificio de la arquitectura islámica hispana de la época de las taifas. Era todo un honor vivir allí.

Quizás por todo esto, a pesar del gélido frío de Zaragoza, la salud de Lolita se renovó por completo. Las jaquecas desaparecieron y la vida de los Campíns parecía recobrar el pulso normal.

Una tarde estaban madre e hija paseando por los amplios y frondosos jardines exteriores, rodeando el foso, cuando, como todos, quedaron admiradas al contemplar esa bandera española que ondeaba en la imponente Torre del Trovador.

—Mamá, ¿por qué se llama la Torre del Trovador? —preguntó Conchita.

—Es una larga historia. En realidad, una larga historia de amor.

—¿De amor? Cuéntamela, mamá...

Conchita adoraba que su madre le contara historias y viejas leyendas. No sabía si eran verdad o producto de su imaginación, pero la forma de contarlas, el sentimiento y la expresividad que ponía en sus relatos hacía que se sintiera como si estuviera allí, en medio de la escena, como si fuera la protagonista de la historia... Y, al final, acababan siempre las dos riendo o llorando juntas.

—Está bien, vamos a sentarnos en ese banco justo enfrente del palacio. Desde ahí veremos bien la torre y nos pondremos en situación —Y en cuanto tomaron asiento empezó la narración.

»Era una vez un apuesto y galante joven que se llamaba Manrique de Lara, trovador de profesión, que fue criado por una gitana, aunque su sangre pertenecía a la nobleza zaragozana. El joven Manrique se enamoró de Leonor. Y entonces lo que pasó es...

—¡Anda, Leonor, como la abuela! —interrumpió Conchita.

—Sí, como la abuela... pero lo que pasó —continuó Lolita— es que había otro joven, un joven más poderoso que él perteneciente a la corte de La Aljafería, que también se enamoró de Leonor. Se llamaba Antonio Artal y era hermano de sangre de Manrique, aunque ambos lo desconocían.

—¡Qué faena! —suspiró Conchita con cierta inquietud.

—Leonor a quien quería era a Manrique; no podía evitarlo y se lo confesó a ambos pretendientes. Antonio, muerto de celos, pensó: «Si no es conmigo, no estarás con nadie» y la

encerró en un convento. Pero el enamorado fue a buscarla, la raptó y se escaparon juntos. La pareja vivió feliz, lejos de Zaragoza, durante un tiempo. Hasta que dieron con su paradero. Entonces Manrique fue apresado y llevado a la Torre de la Aljafería, donde fue condenado a muerte y ejecutado. Desde entonces la torre se conoce como la Torre del Trovador.

—¿Y qué pasó con Leonor, mamá?

—Leonor no podía vivir sin su amor —siguió relatando su madre— y se suicidó. Pero la historia fue peor para el otro pretendiente, Antonio, ya que la gitana Azucena le contó que había ejecutado a su propio hermano y murió desconsolado y lleno de remordimientos al conocer la noticia...

—¡Qué historia más triste, mamá!

—Ya ves, hija. Hace tanto o más daño la traición que el amor...

—¿Por qué todas las historias de amor acaban mal?

—No, Conchita, no todas acaban mal. Míranos a tu padre y a mí. ¡Qué felices somos y llevamos ya diecisiete años casados!

—Mamá... ¿tú crees que yo encontraré a alguien que me quiera tanto como papá a ti? —preguntó con aire preocupado.

—¡Claro que sí! Tú pídeselo a Dios y ya verás cómo te escucha... A mí me escuchó.

—Se lo pediré, mamá —dijo Conchita, mientras pensaba que eso era todo lo que quería. Y después, de manera imprevista, añadió:

—¿Y qué fue de Azucena, la gitana que crio al trovador?

—Pues no lo sé, la historia acaba aquí. Habría que pedir a Antonio García Gutiérrez que escribiera la segunda parte.

—Entonces, ¿no es real? ¿Es una historia inventada? —preguntó contrariada.

—Siento desilusionarte, pero sí, es inventada. Esta torre inspiró a García Gutiérrez para crear la historia y esta historia a su vez inspiró a Verdi para escribir su ópera, la famosa *II Trovatore*.

—Por eso es tan triste... En la vida real no pasan esas cosas —se quejó Conchita.

—Pasan cosas peores —contestó su madre—, sobre todo si no llegamos a casa antes de que lo hagan tus hermanos y tu padre, hambrientos como perros callejeros. Así que ¡vámonos!

Y madre e hija se levantaron, contemplaron la torre y empezaron a caminar de vuelta a las dependencias militares, de vuelta al tejido de su vida cotidiana.

Cuando llegaron a casa solo estaba Antonia, que acababa de terminar de preparar la comida. Antonia arrastraba un halo de tristeza difícil de explicar, como si cargara con una infelicidad infinita, infelicidad que ensombrecía una belleza discreta. Lucía unas facciones perfectas en una cara extremadamente delgada; el pelo, prematuramente encanecido, era de color ceniza; y tenía ese aire distraído que raramente se ve ya en las mujeres, ese aire despistado que la hacía atractiva porque, siendo guapa, no presumía de ello. Quizás nunca fue consciente de que lo fuera. Sus ojos eran muy vivos y, a pesar del semblante de melancolía y de estar cerca de los cuarenta años, mantenía la expresión de una mujer de la que todavía se enamoran los hombres.

Después de tantos años en la casa los quería a todos como si fueran su propia familia, especialmente a los chicos, para los que era como una tía con sus sobrinos. Los quería de una

forma imperfecta, a su manera, y los mimaba preparándoles sus platos favoritos fuera la hora que fuese.

Al poco rato de volver Lolita y Conchita a casa llegaron los chicos del colegio, seguidos de su padre. Siempre salía Lolita a recibirlo. En el mismo momento en que él entraba en casa y dejaba la gorra en el perchero, justo antes de quitarse la chaqueta, al ver la forma en que su mujer le miraba, se le activaba un mecanismo que pinzaba su corazón ordenando al cerebro cogerla por la cintura y así, como si fueran una peonza de dos piezas que solo funcionaba cuando se juntaban, daban vueltas y vueltas en el recibidor. Conchita se quedaba admirada al ver la falda de gasa de su madre moverse sinuosamente en el aire al compás de las vueltas que daba su padre.

«Tengo que pedir a Dios que me ayude a mí también a encontrar a alguien que me quiera así, que me coja así y me dé vueltas en el aire cuando me vea», pensó Conchita. Y corrió hacia su habitación, abrió las ventanas de par en par, asomó la cabeza y, mirando al infinito, dejó escapar las palabras que le quemaban dentro:

—Eso es todo lo que quiero. Es lo único que pido.

A la hora de comer, se juntaban los cinco en la mesa del comedor y aprovechaban para contarse las cosas que les preocupaban o simplemente las incidencias del día. Empezaban sin muchas ganas de hablar, pero a medida que iban comiendo se animaban y la conversación ganaba fluidez e interés. Por eso había días en que los temas de conversación provocaban que las sobremesas se alargaran más de lo habitual, cosa que descomponía la cara de Antonia porque se le retrasaba todo el trabajo y a duras penas podía disimular su indignación.

Precisamente ese día, después de la visita a la Torre del Trovador, la conversación se alargó más de lo previsto.

—He leído en el *ABC* que Ernestina, la hija de Queipo de Llano, se casa con el hijo mayor de Niceto Alcalá Zamora. No sabía que Queipo había vuelto a España... pensaba que estaba exiliado en Portugal —comentó Lolita con cierta inquietud.

—Volvió cuando se proclamó la República. Ya sabes que es republicano por convicción —contestó Miguel.

—Entonces estará encantado con la boda de su hija —añadió Lolita irónicamente.

—Supongo que sí, y supongo que ahora ya no tendrá ningún interés en sublevarse ni contra la República ni contra su familia —la tranquilizó Miguel.

—No sé... No me inspira confianza; ya sabes que hay personas que no se conforman con nada, que siempre quieren más y nunca se detienen. Hay algo que me dice que Queipo es una de esas personas.

—No te preocupes tanto, mujer, no va a pasar nada. Él solo, aunque quisiera, no puede hacer nada. Pero ahora que lo dices... no sé si te conté que el otro día recibí una carta un poco extraña de Franco, en la que parecía que me tanteaba para ver si apoyaría una sublevación...

—¿Te preguntó eso a ti? Pero ¿cómo se le ocurre? Te conoce bien, sabe que has jurado fidelidad a la República; aunque seas monárquico de corazón, sabe que para ti no hay nada más valioso que la palabra dada y ¿todavía te tantea? Yo creía que pensaba igual que tú.

—Tranquila, Lolita. Antes pensaba igual que yo: siempre ha pensado igual que yo. Ahora... ya no estoy tan seguro. Claro que me conoce, y sabía la respuesta de antemano, pero quería tantearme. Aludía con el mayor disimulo posible a mi fidelidad al Gobierno en caso de que hubiera la necesidad de que el Ejército interviniera para salvar a la patria. Le argumenté que una sublevación empobrecería a nuestro país e insistí en que los beneficios que obtendríamos con ella no compensarían las vidas humanas que podría costar... En fin, le dije que el Ejército debe mantenerse al margen de la política.

Esas habían sido las palabras de Campíns. Lo que él no sabía era que Franco se había desilusionado con la contestación de su amigo. Quizás había pensado que en un momento dado podría llegar a contemplar la sublevación como la contemplaba él; pero la firmeza que Campíns imprimía a sus convicciones y su carácter enérgico y un tanto autoritario debieron de desanimarlo a la hora de compartir con su amigo y colaborador algo más que un comedido sondeo.

—Creo que también ha tanteado a Balmes. Es africanista, hizo parte de su carrera en la legión y en regulares; imagino que, consciente de los riesgos, se lo habrá desaconsejado también —dijo Miguel, quizás queriendo demostrar que había más gente que pensaba como él. No sabía entonces el precio tan alto que Balmes acabaría pagando por su fidelidad a la República—. Me preocupa más Francisco Martín Moreno —añadió.

—¿Quién es? —preguntó Lolita con interés.

—El jefe de Estado Mayor de las fuerzas en Marruecos. No me extrañaría que por mantener o mejorar sus privilegios profesionales se pusiera en primer tiempo de saludo, sin importarle cuál sea el saludo y a quién se lo dedica... Pero no te preocupes, Lolín. No va a pasar nada. Bastantes problemas tiene España como para que los militares nos metamos en estas aventuras...

—Sí, tienes razón —sopesó ella—. Por cierto, me ha llamado Consuelo Mola. Pasarán por Zaragoza dentro de poco y les he invitado a cenar cuando lleguen.

—¡Una idea magnífica! Ya ves, doña Preocupación. Todo sigue su curso; de lo contrario, Mola y Orgaz me habrían comentado algo —y para terminar de enterrar el tibio ambiente que por unos instantes se había creado, dio por rematada la sobremesa—. Bueno, ya es hora de levantarse de la mesa...

—Espera un momento, papá —interrumpió Guelín, que, al igual que sus hermanos, había seguido la conversación con sumo interés.

—¿Qué pasa ahora?

—Quiero pedirte una cosa —añadió con una mezcla de ansiedad y respeto.

—¿Llevamos dos horas comiendo y justo ahora que nos levantamos me quieres pedir una cosa? ¡Venga! Dispara.

—Quiero que me apuntes como soldado en tu cuartel. Me dará puntos para entrar en la Academia de Toledo.

—Sabes que si te inscribo tendrás que hacer un mínimo de tres horas todos los días en el cuartel y tus estudios se pueden resentir —advirtió Miguel—. Y no vas precisamente sobrado.

—Ya lo sé, papá, pero no se resentirán: te lo prometo.

—Si crees que serás capaz, que te responsabilizarás... ¡Adelante! Te apunto.

—Entonces, a mí también —interrumpió Toñín.

—¡Ni hablar, Toñín! —se precipitó a decir Lolita—. Tú no vas a ser militar; tú serás ingeniero. ¿Para qué quieres con diecisiete años ser soldado? —preguntó sin querer oír la respuesta.

—Como experiencia. Pertenezco a una familia de militares. Seré ingeniero, pero antes quiero ser soldado. ¡Por favor, mamá! Lo llevo en la sangre —contestó ansioso Toñín.

—Está bien. Os apuntaré a los dos —resolvió Miguel con tono autoritario para zanjar la discusión. Y añadió dirigiéndose a su esposa—: Lolita, tienes que entender que ya son dos hombres. Les vendrá bien: espabilarán, se darán cuenta de lo dura que es la formación militar y del esfuerzo que exige llegar a ser un buen soldado —finalizó con tono conciliador.

Lolita frunció el ceño, no le gustaba nada esa decisión. Había algo que la inquietaba aunque no sabía precisar el qué... Su instinto siempre le advertía cuando algo no iba bien y ahora le estaba mandando algunas señales que, sin embargo, no sabía interpretar con acierto.

—Vamos, Lolín, ten paciencia... te ha dicho que estudiará ingeniería. ¿Qué más quieres? Todo a su tiempo. Ahora alegra esa cara, que hace un día precioso para dar un paseo por los jardines —dijo Miguel mientras cogía de la mano a su mujer, induciéndola a levantarse—. Así bajaremos la comida.

Tras ellos lo hicieron todos. Por fin, la mesa quedó vacía y Antonia respiró aliviada.

Los días transcurrían tranquilamente en el palacio. Los chicos comenzaron su formación en el cuartel mientras compaginaban sus estudios de bachiller; Conchita iba al colegio... Lolita tenía una activa vida social: su don de gentes y su amena conversación la convertían siempre en referente en las reuniones y mantenía una estrecha amistad con las señoras de su entorno. Miguel, al que por fin habían ascendido a general de brigada, seguía esperando destino. Estaban todos juntos y no necesitaban más.

—Has esperado tanto para ascender a general y, cuando por fin lo consigues, te dejan dos meses sin destino —lamentó Lolita en tono recriminatorio a su marido.

—Sí, llevo dos meses disponible y no me colocan. Supongo que el Gobierno me considera monárquico y derechista y no se fía de mí. En estos dos meses he perdido contacto con la oficialidad y los cuerpos, me estoy aislando. Últimamente parece que no cuentan conmigo ni el Gobierno ni mis antiguos compañeros.

—Es verdad, hace tiempo que no sabes nada de tus compañeros: Mola, Franco, Orgaz, Sueiro... —recordó Lolita con pesar.

—Desde que tienen destino no se acuerdan mucho de mí, no...

—¿Y no te parece raro? Lo normal sería que te hubieran llamado para comunicarte sus nuevos destinos.

—Pues no, Lolita. No me parece tan raro. Bastante lío tendrán con tomar posesión de sus nuevos mandos como para acordarse de los viejos amigos.

—Ya, ¿y sus mujeres? Consuelo, Carmen... Ninguna me ha llamado para ofrecirme su casa... Antes era habitual entre nosotras poner nuestras casas a disposición de nuestras amistades. Me parece extraño que esta vez no lo hagan.

—Pero, Lolín, ¡por Dios! Deja de darle vueltas a la cabeza. Estarán ocupadas con los estudios de los hijos, el servicio... Hay tantos quehaceres cuando cambias de destino. Parece mentira que tú no lo sepas.

—No sé... Me sigue pareciendo raro, Miguel. Todo me parece un poco extraño. Ese alejamiento sin motivo aparente me inquieta un poco; no sé cómo es posible que no tengas la misma percepción. Y si a eso le sumas la tardanza del Gobierno en darte destino... No me gusta...

—¿Quieres dejar ya de preocuparte? No quiero verte nerviosa por esta tontería. El Ejército es así: nos absorbe tanto que lamentablemente a veces no nos acordamos ni de los amigos; algunos ni siquiera se acuerdan de la familia —Miguel se acercó a Lolita por detrás—. Aunque ese nunca ha sido mi caso —añadió mientras la rodeaba cariñosamente con los brazos—. Y en lo que respecta al Gobierno, es lógico que se apoye más en los generales que ya tienen destino que en mí. Pero ¡ten paciencia! Todo llegará.

—El Gobierno no sabe lo que hace —protestó Lolita mientras se daba la vuelta lentamente y acercaba sus labios a los de él.

—Efectivamente —dijo Miguel después de unos minutos de silencio cargados de mutua atracción—, el Gobierno no sabe lo que hace, no se da cuenta de que mantenerme sin destino me va a permitir pasar un estupendo verano con mi familia en Huelva... Iremos a ver a tu hermano —dijo Miguel con entusiasmo mientras se acercaba al aparador y servía un vino de Jerez a su mujer sin dejar de abrazarla.

—¿Lo dices en serio? ¿Pasaremos el verano todos juntos en Huelva?

—Si no me dan destino, y todo apunta a que no lo tendré... Nos iremos todos allí. He pensado que los chicos podrían ir antes, cuando acaben las clases; así harán compañía a su tío. Y nosotros iremos a mediados de julio con Conchita. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? Me parece estupendo... ¡Qué alegría, Miguel! ¡Todavía no me lo creo! Todos a Huelva... No hay nada que me apetezca más que pasear por la playa de Punta Umbría y ver los barcos pasar desde el Rompido. ¡Ah! Y tenemos que llevar a los chicos a la Rábida, contarles que desde allí salió Colón a conquistar América... Y después nos acercaremos a Sevilla, a ver a los Berzosa. ¡Cómo me alegro de que no tengas destino!

—La verdad es que yo tampoco pensé que me alegraría tanto de no tenerlo. Verte tan contenta me compensa de los sinsabores de mi profesión. Además, me vendrá bien desconectar de esta larga y pesada espera. Supongo que en cierto modo las personas somos como cuerdas; después de ser sometidas a una tensión constante, necesitamos volver a trenzarnos para seguir siendo útiles a los demás —dijo Miguel con tono filosófico al mismo tiempo que llenaba su copa—. ¿Brindamos?

—Sí, brindo por Huelva y por un general sin destino —anunció ella, soltándose de los brazos de su marido y alzando su copa.

Y otra vez la alcanzó esa sensación invisible tan difícil de explicar. El jerez. La Aljecería. Su marido solo para ella. Olía a felicidad.

Mientras, el verano se iba acercando lenta y sinuosamente. Zaragoza iba ganando en belleza. Resplandecía. Los atardeceres se convertían en momentos mágicos. La caída del día impresionaba por los colores con los que nuestra estrella, esa estrella cercana y luminosa que es el sol, bañaba el edificio de la Basílica del Pilar y el río Ebro tiñéndolo todo de un dorado rosáceo. A Lolita y a Conchita les encantaba contemplar este espectáculo desde el puente de piedra.

La Basílica del Pilar ejercía un especial magnetismo sobre ellas. Su enorme tamaño, su arquitectura, su espiritualidad, su simbolismo... No en vano era el símbolo de Zaragoza y de todo Aragón. Para ellas era el símbolo de España entera.

Un día, mientras madre e hija paseaban por el centro, les sorprendió el espectáculo de luz y color. Pocos momentos generan tan buenas sensaciones como un atardecer en el Ebro. Por eso, Conchita no paraba de preguntarle cosas a su madre. Unas preguntas tenían sentido, otras no... Le daba igual: lo único que quería era oír la voz de su madre. No había otro sonido que le diera tanta paz, y Lolita siempre le respondía, nunca se impacientaba ante sus preguntas como le ocurría con las profesoras; contestaba paciente y sabiamente a todo lo que le preguntaba, por muy indiscreto que fuera. Por eso le encantaba charlar con su madre. Pasaban horas y horas hablando.

—Mamá, ¿por qué se llama la Basílica del Pilar?

—Es una historia muy antigua.

—Cuéntamela, por favor.

—Fue el dos de enero del año cuarenta cuando la Virgen se apareció en la orilla del río Ebro al apóstol Santiago. Cuentan que se elevaba en una columna de jaspe verde.

—¿Qué es el jaspe?

—Una roca muy suave. Con ella se hacen floreros, cajas o joyería. Yo tengo un precioso anillo de jaspe que me regaló tu padre cuando nos conocimos.

—¿Me lo dejarás algún día?

—Claro, todo lo mío es tuyo. Pero siguiendo con la historia, la Virgen mandó construir una capilla aquí mismo, para alojar la columna que dio testimonio de su venida. Esa columna se llamó popularmente el Pilar y esa capilla se convirtió en lo que hoy se conoce como la Basílica de Nuestra Señora del Pilar. ¡Mírala, Conchita! La tenemos enfrente.

—El Pilar... Por eso se llama así, porque sostiene a la Virgen.

—A la Virgen y a todos. A ti también te sostendrá. Si alguna vez piensas que te caes, que no puedes seguir, entra en la Basílica, Conchita, entra y la Virgen te sostendrá.

Y pasaron los días. Los chicos salieron a mediados de junio para Huelva y, cuando ya estaba organizando el desplazamiento el resto de la familia, la mañana del 6 de julio, el subsecretario del Ministerio de la Guerra se puso en contacto con el general Campíns para informarle de que se preparaba una combinación grande de mandos y de que en esos momentos existían tres vacantes de generales de brigada a su disposición: Bilbao, Lérida y Granada. En realidad, la única que no estaba vacante todavía era Granada, pero lo estaría inmediatamente. El ministro había decidido relevar al general Llanos, jefe de la guarnición y comandante militar actual de la plaza.

—Lolita, me han ofrecido destino. Existen tres posibilidades.

—¡Vaya! Sé que lo esperabas desde hace tiempo y que es bueno para tu carrera —dijo Lolita, haciendo un esfuerzo por disimular su desilusión y una tristeza infinita.

—¿Ves, doña Preocupación? Al final todo llega, aunque a veces no lo haga en el mejor momento —expuso él, sacudido por una ráfaga de sensaciones contrapuestas. Ganaba un destino, perdía unas vacaciones—. Lo interesante es que uno de los destinos es Granada, que está muy cerca de Huelva —añadió Miguel con ánimo, consciente de la desilusión de su mujer.

—¿Cuáles son las otras alternativas?

—Bilbao y Lérida... Lérida está cerca de Barcelona, donde está mi padre, y de Gerona, donde tenemos muchos amigos.

—Sí, pero no hay universidad... no hay universidad... Es importante para los chicos, no quiero tener que mandarles a estudiar lejos de nosotros. ¿Bilbao tiene universidad?

—Me temo que, de los tres destinos, Granada es la única ciudad que tiene.

—Entonces acepta Granada, no lo dudes más.

—Está bien, lo haré —sentenció convencido.

Como consecuencia de la elección de la capital andaluza y con cierta sorpresa por la rapidez en contestar de Campíns, el 7 de julio por la noche le llamaron otra vez al teléfono de Comandancia. El subsecretario le dijo que estaba destinado en Granada, que al día siguiente saldría el decreto oficial y que el ministro deseaba que se incorporase lo antes posible.

Y, en efecto, en veinticuatro horas, sendos decretos de la Presidencia de la República recogían el cese del general Llanos y el nombramiento del general Campíns como jefe de la 3.^a Brigada de Infantería, destino que llevaba anexo el desempeño de la comandancia militar de Granada.

Al día siguiente la familia se despertó con otro humor.

—Buenos días, Lolín —dijo Miguel al ver a su mujer en la cocina tomando un café.

—Buenos días... ¿Cómo se siente esta mañana un general con destino?

Lo preguntó en un tono de voz cálido, sugerente. Quería acercarse a él, que le hablara, que confiara en ella todo lo que le preocupaba, que supiera que le apoyaba en lo bueno y en lo malo... ya tomarían vacaciones más adelante para ver a su hermano.

—Esta mañana tuve que madrugar. Tenía que presentarme ante mi superior Cabanellas para despedirme de él y solicitar el correspondiente pasaporte militar. Estaba con el coronel Montaner. Estuve reunido con los dos —hizo un silencio—. La verdad es que les encontré algo raros, como si guardaran algo de información que no quisieran compartir conmigo. Me dijeron que tenía que presentarme con urgencia ante el subsecretario, en Madrid, mañana como muy tarde. Saldré a primera hora de la mañana.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? ¿Cómo es posible?

—Es solo un trámite burocrático en Madrid... Después vendré a buscaros a ti y a Conchita. Tendremos unos días para empaquetar todo, hacer inventario, dejar la casa... Nos despediremos de nuestras amistades y empezaremos de nuevo en Granada, todos juntos. Inscribiremos a los chicos en la universidad y buscaremos colegio a Conchita. Granada es preciosa, te va a encantar —Miguel se acercó a Lolita y le acarició un mechón rebelde, luego deslizó la mano por su mejilla—. Un lugar histórico con magníficos monumentos: la Alhambra, los jardines del Generalife... Es una ciudad cosmopolita y con mucha actividad cultural. El poeta que tanto te gusta, García Lorca, al que conocimos en Madrid en la Residencia de Estudiantes... ¿te acuerdas? He oído que también está pensando en ir a Granada a pasar una temporada, tiene familia allí.

—Claro que me acuerdo. Me impresionó su exquisita educación, su sensibilidad. Y todavía recuerdo cómo me conmovió *Bodas de sangre* cuando fuimos a verla en Madrid. Me encantaría volver a conversar con él. Pero ahora lo único que de verdad me importa es no separarme de ti.

Al día siguiente, Lolita preparó una pequeña maleta a su marido. No se esmeró tanto como otras veces: solo iba a pasar una noche fuera. Estaba nerviosa, tenía tantas cosas que organizar... Los

chicos ya estaban en Huelva, pero ella tenía que hacer inventario, llamar a la empresa de mudanzas para que estuviera todo listo, dejar la casa y cerrarla. Y, además, lo tenía que hacer todo sola, porque Antonia se había ido también con los chicos a Huelva para ayudar a su hermano con las labores domésticas.

En el momento en que iban a tomar el café apareció Conchita:

—Papá, yo no quiero ir a Granada. No quiero cambiar de colegio otra vez. Tengo aquí a mis amigas...

Miguel la cogió y la sentó en sus rodillas como si fuera todavía una niña pequeña.

—Ven aquí, muñequita. No te preocupes; ahora me tengo que ir, pero mañana estoy de vuelta. Espérame y lo discutiremos tranquilamente. ¿Te parece? Ya verás como Granada te va a encantar. Te aseguro que lo vas a pasar en grande. Confía en tu padre y cuida de tu madre. Hoy tiene muchas cosas que hacer y necesita tu ayuda —y, dándole un beso en la frente, se levantó y recogió su maleta.

Conchita no se quedó muy conforme, pero tenía fe ciega en su padre. Incluso cuando no le gustaban las palabras que pudiera decir, los pequeños sermones que le pudiera soltar, al final siempre llevaba razón.

—Miguel, no te has tomado el café ni las pastas de mantequilla que te he preparado —protestó Lolita.

—Guárdamelas para mañana —contestó mientras le daba un beso.

—¿Pero te vas así, tan deprisa?

—Lolín, que vuelvo mañana... Espérame con las pastas y con ese traje blanco que tanto me gusta —dijo, y les lanzó a las dos un beso con la mano que quedó flotando en el aire, hasta que una ráfaga de viento inesperado lo alejó de su destino.

El silencio que siguió se habría podido cortar con un diamante. Solo un pensamiento atravesó la estancia... No hubo abrazo, no hubo vueltas. Lolita no entendía por qué no la había abrazado y Conchita no comprendía por qué hoy no daba vueltas con su madre. Le vieron marcharse con su uniforme y su gorra. Parecía tan importante que cualquier despedida podría no estar a la altura de su porte. Pero solo fueron capaces de decir «hasta mañana».

El día 9, Miguel se presentó al subsecretario; le pidió órdenes e instrucciones, pero lo único que recibió fue el comentario de que los oficiales de Granada estaban muy arraigados en el país y quizás un poco dolidos con la derrota electoral de las derechas. Le sorprendió que no le dijese por qué quitaba a Llanos y, al preguntarle por la urgencia, se puso muy serio y le ordenó ir a Granada enseguida.

Miguel sintió que le ocultaban algo. Por ese motivo formuló una petición en persona al ministro Casares Quiroga para poder recoger a su familia en Zaragoza antes de ir a Granada. La respuesta del ministro fue negativa, conminándole, con un gesto de seriedad que Campíns no logró entender, a que se incorporara a su destino de forma inmediata. La realidad que a Miguel se le escapaba era que Casares y Azaña sabían que se preparaba una conspiración militar. Pero ambos cometieron la grave irresponsabilidad de no hacer partícipe a Campíns, un comandante militar que había estado alejado de la oficialidad los últimos meses y que desconocía tanto las líneas generales de la conspiración como los motivos por los que habían destituido a su predecesor.

Miguel tenía que partir esa misma noche para Granada. No podía recoger a su familia. ¿Cómo se lo diría a Lolita? ¡Qué disgusto se iba a llevar!

Todo este cúmulo de circunstancias imprimieron en su ánimo cierto desasosiego. Pero era hombre de probado temple y muy larga experiencia en el mando, y confiaba en solucionar los problemas que se presentaban con la misma autoridad y decisión con que siempre lo había hecho. Esa confianza le tranquilizaba y relajaba, mientras el tren le llevaba a Granada, ciudad a la que llegó a las nueve y diez de la mañana del 10 de julio de 1936. Antes había tomado la decisión de comunicar a su mujer y a su hija por teléfono la alteración de sus planes.

—¿Conchita?

—¡Papá! ¿Cuándo vienes?

—Se me han complicado un poco las cosas. Nos veremos en Granada.

—¡Papá!, pero dijiste que volvías hoy a casa.

—¿Enfadada?

—Sí, enfadada. Me has engañado...

—Escúchame, muñequita: no te enfades, que te quiero mucho. Y ahora corre y dile a mamá que se ponga antes de que esto se corte...

—¡Mamá! —escuchó llamar a voz en grito a su hija—. Es papá. ¡Ponte, deprisa! Es una conferencia desde Madrid.

Lolita acudió nerviosa al teléfono.

—Lolín, no te enfades, pero no puedo ir a buscaros... Me exigen que me incorpore de inmediato. En media hora salgo para Granada.

—¿Cómo es posible? Dijiste que te esperara con las pastas de té y mi traje blanco. Dijiste que nos iríamos juntos a Granada, que buscaríamos casa los dos, y que antes tendríamos incluso días para despedirnos de nuestros amigos. Me lo dijiste, Miguel, me lo dijiste.

—Lo sé, Lolín. Te dije todo eso... pero ahora tendrás que hacerlo tú sola. No puedo negarme, son órdenes precisas. Yo iré buscando casa en Granada. Te recuerdo que el día diecisiete tienes que dejar el palacio. Tenlo preparado todo para entonces. El dieciocho saca los billetes de tren para ti y la niña. Os estaré esperando en la estación. Es solo una semana. Una semana no es nada, cariño.

—¿Por qué no te negaste? —insistió Lolita, disgustada—. ¿No entienden esos señores que tienes familia y que tienes que ocuparte de ella? ¿No se dan cuenta, no te das cuenta, de que eso no es lo correcto, que no está bien, que nos dejáis solas? —Lolita preguntaba sin disimular su congoja y conteniendo el llanto que amenazaba con salir.

—Si supiéramos qué es lo absolutamente correcto —repuso él, y su voz sonó taciturna—, no habría ninguna duda: todos obraríamos igual. Y la vida sería aburrida, Lolita, sin ningún tipo de aliciente. La vida tiene dilemas éticos para pensar, para debatir, para sacar conclusiones. Son necesarios igual que es necesario el sufrimiento para comprender la felicidad, igual que son necesarias la noche o la sed para comprender lo que valen el día o un simple vaso de agua. No te apures, cariño. Te aseguro que esta semana de espera hará más bonita Granada cuando llegues.

—Siempre me convences. Está bien... El dieciocho nos vemos. Llevaré mi vestido blanco. Cuídate mucho, amor mío.

La comunicación se cortó. A Miguel no le llegaron las cuatro últimas palabras. Y Lolita sintió que ese corte era una señal, una señal de que algo no iba bien. Ni siquiera se habían podido despedir.

No entendía por qué tenía que incorporarse con tanta urgencia. Jamás antes en ningún destino había ocurrido así... También él podía haberse negado: era general; sí, tenía que haberse impuesto. Una cosa era no ir de vacaciones, pero otra muy distinta tener que hacer la mudanza sola. Tendría que llamar a los chicos y a su hermano para decirles que no irían este verano o, por lo menos, advertirles de que no irían en julio.

Para no pensar más se centró en la actividad. Empezó a hacer un inventario de las pertenencias, escribió en una libreta los enseres que iba metiendo en cada baúl, habitación por habitación, armario por armario, cajón por cajón. Al final de la semana, entre madre e hija habían llenado casi ochenta baúles de equipaje: libros, vajillas, cristalerías, mantones de manila, mesillas, marcos de fotos, documentos, títulos, lámparas, cuadros, sombreros, abrigos de piel... Toda una vida en ochenta baúles.

Lo tenían todo listo. Era 17 de julio de 1936. La empresa de mudanza se presentó temprano en el palacio para recoger el equipaje. Solo viajarían con ellas en el tren el joyero con las joyas de su madre y una bolsa con el quinqué de porcelana azul. Sabía lo mucho que significaba para su marido esa lámpara y quería que la tuviera desde el primer momento.

La última noche, como ya habían empaquetado todos los enseres, se quedaron a dormir en casa de su amiga Maruja. El marido de su amiga era el comandante de regimiento García Reyes, y había estado a las órdenes de Campíns muchos años. Al principio rehusó la propuesta educadamente: para solo una noche podrían arreglárselas en una casa vacía, pero su amiga insistió tanto que no pudo evitar aceptar la invitación. Vivían en otro pabellón del palacio. Pensándolo bien, sería mucho más cómodo pasar la noche allí con ellos.

La mañana siguiente, Lolita se despertó loca de contenta. Por fin: había llegado el día. Y con la ilusión de una quinceañera se puso el vestido blanco que tanto le gustaba a su marido.

—Vamos, Conchita, levántate que no quiero perder el tren —dijo a su hija a través de la puerta, con tono autoritario—. Si no te espabilas, voy a tener que cantarte el «quinto levanta».

—No, mamá. Que ya estoy acabando de hacerme las trenzas. A papá le encanta verme con trenzas.

—Déjate de trenzas y date prisa. Papá lo que quiere es verte. No creo que le importe el peinado porque siempre te encuentra guapísima. El coche nos estará esperando ya en la puerta, ¡date prisa! Yo voy bajando.

Sin embargo, al salir a la calle percibió un ambiente extraño. «¡Qué raro! No está el coche», pensó al no ver a nadie. En ese momento apareció su amiga Maruja. Llegó agitada, casi sin aire, un gesto extraño dibujado en el rostro que en un primer momento no acertó a descifrar. Pero, al verla así, un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Ay, Lolita! ¡Están los tanques en la calle! Han declarado estado de guerra. ¡No puedes salir!

—¿Cómo que no puedo salir? Nuestro tren se va en cuarenta minutos. Tengo que llegar a la estación, aunque sea andando.

—¡Lolita, no puedes salir! Y aunque llegaras a la estación andando, han cortado las comunicaciones: no hay trenes, ni aviones, nada... Estamos en guerra. El Ejército se ha sublevado.

—¿Qué Ejército? ¿Quién se ha sublevado?

—Dicen que Queipo de Llano, Franco, Mola, Orgaz y otros...

—¡Eso es imposible! ¿Me estás tomando el pelo? Si fuera así, ¡lo sabríamos! ¡Miguel me lo hubiera dicho! ¡A él se lo hubieran dicho!

—¡Se lo habrán dicho! ¡Seguro que se está sublevando también ahora mismo!

—¡Imposible, Maruja! No conoces bien a mi marido. No va a permitir que entremos en guerra: no será él quien la empiece. Los militares en Granada mantendrán el orden, le conozco bien. Tengo que llamarle, tengo que preguntarle qué es lo que tenemos que hacer.

—No puedes; estamos incomunicados. Han cortado las comunicaciones, no hay telégrafo.

—¡Mis hijos! —insistió, haciendo caso omiso—. Tengo que llamarlos.

—No puedes, Lolita... No te preocupes, estarán bien —la tranquilizó su amiga.

—Mamá, ¿qué pasa? —Conchita apareció junto a la escalera con dos trenzas perfectamente hechas—. ¿Por qué no nos vamos?

—La mudanza salió ayer. Tenemos que irnos. Nuestras cosas llegarán allí. Son ochenta baúles —exclamó Lolita, horrorizada—. ¡Conchita, coge tu equipaje! Nos vamos de todas maneras. Llegaremos a Granada como sea. Tenemos que reunirnos con tu padre. Él sabrá qué hacer.

En ese momento, apareció el comandante García Reyes en el umbral de la puerta.

—De ninguna manera permitiré que una mujer y una niña salgan de mi casa solas. Hay enfrentamientos en las calles: la gente está disparando. Os pueden herir e incluso matar. No sabemos cómo puede terminar esto. Seguramente el Gobierno acabará con los insurgentes, como otras veces, y todo se tranquilizará en unas horas, pero, hasta entonces y bajo mi responsabilidad, nadie saldrá de esta casa.

Lolita palideció. Pero no podía desesperarse; su hija estaba delante, tenía que consolarla, infundirle ánimos.

—No te asustes, Conchita —dijo, acercándose—. Se darán cuenta de que no pueden conseguir nada por la fuerza y replegarán su actitud. Como dice el comandante, todo volverá a la normalidad. Lo hemos visto otras veces. Mañana se restablecerán las comunicaciones y cogeremos el tren para Granada. Al final, todo quedará en un retraso de un día...

En ese momento su mirada se cruzó con la de su amiga. Advirtió algo raro en su expresión que le produjo inquietud.

«Serán los nervios», pensó Lolita, sin darle más importancia, e inmediatamente se apresuró a decir en voz alta:

—El problema es que no tenemos casi ropa ni enseres; lo empaquetamos todo. En nuestra casa solo quedan algunos muebles.

—No os preocupéis; yo os dejaré todo lo que necesitéis mientras estéis en casa. No os faltará de nada —aseguró Maruja en tono tranquilizador.

Volvieron a subir el equipaje a la habitación de invitados y, una vez asumieron que se quedarían allí por lo menos un día más, bajaron al cuarto de estar, donde el comandante había encendido la radio. Todos se sentaron a escuchar el desarrollo de los acontecimientos.

Pero pasaron varios días, la situación se fue complicando... Zaragoza enseguida se unió al alzamiento: la capital estaba tranquila. Desafortunadamente no ocurrió lo mismo en otras provincias. Lolita no consiguió establecer contacto con su marido en ese tiempo. No sabía qué estaba pasando en Granada, no sabía qué estaba pasando en España.

Una semana después, Maruja, a la hora de comer, como era habitual, se sentó a la mesa. Pero esta vez su gesto era diferente; era un gesto demudado que no hacía esfuerzo por ocultar. Tras unos segundos de angustioso silencio, musitó:

—Lo siento mucho, Lolita.

—Que sientes... ¿el qué?

—Lo de Miguel —contestó Maruja con un hilo de voz, sin atreverse a hablar muy alto.

—¿Qué le ha pasado a Miguel? —preguntó mientras le daba un vuelco el corazón.

—¿No lo has oído en la radio? Lo ha dicho Queipo de Llano...

—¿Qué ha dicho ese hombre?

—Han matado a tu marido, Lolita. Por no sublevarse.

Quiso replicar. Hacerlo de inmediato. Sintió unas ganas terribles de levantarse y abofetear a su amiga, una rabia instantánea le abrasaba las entrañas. Estaba equivocada. Maruja estaba tremendamente equivocada. Había pronunciado aquellas palabras sin querer; habían salido de su boca por error, escupidas por un impulso inexplicable, en un acto irracional. Pero, por más que buscaba las palabras, el silencio continuó extendiéndose por toda la estancia. Engulléndolo todo.

—Eso es imposible. Por la amistad que tenemos, te pido que no me mientas...

—Lo he oído en la radio —repitió como una autómatas Maruja.

—Pues miente la radio, miente ese señor: nunca me fie de él. Es un embustero —sin darse cuenta, Lolita se irguió de la mesa—. Mi marido no está muerto, no puede morir. ¿Me oyes? ¡No puede morir así! ¿Quién lo ha matado? ¿Los suyos? ¿Sus amigos? ¡No puede ser! ¡Por el amor de Dios, Maruja, y por nuestra amistad! ¡Por nuestros hijos! ¡Te pido que no me mientas! ¿Me oyes? ¡No me mientas!

—Lolita, no te miento... ¡estás pálida! ¿Dónde vas?

—Me estoy mareando... Voy a vomitar... Me tengo que ir...

—Lolita, espera, te ayudo...

—¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Déjame sola, por favor! ¡Déjame! —Y mientras decía esto desapareció por la puerta principal. A los pocos minutos y mitigados por las gruesas paredes, se oyeron sollozos desgarradores.

En el comedor, todavía sentados el resto de comensales, el silencio estalló como una bomba y su onda expansiva impactó de una manera violenta en Conchita, testigo muda de todo lo acontecido. Su padre había muerto. Notó una opresión que le atenazaba la garganta, el estómago, el corazón... Pero no lloró. Haciendo un esfuerzo inhumano, mantuvo la compostura y detuvo las lágrimas en sus ojos. No dejó que una sola resbalase por sus inocentes mejillas. En ese instante empezó a fraguarse en su interior una coraza, una armadura para protegerse de un mundo que se desmoronaba a su alrededor.

El resto del día apenas hablaron. Maruja optó por dejar sola a Lolita con su dolor, un dolor que la inmovilizó, que le impidió salir de su habitación, que le impidió cenar y pensar que tenía una

hija, una niña que estaba sola en una casa extraña y que no podía soportar ver así a su madre. Por fin se hizo de noche, sin embargo Conchita no podía dormir. Se levantó de la cama, salió de su habitación sin hacer ruido y se dirigió con sigilo al cuarto de su madre.

—Mamá... ¿Puedo entrar? —dijo Conchita tímidamente mientras giraba el pomo de la puerta.

—Conchita, cariño, ¡perdóname! —exclamó Lolita con lágrimas en los ojos mientras se levantaba de la cama y se abalanzaba a los brazos de su hija—. Me había olvidado de ti... —añadió con un tono de culpa infinita.

Madre e hija se fundieron en un abrazo. Se quedaron así un largo rato. Para Conchita, las lágrimas de su madre eran cargas de profundidad que a duras penas podía resistir su joven corazón. No podía soportar ver a su madre llorar. No podía verla rota de dolor.

—Mamá, no llores. No llores más. Papá está vivo. Estoy segura. No hagas caso de lo que digan, él siempre me dice que no se pueden prometer cosas que no se pueden cumplir, y me prometió que vendría a buscarnos. Si él lo prometió... vendrá, ya lo verás. Además, si no pudiera venir, hubiese llamado... hubiera mandado un telegrama, hubiera hecho algo, mamá. Él no nos va a dejar así, no puede morirse así... no puede. Por eso, mamá, no llores. Por favor.

Y Lolita se dio cuenta de que no podía caer en el vacío que la estaba atrapando. Su hija la necesitaba.

—Tienes razón, Conchita. Papá estará en algún sitio intentando reunirse con nosotras —dijo, haciendo un esfuerzo por sobreponerse mientras se secaba las lágrimas con la manga del camisón.

Conchita, que sin derramar una sola lágrima había notado el frío helador que deja la angustia de pensar en la muerte, sintió que esas palabras le traían un soplo de calor y buscó refugio de nuevo en los brazos de su madre. Un refugio que le acompañaría el resto de su vida.

Los días pasaban muy despacio. Se hacían eternos porque madre e hija no podían terminar de creer lo que estaban viviendo. Se sentían como si de repente alguien las hubiera sacado de sus vidas para meterlas en una película, una película que no era la suya, en la que no tenían ninguna esperanza ni intención de encajar. Pero deseaban que terminara pronto. Que las luces se encendieran y la terrible y confusa historia llegara a su fin. Entonces todo volvería a ser normal...

Conchita iba a un colegio de monjas que permanecía abierto en verano, para así no quedarse sola en casa de los García Reyes. Lolita, mientras tanto, estuvo haciendo gestiones, intentando averiguar qué ocurría. Se encerraba en la habitación y escribía buscando ayuda, soluciones, consuelo. Buscando no volverse loca. Decidió escribir a su querida amiga de la infancia, Carmen Berzosa; ella la entendería, la escucharía.

Carmen queridísima:

No puedo más, sufro mucho, muchísimo. No me atrevo a escribir a mi hermano, ni a mis hijos del alma.

A ti te he escrito y no me atrevo a echar la carta, por si no llega o se pierde, y en ella te recomiendo a mi niña por si me muero.

Carmen de mi vida, ¿será mentira todo esto? ¿Vivirá mi marido? ¿Quién me lo ha matado? ¿Cómo ha podido él morir sabiendo cómo me quedaba yo? Me vuelvo loca...

Reza mucho por mí y pide a Dios por él, el mejor de los hombres, el mejor de los padres, el mejor marido, mejor militar, más patriota y más valiente que nadie.

Era mío; me lo dio Dios en la iglesia de Santa Bárbara. ¿Te acuerdas? Ahora me lo quita un hombre. ¿Hay derecho a esto?

Pide por mi hermano y mis hijos, que no les haya pasado nada; espero que a vosotros tampoco.

Estoy en casa del comandante García Reyes, en el Castillo con mi hija, en la casa en donde yo era la más feliz de las mujeres con mi marido y mis hijos.

Carmen, reza por mí. Voy a escribir a mi marido de mi alma a Granada, a ver si vive.

Si me lo han matado, cuánto habrá sufrido pensando en mí y en sus hijos. ¡Infames traidores! ¡Que Dios os perdone, yo os perdono!, pero quiero conocerlos. ¿Quiénes sois? ¿De qué partido? ¿De dónde habéis salido? ¿Os hacía sombra?

Contéstame enseguida, Carmen querida, por carta o telégrafo si recibes esta para mandarte otra. Solo escribiéndote encuentro algo de consuelo...

Y al terminar la carta, Lolita no pudo contener las lágrimas.

Conchita iba al colegio a la fuerza; no estaba ninguna de sus amigas. Las niñas que había allí esos días le resultaban repelentes y pasaba horas haciendo ejercicios de francés. Su único aliciente era jugar al baloncesto en la hora del recreo: era más alta que la mayoría de las niñas de su edad y se le daba muy bien.

Uno de esos días, mientras Conchita jugaba a su deporte favorito en el patio del colegio con un grupo de niñas, una de ellas, con tupidas coletas de color negro azabache, mofletes rojos y piernas voluminosas, se le plantó enfrente y le dijo:

—A tu padre lo han matado por rojo.

—¿Qué dices? —replicó Conchita.

—Que tu padre era rojo y por eso le han matado.

—Eso es mentira; mi padre no es rojo y está vivo.

—Sí es rojo. Lo he oído en la radio.

—Lo has oído porque eres idiota; oyes mal y no entiendes lo que dicen.

—¡Me has llamado idiota! —dijo la niña indignada mientras el rojo de sus mofletes se le extendía por toda la cara.

—Sí; te he llamado idiota y como vuelvas a decir que mi padre es rojo te corto las piernas con unas tijeras.

Y Conchita se abalanzó sobre la niña y le tiró de las tupidas coletas.

—¡Madre! ¡¡Madre Superiora!! Me está pegando y me va a cortar las piernas con unas tijeras...

—Idiota y, además, chivata y cobarde. ¿Llamando a las monjas? ¿No te puedes defender sola? —le preguntó Conchita con cara de odio y sin esperar respuesta.

—Conchita, ¿pero qué haces? —gritó desde lejos la madre superiora mientras se acercaba torpemente al lugar de los hechos—. ¿Te has vuelto loca? ¡Para! ¡Estate quieta! ¡Pídele disculpas!

—¿Disculpas? Pero si ha dicho que mi padre es rojo... ¡Eso es mentira! Y además dice que está muerto y yo sé que no lo está.

—Madre, lo he oído en la radio, lo ha dicho Queipo de Llano, lo dice todo el mundo —insistió la niña de los mofletes rojos.

—Conchita, pídele perdón. Si lo dicen en la radio, será verdad.

—¡No, no y no! —refunfuñó Conchita.

—Pues castigada toda la tarde haciendo ejercicios en clase. Llamaré a tu madre y le diré que esta noche te quedas a dormir aquí, en el dormitorio de las internas. A ver si escarmientas de una vez y te comportas como una señorita.

—¡Idiota! —volvió a decirle Conchita a la niña girando la cabeza, mientras la madre superiora le daba empujones por detrás para que anduviera más deprisa.

Y como castigo se pasó la tarde escribiendo ejercicios en francés en una clase vacía y oscura. Cuando acabó, cenó en el comedor con otras niñas que estaban internas. Rezaron sus oraciones y se fueron a la habitación; pero ella no podía dormir: estaba rabiosa contra las niñas, contra las monjas, contra su madre, que la había encerrado en ese colegio en verano; contra el mundo. Quería ver a su padre. Todo era confuso... No podía estar muerto... Y Conchita tenía razón: era 3 de agosto y su padre todavía estaba vivo. Queipo había mentido en la radio.

Ante su desesperación, Conchita se asomó por la ventana y vio que había luna llena. Le encantaba mirar al cielo. Su tío Antonio tenía un telescopio y le había enseñado a localizar las principales constelaciones: la Osa Mayor con su forma de carro; Casiopea con su forma de W; Orión, la favorita de su padre porque decía que tenía forma de soldado... Y era la única chica de su clase que podía identificar a simple vista en una noche despejada a Marte, Júpiter o Venus. La luna ejercía una especie de campo magnético sobre ella del que no podía escapar.

Decidió salir. Nadie se enteraría. Se vistió deprisa y, aprovechando que a esas horas todo el mundo dormía, se escurrió sigilosamente por la puerta y corrió hasta el puente de piedra. Ese puente al que tantas veces había ido con su madre para ver los atardeceres. Hacía una noche preciosa: la luna, una luna anaranjada, enorme y cercana, tan cercana como si pudiese tocarla, lo iluminaba todo: el puente de piedra brillaba y la Basílica del Pilar parecía de plata. De pronto lo vio: era un avión cruzando justo por delante de esa luna inmensa. Su silueta se dibujó de una forma tan perfecta que no parecía real. ¿Estaría soñando?, se preguntó. ¡No! Era real, estaba allí. Su padre era piloto. A lo mejor iba en ese avión. Salió corriendo detrás de él, se dirigía a la basílica y ella iba en la misma dirección.

En realidad no corría detrás del avión: lo hacía tras su infancia, sus recuerdos; corría tras su padre. Hasta que, de repente, un ruido ensordecedor la tiró al suelo. El mundo se paró. No había sonido, había perdido el color. Conchita tuvo miedo. Se levantó como pudo, desorientada, y siguió corriendo. Corría y corría cada vez más deprisa, sin saber dónde ir. Hasta que oyó la voz de su madre: «Si alguna vez piensas que no puedes más, si piensas que te vas a caer, ve al Pilar y la Virgen te sujetará», y entonces corrió más rápido, todo lo deprisa que fue capaz hasta llegar a la puerta de la basílica. ¿Y si está cerrada?, pensó con miedo, ¿y si no se abre? Pero se abrió. Entró y se escondió debajo de un banco. Todo estaba oscuro. Y entonces otra explosión y otro sonido más ensordecedor aún. El techo se venía abajo... No oía, no veía... Iba a morir. ¡Dios mío, no puedo morir!, pensó mientras acurrucaba su cuerpo menudo bajo el banco. Soy una niña, no me he casado, no he tenido hijos, no le he dicho a mi madre dónde estoy... ¡Todavía no! ¡Todavía no, Dios! ¡Por favor! Y el silencio y la profunda oscuridad borraron los pensamientos de Conchita.

Pasaron horas, aunque quizá fueran solo minutos. Abrió los ojos. No había techo, ya no estaba oscuro... Vio las estrellas y la luna llena: ya no era grande; tampoco estaba el avión. El rincón donde se había escondido estaba lleno de escombros y polvo, pero... ella estaba viva.

—¡Gracias! —dijo Conchita con un hilo de voz mirando al cielo.

Dos bombas habían caído en la Basílica del Pilar, una en el exterior y otra en el interior. Un avión republicano las había lanzado esa noche del 3 de agosto. Ninguna de las dos explotó. A pesar de que Conchita no volvió nunca a aquel colegio de monjas en que había tenido que pasar unos días tan difíciles, sí regresó, todos los años, a la Basílica del Pilar. El Pilar le había salvado la vida.

Tras el incidente de las bombas, la gente hablaba de milagro, pero no lo fue: simplemente se lanzaron a una distancia demasiado baja para posibilitar su activación. Y así, los días se siguieron sucediendo, uno tras otro, con relativa tranquilidad en Zaragoza. Allí la sublevación había triunfado el primer día.

Lolita seguía sin entender qué pasaba, qué había pasado. En el palacio de la Aljafería la relación con la familia García Reyes era cada vez más tensa: tímidos sondeos sobre cuándo se irían, vagas sospechas encubiertas en comentarios suspicaces sobre la actitud de Campíns ante el levantamiento que flotaban hasta en el último rincón de la casa, haciendo que el ambiente para Lolita fuera irrespirable. Allí se ahogaba. Por fin, un día, lo vio claro. Se le abrieron los ojos de repente. Tenían miedo. El comandante y su familia tenían miedo de las consecuencias que implicaría tener a ella y a su hija en su casa.

Una vez se dio cuenta de lo que pasaba, Lolita hizo el poco equipaje que llevaban y, así, madre e hija se despidieron agradeciendo la hospitalidad y todas las molestias causadas. Se marcharon solas, sin ver ningún ademán ni la más mínima intención por parte de la familia García Reyes de ofrecerles quedarse más tiempo.

—Pero, mamá, ¿dónde vamos a ir? ¡No tenemos dinero!

—Ya nos las arreglaremos, Conchita.

—Pero ¿dónde vamos?

—Al hotel Florida, en la calle del Coso.

—¿A un hotel?

—Sí, a un hotel... Y, por Dios, ¡quítate el pelo de la cara antes de entrar!

Al llegar a la recepción del hotel, Lolita, con la dignidad de toda una señora, explicó:

—Buenos días. No tengo dinero, pero mi hermano que es director general de aduanas vendrá a buscarme en cuanto pueda comunicar con él y decirle dónde estoy... En cuanto venga, le pagaré hasta la última peseta de la cuenta. Pero de momento lo único que le puedo dar es mi palabra.

Y el recepcionista, después de consultar al director del hotel y de observar el aspecto y educación de madre e hija, aceptó la palabra de tan digna señora como garantía.

Una vez en la habitación, cogió pluma y papel y se decidió a escribir. Otra vez escribiría a Franco, a Serrano Suñer, a Francisco Salgado, a su amiga Carmen Berzosa... Escribiría a todo el mundo para buscar explicaciones, para entender qué había pasado en Granada.

Querida Carmen:

Tú que tienes fuerzas, pide por todos, pide porque todo esto sea una mentira, cruel e infame, pero mentira. Yo los perdono a todos, pero que me den a mi marido, que no puedo vivir sin él y tengo que resistir para ver colocados a mis hijos.

Espero que tengas noticias de mi hermano y de los chicos. ¡Pobrecillos los tres! ¡Cuánto sufrirán sin saber dónde estamos Conchita y yo!

Me fui de casa del comandante. La situación era violentísima: les incomodaba nuestra presencia. Estoy en hotel Florida, calle del Coso, 92...

Por todo esto, querida Carmen, y si me pasara algo, como tú eres mi hermana, quiero que veles por mi pobre niña, que se eduque como era la ilusión de su padre y la mía, en la firmeza e inocencia, teniendo fe en Dios, queriendo mucho a la Virgen y bendiciendo a todas horas el nombre santo y glorioso de su padre...

¿Cómo no habrá podido nadie evitarlo?, se preguntaba Lolita, mientras doblaba la carta y la metía en un sobre. No la mandaré, decidió, escribiré otra y se la remitiré a Franco; él me explicará lo que ha pasado.

Distinguido amigo:

He oído por radio la horrible muerte de mi marido y aún sigo yo viviendo. Sarcasmos de la vida.

Bien cierto es que esta carta ha de resultar inoportuna en estos momentos, en que dependen de V. cosas tan graves y decisivas para España; bien sé que esta tragedia mía tan horrible es para la mayoría de las gentes un caso más de la revolución o la guerra. Pero para mí es el derrumbamiento de mi vida, la pérdida de mi felicidad para siempre; es ver a mis hijos sin padre, en la edad en que más lo necesitan; es ver mi hogar, antes feliz, deshecho y lleno de amargura.

Por este dolor y por estos hijos abandonados, por la amistad que a ustedes les unió y los años que convivieron, yo le ruego que me dé una explicación, me diga algo de esta espantosa tragedia que nadie acierta a comprender ni explicarse. Resulta inverosímil que él (el mejor de los hombres), que toda su vida la ofrendó a la patria, sacrificándolo todo, incluso la familia, resulte ahora como enemigo de ella. ¿Qué ha pasado, Dios mío? Yo creo volverme loca.

Para mí no hay un momento de duda ni vacilación en la caballerosidad de mi marido, que fue siempre el prototipo de la rectitud y del cumplimiento de su deber; pero mis hijos, que llevan con orgullo el nombre inmaculado de su padre, no pueden permitir que se vea empañado.

Por esto, le vuelvo a rogar me diga lo ocurrido; yo creo, tengo la esperanza de que todo esto sea mentira, una mentira infame y cruel, pero mentira. ¡No puede ser, Dios mío! Estoy aquí sola, con mi niña, sin poderme comunicar con mi marido ni con mis hijos. Nadie sabe nada ni nadie me dice nada, y yo me muero de incertidumbre y de dolor.

Hacia poquísimos días que se había incorporado a su destino, a donde le ordenaron fuese con toda urgencia. ¿Habrá muerto allí solo, sin una persona amiga a su lado? ¡Qué horror!

Perdone esta carta (inoportuna, como antes digo) y tenga solo en cuenta nuestra amistad y la de nuestras inocentes hijas. Mis cariñosos saludos para Carmen y V. de su afma. amiga.

Dolores Roda de Campíns

Cuando escribió esta carta, Lolita tenía conocimiento de la muerte de su marido por las palabras de Queipo en la radio. Pero algo dentro de ella sabía que no era así, tenía la esperanza de que estuviera vivo; por eso, no paraba de hablar con unos y otros, de escribir y hacer gestiones, de pedir explicaciones de los hechos.

Efectivamente, su marido estaba detenido en Granada pero no muerto. Permaneció detenido allí hasta el 4 de agosto; de ahí fue enviado a Sevilla, donde Queipo de Llano, que era en ese momento el máximo responsable en un proceso que venía ya decidido desde el principio, lo comunicó

cruelmente durante dos semanas. Lolita nunca se perdonó no haber podido salvarlo, no haber hecho las suficientes gestiones para averiguar si de verdad había muerto o si todavía vivía, no haber averiguado el lugar donde se encontraba detenido o haber estado con él. No haberse despedido.

Después de tres semanas en el hotel Florida, le dijeron que su marido había sido ejecutado a manos de sus compañeros. Carmen Berzosa, que vivía en Sevilla, le relató lo que aparentemente había sucedido. Pero nadie sabía nada con certeza, nadie conocía los detalles de un acto atroz, imperdonable. No podía comprender qué había pasado, no podía creérselo, la impotencia y el profundo dolor la llevaron a escribir a Franco de nuevo.

Franco, Franco:

¿Qué han hecho con mi marido? ¿Quién me lo ha matado? ¿Qué crimen ha sido el suyo? ¿A quién mató él? Esos que le han matado (quienes sean) no lo conocen, no saben quién es. V. sí lo conoce. V. sabe su valor como militar, como cristiano, como caballero. ¡V. sabe quién es! V., que es hoy la primera figura de España, ¿no lo pudo salvar? ¿Qué pasó, Dios mío? ¿Qué?

Perdóneme, pero dígame algo, yo estoy aquí sola, incomunicada y acabaré por perder la razón de tanto pensar cosas que no puedo comprender. Dígame algo, se lo suplico. ¿Qué pudo pasar, qué?

Matarlo otro hombre, ¡de los suyos!, ¡no puede ser!

Perdóneme y tenga caridad del mayor de los dolores que puede tener una mujer.

Suya afma.

Dolores Roda de Campíns

Acabó la carta y la metió en un sobre blanco con ribetes negros, negros como su vestido, un vestido de algodón abotonado del cuello a la cintura y falda recta que tenía desde que murió su madre. Se levantó del escritorio en busca de un sello. Los tenía en su bolso. Abrió el armario para cogerlo y entonces lo vio. Allí estaba, colgado, el vestido de gasa blanco que tanto le gustaba a su marido, el vestido que se puso el día que iban a encontrarse en Granada y que se quitó a las pocas horas, sin que él llegara a verla, sin que llegara a saber que se lo había puesto solo para él.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sintió que se mareaba y tuvo que aferrarse a la pared para no caer al suelo. Evitó que su cuerpo cayera, pero no pudo impedir que su alma, su corazón y su vida entera se perdieran en el más profundo de los abismos.

Y mientras se precipitaba al vacío, un instinto, el instinto de supervivencia, impidió que cayera al empujarla a coger papel y pluma y ponerse a escribir de nuevo una carta a su amiga Carmen, una carta que no enviaría porque no era ese su cometido. Un papel sobre el que poder, tan solo, desahogarse y liberar parte del dolor que la destrozaba por dentro.

Carmen de mi vida:

¿Por qué no me habéis llamado, por qué no me habéis avisado? ¿Por qué no me habéis dejado que le dé un beso, que nos diésemos un beso largo, muy largo, sin que pudieran separarnos? ¿Quiénes son ellos para separarnos? ¿Qué ley hay que autorice esto? ¿A quién mató mi marido? ¿Qué crimen ha cometido? Si estoy, yo te aseguro que no lo matan, tan insignificante, tan débil como soy yo. La bala la contengo. ¡Infames! ¡Canallas! ¿Quién me lo ha matado? ¿No os horroriza lo que habéis hecho? ¿Podéis vivir tranquilos después de semejante hazaña? ¿Quiénes sois? ¿De dónde habéis salido?

¿Sabéis que habéis matado al hombre mejor del mundo, al más cristiano, al más caballero?

Miguel, Miguel mío, ¿de qué te ha servido tu mujer en este mundo, si no ha estado contigo en tus últimos momentos?

¡Qué he hecho yo aquí como una tonta, sin hacer nada, que quizás hubiera podido evitar todo esto! Miguel de mi vida, tú que eres santo, tú que eres mártir, tú que estás en el cielo, dile a Dios que me deje, que me deje verte un momento, que no nos despedimos, que nos dijimos «hasta luego». Bien mío, ¡cuánto te quiero!

¡Ay, Carmen, qué sufrimiento! ¡Qué castigo más tremendo! ¡Que Dios te conserve a tu marido! Quiérole mucho, dale muchos besos, que no hay nada en el mundo como eso.

Ya sé que vosotros estáis bien, pero, por favor, dime algo de mi hermano Antonio y mis hijos...

Y mientras escribía las últimas palabras, oyó ruido en la escalera.

—¡Mamá, mamá, mira quién ha venido! —era la voz cantarina de Conchita, esa voz que tiraba de ella, que no la dejaba precipitarse al vacío.

La puerta de su habitación se abrió y le vio... Era su hermano Antonio, su único hermano. Tenía los ojos bañados en lágrimas al igual que ella; los dos buscaban consuelo, buscaban ese cariño que ambos habían perdido y que intentaron encontrar fundiéndose en un sobrecogedor abrazo.

11. *El alzamiento*

Granada

La noche del 9 de julio hacía mucho calor en Madrid, un calor seco que se dejó sentir durante todo el trayecto en tren que llevó a Campíns a Granada. El calor no le dejaba dormir y los pensamientos fueron tomando posiciones, escalando y asaltando su cabeza. La urgencia de su incorporación, el que no le hubieran permitido recoger a su familia, la desilusión de Lolita por no poder ir de vacaciones a Huelva, todo era un cúmulo de circunstancias que le tenían desanimado y preocupado. A las nueve y diez de la mañana llegó a Granada, después de una calurosa noche de insomnio. Al descender del tren le esperaban en el andén de la estación el coronel León Maestre, jefe del regimiento de infantería y coronel más antiguo; el comandante Miralles, jefe de Estado Mayor de la 3.^a Brigada, y el ayudante del general Llanos. El general todavía no había recibido la comunicación oficial de su destitución y seguía por consiguiente al mando de la plaza.

El coronel León fue el encargado de recibirlo, de ponerle al corriente de la situación en Granada y de brindarle su hospitalidad. Una hospitalidad que a Campíns le pareció sincera y afectuosa, porque además le ofreció una calurosa invitación a comer en su casa, con su familia, los primeros días de su estancia en la ciudad.

Pero León Maestre era un conspirador. Lo que en realidad quería era averiguar el grado de compromiso de Campíns con la República, y si el general podría convertirse en la cabeza que ahora necesitaba el movimiento militar granadino. En ningún momento le explicó a Campíns los motivos de la destitución de Llanos, una destitución que posiblemente se llevó a cabo por una reunión clandestina con Queipo de la cual el Gobierno tuvo conocimiento posteriormente.

El mismo día de su llegada, a la hora de comer en casa del coronel, empezó una correcta conversación.

—Agradezco enormemente la invitación —dijo Miguel al sentarse en la mesa.

—Para mí es un placer que un viejo amigo y compañero africanista comparta mesa con mi familia —contestó el coronel León con lo que parecía un falso orgullo.

—Espero no molestarles mucho. Me han dicho que pronto quedará libre mi pabellón en la comandancia militar. En unos días estará todo a punto. Tendré que buscar a una cocinera, cuando llegue Lolita quiero que se lo encuentre todo dispuesto —añadió Miguel.

—¿Cuándo llegará? Tengo muchas ganas de tenerla por aquí y charlar con ella —preguntó la mujer del coronel.

—Pues, si Dios quiere, el día dieciocho la tendremos con nosotros.

—¿Viene sola?

—No, con la niña, que viene un poco a disgusto: la pobre está un poco harta de cambiar tanto de colegio y de amistades.

—No me extraña. A esas edades cambiar de amigos es muy difícil. Cuando venga, tráigamela, que le presentaré a mis hijos. Y mientras tanto le puedo mandar una cocinera de confianza — sugirió la mujer del coronel con decisión.

—Muchas gracias.

Al terminar de comer, mientras doblaba cuidadosamente su servilleta, añadió:

—He comido admirablemente. Lamento no poder quedarme mucho rato, pero tengo una reunión con el nuevo alcalde. Creo que se llama Fernández Montesinos.

—Sí, precisamente lo acaban de nombrar hace unas horas. ¿Sabes que es cuñado del poeta Federico García Lorca? —le informó León.

—No, desconocía esa información.

—Pues sí, y además he oído que el poeta también llegará a Granada el día catorce.

—Las ciudades universitarias atraen a la intelectualidad. Me alegro de haber elegido este destino.

La mujer de León sonrió al oír las palabras de Campíns. Era una mujer agradable, de fría belleza y gesto algo soberbio, refinada y culta. Campíns le devolvió la sonrisa. León, mientras tanto, con gesto serio, mantenía la mirada en el plato. Había algo raro en su semblante. Y eso producía una brisa de tensión en el ambiente.

—Espero que nuestra comandancia también atraiga al intelecto; debemos ser un ejemplo de militares con buena formación —agregó Miguel intentando rebajar la tensión.

León hizo una mueca sin mirarle y siguió degustando el postre. Después alzó la vista y el matrimonio cruzó una mirada, un gesto que definitivamente empujó a Campíns a marcharse. Se despidió educadamente mucho antes de lo que tenía previsto. El coronel le acompañó a la puerta y quedaron en verse más tarde en la comandancia militar.

La comida había sido tensa. La despedida, tibia.

Campíns se reunió con Llanos, con Manuel Fernández Montesinos, con el gobernador civil Torres Martínez. Nadie conocía ni le sabía explicar los motivos exactos de la urgencia de su incorporación, ni la rápida destitución del general saliente.

Se empezó a dar cuenta entonces de que la guarnición que había elegido no era tan tranquila como él esperaba y cierta inquietud se apoderó de él. Inquietud que aumentó cuando el 13 de julio, durante la noche, fue informado del asesinato en Madrid de Calvo Sotelo.

La mañana siguiente se dedicó a realizar visitas de inspección a los campos de tiro y de deporte, los parques de intendencia, el aeródromo de Armilla, el hospital Militar, la guardia de cárcel... con la intención de irse acostumbrando poco a poco a la rutina de la vida en esa guarnición.

El día 14 escribió a su madrastra Leonor. La fecha en que tuvo que presentarse en Madrid había recibido un telegrama donde le informaban de la muerte de su padre. Un infarto fulminante había apagado la vida del jubilado Campíns. A Miguel la pérdida lo había afligido, aunque sabía que la delicada salud de su padre podía enfrentarlo a esa situación en cualquier momento; sin embargo, lamentó con mayor impotencia no poder asistir a su velatorio. Leonor estaba muy afectada por la muerte de su marido, por lo que en su carta trató de tranquilizarla e insuflarle ánimo.

A Lolita decidió no decirle nada; no quería darle una noticia así por telegrama ni por telégrafo. Además, el médico había observado que estaba delicada. Tenía problemas de circulación y fuertes arritmias, necesitaba una vida tranquila. ¡Era tan impresionable! No quería que sufriera sin estar él presente para consolarla. Cuando llegara a Granada se lo diría y cuando estuviera todo en orden en la guarnición tomaría unos días de permiso para visitar juntos a Leonor y la tumba de su padre. Le había prometido a su hija Conchita que la llevaría otra vez a casa de Leonor y tenía que cumplir su promesa, aunque fuera en tan tristes circunstancias. La casa, sin su padre, ya no sería la misma. Se había quedado huérfano.

Esa noche también escribió a su mujer.

Querida Lolín:

¿Sabes? Tengo tantas ganas de que llegues... Estoy contando los días. Me han hablado de una cocinera estupenda. Quiero tenerla aquí para cuando llegues, quiero que descanses cuando vengas, para que tus arritmias desaparezcan. Aquí las cosas están relativamente tranquilas, aunque he tenido que tomar algunas precauciones tras el asesinato de Calvo Sotelo. No sé a dónde vamos a parar por ese camino, pues eso dará lugar a represalias. En fin, creo que estaremos algún tiempo en Granada; mejor dicho, no veo motivos de cesar en este puesto por ahora, pero al mismo tiempo puede ocurrir que, de un plumazo, me quiten si cambia la situación, que no es nada segura. Hay algo que me produce cierta desconfianza y no veo muy claro el futuro... Lo único claro que veo es que te necesito a mi lado.

Tras terminar la carta, Campíns sintió la necesidad de salir. Se ahogaba en el cuartel, en su despacho. Necesitaba respirar aire fresco, pensar en los sitios a los que llevaría a Lolita cuando llegara, imaginar que estaba con ella... Tenía tantas ganas de verla. Había oído que uno de los lugares más pintorescos de Granada era el paseo de los Tristes.

Qué curioso, pensó. En el paseo de los Tristes de Alicante conocí a mi mujer. El mismo paseo, el mismo nombre, pero en diferente ciudad.

Y decidió ir. Tenía que ir, habían pasado veinte años entre aquel paseo y este. Entonces era comandante, ahora general; entonces no tenía nada, ahora lo tenía todo; entonces añoraba a su madre, ahora le faltaba su mujer. Y, de repente, tuvo una extraña sensación, una sensación que no le gustó. Sintió que llegaba al final para volver al principio, sintió que cerraba un círculo, recordó toda su vida y así, entre olivos, pensamientos y chopos de la Vega granadina, llegó al paseo de los Tristes. El río Darro y la majestuosa e imponente vista de la Alhambra lo embrujaron durante unos minutos. Era tan romántico. Cuánto le gustaría a Lolita. Y, de repente, le pareció ver una fuente y junto a la fuente algo que se movía: vislumbró una figura. No puede ser, pensó, será ella... Habrá llegado antes de tiempo. Me ha querido dar una sorpresa, le han dicho que estaba aquí... No... No... ¡No puede ser! No lo sabía nadie... Y la figura, en décimas de segundo, se volvió real. No era ella. Lo que tenía delante era una figura masculina, llevaba sombrero y un elegante traje de chaqueta blanco. Avanzaba hacia él a paso rápido. Rapidez que le precipitó de inmediato a la realidad. Cuando se cruzó con él lo reconoció:

—Federico García Lorca... Había oído que vendría a Granada. ¡Cómo me alegro de tenerle por aquí! No sé si se acordará de mí —dijo Miguel sin ocultar su sorpresa y su admiración.

—Miguel Campíns, claro que me acuerdo. Nos conocimos en Madrid en la Residencia de Estudiantes. Yo también había oído que estaba destinado en Granada como nuevo gobernador

militar. Eso me tranquiliza. En Madrid el ambiente estaba revuelto y la tensión aumentaba cada día. Por eso me he venido a Granada.

—No se preocupe —dijo Miguel al verle algo nervioso—. Aquí la situación está bajo control.

—Confío en su criterio y su templanza.

—Bueno, para eso estamos los militares. Para asegurar y garantizar el orden.

—Mucha suerte. Su cometido no será fácil —añadió Lorca.

Se dieron la mano y se miraron largo rato como si ambos supieran que no volverían a verse. Se despidieron sin muchas palabras. Se alejaron. Pero instintivamente los dos volvieron la cabeza antes de perderse de vista, como si hubieran olvidado decirse algo, como si presintieran algo. Se hicieron un gesto con la mano y siguieron su camino, diferentes caminos que los llevarían al mismo destino. Su encuentro pronto sería como esos recuerdos que da la vida y que se tejen con los hilos de las cosas pequeñas, esa clase de recuerdos que luego con el tiempo llegan de golpe por las noches, envueltos en una brisa repentina y que ya nada ni nadie te puede quitar.

El día 17, víspera de la llegada de Lolita, Campíns estaba nervioso. Se le aceleraba el ritmo cardíaco, como si una mano invisible le apretara el corazón cada vez que su mujer estaba cerca de él. Por eso, recibió con mucho ánimo a los mandos de la fuerza de orden público (guardia civil, asalto, policía) y, cuando terminó todas las inspecciones, le pareció que las cosas en la guarnición estaban encarriladas y tenían suficiente tracción para seguir su curso. Sin embargo, al final del día, el rumbo iba a torcerse. Sobre las ocho de la tarde, un capitán del Regimiento de artillería que era radioaficionado y poseía una emisora receptora debidamente legalizada, informó a Campíns de que a eso de las seis había establecido contacto con un radioaficionado de Melilla. Ese radioaficionado le había comunicado que unidades militares de la plaza se habían sublevado contra el comandante militar, el general Romerales. El orden militar en Granada empezaba así a resquebrajarse. Los sucesos de Melilla eran la chispa que iba a encender el movimiento militar que desde meses antes se venía preparando. En Ceuta el teniente coronel Yagüe se hacía con la ciudad. El ejército de África, sus antiguos compañeros, se levantaban en armas contra la República.

Ese mismo día, su amigo Franco se encontraba presidiendo el entierro del general Balmes en Las Palmas, muerto en extrañas circunstancias. Algunas voces decían que había sido un suicidio. Balmes tenía cincuenta y nueve años y una niña de siete a la que adoraba y protegía. Los que lo conocían sabían que nunca la hubiera abandonado. Franco, aprovechando las circunstancias de estar allí, dio órdenes a Orgaz, al que nombró comandante de Las Palmas, para que declarara el estado de guerra. Ya no cabía duda: Franco estaba en el alzamiento y mandó un telegrama a todas las guarniciones militares de importancia. Ese telegrama tenía un valor excepcional porque la participación del general podía decidir la adhesión de otros muchos militares. Campíns nunca recibió ese mensaje, que le hubiera aclarado muchas incógnitas y muchas dudas que se le plantearon. Quizás, si hubiera recibido ese telegrama, su actitud hubiera sido otra; quizás, el curso de los acontecimientos hubiera sido otro; quizás, Granada no hubiera estallado en mil pedazos.

Campíns fue informado a las siete de la mañana del día siguiente por el capitán radioaficionado de que la rebelión militar se había extendido a otras capitales del protectorado; concretamente Ceuta, Tetuán y Larache. De inmediato, dio las gracias al capitán y a las diez se dirigió a los

cuarteles de artillería y de infantería apelando al patriotismo, a la lealtad de los oficiales y jefes e instándoles a permanecer unidos y a extremar las medidas de seguridad.

Más tarde, a las tres y treinta, se presentó de nuevo el capitán.

—Mi general, le llaman al teléfono.

Campíns cogió el teléfono y contestó:

—¿Quién me habla?

—Desde la jefatura de la división le ordeno que declare el estado de guerra en menos de una hora —dijo una voz autoritaria y prepotente.

—Pero ¿quién me habla? —insistió Campíns.

—El general Queipo de Llano, que acaba de tomar el mando en Sevilla.

—No le reconozco la voz —dijo Campíns para asegurarse.

—Le recuerdo nuestro último encuentro en la carretera de Tetuán —contestó su interlocutor.

El dato era cierto, pero no se fiaba de la persona que decía hablarle desde la jefatura de la división. No sabía si era Queipo de Llano o un impostor. Campíns se disculpó y colgó para hacer una comprobación. Una determinación de tal gravedad no se podía tomar así como así. Después de comprobar que efectivamente era Queipo, que se había sublevado en Sevilla, volvió a llamar, pero ya nadie le contestó; llamó en repetidas ocasiones pero sin éxito, lo cual, dada la confusión que existía en aquellos momentos en la capital andaluza, no era extraño en absoluto.

Campíns comprendió de inmediato que la sublevación se estaba extendiendo por la Península y llamó al ministerio. Habló con el ministro Casares, quien le ordenó que bajo ningún concepto declarase el estado de guerra. Campíns le pidió explicaciones sobre qué pasaba en Sevilla, pero este rehusó contestarle sobre la situación.

Claramente, Casares le estaba ocultando información, por eso decidió ir a ver al gobernador civil con la intención de rogarle que ordenara una investigación para determinar el origen de la conferencia del supuesto Queipo. Sospechaba que esa conferencia podía ser falsa e incluso que Queipo pudiera estar en Granada y hacer la llamada desde allí.

—Está bien —concedió el gobernador civil—. Enseguida ordenaré a la compañía de teléfonos que confirme si la conferencia ha sido con Sevilla. Pero necesito saber qué va a pasar con la guarnición. ¿Van a declarar el estado de guerra?

—Le garantizo que la guarnición no se sublevará si no se le dan motivos de desorden público, si la gente no sale a la calle, si no pasa nada grave en Granada... La guarnición no saldrá. Yo respondo del Ejército si ustedes garantizan que el pueblo no se desborda —contestó con firmeza Campíns.

Ambos estaban de acuerdo. Pero el curso de los acontecimientos se precipitó de manera vertiginosa.

A las seis de la tarde, una nueva llamada desde Sevilla solicitó al general Campíns.

—Miguel, te habla Gonzalo —a Miguel le sorprendió que ahora le tuteara—. Quiero que sepas que este es un movimiento militar que dirige Franco y que muchas tropas procedentes de África están en camino.

—Gonzalo, lo siento; no dispongo aquí de suficientes fuerzas. Tengo destacamentos en Jaén, Bailén, muchas licencias y permisos.

—Da igual, sublévate como sea. Hay que salvar España —ordenó Queipo de Llano.

—No conozco la opinión de oficiales, suboficiales y tropas —replicó Campíns—. Además, aquí no hay motivos suficientes para declarar el estado de guerra; la tranquilidad es absoluta. No hay razón para, de momento, tomar una medida de tal magnitud.

En ese instante se cortó la comunicación. Pero daba igual. Campíns se lo había dejado claro a Queipo: que algunos de sus amigos generales dirigieran la sublevación no la justificaba; el discurso sobre la peligrosidad que corría España y la necesidad de salvarla no era motivo suficiente para lanzarse a una guerra.

A continuación, Miguel llamó al gobernador y le rogó que no le pasaran más comunicaciones con Sevilla. Después informó de lo sucedido al ministro Casares.

Esa noche hubo una relativa tranquilidad en Granada. No había razón para temer un estallido de violencia. La población y el Ejército estaban calmados, no se repartieron armas. Esa relativa tranquilidad solo se vio alterada por la guerra de las ondas de Queipo de Llano. La charla radiofónica de Queipo alentó a los conspiradores granadinos (entre ellos, el coronel León Maestre), que desplegaron una gran actividad en la noche del 18 de julio ultimando los preparativos de la sublevación. Habían valorado sublevarse con o sin la participación de Campíns. Finalmente, decidieron no decirle nada. Lo harían sin él.

La mañana siguiente, 19 de julio, amaneció todo tranquilo, pero de regreso de su visita a los cuarteles, Campíns tuvo noticia de la dimisión de Casares Quiroga y del encargo presidencial a Martínez Barrio para que formara un nuevo gobierno. A partir de entonces, el caos se apoderó de Madrid; más tarde, le volvieron a llamar y le informaron de la dimisión de Martínez Barrio. Se formó un tercer ejecutivo presidido por José Giral y un nuevo ministro, el general Castelló. Este le informó de que había que preparar una columna contra Córdoba; después le pasó con el teniente coronel Hernández Saravia, quien insistió en que preparara la columna. Campíns le discutió la orden; la consideraba peligrosa tal y como estaban los ánimos entre los oficiales. Las tropas que fueran en esa columna podían restar en vez de sumar. A Hernández Saravia le molestó su franqueza.

—Donde hay orden no existe contraorden —replicó con dureza.

Pero Campíns lo consideró un disparate y no preparó la columna.

Más adelante recibió una nueva orden del ministro de Guerra que, a través del gobernador, le pedía que le entregara las armas que tenía depositadas en el cuartel de artillería para organizar milicias armadas. Campíns se negó en rotundo; contestó que lo consideraba un disparate y que no entregaría armas a paisanos ni aceptaría que estos fueran al cuartel. Por segunda vez en pocas horas, el general Campíns desobedecía una orden del Gobierno, negándose a entregar las armas depositadas en artillería para dotar con ella a las milicias del frente popular.

Desde ese momento, comprendió que debía proclamar el estado de guerra. El orden público seguía siendo tranquilo, pero estaba convencido de que el cumplimiento de las órdenes que recibía de Madrid llevaría al enfrentamiento entre sus fuerzas, que en absoluto eran unánimes en su forma de pensar, o conducirían al hostigamiento de estas por las milicias izquierdistas, que cada vez se mostraban más hostiles y con más deseos de pasar a la acción. Pero necesitaba tiempo para mantener el equilibrio, tiempo para conseguir unidad en la acción y la adhesión de las fuerzas

de orden público. En definitiva, necesitaba tiempo para mantener al Ejército unido y evitar bajas entre las fuerzas bajo su mando o como consecuencia de enfrentamientos entre diferentes facciones militares. Pero los sublevados no aceptaban tiempo ni les importaba mantener el Ejército unido; no les importaban el orden ni las bajas: solo les preocupaban sus intereses personales mezclados con una difusa necesidad de salvar a la patria, y así lo demostraron al no tener escrúpulos a la hora de disparar contra antiguos compañeros opuestos al alzamiento.

«Ya no sé qué es lo mejor para España —se repetía Miguel constantemente en esos momentos—; ya no sé cómo mantener el orden, cómo recuperar la disciplina; ya no sé cómo cumplir con mi obligación. ¡Dios mío, ayúdame a tomar la decisión correcta!», pedía una y otra vez.

Finalmente, el día 20, Campíns, pasando por encima de todas sus convicciones personales, firmó el bando de estado de guerra en la plaza al considerar que, en vista de la situación, en ese momento adherirse al movimiento ya era lo mejor para España. Y decidió que tenía que ser él quien dirigiera el movimiento; no podía dejarlo en manos de alguien más exaltado o reaccionario. La situación era muy delicada. Sin embargo, sus expectativas no se cumplirían porque el día 21 sucedió algo inesperado: fue destituido por Queipo en una charla radiofónica de una forma grosera y deshonrosa que indignó a Campíns.

Él tenía la conciencia tranquila: había obrado pensando en sus hombres, en la población, en España; en ningún momento había pensado en él. Pero le crisparon los términos deshonrosos lanzados contra su persona. Ahora su única preocupación era su familia y su único consuelo escribirles cartas. A pesar de saber que sus cartas, de momento, no iban a llegar a su destino... y que quizás nunca lo harían.

Aun así, lo primero que hizo fue escribir a su mujer.

Lolín:

Te escribo hoy bajo una serie de impresiones penosísimas. Las radios te habrán puesto al corriente y, si no, no habrá faltado una amiga piadosa que te haya dado el disgusto. Temo más el tuyo que el mío.

Antecedentes: Ya sabes las condiciones en que vine hasta aquí hace tan pocos días. La oficialidad conspiraba. Yo podía olerlo en el aire.

Hace tres o cuatro días me avisó el ministro Casares de que en Melilla y Canarias habían ocurrido cosas y me dio el encargo de supervisar los cuarteles para ver cómo estaba la gente.

Los vi y, estando en el de Infantería, me llamó Villa Abrille, desde Sevilla, para pedirme impresiones; se las di buenas.

Por la tarde, a las tres y media, me llaman al teléfono y, sin decir quién, ni de dónde, me ordenan declare el estado de guerra. Pregunto quién me da la orden y me contestan que la jefatura de la 2.^a División; no me conformo, pues no conozco la voz, y me dicen que Queipo de Llano se ha hecho cargo del mando. Esa es la primera noticia que se me da del movimiento.

Ya sabes cuáles son los antecedentes de ese señor; que lo he visto amotinarse en Madrid en contra de las recompensas, luego en Larache a favor. Conspira a favor de la Dictadura de Primo de Rivera y luego se subleva contra lo mismo. Lo hace también en contra de la Monarquía y luego a favor de un movimiento derechista.

Yo soy hombre consciente de mi responsabilidad y, por tanto, no meto a tontas y a locas en un riesgo serio a las tropas que me confían, tanto menos cuanto que no sé cómo piensa la oficialidad, las clases y la tropa, y además en la población hay más tranquilidad que nunca.

Por otra parte, nadie contó conmigo y yo no tengo vocación de borrego. Por tanto, me negué con las mejores palabras que pude.

Por la tarde no tuve comunicación con Sevilla, pero a las seis Queipo volvió otra vez a preguntarme si había cumplimentado la orden. Dije que no; entonces se me habló de Franco y de no sé cuántas cosas más y yo, como no me fío de ese señor, del mismo modo que tampoco tú te fiabas, me mantuve en mi puesto, pues la tranquilidad material en la calle era absoluta y no la iba a alterar yo.

Se cortaron las comunicaciones con Sevilla y yo me mantuve en mi puesto durante tres días. Pero con lo que pasaba fuera, la nerviosidad en autoridades y en la oficialidad aumentaba, la atmósfera se enrarecía; por aquellas órdenes absurdas, la gente en la calle hablaba de asaltar los cuarteles. Aun así, como la paz en la calle era absoluta no quería romperla yo.

No quiero tener nunca sobre mi conciencia la responsabilidad de haber derramado sangre de nadie porque sí.

Al tercer día, siendo la tensión tan grande que ya no la podía contener, estudiadas la cooperación de las distintas fuerzas, ante la enormidad de ciertas órdenes del gobernador, me dejo llevar por el espíritu de la oficialidad y cuerpos: a las cinco y media declaro el estado de guerra. No podía resistir más.

En un momento estuvo todo hecho, sin lucha de las fuerzas entre sí ni detención de las principales autoridades en sus propios despachos, como en otras partes.

Di parte a Queipo; se quejó de mi retraso, pero lo aceptó como bueno. Por la noche, los primeros tiros en la provincia; en la capital, ovaciones derechistas, retraining de izquierdistas. Pero hoy, por la radio, ese señor dice que juego a dos cartas, me llama traidor, ordena mi destitución y no sé si que me fusilen. Quizás influido por cierto aviador que envió a Sevilla como enlace y que antes había sido destituido desde Madrid por sus manejos.

Si ese señor hubiera estado cerca o en otras circunstancias, yo le hubiera contestado en forma adecuada, pero a esa distancia y, ahora, no puedo. Ya ajustaremos cuentas. En su vista, en el acto, he entregado el mando y ahora no sé qué determinación tomar.

No sé en qué pararán estas cosas. Me subleva el calificativo lanzado por tal canalla. No sé cuáles serán las consecuencias en unos momentos tan inseguros como los actuales.

No hago más que pensar en ti y en nuestros hijos, pero, eso sí, aunque con dolor, ten la seguridad de que es con plena tranquilidad.

A poco de entregar mi breve mando han empezado los tiroteos. Ya sabía yo que el estado de guerra sería derramamiento de sangre. Ya veremos en qué para esto.

Pero tú ten la plena seguridad de que tu marido, el padre de tus hijos es un hombre de honor, que si ha pecado de algo es de exceso de lealtad a sus compromisos y que no le remuerde la conciencia de una gota de sangre derramada por su culpa.

Me asombra el poco valor que se da a la vida de los demás. Así no vamos a ninguna parte. En fin, la realidad inmediata es que el mando se lo he entregado al jefe más antiguo, el coronel León Maestre, al que suponía mi amigo... ¿te acuerdas cuando estuvo en casa con su mujer, en la época de África? Entonces fueron educadísimos... como lo han sido ahora. He comido cinco días en su casa con su familia; estaban al corriente de la sublevación, de todos los preparativos y no me informaron de nada, disimularon... Ya me llamó la atención la actitud distante y soberbia en su mujer... Ahora lo entiendo.

No sé ya cuándo nos reuniremos, ni cómo, pero sea como fuere, ten la seguridad absoluta de que tu marido no piensa más que en ti, que tú eres mi felicidad y mi vida toda, que pase lo que pase tú has sido, eres y serás todo en la vida. Que para ti y para la niña os envía muchos besos y con ellos todo su corazón,

El día 22 de julio, Campíns recibió la comunicación oficial de que se encontraba detenido. Esa noche decidió escribir también a sus hijos Miguel y Antonio. No pudo evitar reflejar una cierta tristeza en sus palabras por el curso que habían tomado los acontecimientos.

Queridos Guelín y Toñín:

Hijos míos, la vida tiene sus contratiempos y en particular la profesión militar. No sé si aconsejaros lo seáis o no. Vosotros ya sois mayores y juzgaréis por cuenta propia si os conviene seguir o no en la profesión.

Yo tengo un concepto del deber muy rígido y de la carrera muy elevado, pero no todos los militares lo sienten de la misma manera. Además, los tiempos en que vivimos son cada vez más difíciles; no hay ninguna verdad absoluta en las cosas de la vida. Lo que para unos parece bueno, para otros lo es malo, y así el saber reconocer cuál es la línea de ese deber cada día se hace más difícil.

Yo no soy capaz de lanzar a mis subordinados a aventuras ridículas, tontas ni peligrosas, si no media antes su consentimiento expreso. Además, pienso que España, con tanta revolución y tan continuas, se empobrece más cada día. Claro es que pasan muchas cosas que no debieran pasar, pero no somos los militares los llamados a impedirlo por medios que tampoco son legales ni naturales.

Me resistía a declarar el estado de guerra habiendo calma o paz material en las calles y campos de esta provincia. Creía y sigo creyendo que esa paz material no éramos los militares los llamados a romperla. La paz de los espíritus no existe desde hace mucho tiempo, pero en ella los militares tenemos poco que hacer.

Así pues, las impaciencias de unos y los desaciertos de otros me pusieron en el trance de no poder resistir más y así llegué al estado de guerra.

No sé si me equivoqué o acerté, ahora es pronto para juzgarlo. El tiempo lo dirá. Pero el caso es que, por eso y por haberme mantenido leal al gobierno central, estoy destituido y detenido. No os preocupéis por mí; estoy bien atendido y en la misma comandancia militar. No me falta nada.

Lo malo de todo esto es vuestra pobre madre. Cómo le habrán sorprendido estas semanas en Zaragoza; y la pobre Conchita, tan pequeña para atenderla. En cuanto lo permitan las circunstancias, ved si las podéis reunir con vuestro tío Antonio, o por lo menos vosotros con ellas, pues para eso sois hombres.

Pensad que vosotros sois soldados en uso de permiso y en circunstancias como estas tenéis que presentaros en la comandancia militar y prestar los servicios que os manden.

Sed muy obedientes, puntuales y disciplinados en cuanto os manden; repasad vuestras obligaciones en el Manual de las Ordenanzas. Tan pronto como haya Comunicaciones, os tenéis que incorporar a vuestro regimiento en Zaragoza.

Cuando yo salga de estas cosas, ya veremos lo que hacemos. Al destituírseme del cargo, se ha hecho con un lenguaje grosero y criminal. Algún día podré ocuparme de ello; ahora no es posible. Pero sea lo que quiera, suceda lo que suceda, pensad en que vuestro padre fue soldado siempre por vocación, español como el que más; un caballero siempre esclavo de sus juramentos y palabra empeñada. Mas, a pesar de buscar siempre los puestos de mayor riesgo y fatiga, como dicen las Ordenanzas, siempre fue avaro de la sangre de sus soldados y, bajo su mando, nunca se derramó una gota de ella sin ser por imperativo del deber.

Atended y cuidad a vuestro tío, y cuando os juntéis con vuestra madre, obedecedla y cuidadla mucho. No la hagáis trabajar, pues está delicada; es muy impresionable y con estas cosas sufrirá mucho. Pensad

que tenéis la suerte de poseer la más santa mujer de la tierra por madre. Dadle muchos besos de mi parte.

Y para vosotros, mucha calma, mucha serenidad, valor y todo el cariño inmenso de vuestro padre,

Miguel

Al día siguiente, la tristeza que le había invadido al escribir a sus hijos se disipó parcialmente cuando leyó en el periódico *Ideal*, que le entregaban a diario, que el general Orgaz llegaba a Granada. Orgaz era un gran amigo. Habían estado juntos en África y tenían formas muy parecidas de ver las cosas. Al enterarse de que su amigo llegaría a Granada, respiró aliviado: hablaría con él, se lo explicaría todo y él se lo transmitiría a Franco. Parecía que veía la luz al final del túnel...

El día 26 Campíns esperaba ansioso la llegada de su amigo, pero fueron pasando las horas y su amigo no apareció. No habrá podido, estará aturdido con la situación tan delicada que se vive en Granada, tendrá que reunirse con las tropas... pensaba Campíns, buscando excusas para justificar su ausencia, aferrándose a un vestigio de esperanza, a una ilusión, la ilusión de que todo se aclararía.

—¡Vendrá mañana! —se dijo a sí mismo mientras se tumbaba en la cama, aunque sabía que la ansiedad y la debilidad no le dejarían dormir.

La cocinera había dado la espantada al enterarse de que estaba detenido y prácticamente no comía. Pero el día 27 no apareció nadie: ni Orgaz ni su asistente. Parece que Orgaz no tiene nada que decirme, nada que preguntarme, concluyó.

Miguel aprendió que el silencio es el mayor castigo cuando se espera una visita, cuando se espera una palabra, el gesto de un amigo. Convierte los minutos en horas y las horas se hacen eternas; el veneno de la incertidumbre y de la ansiedad va subiendo por todo el cuerpo, dejándolo sin vida mientras se extiende. Y se transforma en un nudo de angustiosos pensamientos. «¡Qué amigos tienes!», escribió Campíns en su diario.

Pero, aun así, él se agarraba a la esperanza, se aferraba a la amistad y a la vida, y pensó en que algo le habría impedido visitarlo; quizás se sentía condicionado por la situación. Una carta... ¡Sí! Eso es lo que tenía que hacer... Una carta la leería, pensaba, eso no le iba a comprometer; fue entonces cuando decidió escribirle. Sabía además que al día siguiente tenía previsto volar a Sevilla para reunirse con Franco, Queipo y Varela para tratar, entre otros temas, las dificultades que presentaba el paso del Estrecho para las tropas de África. Era una oportunidad única para que Franco se enterara de las circunstancias de su detención y, por ello, finalmente, escribió a Orgaz.

Excmo. Sr. D. Luis Orgaz Yoldi:

Mi querido general y antiguo amigo: Por el periódico local que recibo, única comunicación que tengo con el mundo, sé que desde el 25 estás en esta plaza. Yo esperaba que, viniendo a ella con una misión del general Franco, a quien me une sincero afecto y cariño, vendrías en algún rato libre para informarme, oyéndome, de mi situación y motivos que me han traído a ella.

Como no ha sido así, a pesar del tiempo transcurrido, tomo la pluma para exponerte lo siguiente:

Yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a ninguna de las organizaciones más o menos secretas que vienen perturbando la vida del Ejército (masonería, U.M.E., etc.). A mí nadie me ha hablado, ni he estado comprometido con nadie, respecto de la preparación y ejecución de este movimiento militar.

Las primeras noticias que he tenido han sido un aviso del ministro (Casares) hablándome de Melilla en la noche del 17 y una orden del general Queipo de Llano, desde Sevilla, a las tres y media de la tarde del día 18 ordenándome, sin más explicación, declarase el estado de guerra.

Soy hombre consciente de mi responsabilidad y sin más ni más, ignorando el espíritu de los cuerpos de esta guarnición (oficialidad, clases, tropa), ignorando el fin del movimiento, etc., máxime, habiendo tranquilidad material en la provincia, yo no podía dar un paso de esa naturaleza. Yo no soy un cabo de escuadra.

En conferencias posteriores, el general Queipo ya me precisó algo más; pero yo estoy seguro (tengo datos para creerlo) de que, si en ese día, doy ese paso, aquí hubiera ocurrido algo muy parecido a lo que creo ha ocurrido en Málaga, en Madrid o Barcelona. Hubiera sido un fracaso o hubiera habido mucha sangre.

En su vista, me seguí manteniendo leal al Gobierno de Madrid hasta que fui teniendo más datos del estado de ánimo en Granada y viendo a la vez cómo esa lealtad era quebrantada por ese mismo Gobierno y cómo sus órdenes disparatadas nos llevaban a la anarquía.

Estoy seguro de que, si no hubiera querido dejarme arrastrar por las impacencias y deseos de la mayoría de los oficiales, hubiera podido hacerlo, pero yo no soy capaz de poner enfrente de ellos a los suboficiales ni a la tropa; eso hubiera sido indigno y anárquico, tanto más cuanto que mi sentir estaba al lado de ellos.

Yo, en las dudas de aquellos momentos, no me inspiro más que en el deseo de que lo que sucediera lo fuera con el menor derramamiento de sangre y el menor estrago en Granada y su provincia.

Mi contacto con el Gobierno central fue hasta las cinco de la mañana del día 20, negándome en estas conversaciones a organizar fuerzas que marcharan contra las de Córdoba.

Cedí, ante insistentes presiones, a que armas de Gobernación depositadas en el cuartel de Artillería fueran entregadas, no a paisanos ni a milicias de ninguna clase, sino a la Guardia Civil para que esta las sacase fuera de la provincia. La entrega sería mediante triplicada relación, para así ganar tiempo y decidir cuándo se me darían contestaciones que tenía pedidas.

Cuando en la tarde de ese día se me avisó de que la oficialidad estaba dispuesta a declarar el estado de guerra, fui solo al cuartel y, al decirme que se contaba ya con Guardia Civil y Asalto, etc., me uní con mucho gusto a ellos, pues así tenía asegurada la menor efusión de sangre y el éxito.

Firmé en el acto el bando de declaración del estado de guerra; allí está mi compromiso y mi actitud, principalmente en su artículo primero, y desde ese momento, con toda lealtad, he estado al lado vuestro. Al dar cuenta al general Queipo, este me reconvino afectuosamente por mi tardanza. Yo le di breves explicaciones por teléfono; no podía en los agobios de aquellos momentos ser más extenso, y adopté las primeras medidas consiguientes a esa decisión.

Pero mi sorpresa, mi dolor y mi indignación fueron grandes, al comunicármese groseramente, al día siguiente, los términos de una alocución radiada de dicho general Queipo de Llano. Por ella, además de ofendérmese, de arrojar dudas sobre mi comportamiento, se me desposeía del mando, sin oírseme.

Protesto, con todo respeto, pero con toda energía de esa forma de destitución, que ni merezco ni tiene fundamento razonable. Protesto de mi inutilización material y moral, pues sé que así no tengo el prestigio suficiente para poder ejercer ningún mando, ni servir de manera eficaz a esta causa.

Conste que me mantuve obediente al Gobierno de Madrid hasta la mañana del 20; otros lo han estado más tiempo, pero desde la tarde del mismo día mi compromiso y mi actitud han estado en la firma puesta al pie del bando dicho, y sin ninguna mistificación.

Conste también, y repito, que nadie contó conmigo antes de este movimiento; yo acababa de llegar a esta plaza y los coroneles me aseguraban completa normalidad, aunque yo sé que, en oficiales, y más en

suboficiales, había elementos de tendencia contraria a la que hoy se manifiesta.

Me he creído en el deber de molestar tu atención escribiendo esta carta no por temor a nada ni a nadie, sino para descargar mi conciencia y hacer presente mi disgusto por el trato recibido. No ambiciono nada y no quiero nada.

Si alguna vez puedes y crees oportuno el hacerle llegar cuanto te digo al general Franco, te quedará una vez más muy reconocido tu amigo y subordinado q.e.t.

Orgaz no leyó la carta; probablemente no llegara a recibirla nunca. Tampoco visitó a su amigo durante su estancia en Granada, quizás por el temor a una reacción negativa del irascible Queipo. Pudo más la conveniencia de mantenerse al margen que la intención o el deseo de ver a su amigo, si es que este deseo había llegado a existir.

Mientras tanto, el alzamiento seguía su curso con el coronel León a cargo de la comandancia militar. Se hizo público un nuevo bando redactado por dicho coronel que sustituía al de Campíns, un bando mucho más duro y acorde con los deseos de Queipo, como así lo demostraban las constantes alusiones a «pasar por las armas» a aquellos que no cumplieren lo ordenado o a quienes fueran sospechosos de identificarse con las ideas de lo que la República encarnaba.

La represión granadina había empezado. El centro principal de la resistencia, el barrio obrero de Albaicín, se rindió cuando se acabó la munición el día 23 y, tras resistir los bombardeos y el fuego de artillería, muchos de los resistentes huyeron, pero otros muchos fueron detenidos, interrogados, sometidos a toda clase de brutalidades y finalmente fusilados ante las tapias del cementerio.

El comandante José Valdés Guzmán, africanista profundamente reaccionario, fue nombrado gobernador civil tras detener al anterior gobernador y fusilar al alcalde. Tenía las manos libres para actuar a su antojo. De ese modo proliferaron los asesinatos de médicos, abogados, escritores, maestros y, sobre todo, trabajadores. Una vez asegurado el control del centro de la ciudad, Valdés permitió que la facción falangista conocida como Escuadra Negra sembrara el pánico entre la población. Esta escuadra estaba formada por fanáticos convencidos, matones a sueldo, hombres desesperados por ocultar su pasado de izquierdas; su misión consistía en sacar a los izquierdistas de sus casas en plena noche y fusilarlos en el cementerio. Uno de sus cabecillas, el empresario Juan Luis Trescastro Medina, llegó a declarar que cuando salía de expedición a los pueblos cercanos iba preparado para degollar hasta a los niños de pecho.

Tras la caída de Loja, Queipo envió un contingente de regulares a distintos pueblos de la provincia que participó en las atrocidades. En el curso de la guerra más de cinco mil civiles fueron asesinados en Granada, muchas veces en el camposanto. El guarda que allí había se volvió loco, y el 4 de agosto lo ingresaron en un manicomio. Tres semanas más tarde, su sustituto abandonó la vivienda situada en las puertas del cementerio, donde se había instalado con su familia, porque no podía soportar el llanto y los gritos de los moribundos. Muchos vecinos de los pueblos de las Alpujarras fueron enterrados en una fosa común en el barranco del Carrizal, en el municipio de Órgiva.

Ni siquiera Campíns, tan preocupado por el derramamiento de sangre inocente, pudo prever una tragedia de tal envergadura.

Las ejecuciones aumentaban a un ritmo alarmante y repugnante: directores de periódicos, exalcaldes... Fueron fusilados diez catedráticos, cinco de ellos por protestar contra los disturbios provocados por los falangistas. Entre ellos se encontraba el antiguo rector de la Universidad, el brillante arabista de treinta y dos años Salvador Vila Hernández, íntimo amigo de Unamuno. Su detención en Salamanca, el 7 de octubre, fue la gota que colmó la paciencia de Unamuno y lo llevó a pronunciar su famoso «Venceréis, pero no convenceréis». La mujer de Vila, Gerda Leimdorfer, alemana y judía, fue detenida junto a su marido y trasladada a Granada. A él lo mataron el 22 de octubre, si bien la intervención de Falla logró salvar la vida de la mujer después de ser bautizada por la fuerza. Los padres de Gerda Leimdorfer, refugiados judíos, fueron deportados a la Alemania nazi.

La burguesía local granadina consentía las atrocidades por parecerles menos graves que las que, según se decía, estaban cometiendo los republicanos en otros lugares de España. Queipo de Llano se ocupaba de alimentar esta percepción con sus discursos radiofónicos. Y mientras tanto, el gobernador civil, Valdés, vivía fuera de sí, como si fuera el protagonista inconsciente de una enorme tragedia en la que la única salida hacia delante que encontraba era aplicar el terror.

Entre los muchos falangistas que se presentaban a Valdés destacaba un joven de buena familia: recién llegado a Granada y amigo de José Antonio Primo de Rivera, gracias a su personalidad despierta y a su gran cultura, se había ganado el respeto del gobernador militar. Pero el choque de temperamentos fue inevitable.

—Mira, Patricio: contigo perdemos, contigo perdemos —le decía al joven falangista y universitario que había llegado a Granada el día 17—. Eres demasiado débil y así no se hace una sublevación.

—Seré débil pero también soy universitario, y estamos en una era moderna —argumentaba Patricio—. No podemos retroceder en solo unas horas a la Edad Media y fusilar a tanta gente sin un proceso, sin escucharlos... Esto para mí es un crimen. ¿No te das cuenta? ¿No lo comprendes?

—¡La Falange no servís para nada! ¡Me tendré que apoyar en la comandancia militar, en Queipo de Llano y en la Guardia Civil! —replicaba indignado Valdés.

—No serviremos para nada y puedes apoyarte en quien quieras, pero te prohíbo que los fusilamientos se hagan con la camisa azul. Es más: te prohíbo que la Falange tome parte en ningún fusilamiento —sentenció.

Lamentablemente hubo algunos falangistas que también se incorporaron a la escuadra negra de Valdés. Y así se extendió el ambiente de terror y represión. Patricio González de Canales tenía veinticuatro años, era falangista y había estudiado Derecho, pero estaba horrorizado por la exaltación de sus compañeros. Se preguntaba si serían pasiones del espíritu o de la biología, como el delirio de sangre que les entraba a algunos, quienes acababan considerando un honor dar el tiro de gracia. «Estos son misterios terribles del alma humana», solía decir Patricio, sin entender cómo había personas dispuestas a acometer un acto así en servicio a Dios, porque creían que estaban en una cruzada, y que después se iban a comulgar con la conciencia tranquila.

—¡Dios mío! ¿Qué nos está pasando? ¿Hemos dejado de diferenciar el bien y el mal? —se lamentaba Patricio, cosa que sacaba de sus casillas a Valdés.

—Mira, Patricio: me parece muy bien que seas tan idealista, pero si no te enfrentas a la realidad tendré que quitarte de en medio. Fusilarte. Mejor dicho, asesinarle —le amenazó Valdés en tono despectivo.

—¿Qué pasa, que soy un estorbo para ti?

—Sí, lo eres.

—Habéis cometido la barbaridad de fusilar al rector de la Universidad de Granada y ahora detenéis a Polanco, uno de los catedráticos más prestigiosos. Y lo hacéis rompiéndole las gafas, golpeándole. ¿No te das cuenta de que a ningún catedrático ni a ninguna persona se la puede tratar así?

—Escucha, Patricio. Deja de tocarme los cojones. En Granada trato como quiero a quien quiero y donde quiero. Y aprovecho para informarte de que Queipo de Llano ha dado órdenes de que te incorpores a Sevilla inmediatamente. Tu mandato en Granada se da por terminado. Ya nombraremos a otro jefe provincial de Falange aquí.

«¡Qué cabrones! —pensó Patricio—, lo tenían hablado y orquestado. Solo era cuestión de tiempo que me lo lanzara y hoy le he dado la excusa perfecta para hacérmelo estallar en la cara...».

En esos momentos, en la comandancia militar de Granada y enterado de los últimos acontecimientos por el periódico local *Ideal*, Campíns escribía a su esposa con cierto orgullo. Intentaba infundirle ánimos, pero la verdad era que se sentía en el fondo de un pozo. Estaba solo: ni el asistente ni la cocinera seguían a su lado. Escribir le desahogaba, aunque no tenía manera de saber si Lolita recibía sus cartas.

Se mantenía enterado de los acontecimientos por alguna emisora que, de tarde en tarde, lograba sintonizar en una vieja radio que había en su habitación. Ese día, intentando captar noticias que le informaran de cómo se desarrollaba el alzamiento en las provincias donde estaba su familia, interceptó el lejano sonido de ese conocido bolero que tanto le gustaba:

*Muñequita linda,
de cabellos de oro,
de dientes de perla,
labios de rubí.
Dime si me quieres,
como yo te adoro;
si de mí te acuerdas
como yo de ti.
A veces escucho
un eco divino que,
envuelto en la brisa,
parece decir...
Si te quiero mucho,
mucho, mucho, mucho,
tanto como entonces,
siempre hasta morir.*

Mientras sonaba la música, las trenzas de Conchita, su sonrisa jovial y su voz cantarina se le aparecieron de repente en diferentes planos, planos tan reales que parecía la tuviera en sus rodillas, que la pudiera tocar. Pero enseguida se desvaneció.

Antes de acabar los acordes de la última estrofa, Miguel apagó la radio. En ese mismo momento, presintió que no volvería a ver a su hija.

El 4 de agosto un trimotor Bunker Ju 52, que el día anterior había traído desde Tetuán a una compañía de la legión, trasladaría a Patricio González de Canales a Sevilla para incorporarse a su nuevo destino como jefe de las Jons. En el mismo trimotor un militar, general de infantería, también se dirigía a su último destino.

Patricio estaba sentado junto a la ventanilla. No le gustaba viajar en avión. Vio entonces que dos militares se sentaban al otro lado del pasillo.

—¿No se moverá mucho? —preguntó Patricio al militar fuerte y de poco pelo que se sentaba cerca del pasillo.

—Tranquilo, son trimotores alemanes. Muy resistentes —contestó el militar.

—¿Seguro? —insistió desconfiado.

—Transportan hombres y material de guerra continuamente; pueden almacenar seis bombas y dos ametralladoras. El tiempo que pases en este trimotor, joven inquieto, estarás más seguro que en tierra. Aprovecha y descansa —le recomendó. Volvía a sentirse como un viejo profesor ante su alumno.

A Patricio le impresionó su mirada serena e inteligente, la seguridad en sí mismo y su solvencia al hablar: pocos hombres le habían transmitido tanta confianza en un primer contacto. Hombres así necesitaba la Falange, pensó. Y trató de relajarse durante el viaje.

—¿Disfrutaste del vuelo? —le preguntó Campíns al llegar.

—Sí, gracias. Fue mucho más tranquilo de lo que pensaba —contestó Patricio y, después, añadió mientras se cuadraba ante él:

—Patricio González de Canales.

—Miguel Campíns.

Y, llevándose los dedos de la mano derecha a la visera de la gorra, se miraron fijamente a los ojos. A Patricio le infundió tanto respeto que le preguntó al piloto al bajar:

—¿Quién es?

—El comandante militar de Granada —respondió el piloto—. Queipo lo trae a Sevilla para juzgarle por rebelión —añadió.

—¿Rebelión? —pronunció Patricio con tono sarcástico—. Ese hombre no es un rebelde —replicó, como si le conociera de toda la vida.

Lo vio alejarse con paso firme. Ningún gesto delataba en aquel general un atisbo de miedo, de inseguridad. Tampoco de falsedad. En su voz había reconocido la franqueza de quien vive ignorante de lo que implica mentir o traicionar. En su mirada había contemplado la serenidad propia de quien no necesita esconder sus malas artes. Cómo podía aquel hombre estar acusado de rebelión era algo que no entendía, pero que empezaba a sospechar. Las decisiones que se estaban tomando en esos momentos auguraban resultados terribles, repercusiones que dejarían una marca

difícil de limpiar. Quienes luchaban con ansia por el poder estaban dispuestos a convertir España en un país capaz de juzgar a quienes más lo amaban.

12. *La muerte de un general*

Sevilla

Al llegar a Sevilla, un coche militar esperaba a Campíns. Subió en el asiento de atrás y emprendió el que sería su último viaje. El conductor, quizás porque lo sospechaba o quizás porque el calor era sofocante, conducía despacio. Cruzó el río Guadalquivir, donde no soplaban ni una gota de aire, pasó por la Puerta de Jerez, muy cerca de la Giralda, y callejó por estrechas y concurridas calles hasta llegar a la plaza de España. Allí el general descendió del coche y fue conducido hasta el edificio principal de la plaza. Durante el recorrido, recordó que a su mujer le había prometido pasar el verano en Huelva y que se escaparían un fin de semana a Sevilla para ver a su querida amiga Carmen Berzosa. «El hombre propone y Dios dispone», pensó resignado Campíns. Nunca se habría imaginado que ese verano estaría en Sevilla sin ella, que volvería a ver la Giralda sin ella, que sentiría de nuevo el húmedo sabor del Guadalquivir sin su compañía. Se acordaba de lo bonita que era Sevilla, pero no recordaba cuánto.

La plaza de España, esa plaza que se había construido para la exposición iberoamericana de 1929 en los Jardines de María Luisa como abrazo del país a sus provincias, se había convertido en el lugar donde dicho gesto se quebraba en mil pedazos. Irónica coincidencia del destino. Pero esa mañana la naturaleza seguía su curso, porque ella no entiende de política ni de guerras; solo entiende de belleza, esa belleza de destellos dorados que reflejaba, en el agua de la ría de la plaza, la fachada del conjunto arquitectónico, enmarcada por solemnes columnas marmóreas; belleza de destellos dorados que se perdían en un cielo intensamente azul y que en su trayectoria iluminaban los rostros joviales de dos jovencitas. Miguel, enseguida, se fijó en ellas. Parecían dos señoritas, pero los calcetines caídos por debajo de sus rodillas delataban que no eran más que niñas. Las dos tenían el pelo oscuro y unas trenzas de azabache les caían sobre los hombros. Paseaban despreocupadas, cogidas del brazo, y mientras cruzaban uno de los puentes de la plaza hablaban en voz baja y reían a escondidas, como si algún secreto juvenil revoloteara entre las pequeñas risas femeninas. Y entonces Miguel sintió como si el tiempo retrocediera y alguien le permitiera ver a su mujer paseando con su amiga a la salida del colegio, mucho antes de que él la conociera.

«¡Cuánto la echo de menos!», pensó mientras apartaba la vista hacia otro lado.

Al entrar en el edificio, la claridad que se escapaba por las ventanas le permitió vislumbrar con pesar a otros siete militares, los cuales estaban detenidos por el mismo delito: no haberse sumado al movimiento. Pero el pesar de Campíns pronto se transformó en alegría al identificar a uno de ellos. Era el teniente coronel Lucio Berzosa, esposo de Carmen, la íntima amiga de su mujer.

—¡Lucio! —exclamó Miguel sin poder ocultar su alegría.

—¡Miguel! ¿Cómo te han traído a ti aquí? —contestó Lucio, sin poder dar crédito a lo que veía.

Y sin más preguntas ni palabras se fundieron en un efusivo y sentido abrazo.

Lucio Berzosa era teniente coronel en el regimiento de infantería. Le habían arrestado porque, al preguntarle los oficiales sublevados cuál sería su posición en el alzamiento, él contestó que seguiría a su coronel en todo; su coronel no se sublevó y, por tanto, él tampoco. La relación entre ellos era tan estrecha que Lucio había sido el padrino de bautismo de la pequeña Conchita.

—¿Cómo están Carmen y los chicos? —quiso saber Miguel.

—Carmen está bien: viene todos los días a verme... Mañana la verás. Los chicos, no lo sé; supongo que se habrán presentado voluntarios al llamamiento de incorporación de Queipo. Yo, personalmente, los había inscrito como soldados; el mayor, Eduardo, acababa de terminar Exactas y el pequeño, Carlitos, todavía cursaba bachillerato.

—Los míos también son soldados —reconoció Campíns—. Los inscribí para que fueran compaginando los estudios y el servicio militar en el cuartel de Zaragoza y así estar los dos bajo mi supervisión. Los dos cursan bachillerato; quería matricularlos en la Universidad de Granada. Lolita no quería que el pequeño fuera soldado. Y ahora, si no pueden llegar a Zaragoza, se habrán incorporado en Huelva. Estarán a las órdenes de Queipo. ¡Dios mío, qué será de mis hijos! —exclamó Campíns con preocupación.

—Tranquilo, no les pasará nada. Son muy jóvenes para que les adjudiquen puestos de riesgo —dijo Berzosa con ánimo conciliador.

—No me fío de los criterios de Queipo ni de los que de él dependen —replicó Campíns de forma tajante.

—No sé cómo hemos podido llegar a esta situación —dijo Lucio, intentando girar un poco la conversación hacia un tema más general—. Aunque la verdad es que la vida con la República era insostenible. Los chicos, para ir de casa a la universidad, tenían que ir con los brazos en alto y un pañuelo blanco para que «los pacos» no les dispararan desde alguna azotea. A las chicas los obreros las amenazaban con matarlas a todas... iban muy asustadas al colegio.

—No lo justifiques, Lucio —interrumpió en un tono muy serio—; no dudo de que la situación fuera insostenible en algunos lugares, pero más insostenible es lo que está viviendo España estos días. Y ya veremos en qué acaba todo esto.

—No lo justifico, Miguel... Y quiero que sepas que no me siento nada orgulloso de lo que está pasando entre los nuestros —añadió Lucio, girando el rostro hacia la puerta principal con un gesto de paciencia e irritación a la vez.

Los militares estaban instalados en habitaciones individuales, perfectamente atendidos. Durante los días que permanecieron detenidos, los dos viejos amigos tuvieron ocasión de mantener largas y sinceras conversaciones.

Los días siguientes al alzamiento, en los pueblos de la ribera del Guadalquivir el desconcierto era absoluto. Salían camiones llenos de jóvenes soldados seguidores del movimiento nacional que no tendrían más de dieciocho o veinte años, llenos de ardor guerrero, dispuestos a conquistar pueblos... y lo hacían vitoreando y gritando «viva la República» y blandiendo la bandera tricolor. No sabían por qué luchaban, pero los habían animado y tenían ganas de hacerlo. Los pocos paisanos que los veían pasar dudaban si cerrar el puño o abrir la mano. Los pueblos conquistados estaban prácticamente vacíos... La situación era caótica, y eso que el caos no había hecho nada más que empezar.

Las circunstancias en Andalucía, a comienzos de agosto, eran delicadas por la precariedad en la que se encontraban las fuerzas sublevadas en muchos puntos de la región. Tal era la confusión que no resultaba extraño ver pueblos en los que inicialmente había triunfado el alzamiento cayendo a los pocos días, otra vez, en manos de la República. Por ello, nada más llegar, las tropas de África tuvieron que dedicarse a ocupar ciudades y pueblos y a pacificar el territorio necesario como para convertir Sevilla y Cádiz en una base suficiente, capaz de recibir los sucesivos transportes y permitir la organización de columnas operativas.

Lo que se hacía evidente era que Franco adquiriría tras el paso del Estrecho un protagonismo cada vez mayor, protagonismo que quedaba patente al situar su cuartel general de operaciones en el sevillano palacio de la marquesa de Yanduri, donde se instaló con su ejército mayor el día 7 de agosto. El palacio de la marquesa de Yanduri era una suntuosa mansión de estilo francés situada en la Puerta de Jerez y estaba unido con el Real Alcázar a través de un jardín por una puerta de acceso directo: en su día se hizo así para que sin salir del mismo la reina Victoria pudiera visitar a la marquesa, ya que a ambas les unía una gran amistad. Al morir sin descendencia, la marquesa donó la casa-palacio a una fundación cuyo objeto social era la educación gratuita. Curiosamente, en 1898, antes de construirse el palacio, en ese mismo solar había nacido el poeta Vicente Aleixandre. La historia de esta residencia le hacía sentir a Franco que era un símbolo de su poder, una sensación que se acrecentaba cuando salía al majestuoso balcón y era vitoreado tras sus arengas mientras sus tropas combatían en la Península y aseguraban un territorio y unas ciudades precariamente dominadas por Queipo de Llano y sus exiguas y poco preparadas fuerzas. Pese a ello, el futuro caudillo no lograba imponerse al «virrey de Andalucía»; en Sevilla, era Queipo de Llano el único jefe y no era conveniente provocar molestos desencuentros con él. Su objetivo inminente era estabilizar Sevilla. Por eso, Franco poco hizo por ayudar a su compañero y amigo Campíns.

Mientras el proceso contra Campíns seguía su curso, este tuvo una inesperada visita que le infundió ánimos: su cuñado Antonio se presentó una mañana sin previo aviso. Había conseguido viajar desde Huelva y dar con su paradero. Los dos se fundieron en un abrazo que revelaba más desasosiego del que les hubiese gustado compartir.

—¡Antonio, qué alegría verte!

—¡Miguel, no tienes mal aspecto! Parece que no te tratan demasiado mal por aquí —observó su cuñado, tratando en realidad de sopesar su situación.

—No, no me puedo quejar... Pero, dime, ¿me traes noticias de mis hijos? ¿Cómo están? —preguntó sin disimular su preocupación.

—Están perfectamente, me han dado esta carta para ti. Cumplen el servicio militar en Huelva. Era imposible que pudieran reintegrarse a su unidad en Zaragoza.

Campíns abrió la carta ansiosamente y la leyó con emoción contenida... Al comprobar que sus hijos estaban bien, se tranquilizó; no obstante, le insistió a su cuñado:

—Antonio, por favor, cuando vuelvas tienes que advertir a los chicos de que mantengan obediencia y disciplina en el servicio. Y sobre todo mucha discreción. Mi situación no les favorecerá en absoluto. Huelva es territorio de la segunda división y está a las órdenes de Queipo. Dos soldados apellidados Campíns pueden despertar sospechas y convertirse en objetivo fácil de

aquellos que quieren ganar favores ante Queipo con la desgracia ajena. Diles que te entreguen todas las cartas que les escribí desde Granada y si no pueden dártelas, que las rompan. Pero, Antonio, por favor: ¡No permitas que las guarden! ¡Esas cartas pueden comprometerles! —Luego añadió de forma triste, pero al mismo tiempo serena y firme—: Me temo que puedo salir mal parado de todo esto: estoy acusado de rebelión militar. Pedirán para mí la pena de muerte.

—Pueden pedir rebelión si quieren —contestó Antonio—, pero tendrás un juicio justo y se demostrará que todo es una cruel mentira, tendrás un abogado defensor y además tú... tú mismo puedes defenderte. ¡Sí! Mejor que seas tú; tienes que hablar tú en el juicio. Nadie te defenderá mejor que tú mismo, tienes experiencia en juicios sumarísimos, en leyes, en oratoria... ¡Tienes que defenderte, Miguel!

—Da igual el abogado que nombren de defensor —replicó sin perder firmeza—, da igual la defensa que yo haga de mi persona, que la haré. El juicio viene ya hecho. ¿No te das cuenta, Antonio? Ya estoy juzgado y sentenciado. ¿No te das cuenta de que el Consejo de Guerra es para darle apariencia formal a una situación ya decidida?

—Iré a ver a Franco —anunció entonces Antonio con determinación—. Él lo parará... Él puede hacerlo.

—De todas formas, si todo esto termina mal —añadió Miguel, pasando por alto esas últimas palabras—, quiero que recojas las pertenencias que dejamos en Zaragoza, las que llegarán a Granada de la mudanza. Posiblemente hayan llegado ya si no están retenidas todavía en Zaragoza, pero localízalas y, junto con lo poco que tengo aquí, llévaselo todo a Lolita. Quiero que les digas a mis hijos que, aunque les cueste y les duela renunciar, preferiría que no fueran militares; la profesión ha perdido su esencia. Ya no es, como sí lo era antes, una religión de hombres honrados... —Miguel tomó aire antes de terminar—. Y, sobre todo, Antonio, quiero que protejas a toda mi familia; cuida de ellos y ampáralos en estos tiempos difíciles que les esperan. Cuéntales la verdad. Tienen que conocer la verdad de lo que pasó en Granada, la verdad de mi actuación, una actuación que ha sido inspirada como lo han sido todas las acciones de mi vida por una única norma: el estricto cumplimiento del deber.

Antonio enmudeció ante estas palabras. Se marchó prometiendo regresar, pero con la mirada nublada y el paso torpe, descompasado. Una vez más, Miguel hacía gala del temple y la honestidad de los que siempre había dispuesto. Y eso le abrasaba el pecho a su cuñado: reconocer que en las palabras de un hombre tan íntegro se escondía un rastro de despedida.

De nuevo solo en su habitación, Campíns echó mano de uno de los pocos recursos que le quedaban: decidió escribir a su viejo amigo Franco. No fue la única carta que le llegó a este. Carmen Berzosa, que también lo conocía, le escribió por indicación de su marido. Antonio, como había prometido, logró reunirse con él y le contó lo sucedido. Franco estuvo cariñoso y lo tranquilizó al afirmar que hacía dos días que se estaba ocupando del asunto. Pero, si de verdad lo hizo, desafortunadamente no consiguió ningún resultado.

Los amigos de Campíns acudieron a la iglesia para pedir el indulto del general. Fue Carmen Berzosa quien intentó entrevistarse con el cardenal arzobispo de Sevilla, pero le resultó imposible... Un cura secretario la recibió con grosería y le dijo que lo sentía, que el cardenal no podía recibirla y que ellos no podían hacer nada.

Finalmente, el día 14, incomunicado de su familia y olvidado de los que fueran sus compañeros y amigos, se inició el consejo de guerra contra Campíns. Dicho consejo fue ilegal y lleno de irregularidades: se le acusaba de rebelión militar y oposición al alzamiento, fundamentándola no en el código de justicia militar sino en la ley de necesidad. Las declaraciones de los testigos granadinos estaban todas en contra suya.

Durante el consejo de guerra, volvió a filtrarse un rayo de esperanza entre tanta desolación. Campíns vio aparecer al coronel León Muñoz, de artillería; él, que le había ocultado la conspiración cuando llegó a Granada, que no le había informado de lo que pasaba, que le había traicionado, ahora tendría en cuenta que durante mucho tiempo fueron amigos, que sus familias se conocían; al fin y al cabo, era un militar de principios. Testificaría a su favor, contaría la verdad, se decía Campíns, tratando de convencerse, tratando de engañarse a sí mismo, de agarrarse inútilmente a algo en lo que realmente no creía. Y, efectivamente, sus sospechas más profundas se confirmaron cuando el coronel Muñoz también mintió: testificó en su contra, le dio la espalda. Era otra víctima del miedo, de la presión que ejercían las alocuciones radiadas de Queipo. ¿Dónde estaba el artículo 8 del decálogo del cadete que aprendieron en la academia? Sentir un noble compañerismo, sacrificándose por el camarada. ¿Tan pronto se olvidaban las normas de un buen soldado?

Finalmente, el fiscal pidió la aplicación de la máxima pena por rebelión militar. Rebelión militar. ¿Contra quién?, se preguntaba Campíns. ¿Estaba yo, acaso, mandado por militares en Granada? ¿Quiénes formaban la rebelión conmigo, contra qué Gobierno me he levantado yo?

El consejo de guerra terminó tras la intervención del general Campíns. Miguel habló extensamente, tratando de defenderse. Se le juzgaba por algo que no podía juzgarse y se le condenaba por algo que no podía condenarse.

Fue llevado desde el cuartel del Duque, donde tuvo lugar el consejo, a la plaza de España de nuevo. Allí quedó a la espera del fallo del tribunal militar. La impresión de Campíns era muy pesimista.

Al día siguiente, día en que en Sevilla se celebraba la Virgen de los Reyes, llegó la confirmación de la noticia que no por esperada causó menor impacto en cuantos compartían prisión con Campíns.

—¡No puede ser! —exclamó el teniente coronel Berzosa—. Ahora mismo escribo a Carmen para que vaya otra vez a ver al cardenal. ¡¡Esto es un disparate, nos tienen que dar el indulto!!

—Tengo que llamar a mi cuñado. Tiene que hablar con Franco. Hoy está en Sevilla, es el único que puede hacer algo —reflexionó Miguel.

Todos los que allí estaban presos se movilizaron en la medida de sus posibilidades para pedir el indulto. Pero las horas pasaban y las esperanzas se desvanecían.

Miguel sabía que Mola, Franco y Millán Astray, los que eran o por lo menos habían sido sus amigos, estaban en Sevilla. Queipo había decidido restablecer el uso oficial de la bandera roja y gualda y la ceremonia se iba a celebrar en el ayuntamiento de la ciudad, en la plaza de San Fernando. Allí estarían todos juntos. Franco tendría una ocasión única de hablar con Queipo y pedirle el indulto. Al fin y al cabo, Queipo era su subordinado; tenía el derecho de pedirselo. Era su última baza, su última carta, su última esperanza. Pero lo cierto es que Franco no habló de

Campíns con Queipo; había resuelto no hacer nada que tensionara las relaciones entre ellos y pusiera en peligro la unidad del movimiento. No había espacio para la amistad.

Queipo de Llano pronunció el primer discurso ese 15 de agosto. Así, el general que había contribuido a derribar la Monarquía y a instaurar la República, siendo uno de los militares mejor tratados por el régimen, izaba ahora la bandera monárquica entre el entusiasmo de sus partidarios, mientras en las calles sevillanas aún perduraba el eco de sus vivas a la República, de sus charlas radiofónicas.

No lejos del lugar donde las multitudes aclamaban a los generales de la Nueva España, otro general pasaba sus últimas horas de vida, esperando en vano un indulto que nunca llegó; ni de tantos que le conocían, ni de tantos a los que hizo bien a lo largo de su vida, ni de tantos a los que ayudó y enseñó. Ninguno se indignó, protestó ni le defendió cuando le acusaban de traidor... El miedo paralizaba: era más fácil callar y mirar a otro lado. Solo su mujer preguntaba una y otra vez por cartas, por telegramas... Pero es de todos conocido que las preguntas comprometedoras, las cuestiones incómodas, solo originan silencios violentos, silencios que pueden ser más crueles que la más dura de las contestaciones.

Ese día Lolita enviaba un telegrama desde Zaragoza a Queipo de Llano en el que decía: «Inquietísima, ruégole me dé noticias de lo ocurrido a mi marido. Estoy en el hotel Florida, Coso, 92. Dolores Roda de Campíns».

Miguel se despertó sobresaltado. El corazón le latía arrítmicamente. Miró a su alrededor, preguntándose sobre la habitación, sobre el lugar donde se encontraba, y de inmediato supo lo que ocurría. Solo había quietud y silencio. Al incorporarse oyó un ligero ruido, después este se amplificó; más tarde, pasos acercándose; a continuación, golpes en la puerta. Eran las cuatro y media de la madrugada del 16 de agosto cuando se presentaron en el edificio de la prisión el juez, el secretario y el defensor. Al comparecer el general, le leyeron la sentencia e inmediatamente entró en capilla, instalada en el despacho del jefe de la prisión. Confesó y comulgó. A su lado estaba su cuñado Antonio, al que entregó sus efectos personales y una carta para su querida Lolita.

—No te preocupes, Antonio —le dijo muy sereno a su cuñado—, me voy de este mundo tranquilo; estoy en gracia de Dios y satisfecho de haber cumplido con mi deber en todo momento. Dile a mi familia que tienen que saber perdonar a todos los que me han hecho daño. Yo ya lo he hecho. Que no guarden rencor, que sus vidas no se ensucien con un sentimiento tan venenoso. Que tengan fe en Dios y entereza para sobrellevar mi muerte.

—Se lo diré, Miguel —aseguró Antonio con el alma en pedazos y una voz casi imperceptible... un nudo en la garganta le impedía articular las palabras.

—Márchate ya a preparar el entierro: que sea regular. Mala comisión te ha tocado —dijo emocionado Campíns mientras se despedía.

Se despidió también del teniente coronel Berzosa, quien no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—¡Cuida de tu ahijada! —le dijo Campíns pensando en su niña. ¡Cuánto le hubiera gustado verla crecer!

Y, acompañado de su defensor, de su confesor, de un comandante de la Guardia Civil y de varios números de la benemérita, se dirigió hacia los vehículos que esperaban a la entrada, que

partieron de inmediato hacia la derecha de la plaza con destino a la zona donde se encontraba la Basílica de la Macarena.

En el lugar destinado a la ejecución se había congregado bastante gente. El general Campíns llegó en un coche acompañado de la Guardia Civil. Vestía de paisano e iba esposado con las manos delante; su aspecto era sereno y valeroso. El pelotón de ejecución lo componían diez legionarios al mando de un alférez legionario del tercio.

De repente, un legionario dejó su formación y se acercó a Campíns para despedirse de él: había sido alumno suyo.

—¿Me reconoce, señor?

—Por supuesto; usted fue uno de mis más disciplinados cadetes. El número uno de la primera promoción de la academia.

Miguel lo había reconocido desde el primer instante. Su semblante permanecía sereno mientras contemplaba al legionario que él mismo había formado; sin embargo, no ocurría igual con su antiguo alumno, que estuvo a punto de derrumbarse.

—Cadete, recuerde el valor del saludo: la mano en primer tiempo, la cabeza levantada y mirando valientemente a la persona que se saluda —dijo Campíns con tono enérgico para rescatarle del momento de debilidad—. Eso le dará energía y confianza.

—Sí, señor, lo recuerdo —contestó el cadete mientras rememoraba lo aprendido en la academia: «El saludo es una lucha contra los débiles de carácter, contra los que no saben mirar de frente, contra los que no son leales, contra los despegados o poco entusiastas con su profesión».

Y, durante unos segundos y aunque Campíns estaba esposado, se llevaron la mano a primer tiempo y mantuvieron el que sería su último saludo.

El general se colocó frente al pelotón, rechazando la posibilidad de volverse de espaldas o de que le vendaran los ojos. Al oír las primeras voces de mando al pelotón, se irguió con gallardía pero sin jactancia.

La voz de «Apunten» fue obedecida por el pelotón de forma irregular, por lo que el oficial al mando desenfundó su pistola y amenazó con ella a sus hombres. Se produjo un momento de desconcierto; ninguno de los legionarios parecía tener claro su cometido. Parecían desear estar en cualquier otro lugar del mundo alejado de aquel escenario, de aquel instante. El que fuera alumno de Campíns era incapaz de apuntar. Hasta que sus ojos se encontraron con los del general. Entonces no necesitó nada más. Con su firme mirada, Miguel le recordó que cumpliera con su deber, que no huyera de su obligación.

El oficial volvió a imponer su autoridad, y el pelotón hizo fuego al oír la correspondiente orden.

El general cayó fulminado. Pero, mientras caía, vio cómo una dama con vestido de gasa blanca le tomaba la mano y le llevaba en volandas atravesando las murallas de la Macarena. Un velo cubría su cara y un viento cálido lo movía. Entonces se dio cuenta de que era ella y, con el aliento entrecortado, los corazones latiendo al unísono y las almas vibrantes, le dejó en un lugar, lejos de allí... Él sabía que ella volvería y la cogería entre sus brazos, darían vueltas juntos para siempre... Hasta entonces la esperaría.

El médico que lo reconoció certificó su muerte e indicó al oficial que no haría falta tiro de gracia. Eran las seis y media de la mañana del 16 de agosto de 1936.

A continuación, las fuerzas integrantes del cuadro, como era preceptivo, desfilaron con bandera y música por delante del cadáver. Miguel estaba ya muy lejos de allí. La gente que se había congregado por los alrededores no conocía la identidad del ajusticiado, pero quedaron sobrecogidos por su extraordinario valor y sangre fría.

El día 27 salió de Sevilla la respuesta al telegrama que Lolita envió a Queipo de Llano; dicha respuesta iba dirigida al general Cabanellas: «Ruego comunique a doña Dolores Roda de Campíns que su marido el general Campíns falleció a 16 del corriente».

El mismo día que fusilaban al general Campíns era detenido Federico García Lorca en Granada y daba comienzo una de las mayores represalias civiles y militares que tuvieron lugar en el país en aquellos años. Tratar de evitar aquella tragedia le costó la vida a Campíns y, después, el olvido. A Granada, le supuso la persecución y el miedo. Y, a España, el empobrecimiento y el atraso.

La muerte de su marido había dejado en Lolita un vacío desgarrador, un vacío que iba creciendo cada día y que no podía llenar con nada. Sentía que parte de ella se había ido con él. Y además se consideraba culpable: culpable por no haber podido impedirlo, culpable por no haber ido en su busca, culpable por no haber estado a su lado. Pero sus tres hijos se habían quedado sin padre y por ellos tenía que seguir viviendo.

Su hermano Antonio realizó un largo viaje para recoger a ella y a Conchita: Mérida, Cáceres, Salamanca, Valladolid, Burgos, Miranda, Zaragoza. Le contó a su hermana con todo detalle los últimos días de su marido, le entregó las cartas y sus pertenencias; también la última paga devengada y cobrada, correspondiente al mes de julio y que ascendía a 1.349,82 pesetas. Y le dijo que su último pensamiento y su último aliento habían sido para ella. Lolita guardó con sumo cuidado todo lo que le dio su hermano en un saco de mano de moaré negro. Excepto la última carta que le escribió su marido. No consintió que nadie la leyera y la guardó solo para ella durante el resto de su vida. Ni siquiera después de su muerte apareció la carta.

Tal y como había prometido Lolita al director del hotel Florida, su hermano pagó la cuenta y dejó una buena propina. Recogieron el equipaje y, tras despedirse del personal del hotel, un taxi les llevó de la calle del Coso a la estación. Conchita, desde el vehículo, vio cómo el Pilar se recortaba en el cielo bañado por densas brumas que se extendían a lo largo del horizonte y, apoyando la frente y las manos en el cristal, se dijo a sí misma, una y otra vez: ¿Por qué no has salvado a mi padre? ¿Por qué no lo has protegido? Ya no lo volveré a ver, no vendrá a buscarme nunca más. ¿Por qué lo has consentido? ¿Por qué?

Ese solo era el principio de un largo y desabrido viaje que los llevaría hasta Huelva. Todavía no sabía que su madre volvería una vez más a Zaragoza, ni tampoco que sería el viaje más triste de su vida.

13. *Las reinas del mar*

Huelva

El trayecto en tren de Zaragoza a Huelva fue en silencio. Cada uno permanecía absorto en sus propios pensamientos. Conchita estaba como hipnotizada mirando por la ventanilla. A través de los cristales, en la oscuridad, le pareció ver a su padre. Se había quedado dormida.

El Tite, así llamaban cariñosamente sus sobrinos a Antonio, daba cabezadas intermitentes mientras repasaba mentalmente sus estados financieros; a partir de ahora tendría que ajustarse el cinturón. Debía poner toda su atención al servicio de su hermana y de su adorada sobrina, a quienes el dolor había dejado rotas. Tan jóvenes, tan inocentes... Cómo podía haber permitido el destino tal acto de injusticia con ellas.

Lolita daba vueltas a su cabeza mientras veía cómo un último rayo de sol imprimía color a esa parcela de tiempo que vacila entre el día y la noche. Pensaba mientras seguía con la mirada los cables telegráficos, pensaba mientras contaba los pueblos por los que pasaba, pensaba mientras veía cómo las nubes avanzaban en la misma dirección que el tren, un tren que a ella le parecía hundirse bajo su peso. Y mentalmente deshizo todo el camino recorrido, su estancia en el hotel Florida, en la casa de su amiga Maruja, y volvió al palacio de la Aljafería, a la conversación con su marido la noche que tenía que elegir destino... ¿Por qué le aconsejaría Granada, por qué lo decidió tan rápido? ¿Por la universidad de los chicos? ¿Por la importancia de la plaza para su carrera? ¿O porque estaba más cerca de Huelva, de su hermano y de Sevilla? Le aconsejó Granada pensando en ella. Nadie se había dado cuenta, pero había sido una egoísta. Ella tenía la culpa. Los remordimientos la atormentaban y sintió que se le humedecían los ojos, pero sabía que una sola lágrima abriría el camino a todas las demás y se las tragó en el mismo instante en que Conchita se despertaba.

—Mamá, mira. Ya se ve Huelva, estamos llegando.

Llegaron a Huelva y la actividad que allí se respiraba, en la estación, en las calles, en el ir y venir de gente, en las voces y en los sonidos del paisaje, la sacó de sus pensamientos. De inmediato volvió al presente, a ese que de una forma arrebatadora se le imponía. La vida seguía.

Al bajar del tren, la cara de Lolita se iluminó: había visto a sus hijos, allí de pie, con sus uniformes, esperándolas... ¡Qué alegría verlos! ¡Tan guapos! ¡Con esa facha! Los uniformes de regulares les daban más empaque y distinción. Llevaban capas blancas y boinas rojas.

—¡Mamá! ¡Conchita! —gritaron los dos soldados y, acto seguido, corrieron hacia ellas. Guelín cogió a Conchita y Toñín a su madre y las dos volaron por los aires, sin poder evitar que la sonrisa volviera a sus vidas por un momento. Antonio, ligeramente apartado en el borde del andén, como en un segundo plano, también sonreía.

—¡Conchita, pero qué mayor estás! —comprobó Toñín sorprendido.

—¡Me encantan vuestras capas! Parecéis príncipes —contestó Conchita sin apartar la vista de sus uniformes—. ¡Y con boinas rojas! Parece que vais a una fiesta —añadió con admiración mientras su hermano le ponía su boina en la cabeza y cogiéndola del brazo le decía:

—¿Me acompaña al baile, señorita?

Y rieron con la misma espontaneidad que lo hacían de pequeños.

—Mamá, ¡qué delgada estás! El negro no te sienta bien —dijo Guelín mirando el vestido de su madre y arrepintiéndose inmediatamente de sus palabras... Pero ya habían salido despedidas, no las podía detener ni recuperar: se habían estrellado contra una alegría que se tiñó de tristeza. Y esa tristeza, de repente, les cambió el gesto; de repente, sintieron el vacío de la ausencia. El ir y venir de la estación se detuvo, la gente desapareció y todo lo llenó el recuerdo de Miguel. Lolita sintió lo mucho que sus hijos echaban de menos a su padre, sintió lo orgulloso que estaría él de verlos con sus uniformes, sintió que le cogía de la mano y le decía: «Miguel, no te vayas; vuelve. La vida está a tu lado».

—¡¡Tite!! —dijeron los chicos después de unos minutos de silencio que fueron eternos.

Antonio, que se encontraba unos pasos más atrás, se acercó y, sin pronunciar una sola palabra, los abrazó. Él, que había contenido las lágrimas agolpadas en los ojos durante tanto tiempo, no pudo evitar que ahora se le escaparan, que resbalaran por su cara en una huida descontrolada después de tanta tensión, de tanto sufrimiento. Y lloró. Lloró mucho. Demasiado.

Antonio les instaló en su casa. Allí les esperaba Antonia. No había cambiado en sus costumbres: seguía tan ordenada y tan meticulosa como siempre. Sin embargo, su aspecto había empeorado: estaba más delgada y la cara la tenía demacrada; en pocos meses se le habían formado ligeras arrugas en el contorno de los ojos y en la comisura de los labios que le daban un aspecto de mujer mayor, especialmente evidente cuando sonreía. La casa, a pesar de estar habitada por tres varones, estaba impecable. Antonia lo tenía todo previsto para la llegada del resto de la familia: las habitaciones asignadas, la ropa de cama preparada, los armarios vacíos para que colocaran sus equipajes y la comida caliente que esperaba en la cocina para ser servida. En el comedor, encima del aparador, había un samovar rodeado de varias tazas que Antonia había dejado por si les apetecía servirse un té.

Lolita necesitaba actividad, actividad manual para engañar a la mente, para no pensar en la traición, en el vacío que se abría ante ella. Por eso, desde ese día y durante todos los que siguieron, siempre se metía con Antonia en la cocina para ayudarla y supervisarla; ambas disfrutaban elaborando diferentes platos, buscando diferentes sabores, diferentes sensaciones.

Los días pasaban sin freno en Huelva, aunque Lolita tenía la sensación de que se le amontonaban uno encima de otro. Uno de esos días del montón, Lolita le dijo a Antonia:

—Voy a preparar una carne mechada...

—Pero, señora, ¡si hoy es viernes, hay que hacer abstinencia! Ya había limpiado el pescado —replicó Antonia.

—Lo sé, Antonia, lo sé. Pero tú estás excesivamente delgada y tienes muy mala cara.

—Pero es obligación comer pescado, no se puede comer carne. Usted me lo enseñó...

—Sí, es obligatorio, tienes razón; pero hay casos en que puedes ofrecer alternativa y este es uno de ellos. No me gusta el aspecto que tienes, Antonia. Si no te alimentas bien, caerás enferma.

—Señora... pero ¿qué alternativa puedo ofrecer yo a cambio de comer carne?

—No te preocupes. Tú, nada: la ofreceré yo por ti. Daré una limosna esta tarde en la iglesia y esta noche rezaré el rosario. Aunque no estaría de más que tú también lo rezaras.

—Gracias, señora. Es usted muy buena. Con todo lo que ha pasado y que se preocupe tanto por mí... —agradeció Antonia, queriendo esconder su mirada en el suelo.

—Qué bien huele, mamá —dijo Conchita, que en ese momento entraba en la cocina, con su voz cantarina; y, levantando la tapa de la cacerola, exclamó—: ¡Carne mechada! ¡Yo quiero un plato!

—Ni lo sueñes, Conchita. Es viernes, ya no eres una niña. Tienes que hacer abstinencia. Lo siento, hoy comeremos pescado —insistió Lolita de forma suave y autoritaria a la vez.

—Entonces, ¿por qué has cocinado carne? No lo entiendo. ¿Para despertarnos las ganas y luego no poder ni probarla? —protestó.

—La he hecho para Antonia, que está delicada de salud. Y ya no se habla más del tema —contestó tajante.

¿Delicada de salud?, se preguntaba sorprendida e incrédula Conchita mientras miraba a Antonia de reajo con cara de escepticismo... Y, sin poder borrar el gesto de contrariedad de su cara, se fue al comedor y se sentó a la mesa con sus hermanos.

Una vez todos sentados, la conversación dio un inesperado giro.

—Mamá, quiero hacer el curso de alférez provisional —anunció Toñín con un entusiasmo que no le gustó nada a su madre.

—Ni lo sueñes. Una cosa es que cumplas temporalmente con tus obligaciones como soldado en esta maldita guerra y otra que quieras meterte de lleno en la carrera militar.

—Mamá, solo el curso de alférez provisional, por favor —insistió Toñín.

—Haremos el curso los dos juntos. No dura ni dos meses. No te preocupes, mamá —añadió Guelín con la solvencia que le daba ser el hermano mayor.

Y al pensar en volver a la acción, de repente el sabor y el olor de la comida cambiaron. Era diferente... tenía el sabor y el olor de la guerra, y la mente de Guelín volvió al campo de batalla, al momento en que se enteró de la muerte de su padre. Volvió a oír la voz de su capitán:

—¡Usted, Campíns, deje de comer y venga un momento!

Él se acercó inmediatamente, poniéndose a sus órdenes mientras se llevaba la mano a la gorra.

—Mire esto —le dijo, clavando la mirada en la página de un periódico.

Guelín, extrañado, se acercó, leyó y entonces el mundo se hundió bajo sus pies: era una esquela del *ABC*. La esquela de la muerte de su padre.

—Pero... ¡No es posible! ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? No puede ser. ¿En Sevilla? Es imposible. Han sido los rojos. Los rojos han matado a mi padre. ¡Malditos cabrones! Se van a enterar: no va a quedar ni uno... Los mataré a todos... A todos y sin pedir permiso, sin decir adiós... —cogió su escopeta y se dispuso a marcharse.

—Espere... ¡Campíns! Yo no sé nada, no sé cómo ni quién... Lo siento mucho, pero solo he visto la esquela al leer el periódico y he pensado que era su padre... Espere. ¡Vuelva enseguida!

Pero Guelín ya estaba lejos. Imbuido por la rabia y el dolor, volvía directo al frente con más deseos que nunca de matar al enemigo... Deseos que no pasaron desapercibidos por sus superiores. Entonces, recordó también cómo al día siguiente su capitán le llamó:

—Cabo, venga aquí.

—¡Señor! A sus órdenes.

—Tenemos un traidor entre nosotros; ha sido condenado al paredón. Coja a algunos soldados y dé la orden.

—¿La orden? ¿De fusilar? Señor... pero ¿quién es?

—El cabo Ramón Soldevila.

—¿Soldevila? No puede ser. Ayer combatimos juntos, nos cubrimos... Me salvó la vida, señor.

—No sea ingenuo, Campíns; mientras le hacía pensar que era uno de los nuestros, le pasaba información y armas al enemigo. Ese que usted cree que le cubrió es un traidor y usted ni se había dado cuenta. ¡Venga! ¡Muévase! Nos está haciendo perder el tiempo.

Y Guelín, de repente, sin saber cómo, se vio enfrente de su compañero y amigo mientras a su lado cinco hombres esperaban la orden de disparar.

—Miguel, ¿tú? No puedes dar la orden... Eres mi amigo —rogaba angustiado el condenado.

—Nos has traicionado, Ramón.

—¿Traicionado? ¿Hablas de traición? Tú no sabes lo que es traición... Esos que crees tus amigos, esos que te obligan a disparar contra mí, esos son los que han matado a tu padre, lo han fusilado sus propios compañeros... Esos son los traidores. ¿Es que no lo ves?

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves? Mientes como un cobarde... ¡Apunten!

—No miento. Es verdad, Guelín... No puedes dar la orden... No sabes lo que pasó. Tenemos que hablar... ¡Espera! ¡No disparen!

Y Guelín sintió una rabia infinita. No entendía cómo un hombre podía llegar a defender su vida de una forma tan ruin.

—No te creo, Soldevila. Muere con dignidad. Yo solo cumplo órdenes. ¡Disparen!

Su amigo Ramón cayó mientras clavaba su mirada en él. Una mirada que le dolió sin que la exaltación y la confusión le dejaran entender por qué, pero que le acompañaría cada noche de insomnio durante muchos años.

—Tiene razón Guelín —dijo Toñín, que, con su profunda voz, rescató a su hermano del frente y del abismo de aquella mirada, trayéndole de vuelta a la mesa del comedor—. ¡Hazle caso, mamá! Es el mayor. Dos meses pasan muy rápido, ya lo verás. Estaremos juntos y tendremos el mismo destino; así conseguiremos nuestra estrella de alférez provisional. No sabes la ilusión que me hace. No quiero ser un simple soldado... Después, te prometo que estudiaré ingeniería. ¡Déjame ser alférez! Déjame que tenga la oportunidad de dirigir a mis tropas y después seré ingeniero. Te lo prometo.

Lolita se quedó callada... Tras un incómodo silencio para todos, dijo:

—Está bien. Pero recuerda que me has prometido que después dejarás el Ejército, aunque no haya terminado la guerra. Y estudiarás ingeniería.

—Te lo prometo, mamá.

—¿Y tú, me prometes lo mismo? —preguntó Lolita con un hilo de esperanza mirando a su hijo mayor; sabía la respuesta de antemano, pero tenía que intentarlo una vez más—. ¡Guelín! Te estoy haciendo una pregunta... ¿Me estás oyendo?

—Sí, mamá, te oigo... Pero no puedo prometerte nada. Sabes que mi vocación es ser militar y no podría ser otra cosa —añadió Guelín de forma tajante.

Lolita lo sabía, era pedir demasiado. Guelín jamás estudiaría otra cosa. Era el mayor y sentía la obligación de seguir los pasos de su padre. Quería ser como él.

El silencio se apoderó del comedor... Se respiraba en el ambiente la tensión y entre ellos flotaba el aire afilado de la preocupación. Lolita se preguntaba si habría hecho bien en no contarles la verdad sobre la muerte de su padre, si habría hecho bien en no culpar a nadie de su muerte delante de ellos, en decirles que no sabía muy bien qué había pasado. Lo había hecho por ellos, por no amargarlos, por no inspirarles deseos de venganza, para que no vivieran con rencor... para que no se filtrara el odio y se instalara bajo su piel. Y, aunque evitaba hablar de ese episodio, sabía que sus hijos estaban afrontando una batalla interna mucho más dolorosa que la que afrontaba España. Pero de esa batalla, de esa lucha que mantenían por dentro, nadie se enteraría. Nunca hablarían de ello.

Antonio no sabía si intervenir en la conversación o permanecer callado. Finalmente optó por lo último. No se atrevió a romper el silencio que se había formado, ni a entrometerse entre madre e hijos o a contrariar a sus sobrinos. Pero, en ese preciso instante, oyó las palabras de su cuñado antes de morir: «Antonio, diles a mis hijos que no me gustaría que fueran militares» y se le formó un nudo en la garganta. No podía imaginarse en ese momento lo mucho que llegaría a arrepentirse de no haber interrumpido, de no haber tomado parte en aquella dichosa conversación entre su hermana y sus sobrinos.

Todos seguían callados y, cuando parecía que el silencio les había atrapado, como si estuvieran entrando en unas arenas movedizas que los empujaran hacia el fondo, en las que se sumían sin escapatoria posible, entonces Conchita emergió con su voz cantarina y les rescató de la tensión. Los sacó a flote y los llevó a la superficie, volviendo a la cotidiana realidad de la comida de ese viernes.

—Mamá, por favor, este pescado está malísimo. Déjame probar un poco de carne.

—Ya te he dicho que no, Conchita. La carne es para Antonia; no seas pesada y recuérdame que esta tarde vayamos a la iglesia para dejar una limosna. Y tú también deberías rezar el rosario conmigo: no te vendría nada mal. Tienes muy desatendidas tus obligaciones religiosas.

—¿Yo? O sea ¿que me tengo que comer el asqueroso pescado y además tengo que rezar el rosario? —protestó Conchita indignada.

—¡Conchita, calla y obedece! —la regañó su madre.

En ese preciso momento entró Antonia para levantar la mesa y, al recoger su plato, Conchita sintió su mirada, una mirada que escondía rabia, envidia, que escondía rencor; pero eso solo ella era capaz de verlo.

Sabía que nunca había sido la preferida de Antonia, sabía que le molestaba que le hiciera tantas preguntas o que se cepillara el pelo porque luego era Antonia quien tenía que limpiar el baño para que los chicos y su madre no encontraran restos en el lavabo. Sabía que los favoritos eran sus hermanos, sobre todo Toñín, porque era un pelota que siempre la ayudaba a recoger la mesa, y sabía que estaba un poco amargada porque ningún hombre le había pedido nunca que se casara con ella. Sí, sabía todo eso y además sabía que la miraba con desconfianza y envidia, que nunca

era tan cariñosa con ella como con sus hermanos, pero había decidido no decirle nada a su familia para que su madre no se preocupara con sus sospechas, para que sus hermanos no se metieran con ella llamándola «Conchita la fantástica» o «Conchita en el país de las maravillas», para que su padre no le dijera que era una exagerada, para no reconocer lo que desde hace mucho sabía: que Antonia no era de fiar. Por eso, siempre se callaba y se aguantaba, muerta de rabia, viendo cómo su familia se deshacía en atenciones con ella. Que si era muy limpia, que si era muy ordenada, que si, pobrecilla, lo que trabajaba... y ahora que si tenía mala cara. Pero ya se había cansado. Esta vez ya no tenía ganas de ser una chica correcta y educada, de poner buena cara a todo. Estaba harta, y mientras la rabia le subía enroscándose como una serpiente por su cuerpo y enrojeciendo su cara, sus piernas empujaban la silla en dirección contraria a la mesa. Cuando el hueco entre silla y mesa fue suficientemente amplio, se levantó y, sin más palabras ni más gestos, se fue muy digna a su habitación. Detrás de ella las voces de su familia se le clavaban en la espalda.

—Pero, Conchita, ¿dónde vas? —preguntó su hermano.

—¡Conchita, vuelve a la mesa! No tolero esta falta de educación —le recriminó su tío.

—Dejadla tranquila. Acaba de perder a su padre, ha pasado semanas en un hotel sin entender qué estaba sucediendo... —dijo Lolita tratando de justificar su comportamiento—. Ha cambiado de ciudad, ha dejado a sus amigos; tarde o temprano tenía que explotar.

Conchita entró en su habitación pensando que no habían entendido nada, que nadie la entendía.

La mañana siguiente se despertó con mejor humor. Hacía un día precioso. De un salto se levantó, se vistió, desayunó y se fue a dar una vuelta por Huelva. La ciudad la enamoró desde el primer momento. Las sirenas de los barcos, las calles llenas de marinos, el olor a mar, la humedad en su piel, respirar esa brisa marina que le llenaba los pulmones de alegría... Se sentía feliz. Ese día hacía mucho calor, un calor sofocante, y pensó que sería una buena idea darse un chapuzón en el mar. Sí, se daría un baño; volvería a casa, cogería una toalla y un bañador y se iría a nadar. Y así lo hizo.

Al llegar a la playa se fue directa a la caseta, se cambió y, sin pensarlo dos veces, como hipnotizada por el ir y venir de las olas, se acercó a la orilla. Se tiró al agua y nadó, nadó sin importarle la distancia, sin pensar a dónde iba, sin cansarse... Al cabo de un rato, volvió la cabeza. Ya no se distinguían las personas ni las casetas ni las casas de pescadores. Todo eran puntos en la lejanía, pero siguió nadando, con todas sus fuerzas, cada vez más deprisa, como un reto. Como para dejar atrás todo lo que le dolía, todo lo que no entendía; una huida hacia delante sin saber lo que allí había y sin saber lo que dejaba atrás. Solo tenía un objetivo: nadar.

Hasta que, de repente, vio moverse algo cerca de ella. A pocos metros a su derecha, vislumbró una cabecita totalmente mojada... El reflejo del sol no le permitía averiguar si era chico o chica, hasta que una voz femenina la delató:

—¡Hola! —gritó la cabecita mientras la saludaba con la mano.

—¡Hola! —le contestó, moviendo la suya de la misma manera.

—¿Sabes bucear?

—Sí.

—Pues bucea y mira las bandadas de peces que hay en el fondo. Vas a alucinar. ¡Venga, sumérgete! —y mientras decía esto la cabecita desapareció.

Como si estuvieran sincronizadas, Conchita desapareció al mismo tiempo. Bucearon una hacia la otra, como dos pececillos más dentro de un gigantesco banco; se encontraron abajo las dos con los ojos abiertos y se quedaron paradas un rato mientras los peces nadaban entre ellas. De repente, Conchita notó que le hacía señas con la mano para que fueran hacia una roca. Había visto una estrella de mar.

Al cabo de unos instantes, las dos cabecitas emergieron de nuevo como si fueran dos pequeñas sirenas en la inmensidad de un mar que no era real.

—¡¡Qué bonita, es preciosa!! ¡¡Es roja!! —exclamó Conchita al salir a la superficie.

—¿Qué has dicho? Es imposible que sea roja y sea preciosa.

—Tienes razón.

Y se echaron a reír.

—¡¡Somos las reinas del mar!! —gritaban mientras saltaban las olas.

—Ojalá fuéramos reinas o sirenas y no tuviéramos que nadar para volver... —dijo una.

—¡Ojalá! Pero no lo somos y estamos muy lejos. Como haya resaca, no podremos volver. Así que vamos a nadar ya... ¡Venga, vamos! —insistió la otra.

—¡Venga, vamos!

Y empezaron a nadar, despacio, sin cansarse. Mientras avanzaban, respiraban y hablaban rítmica, cadenciosamente, como si sonara una música; una inspiración, una pregunta, una expiración, una respuesta:

—¿Cómo te llamas?

—Piluqui. ¿Y tú?

—Conchita.

—¿Has venido sola a la playa?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, pero me esperan en casa para comer.

—A mí también.

Braza a braza, palabra a palabra, entre la espuma y la sal llegaron juntas a la orilla. Las olas habían traído a la costa onubense una amistad que iba a durar toda una vida. Estaban agotadas y se tumbaron boca arriba mirando con asombro lo lejos que habían llegado nadando.

—¡Pues sí que hemos ido lejos! ¡Qué inconscientes somos! —dijo Piluqui intentando enfocar el horizonte.

—Sí. Estamos igual de locas...

Y, mientras Conchita decía esto, se reía, una risa que contagió a Piluqui; durante varios minutos más se rieron como si reírse juntas fuera lo más habitual en ellas, como si se hubieran pasado la vida divirtiéndose la una al lado de la otra.

—¿De dónde eres? No tienes acento andaluz... —dijo admirada Piluqui.

—Nací en Madrid, pero al mes me llevaron a Melilla y he vivido en muchos sitios. Ahora vengo de Zaragoza.

—Pues me encanta tu acento madrileño.

—Y a mí el tuyo andaluz. Me recuerdas a mi madre...

—¿A tu madre?

—Sí. Ella es de Sevilla y tiene un acento parecido al tuyo.

—¿Vienes mañana otra vez a nadar?

—No lo sé...

—¡Venga, vente! Nadamos y después vamos a coger coquinas.

—¿A coger coquinas?

—Sí, ya verás... Hay muchas en la playa.

Y así, día tras día y hasta que empezó el colegio, nadaron juntas todas las mañanas, cogieron coquinas, se contaron confidencias y disfrutaron enormemente de su recién estrenada amistad. Estaban llenas de vida. Eran amigas. Eran jóvenes. No necesitaban que acabase la guerra para ser felices. Porque la guerra no acababa: seguía su curso. Pero, a pesar de ella, en Huelva reinaba una relativa tranquilidad. Habían llegado el invierno, el colegio, el frío, pero ellas seguían viéndose con mucha frecuencia. Paseaban por la calle Concepción, bajaban hasta el puerto, veían los barcos llegar y volvían a subir hasta la iglesia.

Un día, cuando paseaban las dos amigas cogidas del brazo por la calle Rascón, Piluqui le dijo a Conchita:

—Les he hablado mucho a mis padres y a mis hermanos de ti. Me han preguntado tu nombre y apellido, de dónde eras, dónde vivías.... Ya sabes cómo son los padres de pesados. Lo curioso es que mi hermano mayor todavía ha sido más pesado que mis padres. Cuando ha oído tu nombre, me ha hecho repetirle tres veces tu apellido. Me decía: ¿Campíns? ¿Estás segura de que se apellida Campíns? Y, después de insistirle innumerables veces que sí, que tu apellido era Campíns, me ha sugerido que te invitara a comer y la verdad es que me ha parecido una muy buena idea. ¿Por qué no te vienes mañana que es domingo? Estarán mis padres y mis cinco hermanos. Son todos majos; te gustarán, aunque ya te he dicho que el mayor es muy pesado, es falangista y lo quiere controlar todo.

—Me encantaría ir a tu casa. Se lo preguntaré a mi madre, a ver si me deja. Siempre tengo que darle muchas explicaciones de todo. Se preocupa mucho, pero no creo que me ponga pegas.

Lolita, por supuesto, no puso pegas; veía por primera vez en mucho tiempo a su hija ilusionada, recuperando poco a poco la sonrisa que antes resplandecía en su cara. Había encontrado una amiga con la que compartir todas esas aventuras y secretos tan intrascendentes que se tornan esenciales durante la infancia. Por nada del mundo frenaría el despertar de su niña en la vida.

Conchita llegó a la casa de Piluqui con un ramo de flores para su madre. Era una mujer elegante y muy educada, alegre y cariñosa, que enseguida la hizo sentirse como en su propia casa. El padre era más serio pero amable. Y, según iban avanzando por el largo pasillo de la casa, Piluqui le fue presentando a todos sus hermanos: eran tan interesantes y tan guapos que Conchita estaba impresionada. Hasta que, de repente, Piluqui dijo en voz alta:

—¡Mira, Conchita! Este es mi hermano mayor. Se llama Patricio. Patricio González de Canales es el más popular de la familia; ha fundado la Falange con José Antonio Primo de Rivera.

Conchita le saludó educadamente sin saber y sin importarle mucho qué era la Falange. Pero entonces Patricio preguntó:

—O sea que ¿tú eres la famosa Conchita? ¿Conchita Campíns?

—Sí, señor —respondió un poco asustada Conchita.

—¿Tu padre se llama Miguel?

—Sí, señor, pero murió en la guerra.

—Era el general Campíns, ¿verdad? El comandante militar de Granada.

—Sí, señor.

Vio cómo a Patricio se le humedecieron los ojos mientras le decía:

—Yo conocí a tu padre. Un hombre valiente.

Y entonces ella se puso muy triste y sintió cómo se empezaban a agolpar las lágrimas en sus ojos: trataba de contenerlas. No podía llorar allí, en casa de su amiga no. ¡Qué iban a pensar de ella! Que era una tonta llorona. Pero, angustiada, se dio cuenta de que una lágrima se le iba a escapar y, en ese justo momento, Patricio la abrazó. Y, al abrazarla, él recordó el trimotor en Granada, el semblante sereno de Campíns, sus manos esposadas y su gallardía al bajar del avión. Su hija se parecía tanto a él... Sentía que traspasaba el tiempo, que entraba en otra dimensión. Al abrazarla le estaba abrazando también a él. Fue un momento mágico; los que allí estaban presentes veían a dos personas estrecharse, pero se equivocaban. En ese momento y en ese abrazo eran tres.

Poco a poco, la ciudad se acostumbraba a vivir en guerra. Antonio mantenía su puesto de director de Aduanas, uno de los más prestigiosos y respetados de la ciudad, lo que, unido a ser una persona muy querida en la sociedad onubense, le proporcionaba una posición de relativo poder. Lolita había encontrado refugio en la escritura, escribía a sus amigas con relativa frecuencia. Pero, sobre todo, había encontrado refugio en sus hijos: eran el motor de su vida. Conchita se había integrado muy bien en el nuevo colegio, las niñas de su clase estaban fascinadas con su acento madrileño. Los chicos iban y venían al frente, donde parecían estar siempre buscando los destinos y los puestos de mayor peligro y a los que se presentaban de forma voluntaria, lo cual llenaba de preocupación y sufrimiento a Lolita. Su último destino había sido Zalamea la Real. Estaban deseando asegurar definitivamente esa zona para tener permiso y poder realizar el curso de alférez provisional. Todavía no habían tenido la oportunidad y nada les hacía más ilusión que llevar con orgullo la cruz de alférez en el cuello de su uniforme.

Un domingo, sentados a la mesa y mientras disfrutaban de unas sabrosas coquinas, unos chocos encebollados con arroz y unos percebes, (un irresistible abanico de sabores que Antonia había preparado con esmero), se animaron con la conversación.

—¡Qué buenos están los chocos! —alabó Toñín.

—Y los choqueros —dijo Antonio sonriendo y guiñándoles un ojo a sus sobrinos, de manera que su sobrina pudiera verlo.

Ante la cara de desconcierto de Conchita, su tío le explicó que a los oriundos de Huelva se los llamaba así.

—Muy gracioso... —dijo entonces Conchita—, pero a mí los choqueros no me gustan. Me gustan más los marinos extranjeros que llegan al puerto.

—Mamá —interrumpió Toñín con un tono mucho más serio y cambiando drásticamente de conversación—, nos incorporamos de nuevo como cabos de infantería a la columna de operaciones del capitán Varela. Nos vamos a Zalamea la Real a defender la zona.

—Pero si Zalamea la Real ya ha sido tomada por los nacionales. Y sigue siendo nacional. ¿Qué falta hacéis allí ahora? —replicó Lolita sin poder disimular su enfado.

—Todos los rojos de la zona han huido a las montañas, están armados e intentan recuperar el terreno perdido. Nosotros lo impediremos.

Antonio, al oírlos hablar, los miró con un gesto de contrariedad.

—¿No podéis quedaros en algún destino burocrático? —preguntó su madre—. Siempre tenéis que pedir destinos en primera línea de fuego. No os dais cuenta de que os pueden matar. Hablaré con el coronel Álvaro Sueiro. Fue compañero en África de vuestro padre, estuvieron juntos en el desembarco de Alhucemas y fue profesor con él en la Academia de Zaragoza. Me consta que eran buenos amigos. Él velará por vosotros, buscará algún puesto en la retaguardia. Y, si vais al frente, me quedaría más tranquila si estuvierais en su división.

—Mamá, no lo entiendes. No podemos quedarnos en la retaguardia. Tenemos que defender España: es nuestra patria. Tenemos un glorioso Ejército y es un honor pertenecer y luchar en él.

—Que tengáis un puesto en la retaguardia no es menos honroso. Seguiréis defendiendo España, pero sin arriesgar tanto vuestras vidas. No lo entendéis... no entendéis que España, la patria y el glorioso Ejército me han quitado a vuestro padre... No quiero que ahora me quiten a mis hijos.

—Mamá, no te preocupes. Nuestro ejército es mucho mayor que el ejército enemigo. No podrán con nosotros. Los aniquilaremos y venceremos.

Tras decir estas palabras, Antonia, que estaba levantando la mesa, volvió a dejar los platos encima con los restos de los chocos encebollados y del arroz y, para sorpresa de todos, salió del comedor dando un portazo y encerrándose en la cocina.

—¿Antonia? ¿Qué te pasa? —preguntó Toñín.

—¡Pelota! —dijo Conchita.

—¡Dejadla tranquila! Ella es de Zalamea; sus padres y hermanos viven allí —explicó Lolita para poner orden entre sus hijos—. Uno de sus hermanos es el alcalde. No tiene noticias de nadie, no sabe qué ha sido de ellos...

—Vaya, pobrecilla... —lamentó Toñín.

—De pobrecilla, nada. Mira el portazo que ha dado. Si fuera yo, me habríais dicho que soy una maleducada —protestó Conchita.

—Conchita, ¡compórtate, por favor! No tenía ni idea de que su familia era de Zalamea —exclamó Guelín tras recriminar a Conchita con la mirada; y después añadió—: Intentaremos preguntar por su familia cuando vayamos allí. ¿Cómo se llaman?

—Creo que Cándido... Sí. Su hermano se llama Cándido y era el alcalde. Tienen que conocerle, alguien sabrá algo —contestó su madre.

—Dile de nuestra parte que no se preocupe. Preguntaremos por él cuando lleguemos allí y te mandaremos noticias.

—Los dos sois unos pelotas, abducidos por Antonia. Haríais más cosas por ella que por mí —se quejó Conchita.

—¡Conchita, por favor! ¿Cómo puedes hablar así? Tus hermanos solo intentan ayudar. Haz el favor de callarte ya —le recriminó su madre.

Conchita frunció el ceño, pero se calló. En ese momento, Antonio aprovechó para poner fin a la discusión levantándose de la mesa. Dejó sobre la misma la servilleta y se acercó al aparador.

—Casi se me olvida: el cartero trajo esta mañana tres cartas —anunció—. Toñín, tienes carta de Carlitos Berzosa; para ti, Lolita —continuó, señalando a su hermana—, de tu amiga del alma Carmen; y para Conchita... ¡qué curioso! Carta de Nenuca.

Antonio y Lolita se cruzaron una mirada significativa, sin añadir nada.

—¿De Nenuca? ¡No me lo puedo creer! Hace tanto tiempo que no sé nada de ella —y con un salto se lanzó sobre la carta y se la arrebató a su tío.

La abrió y la leyó casi con ansia.

—¡Mamá, mira! Dice Nenuca que cuando estalló la guerra se fue con su madre a Francia. Estuvieron en Bayona, pero ya han regresado a España; dice que se ha enterado de la muerte de papá y que lo siente mucho, y que tiene muchas ganas de verme y contarme muchas cosas de Francia.

Conchita lanzó una mirada luminosa a su madre, pero se encontró con otra más distante, apagada.

—Mamá, ¿qué te parece si le contesto y la invito a pasar unos días en casa? Huelva le va a encantar —preguntó Conchita, sin disimular su entusiasmo.

Entonces Lolita, muy seria, sin casi mirarla a la cara, le contestó:

—Haz lo que quieras, pero no creo que invitarla o verla sea lo más oportuno. Si te apetece... Allá tú. De todas formas, no vendrá...

¡Qué raro!, pensó Conchita. Con lo cariñosa que solía ser su madre con sus amigas... Pero cuando Lolita decía «haz lo que quieras», significaba que no le gustaba el tema. Le apetecía mucho ver a su amiga, pero sabía también que las cosas habían cambiado. Ya nada era como antes. Le extrañaba que su madre nunca le explicara la muerte de su padre: solo decía que había sido la guerra, que había sido la patria quien se lo había quitado, pero no daba más detalles. Sin embargo, ella sabía que Franco tenía algo que ver. Ya no se hablaba en casa de él ni de los amigos de su padre; ni las amigas de su madre eran las mismas; ni se hablaba de temas militares y, cuando preguntaba por algún militar de los que solían visitar la casa en Zaragoza, su madre cambiaba de tema. Estaba claro que los padres de Nenuca ya no eran amigos de sus padres y estaba claro que Lolita no quería saber nada de ellos... justo ahora que Franco era tan importante. Algo raro pasaba. Ella no conseguía averiguar qué era, pero no le olía bien: había algo escondido, algo que generaba tensión en su familia. No lo entendía muy bien, pero no le gustaba. No le gustaba ver a su madre incómoda. Por eso decidió, con un poco de pena, que no contestaría a su amiga, que no volvería a escribirle, que se alejaría de Nenuca. Y así fue. Nunca más la volvió a ver.

Los días siguientes Lolita estaba muy nerviosa por la marcha de sus hijos al frente. Se levantó temprano para ir a misa a pedir por ellos. Cuando Conchita, un poco más tarde, salió de su habitación, se topó con dos militares en el pasillo. No eran los amigos de su padre. Los amigos de su padre eran más simpáticos; especialmente se acordaba de aquel que llevaba un parche negro en un ojo y siempre le tiraba de las coletas. Estos eran más jóvenes y ya se iban sin decirle nada, casi sin mirarla cuando, de repente, se dio cuenta de que se llevaban cosas de su casa: los candelabros de plata de su tío, la champanera de su madre... Y cuando vio que metían en un saco su vaso y su

plato de plata del colegio, con su número de lista grabado, el número trece, no pudo callarse y corrió indignada detrás de ellos.

—¡Oigan! Ustedes perdonen... Esperen... Pero ¿qué hacen? ¡Eso es mío! ¡Es mi vaso! ¡No se lo pueden llevar! ¡Ni lo demás tampoco...! ¡Que es de mi familia!

Nada más decir esto apareció el Tite como por arte de magia, con gesto de enfado y mirada asesina.

—Conchita, ¡quieres callarte y meterte en tu habitación! Perdonen a mi sobrina, se acaba de levantar... —se disculpó el Tite ante los militares.

Y con un tono de voz más afable se inclinó frente a su sobrina.

—Conchita, tenemos que contribuir todos. Todos tenemos que hacer aportaciones voluntariamente para los combatientes, para los soldados que, como tus hermanos, luchan en el frente; para que tengan medios y armamento adecuado para ganar la guerra. Ellos arriesgan su vida... A ti no te supondrá mucho ceder tu vaso de plata, ¿no crees? Si queremos ganar la guerra, tenemos que ayudar a financiarla —añadió en un tono demasiado formal, que no era habitual en él.

Tras las palabras de su tío, la rabia inicial de Conchita fue desapareciendo. Pensó que, si era por sus hermanos, si era para que lucharan en mejores condiciones en el frente, entonces lo daba todo: el vaso, los cubiertos... todo. Pero se preguntaba si todas sus amigas aportarían a la causa; las que no tenían hermanos seguro que no daban nada. Seguro que Nenuca y sus otras amigas, que eran hijas únicas, no daban ninguna de sus cosas. Y se consoló pensando que era mejor tener hermanos que cosas de plata. ¡Que se lleven lo que quieran!, pensó decidida.

Guelín y Toñín, al día siguiente, marcharon camino de Zalamea la Real, donde vivirían uno de los episodios más tristes y más cruentos de la Guerra Civil. Toñín le volvió a prometer a su madre que a la vuelta haría el curso de alférez y después dejaría el Ejército.

—¿Tendréis permiso para Navidad? —fue lo último que les preguntó Lolita.

—No te preocupes, mamá. Si este destino serán solo dos semanas. Mucho antes de Navidad estaremos aquí de vuelta.

Lolita sonrió y trató de parecer más tranquila. Los vio marcharse, desde la puerta, dominando las ganas que sentía de pedirles una vez más que se quedasen, que abandonasen la idea de dirigirse hacia un sufrimiento que ya no tenía más espacio en su vida. Pero los dos hermanos continuaron avanzando, volviéndose en un par de ocasiones para hacer aspavientos cariñosos a la familia que dejaban atrás. A la familia que dejaron atrás.

14. *De soldado a teniente*

Zalamea la Real

El 25 de agosto de 1936 las fuerzas sublevadas tomaron Zalamea la Real. Ocuparon el pueblo, liberaron a los presos de derechas que estaban en la cárcel y, ese mismo día, empezaron a encarcelar y a fusilar a obreros. A don Cayetano, el maestro, lo mataron a golpes en la plaza del pueblo con botellas que cogieron en el casino. También detuvieron a Rodolfo, maestro carpintero, y lo fusilaron. Asustada, la mayor parte de la juventud huyó a la sierra.

El alcalde socialista en principio no quiso huir; tenía la conciencia tranquila: había salvado a todos los presos de derechas de una muerte segura a manos de los obreros de las minas el día del alzamiento. Pero, ante los reiterados ruegos de su padre y hermanos, se escondió primero en la aldea del Membrillo, donde unos amigos le deban refugio y le avisaban de la presencia de las tropas rebeldes mediante un código de señales. Posteriormente, se adentró en la sierra de la Pata de Caballo. Y así, durante mucho tiempo, los familiares de los huidos salían de noche desde Zalamea o la aldea del Membrillo Bajo y les dejaban comida y ropa limpia en sitios previamente convenidos.

Una noche, cuando Toñín y Guelín habían llegado ya a Zalamea y estaban de centinelas vigilando el pueblo, unos soldados que hacían batida pasaron junto a unas mujeres que lavaban la ropa en una ribera de la aldea cercana, la aldea de Pozuelos. Uno de ellos se percató de que era la ropa destinada a los huidos. Dio la voz de alarma y los soldados inmediatamente dieron el alto a las mujeres cuando intentaban huir.

—¿A quién laváis la ropa? —preguntó a la que parecía la cabecilla del grupo.

—A nuestras familias —contestó la más joven.

—¿Por la noche?

—Aprovechamos que los niños están durmiendo... —dijo la mayor, intentando justificar lo injustificable.

—Ya veo que las mujeres de Zalamea mentís con facilidad... A ver si tenéis las mismas agallas y las mismas ganas de mentir cuando os llevemos detenidas —y mientras decía esto, el cabecilla hacía señas a sus hombres para que apresaran a las mujeres y las maniataran. Así, inmovilizadas y a punta de pistola, las llevaron a los camiones que estaban a pocas leguas, en una aldea cercana de nombre El Buitrón.

—¡Metedlas en la parte de atrás del camión! —ordenó el cabecilla—. Espero que el frío de esta noche os refresque la memoria y mañana nos digáis dónde están los fugitivos —añadió de una forma tan brusca que parecía escupir las palabras.

Las mujeres se acurrucaron entre ellas. Tenían miedo y frío. Las pocas palabras que podían pronunciar las reservaban para animar a la más joven, que estaba en avanzado estado de gestación.

A las pocas horas, Toñín, que acababa de terminar la batida, se dirigió al camión que siempre estaba aparcado en el mismo callejón para buscar munición. Se le había terminado y la iba a necesitar para la siguiente jornada. Al entrar, se quedó boquiabierto. No daba crédito... No había munición en la parte de atrás y, en su lugar, se encontró a cuatro mujeres maniatadas, muertas de frío y de miedo.

Al verlo, las mujeres se asustaron; no se atrevían a hablar, ni siquiera se atrevían a mirarlo.

Toñín las tranquilizó.

—No temáis. No os voy a hacer nada.

Y, tras pronunciar estas palabras, retrocedió y se bajó del camión cerrando la puerta al salir. Las mujeres respiraron tranquilas. Pero, a los pocos minutos, Toñín volvió a entrar. Llevaba en la mano una manta que había encontrado en la parte delantera del camión.

—Podéis usarla esta noche, hará frío —dijo con cierto tono protector. Las mujeres lo miraron sorprendidas, pero no dudaron en coger la manta y, como pudieron, se la echaron por encima.

—Quizás me podáis ayudar. Estoy buscando al alcalde de la ciudad... —preguntó Toñín con amabilidad.

Todas callaron. Sabían que los franquistas querían localizar al alcalde a toda costa: lo buscaban desde que había huido a la sierra días después del alzamiento. Al no encontrarlo, buscaron a su familia para que revelara su paradero. Los sublevados, incluso, llegaron a apuntar con sus fusiles a su anciana madre y encarcelaron a su padre sin importarles que estuviera gravemente enfermo.

Era curioso: el alcalde, que con su autoridad había salvado de una muerte segura a manos de los obreros de la cuenca minera a ochenta hombres de derechas que estaban en la cárcel, ese alcalde que con valentía había impedido que los fusilaran, incluso arriesgando su vida, recibía ahora como pago el maltrato de su familia y su incansable búsqueda con el objetivo de acabar con su vida.

—¿Por qué no me decís nada? —insistía Toñín a las mujeres—. Solo quiero saber si está bien, si está vivo, para informar a su familia.

Y entonces, en un acto de valentía no meditada y empujada por la rabia y el rencor acumulados, una mujer habló:

—¿Su familia? Sí, su familia está aquí. ¡Míreme y verá a su familia! Yo soy su mujer. Sus cuatro hijos están en casa... El mayor tiene diez años y el pequeño, quince meses. Están solos porque a mí me han detenido sus compañeros franquistas y a sus ancianos y enfermos padres, los abuelos de mis hijos, los han encarcelado. Pero él está vivo, está libre y está bien. Está escondido y seguirá escondido mucho tiempo. No lo cogerán porque yo nunca le diré a nadie dónde está. Y si tú quieres saberlo, tendrás que pasar por encima de mi cadáver y de los de mis hijos.

—¿Usted es su mujer? —Toñín no pudo esconder su estupor—. No puedo creerlo... No se preocupe. No quiero saber dónde está, no quiero hacerles daño ni a él ni a usted. Solo quería saber si estaba bien para transmitírselo a su hermana Antonia, para tranquilizarla. Está muy preocupada y me pidió que si podía darle noticias de su hermano.

—Entonces... ¿usted conoce a Antonia?

—Claro. Trabaja en mi casa desde hace muchos años. La queremos mucho. Para mí es como una segunda madre.

—Dígale que Cándido está bien —contestó la mujer, y en su voz pudo percibirse por primera vez algo distinto al miedo, algo más parecido al alivio—, que está en las montañas con los otros fugitivos. Nosotras les llevamos ropa y comida... ¡Por Dios, ayúdenos!

Toñín quería ayudarlas, pero se había dado cuenta de por qué estaban allí, había entendido cuál era su delito, por qué las habían cogido. Y entonces comprendió lo negro de la situación: las acusarían de traición, de cómplices de los fugitivos. Las fusilarían.

—No os preocupéis. Os voy a desatar. Tendréis que correr mucho, debéis escapar ya.

Toñín desató a la mujer de Cándido y a la joven embarazada. Las otras no quisieron huir: tenían miedo, pensaban que las cogerían y las matarían. Preferían quedarse. Acurrucadas, escondidas bajo la manta, no se sentían con fuerzas de correr.

Toñín salió del camión y vio cómo las dos mujeres a las que acababa de desatar corrían por el bosque... Al poco rato divisó a unos soldados tras ellas, disparando sus fusiles. Impotente, rezó por que las mujeres pudieran escapar. Él nada podía hacer por ellas, salvo desear que la distancia que sacaban a sus perseguidores fuera suficiente. Dio media vuelta y volvió a su zona, con un sudor frío resbalándole por la espalda.

No llegó a ver cómo una bala alcanzaba a la chica embarazada, que cayó desplomada al suelo. La mujer del alcalde se acercó, se agachó. Su joven amiga estaba muerta pero su hijo se seguía moviendo. Podía pedir ayuda. Podía avisar al médico. Podía intentar hacerle la cesárea y sacar al bebé, tenía conocimientos de enfermería. Quizás podía salvarlo. Pero no lo hizo. No pudo. Se dio la vuelta y siguió corriendo en la oscuridad. Corrió y corrió hasta que dejó de oír las voces y los disparos de sus perseguidores.

Toñín supo más tarde que finalmente logró escapar y llegar al refugio de su marido.

Al día siguiente, después de la batida, cuando era de noche, Toñín volvió de nuevo a la aldea. Preguntó al soldado que estaba de vigilancia, interesándose por las dos mujeres que se habían quedado en el camión.

—¿Alguna novedad por aquí?

—Sin novedad. Todo tranquilo.

—¿Y las mujeres del camión? Las que capturasteis ayer... ¿Dónde están? Me gustaría verlas y llevarles algo de cenar.

—¿Llevarles algo de cenar? Conmigo no disimules, cabo... —le dijo en tono sarcástico mientras le guiñaba el ojo—. No busques excusas... ¿hace tiempo que no te tiras a una mujer, eh? Pues tendrás que buscar en otra parte porque con estas llegas tarde... Las fusilaron ayer en la puerta del ayuntamiento. No querían arriesgarse a que escaparan como las otras dos y les pasaran información a esos fugitivos y a ese alcalde cobarde que les lidera y no se atreve a dar la cara — le dijo el soldado con rabia contenida.

Una rabia que contrastó con las palabras que dijo después:

—Aunque lo de las chicas fue una pena. Eran tan jóvenes... y estaban tan asustadas...

Toñín sintió que una angustia le nacía en la boca del estómago, trepándole directamente hasta la garganta. Tenía unas ganas terribles de vomitar. Se alejó, no quería que sus compañeros le vieran así, y se adentró en el monte. Anduvo sin rumbo, preguntándose qué estaba haciendo, qué estaban haciendo todos. Si su madre lo viera... ¿Qué pensaría? Ella, que siempre le decía que a una mujer

había que respetarla en cualquier situación; ella, que siempre le decía que a las mujeres había que protegerlas y tratarlas con delicadeza y respeto, que pegar a una mujer era de cobardes... ¿Qué pensaría si le viera ahora? Se avergonzaría de él, no le reconocería. Y entonces sintió cómo los remordimientos le arañaban la conciencia...

Cada vez andaba más de prisa, pero sin llegar a correr. El calor se incrementaba a medida que avanzaba por el monte, y esa sensación de asfixia magnificaba su malestar. Aumentaba el paso para escapar, aunque solo fuera unos minutos, del calor, del malestar, de los fusilamientos, de la guerra... y, cuando parecía que ya se había recuperado y consideraba la opción de dar la vuelta, tropezó con algo. Algo grande que le hizo dar un par de traspiés. A punto estuvo de caer, le faltó poco para acabar de bruces en el suelo, estampado entre los matorrales y el barro. Sorprendido, una vez recuperó el equilibrio, volvió sobre sus pasos y lo que vio le provocó el vómito que llevaba tiempo conteniendo.

Se quedó paralizado, desolado. Al vomitar se vació por dentro. Lo echó todo, el alma también le salió del cuerpo. Ya sin nada en su interior, apenas podía diferenciarse de las piedras que le rodeaban. Era incapaz de sentir en esos momentos.

Una de las chicas que había liberado, la chica embarazada, estaba desnuda; los brazos extendidos, rodeada de un charco de sangre y con el estómago abierto. No había rastro del bebé... ¿Quién ha podido cometer semejante carnicería, Dios?, preguntaba, mientras se agachaba sobre el destrozado cuerpo. Y sacando fuerzas de donde no las tenía, cogió en brazos a la mujer y volvió a desandar todo lo que hasta ese momento había andado. Sin pensar en nada más. Al cabo de unos minutos, que pudieron ser horas o días porque había perdido la noción del tiempo, con el cuerpo helado como un autómata sin alma, cubierto de sangre y sudor frío, llegó al pueblo. Su hermano y otros camaradas que andaban por allí le vieron llegar. Al contemplar la escena, soltaron los fusiles y, con el rostro demudado, se acercaron. Entre todos, envueltos en un sepulcral silencio, cogieron el cuerpo ensangrentado y desgarrado de la mujer y le dieron cristiana sepultura. Mientras inhumaban su cuerpo, se preguntaban sin voz qué habría sido de la otra mujer que había escapado, la cuñada de Antonia, y le rogaban a Dios que hubiera corrido mejor suerte.

Aquella noche Toñín decidió que nunca le diría nada a Antonia de lo que allí había vivido y escribió a su amigo Carlos Berzosa.

Zalamea 22 diciembre 1936

Querido Carlitos:

Me perdonarás que no te haya escrito antes, pero la razón es que teníamos un servicio enorme, pues un día sí y otro no dábamos una batida de la siguiente manera: salíamos de esta a las tres o a las cuatro de la tarde con dirección a una aldea llamada Pozuelos. Una vez allí nos destacaban por escuadras, rodeando la aldea para que no la asaltasen los fugitivos, y así pasábamos la noche. El cabo tenía que permanecer despierto toda la noche y los soldados se relevaban para estar de centinela. En cuanto amanecía, salíamos y dábamos la batida hasta El Buitrón, que es otra aldea que está a dos o tres leguas de Pozuelos, y allí cogíamos los camiones y nos volvíamos. Así que, cuando llegábamos aquí, otra vez nos pasábamos todo el día durmiendo hasta la siguiente batida.

Ayer dimos una batida en la que matamos diez o doce y cogimos cuatro mujeres prisioneras. He de confesarte que no me siento orgulloso de coger prisioneras a las mujeres y solté a dos de ellas: una

estaba embarazada. Y huyeron a las montañas sin que se dieran cuenta mis superiores. En fin, espero que ahora nos dejen en paz por lo menos hasta que pase Navidad.

La situación no es fácil porque los fugitivos de todos los pueblos de por alrededor se han juntado aquí, y son trescientos o cuatrocientos todos bien armados (claro que no como nosotros), y nosotros somos treinta y seis soldados, cuarenta y cuatro falanges y cuatro guardias civiles en Zalamea y diez guardias civiles y treinta falanges en El Campillo. Esta es toda la fuerza disponible en el término municipal de Zalamea y con el agravante de que las falanges no pueden hacer solas ningún servicio: tiene que ir con ellos algún guardia civil o algún soldado, pues todas las veces que han hecho guardia en una aldea o han ido de batida se han vuelto corriendo diciendo que los han copado los fugitivos y no han tenido más remedio que volverse.

Y de tu padre, ¿va mejor la cosa? A ver si podéis pasar juntos si no Navidades, al menos Año Nuevo.

Supongo que tu hermano Eduardo seguirá en el mismo sitio, ¿no? Yo hoy le escribo a las señas que me diste.

Aún no he podido conseguir un permiso para ver a mamá, al Tite y a Conchita.

Perdona que te diga que estás equivocado en lo de que yo soy tan enamorado, pues el que lo es es mi hermano, que ya ha tenido dos novias desde que está aquí. A mí lo que me pasa es que me gusta acompañar a las chicas y hacerme amigas, lo mismo que a todo el mundo.

¿Qué tal está tu madre?

Escribenos a menudo, si es que tienes tiempo, que yo cuando tenga también lo haré.

Dales muchos recuerdos a tus padres de parte de Guelín y de la mía y tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo.

Toñín

Felices Pascuas y Año Nuevo.

¡Viva España y su glorioso Ejército!

¡Vivan Alemania, Italia, Portugal, Japón!

¡Mueran Rusia, Francia, México, Inglaterra!

Ni a él ni a su hermano les dieron permiso en Navidad y siguieron luchando contra los fugitivos para defender Zalamea. Una noche, mientras estaban vigilando, los fugitivos se acercaron mucho, les pillaron desprevenidos y, de repente, se vieron luchando, cargando bayonetas, cuerpo a cuerpo con ellos. Mató por primera vez. Corrió con su fusil furioso porque los fugitivos casi recuperaron el terreno, furioso porque había tenido que matar, furioso porque, si los soldados hubieran hecho su trabajo, los fugitivos no se hubieran acercado tanto... ¿Dónde estaban los soldados que se tenían que relevar, que tenían que vigilar? Y entonces vio a uno de ellos atrincherado, parapetado detrás de su escopeta, como escondido... Se enfureció al verle y corrió hacia él, saltó a la trinchera y, lleno de rabia, le gritó:

—¡Cobarde, lucha, levántate y dispara al enemigo! —le zarandeó y vio cómo el soldado se deslizaba hacia el suelo.

Él siguió gritándole:

—¡Levántate, cobarde! Si no eres capaz de defender Zalamea, cómo vas a defender tu patria, cómo vas a defender España...

Y, en ese momento, se dio cuenta de que no se movía. Se agachó y vio que tenía los ojos abiertos pero no pestañeaba: tenía un boquete ensangrentado en la frente, pequeño y redondo. Una

bala le había alcanzado justo encima de los ojos y se le había quedado alojada en el cráneo. Aquella mirada vacía le acompañaría cada noche durante lo que le quedaba de vida.

Ese mismo día, en Huelva, Conchita jugaba en el colegio al baloncesto con sus amigas. Iba al colegio del Santo Ángel en la calle del Puerto; las monjas más ancianas le habían contado que hacía muchos años los barcos amarraban allí e incluso llegaban hasta la iglesia de la Concepción. A ella le resultaba difícil creérselo. En lo que sí creía era en su habilidad para jugar al baloncesto: le encantaba jugar y, como era más alta que la mayoría, se le daba muy bien. «¡Canasta! ¡Otra! ¡Bien!». Habían ganado. ¡Qué alegría! Acabaron el partido justo a tiempo. La hora del recreo había terminado. Cuando se disponían a volver a las clases, una de las niñas le dijo:

—Si ganamos la guerra, seguro que en el colegio tendremos todo tipo de deportes. Franco es muy deportista y sacará una ley para que se practique más de un deporte en los colegios.

—¿Franco, muy deportista? —preguntó incrédula Conchita.

—Sí; le encanta la caza, el golf. El baloncesto no lo sé, pero seguro que se le da fenomenal.

—¿Que el baloncesto se le da fenomenal a Franco? Imposible. Es muy bajito.

—¿Bajito Franco?

—Sí, bajito.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Es mentira.

—Claro que me atrevo. Lo he visto muchas veces y es bajito y un poco birra.

—¡Mentirosa! Tú no lo has visto nunca.

—La mentirosa eres tú, niñata repelente.

—¿Niñata repelente? Te vas a enterar de lo que es repelente...

Y, cuando estaban a punto de llegar a las manos ante la expectación del resto de las niñas que habían jugado el partido y que, fascinadas, contemplaban el espectáculo, apareció la monja encargada de custodiar el recreo.

—¿Se puede saber qué hacéis? Parece mentira. Como niñas de infantil...

—Madre, esta niña se ha metido con Franco.

—Eso es mentira: solo he dicho que es bajito.

—Ha dicho que es bajito y un poco birra.

—Conchita, ¿es eso verdad? ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Madre, sí, es verdad. Conozco a Franco y es bajito; le juro que lo conozco.

—Conchita, basta, ¡castigada! Mañana traes una redacción al colegio sobre lo mucho que están haciendo Franco y Queipo de Llano por la Iglesia en Andalucía y por este colegio.

Y Conchita, indignada, se fue a casa. Al llegar, la mesa estaba puesta y Lolita y el Tite estaban sentados a ella. Conchita dejó los libros encima de una silla, se llenó un vaso de su infusión favorita en el samovar que había sobre el aparador y se sentó entre su madre y su tío.

—¿Qué te pasa, Conchita? —le preguntó su madre—. ¡Alegra esa cara, que parece que vienes de un entierro!

—Me han castigado porque he dicho que Franco es bajito, y ahora tengo que hacer una redacción sobre cómo Franco y Queipo de Llano ayudan y contribuyen a las iglesias de Andalucía.

A Lolita se le descompuso el rostro al oír el nombre de Queipo de Llano. Durante unos minutos no pudo articular palabra; el rencor y el odio se le clavaron en el pecho como finos cuchillos produciéndole un dolor físico, un dolor real que no podía soportar. Al cabo de un rato, consiguió sobreponerse. Contradiendo sus emociones, haciendo un esfuerzo para que su cabeza se impusiera a su corazón, recriminó a su hija con tono enérgico.

—Pues, ¡ahora mismo haces la redacción y explicas lo mucho que ayudan esos señores a la Iglesia! Y, a partir de ahora, no vuelves a decir nada en contra de Franco. Desde ahora, si te preguntan por él, dices que es alto, que es altísimo.

—Pero, mamá, si te he oído decir muchas veces que Franco era bajito y que como hombre te parecía una birria.

—He cambiado de opinión —zanjó—. Y a partir de ahora, cuando salgas de esta casa, ya sabes... Franco es alto.

—Ya. Y también guapo, ¿no? —replicó Conchita con sarcasmo.

En ese preciso momento, entró Antonia en el comedor.

—¡Señora, tiene un telegrama de Zaragoza!

A Conchita, el ver brujulear a Antonia por su casa le sacaba de sus casillas. Ese día más todavía. Lo que le faltaba, ya está aquí la estirada, pensó, y su presencia hizo rebosar sus ganas de levantarse de la mesa e irse a su habitación. Ya no aguantaba más: todos estaban en contra de ella en el colegio, en su propia casa... Si al menos sus hermanos estuvieran aquí... Pero no habían vuelto y no sabía nada de ellos. Los echaba de menos, como echaba de menos a su padre.

—¿Por qué me has dejado sola, papá? —susurró más tarde en la intimidad de su cuarto—. ¿Por qué te has ido? Me dijiste que me habías puesto el nombre de tu madre para disfrutar de mí lo que no pudiste disfrutar de ella... Y no lo hiciste. Es injusto... ¿Por qué? ¿Por qué no te han dejado quedarte conmigo?

Se vio reflejada en el espejo psíqué abatible que tenía junto al tocador. Era un espejo de estilo francés que había pertenecido a su abuela, y le encantaba mirarse en él mientras se vestía. Siempre le devolvía una imagen favorecida de sí misma.

Se detuvo ante él... Ese día se veía horrible. Estaba pálida, su pelo se había oscurecido con los años, había perdido el rubio que tenía de pequeña. El color actual endurecía sus facciones, sus piernas se habían contorneado más de la cuenta, los calcetines le quedaban ridículos... Y, para remate, le había salido un grano en mitad de la frente. Lo decidió en ese preciso momento: se maquillaría, se pintaría los labios con el carmín de su madre; no se daría cuenta. Ella ya no lo usaba. Se aclararía el pelo con agua oxigenada; había visto cómo lo hacían algunas chicas de su clase. Y se compraría unas medias y unos zapatos de tacón. Ya no era una niña.

Mientras Conchita se enfrentaba a la imagen que el espejo le devolvía, en el comedor Lolita abrió el telegrama que Antonia acababa de entregarle.

—¿Qué dice el telegrama? ¿De quién es? —preguntó Antonio nada más ver que Lolita al leerlo se quedaba pálida.

—Dios mío... ¡¡Dios mío!! Lo hemos perdido todo —exclamó Lolita—. ¡Todo!

—¿Cómo que hemos perdido todo? ¿De qué estás hablando? —preguntó Antonio con ansiedad.

—La mudanza que hicimos de Zaragoza a Granada el día que estalló la guerra... Creía que simplemente estaba retenida, pero ¡se ha perdido todo! Muebles, los libros de Miguel, los de nuestro padre, ropa, mantones de manila, lámparas, vajillas, cristalería, sombreros, pieles... —la voz se le fue quebrando—. Ochenta baúles llenos de recuerdos... Ochenta pedazos de mi vida... perdidos, Antonio... Mi vida entera perdida.

—No digas eso, Lolita, por Dios... Los recuerdos no se pierden. Los llevas dentro... —su hermano trató de consolarla—. Con lo que eso de que tu vida está perdida, ¡nada! Además, tenías un seguro. Es el seguro quien te tiene que indemnizar. Porque lo tenías... Lo tenías, ¿verdad? —preguntó el Tite totalmente confundido.

—Sí, sí... Lo tenía. ¡Pero no me dan nada! Me dicen que el seguro se hacía responsable en cualquier situación de pérdida o daños excepto en caso de guerra. Es el único caso donde la empresa de mudanzas no se responsabiliza de la pérdida. Me dicen que busque el contrato, que, al releerlo, comprobaré que, en la parte inferior del contrato, en letra pequeña, lo dice expresamente... Pero... No sé dónde está el contrato, no sé dónde lo guardé... Y, de todas formas, ya da igual; no puedo recuperar nuestras cosas. Nuestros recuerdos, nuestra vida... ¡Antonio! Todo porque fui tan tonta que no leí la letra pequeña; ni siquiera sabía que había letra pequeña. Los nervios... estaba sola, la inmediatez del viaje... De todas formas, aunque lo hubiera leído... ¿cómo iba yo a pensar que entraríamos en una guerra? Y ahora lo hemos perdido todo... ¡Todo! No tenemos nada de valor; seremos una carga para ti... ¡Estoy arruinada!

Su angustia estaba escrita en cada gesto, en cada arruga, en cada palabra que pronunciaba. Lolita no podía separar la mirada de unas palabras que le hundían la vida. Pensaba que se lo habían arrebatado ya todo; pero todavía recibiría un nuevo golpe. Otro más.

—No te preocupes, Lolita —le contestó cariñosamente su hermano—, son cosas materiales... ¡Qué más da! Ya te he dicho que los recuerdos los llevamos dentro; nadie nos podrá quitar jamás los momentos compartidos con los nuestros. No necesitamos nada que nos lo recuerde; llegan y seguirán llegando solos... Por lo demás, tengo un buen puesto y mis ingresos son más que suficientes para todos. No quiero que te preocupes. Mientras yo viva te aseguro que ni a ti ni a tus hijos os faltará nada —añadió con determinación.

A pesar del abrazo de su hermano, de las palabras que le aseguraban que no estaría sola, que no quedaría desahuciada, Lolita sentía que algo en su interior se había roto. No quería seguir recibiendo más golpes, más noticias que le hicieran sentir desgraciada. No quería continuar, día tras día, conviviendo con la ausencia de Miguel, con la ausencia de los recuerdos compartidos. No quería, tampoco, pensar a cada instante en qué estaría pasando con sus hijos en el frente de batalla.

15. *La cruz de madera*

Gandesa

Los días avanzaban como arrastrados por la corriente, pero Lolita se había aferrado al pasado. Le costaba dejarse llevar, le costaba avanzar. Se encerraba en una pequeña habitación y se sentaba a escribir delante de un escritorio. El viejo y querido quinqué, con su amalgama de flores de colores en el pie de porcelana azul y su tulipa de cristal tallado, iluminaba las palabras que iba escribiendo, aunque no necesitaba luz para escribirlas; las palabras tenían luz propia, vida propia. No dejaba que nadie entrara en su habitación. No quería que nadie soltara sus amarres: era su desahogo, su momento de sincerarse con ella misma, de liberar tensión. Escribía poesía, pensamientos y, sobre todo, escribía a su amiga Carmen. A cada lado de la puerta, como dos centinelas al acecho de cualquier visita inesperada, dos grandes tibores también azules, de estilo oriental muy de moda en aquella época, custodiaban desde el suelo toda la habitación. Esos tibores a Lolita le daban seguridad, le inspiraban confianza y, de alguna forma, se sentía protegida por ellos. Podía escribir sin miedo.

Carmen queridísima:

Te dije que no escribiría, pero no puedo pasar sin hacerlo. Estoy angustiada pensando en mi marido. ¡Qué santo! ¡Qué mártir! ¡Qué cartas tienen aquí mis hijos! No creyó nunca que hicieran con él esa barbaridad, que no le correspondía. En la estación, cuando llegué de Zaragoza, estaban Guelín y Toñín. Les habían avisado y consiguieron un permiso. ¡Hijos de mi alma! ¡Están guapísimos! ¡Más gruesos! Aquí los cuidan mejor que nosotros. Antonia, muy cariñosa conmigo, tiene la casa impoluta. Conchita ya sabes lo alegre que es y, a pesar de la tragedia, no pierde la sonrisa, aunque está en una edad mala y, a veces, es algo rebelde. No estoy muy pendiente de sus estudios, pero ella es muy decidida y resolutiva. Sabe lo que tiene que hacer; creo que será una mujer fuerte el día de mañana.

Mis hijos están ahora en el frente, a solo cincuenta kilómetros de aquí. Estoy deseando verlos otra vez. Me dicen que ahora quieren hacer el curso de alférez provisional y además el de teniente. Como necesitan oficiales, buscan universitarios bien preparados y así los cursillos son más rápidos. Confío en su prudencia: son chicos muy maduros; sobre todo Antonio, piensa como un hombre.

De todas formas, dile a Berzosa que me dé las señas del coronel de artillería (ya sabes a quién me refiero).

Me imagino que estarás atareadísima; no hagas más que lo preciso, no te vayas a poner mala; pero, si lo que Dios no quiera, ocurriera esto, me avisas enseguida, pues estás muy sola. Y otra cosa: entre nosotras dos, sin que lo sepan Berzosa ni Antonio. Yo, aunque no me den ahora los socorros ni nada y aunque haya perdido todos los baúles de la mudanza a Granada, tengo algún dinero; así es que de ningún modo vayáis tú ni Carlitos a pasar privaciones; cuando estés instalada, dime si necesitas algo y te lo mando enseguida. Y confío en que lo harás así.

No te olvides de pedirle a Berzosa la dirección del coronel. Dale muchos recuerdos, un beso para Carlitos, y tú ya sabes cuánto te quiere tu mejor amiga:

P.D. Miguel en su última carta me repite que es inocente, pero no da ningún nombre. ¡Qué mártir! Yo no puedo sufrir esto, Carmen. Mis fuerzas no llegan a tanto.

Sus fuerzas, a pesar de sus propias palabras, llegaron mucho más lejos de lo que ella nunca pudo imaginar.

Sus hijos hicieron el curso de alférez provisional y después el de teniente, y se presentaron voluntarios a la Primera División Navarra. Se sentían orgullosos de pertenecer al tabor de regulares de infantería. Llevaban dos años luchando, se sentían patriotas. A su madre, sin embargo, había dejado de importarle la patria. La patria, ¿de quién? ¿Para quién? De qué servía defender a la patria si al hacerlo no se defendían los valores y los principios cristianos, si no se defendía a todos los españoles, si no se defendía la vida. Se volvía a preguntar si había hecho bien en no contarles los detalles de la muerte de su padre a ellos. Se preguntaba si había hecho bien en ocultarles la traición de los suyos. Se preguntaba si, como ella pensaba, era mejor vivir sin rencor, sin odio y sin deseos de venganza a cambio de no saber algunas cosas. Se preguntaba si había hecho bien en enseñarles a respetar la legalidad aunque no estuvieran de acuerdo.

Era finales del verano de 1938. La guerra duraba ya dos años. Toñín, que había empezado de soldado con diecisiete años, ya era teniente con diecinueve y tenía ciento cincuenta hombres a su cargo. Guelín, el mayor, había cumplido veinte y también era teniente. Siempre iban juntos a todos los destinos. Incluso cuando estaban de permiso en Huelva, dejándose ver por la calle Concepción, que era el *tontódromo* de la época, y causando furor entre las chicas casaderas. Antes de la guerra les costaba horas de galantería, ingenio y paciencia arrancar una sonrisa y mucho más una cita a alguna chica guapa de Huelva. Sin embargo, a medida que avanzaba la guerra, habían descubierto el efecto multiplicador del uniforme de regulares. Ahora los esfuerzos se habían reducido a la cuarta parte: unas cuantas miradas, dos piropos y ya revoloteaban alrededor, nerviosas y seductoras.

Mientras, en la calle del Puerto, la actividad volvía al colegio Santo Ángel. Niñas y monjas se reencontraban después del descanso estival. La alegría inundaba al prestigioso colegio.

—¡Madre! Yo me quiero sentar al lado de la niña de Madrid; me gusta su manera de hablar — dijo una niña con tono de súplica.

Conchita seguía despertando un interés especial entre sus compañeras, interés que en este caso se veía incrementado por su poco común acento madrileño. En Huelva estudiaban pocas niñas de la capital.

—Conchita, te has convertido en la niña más popular del colegio; todas quieren sentarte contigo —le dijo Piluqui a su amiga con orgullo.

—No te creas que es por mí, Piluqui; es para hacerme la pelota. Casi todas saben quiénes son mis hermanos, los han visto pasear por el centro de uniforme y quieren que les cuente cosas de ellos. Ya sabes... Tú los conoces. Son unos seductores y tienen a media Huelva enamorada.

—No me extraña que te hagan la pelota. Tus hermanos son guapísimos y tan galantes... ¡Ojalá se fijaran en mí! —dijo Piluqui con cierto complejo de inferioridad.

—Pero ¡si ya se han fijado, Piluqui! Siempre me preguntan por ti, dicen que eres muy pizpireta y que les encantaría conocerte —la animó Conchita.

—¿Pizpireta? —repitió mientras un leve rubor le encarnaba las mejillas—. No sé si eso es bueno o es malo. Pero invítame a tu casa un día de estos y así podré hablar con ellos. A lo mejor, si me pongo ese vestido azul tan mono que me regaló mi madre, les gusto más que las hermanas Casares. Siempre los veo tontear con ellas. Tienes que advertirles, Conchita: esas dos son unas lagartas, no deberían fiarse de ellas. Solo les interesa el uniforme.

—¿Estás celosa, Piluqui? ¡Tranquila! Mis hermanos son soldados: les gusta la conquista... No te preocupes por las hermanas Casares, ya saben que son unas facilonas y a ellos les gusta la dificultad. Vente esta tarde a mi casa a merendar. Además, a mi madre le encantará verte. Pero tiene que ser hoy porque la semana que viene se van al frente.

—¿Al frente? —preguntó Piluqui alarmada.

—Sí, a una batalla muy importante. Si ganan esa batalla, ganaremos la guerra —dijo con orgullo Conchita.

Y tenía razón: se iban a una batalla muy importante, una de las más importantes de la Guerra Civil. Una batalla decisiva, la más larga (tres meses y veinticuatro días), que marcaría el principio del fin de la guerra.

«Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero: en el frente de Gandesa, primera línea de fuego», decían los cánticos populares... Y ahí iban los hermanos Campíns, a defender Gandesa.

Piluqui, aquella tarde, no fue a casa de los Campíns y se tuvo que conformar, como decía la canción, con escribirles al frente.

Desde el punto de vista republicano, se consideraba necesario tomar la iniciativa. Al ministro de Defensa y presidente de Gobierno, Juan Negrín, le parecía insoslayable adelantarse a las intenciones del enemigo. Por eso, los primeros días de junio y teniendo en cuenta el progreso nacional por Levante, el Estado Mayor Central de Vicente Rojo planificó proyectos ofensivos para realizar desde Cataluña. Uno de ellos contemplaba el paso por el Ebro, por el sur, a unos ochenta o cien kilómetros aguas arriba de la desembocadura, en una zona defendida por relativamente escasas fuerzas. Pero, en realidad, el propósito que tenía la maniobra de Vicente Rojo era reducido: tomar Gandesa y Villalba. Rojo no quería que esta batalla fuera decisiva porque seguía pensando que la definitiva se daría en el sector central de la Península. Pero lo sería a su pesar; allí, en los márgenes del río Ebro, tantas veces protagonistas de la historia de Iberia, se iba a escribir el capítulo decisivo de la Guerra Civil.

El despliegue de fuerzas en ambos bandos fue enorme: cincuenta mil hombres, trescientas piezas de artillería, ciento cincuenta carros de combate y trescientos aviones en el lado republicano. Ciento veinte mil hombres, seiscientas piezas de artillería, ciento cincuenta carros de combate y trescientos aviones en el lado nacional.

Siguiendo el plan previsto, en completo silencio y al amparo de la oscuridad, las tropas republicanas comenzaron a cruzar el río a las doce y cuarto de la noche del 25 de julio de 1938, día de Santiago Apóstol. El paso de la corriente por las primeras fuerzas ligeras se realizó con rapidez utilizando barcas, botes y motoras, pasarelas y puentes flotantes y más tarde puentes pesados debidamente instalados por los pontoneros. La sorpresa en el campo nacional fue grande, aunque Yagüe tenía indicios, desde hacía días, de las intenciones enemigas.

Para contrarrestar la ofensiva del adversario, los nacionales abrieron las compuertas de los pantanos que dominaban en la cuenca del Ebro, los embalses de Camarasa y Barasona. En la tarde de esa jornada las aguas se llevaron por delante los pontones levantados, que tardarían varios días en ser repuestos. Además de la crecida, la aviación no cesó en atacar, dificultando así el suministro y la evacuación de heridos de las tropas al oeste del río. El 3 de agosto, Gandesa continuaba en manos de los nacionales. Yagüe había podido contener el ataque.

La batalla se hacía cada vez más cruenta y, mientras, en Huelva, Lolita se despedía de sus hijos:

—No dejes de escribirme, Toñín, por lo que más quieras.

—No te preocupes, mamá, que te escribiré.

—Guelín, comportaros de una manera prudente; no arriesguéis innecesariamente. Tú eres el mayor...

—Estamos en guerra, mamá. ¿Qué quieres? ¿Que nos escondamos cuando ataquen para que maten a nuestros hombres?

—No estoy diciendo eso. Solo digo que seáis prudentes, solo eso. Ya sé que valentía no os falta.

—¿Dónde está Conchita? —preguntó Toñín.

—¡Aquí estoy! —contestó mientras salía del cuarto de baño—. He ido a coger una cosa —y directamente puso algo en la mano de su hermano Toñín.

—Un jabón de Heno de Pravia con su caja de lata —exclamó Toñín con una ternura que a su hermana le entusiasmaba—. ¡Me encanta! ¡Qué detalle, Conchita!

—Así podrás lavarte en el frente y serás el que mejor huelga de todos.

—¡Claro! Oleré tan bien que con mi fragancia conquistaré a todas las enfermeras que encuentre en los puestos médicos de las cabezas de puente.

—Ya está el fantasma de Antoñito... ¡Venga, vámonos! —dijo Guelín con cara de infinita paciencia; pero antes de irse, vaciló, se giró con cara de disgusto y preguntó—: ¿Qué pasa? ¿Para mí no hay nada?

Y de inmediato Conchita se acercó y le dijo al oído:

—Sí, pero no quería que se enterara mamá. ¡Toma! —y le dio una caja de cigarrillos de metal Cairo&Malta, muy preciados en aquella época.

Guelín le dedicó una sonrisa de complicidad mientras le decía también al oído:

—Son mis favoritos... ¡Gracias, hermanita!

Toñín, al irse, le tiró suavemente de las trenzas.

—Espérame, ¿eh?

—¡Claro que te espero! ¿Dónde te crees que me iba a ir? —contestó ella sin más y, cuando su hermano salió por la puerta, corrió a la ventana y le vio marcharse a través de los cristales.

Caminaba muy despacio, más despacio que Guelín, como si algo le retuviera. Pero iban contentos. Un coche les estaba esperando; antes de subirse, Toñín se volvió, hizo un gesto con la mano y le guiñó un ojo a su hermana... Conchita le devolvió un beso que no supo si le llegó. Tuvo un mal presentimiento. Cuando el coche arrancó, a ella se le cayó el alma a los pies.

La llegada de los hermanos Campíns al frente coincidió con uno de los episodios más duros de la batalla del Ebro: los combates en la sierra de Pandols. El inevitable movimiento de la contraofensiva nacional contemplaba la toma de estas importantes y agrestes alturas. Y así, entre ataques nacionales y contraataques republicanos, se libraba la batalla. Los combates fueron de una dureza extrema; desde los riscos, los tiradores ametrallaban a los asaltantes mientras en el cielo se batían los cazas sin cuartel.

La naturaleza rocosa del terreno impedía la construcción de trincheras y refugios, así que las granadas estallaban sobre la superficie de las rocas y estas ampliaban el radio y el daño de la metralla. Además, las condiciones climatológicas contribuyeron al tormento en Pandols: el calor diurno (treinta grados en las horas centrales del día) y el frío durante la noche transformaron en un infierno la lucha en aquel paraje. Se había convertido en una batalla frontal de desgaste puro y duro. Un bando, el nacional, avanzando posiciones, atacando y destruyendo; el otro, el republicano, defendiendo posiciones, resistiendo y vendiendo con sangre cada metro de terreno que cedía.

Toñín, como había prometido, escribió a su madre.

En el tabor prácticamente son todo moros; hay pocos españoles. Llegamos para participar en la batalla del Ebro, que estaba en su apogeo; el primer día de fuego vi caer a sesenta compañeros. Combatí en una sierra atravesando llanuras y subiendo montañas, una sierra donde ya no quedaban árboles: todo era cenizas y cascotes, tragando polvo y oliendo a pólvora constantemente. Fíjate que al macizo más alto lo llaman el Pico de la Muerte. Durante un avance hacia posiciones rojas en la zona de Gandesa, fuimos atacados con fuego de mortero. Hubo una tormenta fortísima y el torrente de agua que se formó se llevó varias cajas de municiones. Un compañero que iba junto a mí cayó muerto. Yo resulté herido en una pierna, pero me salvé. Aquí es más fácil morir que vivir. Mamá, cuando vine era joven, pero en esta montaña me he hecho viejo de golpe.

Nunca llegó a enviar esa carta. Una ambulancia lo evacuó después de ser herido en una pierna. En el vehículo, una enfermera lo acompañó todo el viaje de vuelta al hospital de Zaragoza. Al recobrar la conciencia, tardó en entender qué ocurría, dónde estaba.

—¿Te duele? —preguntó una voz femenina que le resultaba vagamente familiar.

—No —contestó él, sin tener muy claro a quién.

—Te he hecho un torniquete para que no te desangres; en el hospital te sacarán la bala. Mientras tanto, tendrás que aguantarte.

—¿Y mis cosas?

—Aquí las tienes, tranquilo. Te tuve que desnudar para ponerte ropa seca, la tuya estaba empapada.

Entonces Toñín se sintió incómodo. Luego le pasó por la cabeza, como una especie de película, el fuego de mortero, la tormenta, su compañero muerto, la tromba de agua... y, de repente, recordó la carta.

—¿Me desnudaste? ¿Y la carta? ¿Dónde está mi carta?

—Había un trozo de papel en tu bolsillo, pero totalmente mojado y con la tinta corrida... ¡Mira, está aquí!

—Vaya, no creo que ya nadie la pueda leer. Quizás sea mejor así... La puedes tirar.

—¿Era una carta para tu novia?

—No, era para mi madre.

Y entonces la enfermera le miró de otra manera. Toñín lo sintió.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —contestó ella.

—Muy joven para ser enfermera.

—No soy enfermera, soy auxiliar. Me presenté voluntaria al cursillo y ayudo en lo que puedo.

¿Y tú? —se interesó—. ¿Qué edad tienes?

—Adivina.

—Mmmm... Veinticinco.

—¡Vaya! Pues sí que me ha envejecido la guerra... Tengo diecinueve años.

—Muy joven para ser alférez.

—No soy alférez, soy teniente. Me presenté voluntario al cursillo y ayudo en lo que puedo...

Un brillo iluminó la mirada de ella. Su expresión estuvo a punto de convertirse en sorpresa, pero se mantuvo serena. Toñín no acertó a entender qué había ocurrido, por qué de pronto ella había reaccionado así. En su rostro podía encontrar no solo la familiaridad de una vida joven como la suya, sino algo más, impreciso. Y se rieron, rieron con ganas, sin contención, contagiándose el uno al otro y cruzando una mirada cómplice. Una mirada que les resultaba familiar y llena de química que encendió una chispa, reavivando unas brasas que llevaban mucho tiempo dentro y que todavía no estaban apagadas. Sí, esa mirada había reducido el resto del mundo a la nada. Toñín ya no se acordaba de la herida, ni de la batalla, ni de la guerra. Había encontrado la definición de la felicidad... Cuando algo o alguien reduce el resto del mundo a la nada. Eso era la felicidad. Él solo quería seguir en aquella ambulancia.

Pero llegaron a Zaragoza y dos enfermeros le sacaron del vehículo. Lo que vio en esos momentos fue desolador: heridos y muertos acostados en camillas por todos lados. Algunos ni siquiera tenían espacio y yacían tirados en el suelo. No había suficientes enfermeros para tantos heridos. Él tuvo suerte; le llevaron por el pasillo del hospital. Era el hospital del Salvador, un hospital militar. El pasillo fue un largo y eterno camino al quirófano. Un carrito de enfermería lleno de medicamentos y de productos de cura: mascarillas, algodones hidrófilos y vendajes... eso fue lo último que vio. Un pasillo que unía la estrecha distancia entre dos mundos. La vida y la muerte. Un enfermero le puso una mascarilla en la cara y ella, la enfermera que lo había acompañado, desapareció. Todo se volvió negro; después, el vacío...

Cuando despertó estaba en una habitación con otros heridos. Habían pasado minutos, horas o días, no lo recordaba, pero el tiempo se le hizo eterno entre otros jóvenes malheridos y pálidos que, jadeantes, pedían agua y llamaban a gritos a sus madres... Hasta que vio una figura aparecer en el umbral de la puerta. Era rubia, extremadamente delgada, de diminuto tamaño, pero bien proporcionada; tenía unos hipnóticos ojos claros color miel y una nariz respingona, labios gruesos y bien dibujados que no paraban de sonreír, mostrando una blanca y perfecta dentadura. Cuando ella entraba en la habitación, se iluminaba el hospital entero. Y entró todos los días a partir de aquel en que a él le había tocado ingresar allí.

—¿Cómo te llamas?

—María Eugenia.
—Me gusta... Nombre de reina.
—Pues a mí no me gusta el tuyo. Es nombre de santo.
—¿Entonces ya conoces mi nombre?
—Recuerda que revisé tu ropa... —aseguró, con cierto misterio.
—¿Solo la ropa?
—El patrón de las cosas perdidas... —dijo María Eugenia fingiendo no haber oído la última pregunta.
—O el patrón de las personas encontradas... —sugirió Toñín.
—Cuando acabe la guerra, ¿qué harás? —preguntó a continuación ella, para no quedar atrapada en su terreno.
—Buscarte.
—¡Venga! En serio.
—Le he prometido a mi madre que seré ingeniero. ¿Y tú?
—Esperarte...
—¿De verdad?
—Es una broma —dijo a continuación María Eugenia guiñándole un ojo. Una coquetería que, en realidad, no lograba enmascarar la realidad. Luego añadió en un tono más serio—: La verdad es que me gustaría estudiar enfermería. Me gusta ayudar a la gente. Hay tantos heridos... Ahora, como auxiliar, solo cambio la ropa, lavo heridas, hago torniquetes... Me gustaría hacer algo más y quedarme en este hospital, pero mis padres no quieren, me ponen pegas. De hecho, trabajar ahora como voluntaria me ha costado un disgusto. Me prohibieron venir, pero no les hice caso... Quiero ayudar al Ejército español.
—Entiendo a tus padres. Ir en la ambulancia es muy arriesgado: disparan cañonazos por todas partes, los rojos no dejan de atacarnos desde el aire, puede caerte una bomba, metralla... Puedes morir.
—¡Qué va! ¡No seas exagerado! Por muy rojos que sean, no van a tirar bombas a una ambulancia y, además, casi siempre me quedo en el hospital.
—Mañana me dan el alta —soltó Toñín—. Tengo dos días de permiso antes de volver al frente... Me voy a mi casa —añadió con un gesto que reflejaba alegría y tristeza a la vez.
—¿Volverás a Zaragoza después?
—A Zaragoza, no. Volveré al Ebro, al frente.
Ella no respondió. No le costaba nada hablar, se expresaba siempre con facilidad, pero, cuando algo le importaba de verdad, no le salían las palabras: se le bloqueaban en la garganta y se quedaba en silencio.
Él, por el contrario, no necesitaba las palabras. La atrajo hacia sí con sus brazos y no pudo evitar sentir un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo. Ya no era solo química: era pura física, y no pudo evitar el deseo irrefrenable de besarla... Pero ella se soltó y se fue.
—¡María Eugenia! —gritó Toñín—. ¡No te vayas así...!
Entonces ella se volvió, fue hacia él y, sin acercarse demasiado, evitando caer en su campo de atracción, le dijo:

—Se me olvidó darte esto... Es para ti —y dejó algo con sumo cuidado encima de la cama.

Toñín estiró la mano y cogió lo que parecía un papel, pero pronto comprobó que estaba equivocado. Era una foto, una foto en blanco y negro. María Eugenia no llevaba el uniforme blanco de enfermera con capa y cofia verde con el que la veía todos los días: vestía un traje primaveral de flores y sonreía junto a una bicicleta. Era apenas una niña, una niña extremadamente delgada, tan frágil que parecía que se iba a romper. Entonces notó que el corazón le latía tan fuerte que le producía dolor. Pensó que le habían estallado los puntos. La miró durante largo rato y entonces lo supo: era ella. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había sido tan estúpido de no reconocerla? Aquella mirada, aquel interés... aquella tarde regresando del colegio para preparar un examen. Y cuando levantó la mirada... ella ya no estaba. Se inclinó hacia la mesilla que había junto a su cama y guardó la foto en su cartera. Era lo único que le quedaba de ella.

Al día siguiente le dieron el alta. No podía quitarse a María Eugenia de la cabeza. Tenía que volver a verla. No sabía cuándo, pero volvería a por ella.

Cuando salió del hospital, cogió el tren con dirección a Huelva. Al llegar a su casa de la calle Rico, se encontró con algo que no esperaba y que le produjo enorme alegría.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —preguntó Toñín asombrado cuando Guelín, al que imaginaba todavía en el frente, le abrió la puerta.

—Me hirieron en la cadera y me han dado un mes de permiso hasta que me recupere y pueda andar sin cojear —explicó su hermano—. ¿Y tú? ¿Has conseguido permiso?

—Solo dos días. También me hirieron. ¡Vaya par de hermanos!

—¡Tocados pero no hundidos! —añadió Guelín.

Y rieron como cuando eran niños. En ese preciso momento apareció Lolita alertada por tanto jaleo. Al contemplar la escena, la expresión de su cara se transformó. Sus dos hijos estaban en casa por fin; los dos estaban a salvo.

«¡Tengo a mis hijos otra vez! ¡Estamos juntos! ¡Gracias, Dios mío!», se dijo para sus adentros. Estaba loca de alegría, alegría que empezó a empañarse cuando vio la expresión de su hijo.

—Mamá, no te emociones mucho. Recuerda que estoy de permiso. Solo tengo dos días.

—No me digas... ¿Solo dos días?

Y mientras Toñín asentía, preguntó extrañado:

—¿Dónde está Conchita?

—Ha ido a unos ejercicios espirituales con el colegio; volverá pasado mañana.

—Espero que llegue antes de irme. Tengo ganas de verla y decirle que su jabón de Heno de Pravia surtió efecto...

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Lolita, algo escamada.

—Mamá, no seas cotilla. Es un asunto entre Conchita y yo —replicó él en tono sarcástico.

—Ya..., ya os conozco a vosotros —dijo suspirando Lolita y añadió—, no me gusta que os distraigáis con esos temas. En la guerra no os podéis distraer...

—Mamá, si no fuera por esos temas, la guerra y la vida serían insoportables —dijo Toñín sin poder evitar pensar en María Eugenia.

—Seductores, que sois unos seductores —le increpó con dulzura su madre.

—Lo deben de llevar en la sangre —se oyó canturrear al Tite, que apareció en escena en ese momento.

—¡Vaya tres hombres que tengo en casa! —se quejó, mientras observaba complacida cómo su hermano se abrazaba a Toñín—. ¡No tenéis remedio!

Esa misma tarde, después de una larga charla de los hermanos donde se pusieron al día de las bajas de su regimiento y de los antiguos compañeros de colegio, decidieron salir a dar un paseo por la calle Concepción. A pesar de la cojera de Guelín como consecuencia de la bala que le había atravesado la cadera, marcaban ese paso de regulares, con sus uniformes, su juventud y su orgullo de ser tenientes... Entraron en la iglesia del mismo nombre, Concepción, donde se confesaron, oyeron misa y comulgaron y, al salir, bajaron por la calle de la Marina hasta el puerto. Las chicas no les quitaban ojo cuando los veían pasar; ellos, sabiendo que irían detrás, las esperaban, mientras sofocaban su sed en la cantina del puerto, la popular Cervecería Bonilla. Las sirenas de los barcos de cargamento militar, mientras tanto, anunciaban su llegada y les recordaban que la guerra aún no había terminado.

A los dos días, Toñín volvió al frente. Guelín tardaría unas semanas: todavía no andaba bien y la herida de la cadera se le había complicado con una infección.

—Espera unos días —le dijo Guelín a su hermano—. Puedes prorrogar el permiso unos días más y te incorporas conmigo la semana que viene.

—No. Ya estoy recuperado. He dejado allí a mis moros, me necesitan...

—¡Venga ya! No te las des de brabucón conmigo. Una semana más pueden sobrevivir sin ti... Además, es posible que vuelvas y no estén. Esta guerra no es su guerra, no me extrañaría que hayan salido corriendo hacia su país en tu ausencia... Así que no te hagas ilusiones con tus moritos. ¡Menudos son!

A Toñín le exacerbaron las palabras de su hermano y, en un arranque de coraje, se puso la gorra que tenía en la mano, dedicándole una profunda mirada.

—No me las doy de brabucón y no bromees con este tema. Son tan valientes o más que nosotros y no temen a la muerte. Estarán, ¿te enteras? Estarán.

—¡Bueno, hombre, bueno! No te pongas así... Guárdate esos humos para los rojos.

—Y, además, quedarme, ¿para qué? ¿Para correr detrás de las faldas como haces tú y perder el tiempo mientras el enemigo avanza sin descanso?

—¡Oye! ¿Qué insinúas? No te pases ni un pelo —contestó Guelín con agresividad.

—Ya está bien. Se acabó... —interrumpió Lolita—. Parecéis niños pequeños.

—¿No ha vuelto Conchita? —volvió a preguntar Toñín al ver a su madre.

—Todavía no —respondió algo inquieta. Empezaba a estar preocupada: estaba tardando demasiado.

—¡Vaya! No la puedo esperar más, mi tren sale ya... No importa. No tardaré mucho en volver —se autoconsoló Toñín—. Y, entonces, cuando regrese, vendré con más tiempo —añadió con optimismo.

—A ver si es verdad. Esta visita ha sido tan corta... —contestó su madre con inmensa tristeza.

—Mamá, estaré aquí pronto —insistió, cogiéndole las manos—. Dile a mi hermana que, cuando vuelva en el próximo permiso, puede traer a todas sus amigas a casa, que estaré encantado de

contarles a todas cómo es la vida en el frente. Les contaré cómo hemos ganado la batalla de todas las batallas... Y dile que la echo de menos... que echo de menos su alegría y sus ganas de vivir. Allí, a veces, en la oscuridad de las largas noches, daría cualquier cosa por oír su risa y su voz.

—No le voy a decir nada porque se lo dirás tú en cuanto vuelvas.

—¡Qué va! Seguro que no le dice nada, ahora porque se va y se ha puesto sentimental —dijo Guelín en tono de guasa para aliviar la emoción—. Pero, cuando vuelva y vea que no para de hablar y cantar, no sabrá cómo decirle que se calle... Da dolor de cabeza...

Se rieron dándole la razón a Guelín y, tras despedirse de su madre y de su tío, las miradas de los hermanos se cruzaron.

—Cuida de mamá —le pidió Toñín de una manera seca y seria.

Su hermano respondió levantando la cabeza y llevándose la mano a primer tiempo de saludo. Era su forma de decirle que sí, que cuidaría de su madre, de decirle que tenía razón, que debía ir con sus hombres, que le estarían esperando. Era su forma de decirle que sentía enormemente no ir con él... Era su forma de decirle... Pero no le dijo nada. No hacía falta. Toñín le entendió. Se llevó los dedos de la mano derecha a la visera de la gorra roja que se acababa de poner y después lo abrazó.

Sin volver la cabeza, se dirigió a la estación. Su asistente lo estaba esperando para ir juntos hasta allí.

No hacía ni media hora que se había ido cuando apareció Conchita dejando oír su voz cantarina por toda la casa.

—¡¡Ya estoy aquí!! ¡Qué aburrimiento de ejercicios espirituales! Casi no hemos podido ni hablar. No creo que vuelva en mi vida. ¡Menudo rollo! ¿Mamá? ¿Dónde estás?

—Aquí... ¿Por qué has llegado tan tarde?

—Al salir de los ejercicios pasé por casa de Piluqui; su hermano Fernando quería verme. No sabes la de cosas que me dice... Hemos cogido la canoa y hemos cruzado a Punta Umbría. Creo que le gusto, mamá....

—Pues si no presumieras tanto y hubieras venido directa a casa, habrías visto a tu hermano Toñín. Le hirieron en el frente; tranquila, no fue nada grave —se adelantó su madre al ver la cara de susto de su hija—. Una bala en una pierna, una herida limpia pero suficiente para que mereciera dos días de permiso y se viniera a casa a descansar.

—¿Qué dices? ¿Es verdad? ¿Ha venido Toñín? —preguntó ansiosa Conchita.

—Sí, te lo estoy diciendo. Dos días. Esta mañana te ha estado esperando: no quería irse sin verte. Pero su tren salía ya... Se tuvo que ir.

—¿Por qué no me has avisado? ¿Por qué no me has dicho nada? Podías haber llamado al colegio o a Piluqui. Y no has llamado a nadie. Tú tienes la culpa, mamá... No he visto a mi hermano por tu culpa.

—Si hubieras venido directa a casa, lo hubieras visto. La culpa es solo tuya, Conchita... No responsabilices a nadie más.

Las palabras de su madre le llegaron al corazón, produciéndole un remordimiento de conciencia que le hizo soltar el equipaje y salir por la puerta corriendo.

—¿Dónde vas ahora? —le preguntó Lolita, intentando retenerla.

—¡Déjame! Voy a buscarle —gruñó mientras se soltaba del brazo de su madre.

—¿A buscarle? ¿Adónde? Si el tren está a punto de salir...

—No importa, correré y llegaré a la estación antes de que se vaya.

—¡Conchita, vuelve! —gritó su madre, mientras ella desaparecía escaleras abajo.

Y salió de su portal de la calle Rico, corrió por la calle Concepción, torció por Rascón hasta llegar a la plaza de las Monjas y corrió más y más deprisa cada vez. Corría con todas sus fuerzas. El corazón parecía que se le salía del pecho. Llegó a la estación y siguió corriendo. Subió las escaleras y, cuando llegó al andén, preguntó a un soldado por el tren militar que salía para Zaragoza; en el preciso instante que preguntaba, justo en ese instante, vio cómo un tren se alejaba y, sin esperar la respuesta del soldado, supo que era él, que era su hermano el que se iba en ese tren, supo que no se lo perdonaría, supo que no le volvería a ver... Y entonces sintió un tremendo dolor que le apretó el pecho, que le produjo una nostalgia tan adherida a su cuerpo que ni siquiera fue capaz de llorar. Un dolor que arraigó de una forma tan profunda que nunca fue capaz de soltarla.

Volvió a su casa abatida.

—Se ha ido —murmuró al llegar; luego añadió—: Perdóname, mamá.

Su madre la abrazó y Conchita se perdió en sus brazos. Volvía a ser una niña pequeña, muy pequeña, y así, ovillada en el cobijo de los brazos de su madre, pasaron minutos, tal vez horas, tal vez toda una vida, juntas las dos.

La vida seguía su transcurso habitual en Huelva. Antonio continuaba trabajando en la Dirección General de Aduanas, pero el ambiente en las últimas semanas se había enrarecido. Cada vez llegaba más gente nueva y cada vez eran más jóvenes los que lo hacían. Muchos de ellos sin demasiada preparación, pero todos tenían algo en común: eran falangistas.

La guerra seguía. Toñín había vuelto al frente. La Batalla del Ebro mostraba su cara más amarga. Lolita escribía. Guelín se recuperaba de sus heridas y solo pensaba en volver con su hermano. Siempre habían combatido juntos. Esta separación, aunque pequeña, no le gustaba. Antonia, mientras tanto, cocinaba con ahínco y soñaba, en silencio, con volver a su pueblo. Y Conchita, en cuanto acababan las clases, se iba a pasear por la calle Concepción... Bajaba por la Marina y, al llegar al puerto, se asomaba a la barandilla y disfrutaba viendo los barcos pasar, como tantas veces había hecho con sus hermanos. Soñaba, pensando en que el mar le traería cosas buenas, no sabía cuándo ni el qué; pero esperaría, como espera un naufrago que acaba de lanzar un mensaje en una botella. Y el mar le traería lo que tanto había esperado. Pero sería años después.

Un 5 de septiembre, después del mediodía, una ambulancia salía del hospital del Salvador para evacuar a unos heridos graves en el hospital de campaña. Necesitaban una auxiliar de enfermería para acompañar al médico. María Eugenia pensó en que ella no subiría en la ambulancia esta vez; no quería intranquilizar más a sus padres, no quería causarles tanta preocupación. Un 5 de septiembre, un tren procedente de Huelva llegaba a Zaragoza. Después de mediodía, Toñín pensó en pasar por el hospital del Salvador antes de partir al frente. Soñaba con un beso de la enfermera que en tan pocos días le había robado el corazón. Uno y otro pensaban de esa manera inconsciente en que a veces se afrontan distintas posibilidades; se considera que alguna de ellas es la más

conveniente y, por tanto, que hay que obrar en consecuencia; pero, sin embargo, algo hace cambiar de opinión; un palpito, una intuición, una emoción, y se termina por hacer todo lo contrario de lo que se había pensado. María Eugenia, al final, se subió a la ambulancia porque, por un momento, pensó: ¿Y si uno de los heridos que hay que evacuar es Toñín? ¿Y si está allí? ¿Y si ha vuelto? Toñín no pasó por el hospital porque, por un momento, pensó que era mejor no volver a ver a María Eugenia hasta que acabara la guerra.

Esa mañana las bombas del fuego enemigo arrasaron la carretera que llevaba al hospital de campaña, próximo a Gandesa. Los campos y cunetas quedaron sembrados de cadáveres sin enterrar, restos de metralla y acero retorcido. El aire olía a carne quemada. En la cuneta, una joven yacía sin vida. Se llamaba María Eugenia, tenía dieciocho años y quería ser enfermera. Treinta minutos más tarde, Toñín pasaba por la misma carretera. Nunca volvió a estar tan cerca de ella.

Días más tarde, Conchita regresaba del colegio llena de júbilo: había conocido a una niña inglesa que se llamaba Isabelita Nylor. Su padre era británico y trabajaba en las minas de Riotinto. Ahora podría practicar con ella el inglés que su padre le había enseñado cuando era pequeña e incluso, a lo mejor, podría visitar Inglaterra algún día. Estaba ensimismada en estos pensamientos cuando llegó a su casa y, de repente, vio dibujada en el suelo la silueta enorme y oscura de un hombre. Levantó la vista y se encontró al cartero.

—¿Dolores Roda? —preguntó el cartero.

—Es mi madre.

—Tiene un telegrama —dijo con voz de pocos amigos.

—Me lo puede dar a mí —respondió Conchita.

—No, joven. Lo siento, lo tiene que firmar tu madre.

—Está bien —dijo y, entrando en casa, gritó—: ¡Mamá, mamá! ¡Corre! ¡Ven! Tienes un telegrama.

Lolita salió a la puerta, le dio una propina al cartero y volvió sobre sus pasos con el telegrama en la mano. Su cara palideció tras leer las primeras líneas. Al momento buscó dónde apoyarse, tanteando sin poder apartar la mirada de aquel papel. El gesto progresivamente descompuesto de su madre alarmó a Conchita.

—¿Qué pasa, mamá? ¿De quién es? ¿Qué dice?

—Es del asistente de tu hermano. Está herido en un hospital de Zaragoza.

Durante un momento, ninguna de las dos supo continuar aquellas palabras.

—Tengo que ir a buscarle —reaccionó Lolita—. Avisa a Guelín y al Tite. ¡Corre! ¡Date prisa! Voy a preparar mi equipaje. Pero..., ¿qué haces? ¡Espabila, Conchita, por Dios!

—Ya voy, mamá —musitó su hija, que se había quedado paralizada con la noticia.

Al día siguiente Lolita y Guelín cogieron un avión con destino a Zaragoza. Lolita vestía un traje de chaqueta negro y tocado del mismo color en la cabeza, bajo el que se recogía un discreto y elegante moño bajo. El color negro de su traje contrastaba con la palidez de su cara: una cara contraída en un gesto de dolor que aun así no eclipsaba ese aspecto atractivo que siempre había tenido, fruto de una mezcla de fragilidad y resolución; fragilidad por la extrema delgadez y resolución por la extraordinaria personalidad que siempre desprendía.

Sin embargo, la ansiedad de Lolita era tan grande que le parecía que el avión no avanzaba, que el tiempo se había detenido, que los minutos no pasaban... Su cabeza no paraba de dar vueltas. Se había quedado sola con sus pensamientos... ¿Cómo estaría su hijo? ¿Se encontraría grave? ¿Le tendrían que intervenir? ¿Quizás fuera una herida sin importancia! Y volverían a casa los tres juntos. Ya no dejaría a sus hijos volver al frente... Ya no... Hablaría con los amigos de su marido. Hablaría con Franco, si fuera preciso. ¿Quizás debería haber contado a sus hijos las circunstancias de la muerte de su padre! ¿Quizás no hubieran tenido tanto deseo de defender su patria, de defender los valores, la religión y el Ejército nacional! ¿Quizás no hubieran ido al frente si hubieran sabido que los amigos de su padre le traicionaron, que sus superiores le traicionaron, que todos le dieron la espalda por el solo hecho de intentar ser fiel a sus principios, a esos valores que ahora su hijo defendía! Si se lo hubiera dicho, ¿quizás Toñín no hubiese querido ser teniente y ahora no estaría herido! Y ella no se hallaría allí, encerrada en ese avión que no avanzaba.

—Mamá, ¡abróchate el cinturón de seguridad, que vamos a aterrizar! —advirtió Guelín, sacándola de sus pensamientos.

Aterrizaron con magistral suavidad. Enseguida, Lolita cogió su bolso. Primero se lo colgó, después se lo cruzó como una bandolera. Se atusó el pelo, se estiró ligeramente el traje y bajaron las escaleras. Abajo, Zaragoza la esperaba de nuevo. El inicio del otoño se dejaba notar. ¡Qué mezcla de sensaciones, de emociones!, pensó Lolita. Cerró los ojos. Volvía a oler el viento del Moncayo. Su brisa le acariciaba la cara recordándole otras caricias, otros olores... El olor del uniforme recién planchado de su marido, el olor a gasolina del coche que, a diario, le recogía en la puerta de su casa... Le pareció oír su voz... Le pareció que la estaba llamando, que la llamaba por su nombre, que estaba allí. ¡Parecía tan real! Estaba allí... y juntos encontrarían a su hijo.

—¡Sí! ¡Dolores Roda es mi madre! ¡Somos nosotros! —oyó decir a Guelín—. ¡Mamá! ¿Qué haces? ¿Por qué no contestas?

Lolita, en ese momento, abrió los ojos. No era el coche militar, no era su marido... Era un coche civil, el coche que habían alquilado, era el chófer quien la llamaba:

—¡Dolores, Dolores Roda!

—Perdone. Estaba pensando en otra cosa. Lo siento mucho —se disculpó Lolita con un punto de tristeza en la voz—. Sí. Yo soy Dolores Roda. Queremos que nos lleve al hospital del Salvador —añadió con firmeza y volviendo a tomar el control de sus pensamientos.

El chófer les abrió amablemente la puerta y subieron al coche. A través de la ventanilla, observaron el otoño en todo su esplendor. Los árboles empezaban a teñirse de dorados y rojizos, el cielo ya no era tan azul, nubes dispersas empezaban a cubrir el cielo, el ambiente era más fresco que en Huelva. Soplaban un viento seco. Era el cierzo. Sintió frío dentro del coche, se estremeció. Guelín lo notó y la cubrió con un echarpe.

—Lo encontraremos, mamá —le dijo cariñosamente—. Ya lo verás.

Entonces empezó el tortuoso peregrinaje por hospitales militares, hospitales provinciales, hospitales de campaña, puestos de enfermería... con la esperanza de encontrar a su hijo con vida. Pero sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

Llegaron al hospital del Salvador. La entrada daba a un pasillo que estaba lleno de heridos, tirados en camastros teñidos de sangre, esperando a ser atendidos. Cajas negras con el letrero de sanidad militar se amontonaban en cada rincón. Las enfermeras y médicos se movían deprisa por el entramado de salas, pasillos y habitaciones y nadie parecía reparar en su presencia. Llegaron a una sala enorme donde los heridos parecían mejor atendidos. O, al menos, atendidos.

Buscaron cama por cama con la esperanza de encontrar a Toñín. Nada. Ninguno era él. En ese momento, una enfermera con rostro agradable pasó cerca de ellos y Lolita, agarrándola del brazo, le preguntó:

—Por favor, señorita. Busco a mi hijo. Se llama Antonio Campíns. Sé que está herido desde hace algunos días en algún hospital de Zaragoza. ¿Me puede decir si está aquí?

—Espere un momento. Consultaré las fichas de ingreso...

—Gracias, ¡que Dios la bendiga! —dijo Lolita mientras la enfermera se alejaba por un pasillo.

Y mientras esperaba, Lolita se atormentaba pensando en el comportamiento de su hijo. ¿Por qué habría vuelto tan rápido al frente? Si todavía no se había recuperado de sus heridas... ¡Qué inconsciencia! ¿Por qué se haría teniente si sabía que toda la ilusión de su madre era que fuera ingeniero? ¿Por qué no le habría hecho caso? ¿Por qué la había desobedecido? ¡Dichosa juventud! Era demasiado joven para ser consciente de que al Ejército no le importaba si vivía o si moría, para ser consciente de que para el Ejército era solo un soldado más... Pero no. No era uno más, no lo era; era su niño, su orgullo, sus pies y sus manos, el intelectual, la alegría de la casa... ¿Cómo pudo permitirlo? ¿Cómo pudo callarse después de lo que le habían hecho a su padre? Había sido culpa de ella; sí, era culpa suya el que su hijo ahora estuviera herido y solo en algún lugar. ¿Por qué le dejó ir? ¿Por qué no se lo prohibió? ¿Por qué no se impuso cuando todavía estaba a tiempo? ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué? ¿Por qué?

No pasaron ni cinco minutos cuando la chica volvió con una sonrisa y unos cuadernos en la mano.

—¡Buenas noticias! Acabo de encontrar su ingreso y su historial clínico.

Lolita y Guelín se miraron. Había un brillo de esperanza en los ojos de ambos. «Lo hemos encontrado», se dijeron mirándose y sin necesidad de expresarlo con palabras.

Y la enfermera añadió:

—Efectivamente, estuvo aquí y le dimos de alta ya hace varias semanas. En concreto, el tres de septiembre. ¡Mire, aquí está su firma!

Entonces Lolita entendió que ese era el hospital donde había estado la anterior vez que había resultado herido en la pierna.

—Sí. Estuvo aquí hace un mes, pero le han vuelto a herir y ahora no sabemos dónde se encuentra.

—Ah... Lo siento. Aquí no ha vuelto a ingresar. De otra forma quedaría registrado en su ficha. Vayan al hospital Militar. Allí están llevando ahora a los heridos del Ebro. Aquí no damos abasto.

—Muchas gracias.

Madre e hijo salieron sin mediar palabra. La angustia se leía en sus ojos, en sus gestos, en su silencio. Silencio que los acompañó hasta la siguiente parada. El hospital Militar.

Si la impresión había sido enorme en el hospital del Salvador, aquí la visión les encogió el corazón... Los quejidos de los moribundos, unidos a una mezcla de olores a alcohol, sangre seca y putrefacción, magnificaban la angustia y hacían irrespirable la estancia; les faltaba aire, se ahogaban. Pero ambos seguían buscando. Buscaban con tanta ansiedad que no habían caído en la cuenta de que no habían comido nada, de que no habían bebido, de que no habían llamado a casa, porque buscar a Toñín era lo único que los mantenía en pie, lo único que los mantenía vivos.

Pasaban por delante de los heridos, mirándolos uno a uno. Cualquiera podía ser él; todos podían ser él. De lejos eran iguales: el mismo cuerpo, el mismo uniforme, la misma mirada, la misma juventud. Era curioso, curioso y aterrador: cuanto más vieja era la guerra, más jóvenes eran los heridos. Eran casi niños... Ella buscaba a su hijo en cada herido, cada herido buscaba en ella a su madre.

Hasta que oyó su nombre.

—¡¡Lolita!!

Le dio un vuelco el corazón. No era su hijo... no era su voz... Su hijo la hubiera llamado mamá. Pero... ¿quién era entonces? Se dirigió con prisa y una sensación creciente de temor al lugar desde el que la habían llamado; Guelín la seguía. Y entonces lo vio: allí estaba Eduardo, un íntimo amigo de su hijo.

—Lolita, pero... ¿qué haces aquí? No me lo puedo creer. ¿Has venido con mi madre?

—Eduardo, cariño, tu madre no ha venido... —dijo Lolita, acercándose—. He venido con Guelín. Estamos buscando a Toñín. Nos han dicho que está herido y hospitalizado, pero no sabemos más. ¿Sabes dónde está? ¿Estabas en su división?

—No. Él estaba en las fuerzas de choque, donde salieron malparados; no creo que esté aquí... Es complicado cruzar el frente. Seguramente esté en el hospital de campaña. Es de difícil acceso para ti, Lolita, pero Guelín podrá ir.

—Yo he venido a buscar a mi hijo. Iré donde sea para encontrarle.

—Tendré que buscar un coche militar —dijo Guelín precipitadamente—. Este chófer no nos llevará. Haré un par de gestiones. ¡Mamá, espérame aquí con Eduardo! Volveré enseguida.

—¡Date prisa! Cuanto antes le encontremos, mejor. Puede ser que esté grave y nos necesite... No quiero que esté solo.

Lolita se quedó haciendo compañía a Eduardo mientras su hijo buscaba un coche militar adecuado para salir de Zaragoza. El estado de las carreteras era lamentable, no era fácil encontrar un vehículo disponible.

—¿Cómo está mi madre, Lolita? Y mis hermanas..., ¿las has visto?

—Muy bien, todas bien. Las veo a menudo. En Huelva hay mucha tranquilidad. Es zona nacional y vivimos con mucha normalidad. Pero... dime. ¿Qué te pasó, Eduardo? ¿Dónde te hirieron? —preguntó Lolita con tono maternal.

—Estábamos en una trinchera que habíamos cavado con nuestras manos en el suelo. Estábamos allí, rodeados de fuego enemigo, cuando decidimos salir a ganar terreno, a reconquistar lo que habíamos perdido. Los moros luchaban con suma valentía; ellos, en el campo de batalla, luchan por sus camaradas, por no dejarlos tirados. Sin embargo, yo, muchas veces... tengo la impresión de que sobrevivo esperando a que maten al de al lado y no a mí. Me he dado cuenta de que ese

buen soldado, ese héroe al que todos aclaman es el que, en muchas ocasiones, es cobarde y, muy de vez en cuando, un valiente.

—Eso no es cobardía. Es la respuesta a una amenaza —lo consoló Lolita—. Se trata del instinto de supervivencia, Eduardo, que tira de vosotros hacia delante y hace que España avance. Ese es el instinto que te ha salvado, el que habrá salvado a Toñín también. Y el que hará que ganemos la guerra. Estoy orgullosa de vosotros: todos estamos orgullosos —afirmó, infundiéndole ánimos.

Eduardo sonrió con gratitud, se revolvió en la camilla y continuó:

—En la avanzada, el enemigo lanzó una granada. Mis moros me empujaron para que pudiera esquivar el impacto y volví a caer en la trinchera; gracias a ese empujón, la metralleta solo me dio en una pierna, pero acabó con todos los hombres que seguían avanzando... No sé si salvaron la patria, pero a mí me salvaron la vida —hizo un silencio, la mente quizá de vuelta en el campo de batalla—. La herida en mi pierna era grave, por eso no me llevaron al hospital de campaña y me trajeron a Zaragoza. Hace unos días me operaron. El médico vino ayer; me dijo que todo había salido bien. Pronto me podré reincorporar al frente. Necesitan refuerzos, necesitan hombres. Las pérdidas han sido enormes, pero habrá valido la pena. La batalla del Ebro es decisiva. Tienes razón. Ganaremos. Todo acabará. Y después iremos a la universidad. ¿Sabes que fui con tu hijo Toñín en el verano del treinta y seis a hacer las pruebas de ingreso para ingenieros? Yo no tengo su expediente académico ni soy tan rápido en matemáticas como él, pero me admitieron. No sabes qué alegría me llevé. Casi tanta como cuando me hice alférez provisional. Espero que nos reserven la plaza para cuando acabe la guerra y no la tenga que repetir. No sé si conseguiría aprobar otra vez.

Lolita, sonriendo, le dijo que seguro que se las guardarían. Los dos serían ingenieros. Pero se dio cuenta de que ya no le importaba lo que fuera su hijo; que fuera cualquier cosa, lo que quisiera, qué más daba. Ya solo le importaba verle con vida, ya solo quería salvarle...

Y fue entonces cuando Eduardo la sacó de sus pensamientos:

—Lolita, ¿te importa rascarme un poco la pierna? Justo ahí, debajo de la rodilla —dijo señalando ligeramente con la cabeza—. Me ha debido de picar algún bicho y, desde la operación, con esta escayola tan aparatosa que me han puesto, no consigo estirar el brazo lo suficiente como para tocármela.

Lolita, con un gesto de ternura, se acercó a la cama y levantó las sábanas con sumo cuidado para descubrirle un poco la pierna. Solo entonces se dio cuenta de que no había pierna. Haciendo de tripas corazón, simuló que le rascaba; le miró con inmenso cariño, mientras una emoción que la atenazaba y le impedía articular palabra le trepaba por la garganta. Le dio un beso en la frente; el beso que guardaba para su hijo. Después se levantó.

—Guelín me espera en la puerta —se despidió, con voz entrecortada—. Descansa tranquilo, verás como en nada estarás de vuelta en casa con tu madre y tus hermanas.

Abandonó la sala precipitadamente, justo en el momento en que las lágrimas asomaban a sus ojos: ya no las podía contener y no podía derrumbarse delante de él. Por eso se fue. Y sintió un escalofrío, un mal presentimiento. «¡Dios mío, que esté vivo! ¡Dios mío, por favor, que esté vivo! Aunque no sea ingeniero, aunque le falte una pierna, un brazo, aunque yo no vuelva viva a Huelva, pero permíteme ver a mi hijo, cogerle la mano y decirle que estoy aquí, que estoy a su lado»,

imploró mientras abandonaba a trompicones aquel terreno sembrado de cuerpos jóvenes y maltrechos, de gemidos de dolor y soledad.

En su precipitada salida, chocó con un carrito que transportaba utensilios de cura y todo cayó y se desparramó por el suelo de forma violenta: vendajes, pañuelos, algodones hidrófilos, gasas, tijeras, bisturíes... Se agachó para recogerlo y, al levantarse presa de los nervios, vio a Guelín que entraba por la puerta... La ayudó a recoger las cosas y enseguida se acercó una enfermera, que la miró con desprecio mientras depositaba el material en el mismo carrito del que se había caído.

—Lo siento —se excusó Lolita, casi temblando.

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó preocupado Guelín.

—Nada, no me pasa nada... Solo es que estamos tardando mucho en encontrar a tu hermano —contestó deprisa y sin mirarlo, para evitar que el llanto quebrara su voz—. Vamos al hospital de campaña, por favor.

No quiso revelarles el estado de su amigo Eduardo. Su hijo Guelín ya había sufrido demasiado esos días. No quería que sufriera más de lo estrictamente necesario.

Subieron a un coche militar que, tras varias gestiones, había conseguido Guelín.

—Para llegar al hospital militar necesitamos permiso del general Moscardó —advirtió Guelín a su madre con un gesto de preocupación—. Él es el jefe del Cuerpo del Ejército de Aragón. Sin su autorización no podemos llegar al frente, nos detendrían en los controles.

—Pues pediremos autorización —contestó Lolita con decisión.

—Mamá, ¿estás segura de que quieres ir? Puedo hacerlo yo solo. Es peligroso para una mujer.

—He venido para recoger a mi hijo, ¿me entiendes? Lo recogeré esté donde esté y lo llevaré a casa. ¿Te queda claro? No me vuelvas a hacer esa pregunta.

Tras el pequeño estallido de indignación, Lolita se quedó unos instantes en silencio, tratando de recomponer la postura.

—¡Venga! ¡Vamos a buscar a tu hermano! —insistió.

Se dirigieron a un puesto de mando al que se habían acercado para pedir información sobre dónde podían encontrar al general Moscardó. Allí los militares de diferente graduación intentaron disuadir a Lolita de ir al frente: era muy peligroso, la aviación enemiga atacaba continuamente. Y, aunque llegara al puente de mando donde se encontraba Moscardó, en ningún caso autorizaría a una mujer a entrar en la primera línea de fuego. Pero la determinación de Lolita de encontrar a su hijo era superior a cualquier argumento para disuadirla. Lo encontraría, vivo. Estaba convencida.

Conocía al general Moscardó y había seguido muy de cerca su defensa del Alcázar de Toledo. Le había impresionado la conversación que algunos militares le contaron que mantuvo con su hijo, al que los republicanos tenían preso y al que querían utilizar como moneda de cambio. El jefe de las Milicias Socialistas había amenazado con matarlo, dándole diez minutos para hablar con él y rendirse, a lo que Moscardó había respondido despidiéndose con orgullo de su hijo y comunicándole al enemigo que sobraban los diez minutos.

Lolita siempre pensó que, si el general Moscardó hubiera sido mujer y madre, el destino del Alcázar habría sido muy diferente. Recordó entonces el discurso que ese año José María Pemán había dirigido a la población y que terminaba con estas palabras: «Anoche, gracias a España,

gracias a Toledo, después de un siglo de recelosa prisión, fue amnistiado el Espíritu y fue puesta en libertad la poesía». Lolita, cuando oyó el discurso en la radio, pensó en la madre de Luis Moscardó y se preguntó si ella encontraría poesía en todo esto.

Poesía... Aquella palabra hizo que Lolita se estremeciera solo con evocarla. La mente es libre y nadie sabe por qué establece esas misteriosas conexiones por las que, de repente, pasamos de zonas seguras de la misma a otras inseguras que penetran por las grietas de las defensas que hemos construido y nos llevan de nuevo al camino del sufrimiento, de la angustia y de la desesperación. Y, entonces, solo entonces, Lolita empezó a perder las esperanzas. ¿Y si Moscardó le decía que no? Afortunadamente, la voz de su hijo la obligó a regresar a la realidad y recuperar el coraje que iba a necesitar.

—Mamá, mira. ¡Ya hemos llegado! —anunció con cierto entusiasmo Guelín.

Se detuvieron en el control, donde preguntaron por el general. Les condujeron a un puesto de mando. Bajaron del coche. Un capitán les recibió. Después de una espera que se hizo eterna, los hicieron pasar ante Moscardó.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó el general cuando los vio entrar en su despacho.

—Soy Dolores Roda, viuda del general Campíns. Vengo con mi hijo Miguel Campíns, teniente de regulares. Tengo entendido que conocía a mi marido, estuvieron juntos en África.

—Por supuesto que le conocía. Y conocía su impecable hoja de servicios, su extraordinaria cultura y su prestigio. Fue una irreparable pérdida para el Ejército español; le doy mi más sentido pésame.

—Muchas gracias. Pero no estoy aquí por mi marido, sino por mi otro hijo, Antonio Campíns, teniente de regulares también. Recibí un telegrama donde se me informaba de que había caído herido defendiendo Gadesa y que había sido trasladado a un hospital. No había más información. Le busco desde entonces por hospitales de Zaragoza. Mi última información es que puede estar en algún hospital de campaña cercano al frente, y necesito su autorización para cruzar las líneas.

—¿Está usted loca? —replicó el general, examinándola con severidad. Lolita no se inmutó—. Con el debido respeto y por la memoria de su marido, no le permitiré hacer una cosa así. Escuche, señora: esto es la guerra; los cazas no paran de lanzar bombas, disparan cañonazos por todas partes, los milicianos están en cada esquina, el fuego enemigo no cesa... Es un auténtico suicidio. Una mujer en el frente. ¿Bromea?

Y entonces Lolita, con la indignación, la seriedad y la gravedad escritas en su rostro, se dirigió al general mirándole firmemente a los ojos.

—Usted acaba de perder un hijo. Conoce el dolor de la impotencia por no poder salvarlo, pero al menos se despidió de él. Deme a mí la oportunidad de encontrarlo. No sé si está malherido, si está solo, si vive o ha muerto, pero, mientras haya una esperanza, deme a mí la oportunidad de despedirme de él.

Moscardó contempló el rostro impenetrable de una mujer llena de determinación y decisión, en el que solo la intensidad de su mirada dejaba ver el dolor que sentía.

—Es increíble que haya llegado hasta aquí. Y es increíble que quiera adentrarse en este infierno. ¿Sabe el riesgo que asumen? ¿Sabe que tienen pocas posibilidades de salir vivos?

—Lo sabemos —contestó Lolita con tremenda frialdad.

—Me asombran su valentía y su coraje.

—Se equivoca. No soy valiente ni tengo coraje. Solo soy madre.

Moscardó se quedó callado. Bajó la mirada y se acercó a un teléfono mural que estaba colgado en la pared del fondo de la estancia.

—Pondré un coche y un chófer a su servicio. Se encargará de acompañarlos todo el tiempo que necesiten y, cuando encuentren a su hijo, traerá a los tres de vuelta a Zaragoza.

—Muchas gracias. Estoy en deuda con usted.

—No. La deuda la tenemos nosotros. Tenía en gran estima a Miguel Campíns. Ahora es a su mujer a quien admiro.

Se despidieron con cordialidad y pocas palabras. Con la seguridad de que nunca más se volverían a ver. Lolita salió primero, Guelín se retrasó para comentar algo con discreción. Moscardó le indicó que pondrían a disposición una caja de cinc. Guelín solo fue capaz de asentir con la cabeza.

El chófer los esperaba en la puerta. Conducía un coche grande y resistente. Sentimientos contradictorios invadieron a Lolita mientras el coche se ponía en marcha. Tenía miedo y tenía esperanzas.

Al cabo de un rato, divisaron el hospital de campaña. Nada más llegar, le llamó la atención el aspecto de los soldados: eran altos, delgados, fibrosos, de piel aceitunada; parecían curtidos por una vida en un ambiente que no daba cuartel al débil ni al timorato. Los heridos estaban tirados por el suelo de tal forma que se mimetizaban con el entorno. Eran difíciles de distinguir entre los riscos y pedregales que por allí encontraron.

Un olor nauseabundo se mezclaba con un intenso olor a desinfectante. El recinto no estaba preparado para tanto convaleciente. Continuamente llegaban convoyes militares con algunos suministros y cargados de soldados en estado lamentable. Mientras, las cajas negras de sanidad militar, los botiquines de campaña, los repuestos de medicamentos de batallón se amontonaban formando un parapeto y dificultando el paso al improvisado hospital. Todos corrían. Un enorme pildorero de campaña metálico y con forma cúbica, donde los facultativos preparaban con el mortero las mezclas para conseguir la fórmula mágica de las píldoras que encargaban a diario para tratar a los enfermos, y una autoclave militar en mal estado y medio oxidada que difícilmente podría cumplir su función de esterilizar, custodiaban la sala principal, repleta de camastros. El panorama era dantesco.

Una enfermera rubia y muy joven, vestida con una capa verde militar con botones dorados, una corbata del mismo color perfectamente colocada gracias a un pillacorbatas de la Cruz Roja, cofia y delantal blanco, se cruzó en ese momento con ellos. Salió deprisa, dispuesta a limpiar orinales. El olor a vómito, orín y sangre era difícil de soportar. Era difícil no sobrecogerse ante los quejidos de los enfermos. Guelín se quedó impresionado al verla; aquella chica tan frágil y tan dulce era una nota discordante en un entorno tan desolador.

Preguntaron a esa enfermera y a todo el personal que fueron encontrando en su angustiada búsqueda: enfermeras, auxiliares, médicos, soldados... Nada. Nadie sabía nada de Toñín. Hasta que uno de esos soldados vestidos de regular, con su capa blanca, pantalón azul y tarbuch rojo en

la cabeza, y con la misma piel aceitunada que los demás, al oír a quien buscaban, se acercó a ellos.

—¿Su hijo estaba en la Primera División Navarra en la defensa de Gandesa?

—Sí. ¿Lo conoces? —contestaron madre e hijo casi a la vez.

—No. Yo no lo conozco, pero hay un soldado que estuvo en esa división, lo acaban de traer. Se llama Tarik... Pero tenéis que daros prisa. No creo que dure mucho.

Los gemidos de dolor de Tarik removieron los cimientos que hasta ese momento habían mantenido en pie a Lolita. Se acercó a él y le cogió la mano para tranquilizarlo; estaba ardiendo. Por la expresión de su cara y por sus ojos, las cuencas totalmente hundidas y coloreadas por un agorero tinte amarillo, supo que estaba muy mal. Llamó al médico para pedirle un trapo húmedo e intentar bajarle la fiebre. El médico acudió enseguida y les informó de que tenía dos balas alojadas en el pecho. Había perdido mucha sangre y padecía una infección generalizada. Les explicó que las balas están limpias cuando tocan el cuerpo, pues el roce con el aire las calienta tanto que mata todos los gérmenes, por lo que la infección se había producido seguramente al arrastrar fragmentos de uniforme o de suciedad al interior del cuerpo. No tenían modos de esterilizar el material de cura. El autoclave estaba oxidado, con lo que los cuidados que recibía no eran los más idóneos. Se moría.

—¿Y no pueden trasladarlo? ¿Llevarlo a Zaragoza? —preguntó angustiada Lolita.

—No aguantaría el viaje. Ya no se puede hacer nada.

—¡Tarik! —Lolita se inclinó hacia él y pasó suavemente el trapo humedecido por su frente—. ¿Estabas en la Primera División de Regulares de Navarra? —preguntó después de dejar pasar unos instantes en silencio.

—¡Mamá...! ¡Mamá!

—No soy mamá, cariño —dijo Lolita, con toda la ternura de que fue capaz—. Me llamo Lola y busco a mi hijo...

—¿Conociste al teniente Antonio Campíns? —se atrevió a preguntar Guelín.

—¿Campíns? —balbuceó Tarik abriendo los ojos—. Sí, por supuesto... Era mi teniente. Siempre nos daba ánimos..., nos infundía confianza..., nos protegía.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lolita sin poder disimular su ansiedad.

—Hace días que cayó...

—¿Hace días que...? No. ¡No, no puede ser! ¿Cuántos? ¿Cuántos días?

—No recuerdo... Tres, quizás cuatro...

—Eso no es posible... no es posible. No es verdad.

Lolita se retiró de la cama de Tarik. Su cuerpo se dobló; sentía una opresión en la boca del estómago. Se sujetó el vientre con los brazos para no caer. Era el amargo mordisco del miedo, del vacío. Guelín, que todo este tiempo se había mantenido en un segundo plano, se acercó a su madre. Quería abrazarla y compartir con ella el sufrimiento. Quería resistirse a creer que lo que decía aquel soldado febril y agonizante era cierto, que sus palabras no eran sino producto del delirio y la infección... pero sabía que no. Un soldado no se equivocaría con respecto a la vida de un compañero. Había muerto su hermano, su camarada en la batalla y su compañero en la vida. Solo se llevaban un año y nunca se habían separado. Una parte de él se quedaba ahora en esa batalla,

una parte de él moría con Toñín. Era su hermano pequeño y no lo había podido salvar, no estuvo a su lado para protegerlo. Lo dejó solo.

Lolita se soltó bruscamente del abrazo, pero enseguida lo miró a los ojos.

—Déjame un momento, Guelín, por lo que más quieras... Necesito estar sola...

Se hizo un silencio denso, contaminado del aire infecto del hospital de campaña, un silencio helador que sobrecogió el ambiente. Lolita apenas si podía respirar. Buscó la salida. Anduvo un rato perdida, sin rumbo. El olor a tierra húmeda la despertó y, entonces, miró al cielo. ¡Dios, tú sabrás por qué haces esto! Yo lo acepto, pero no lo entiendo; no entiendo nada... Solo tú sabrás por qué me haces esto...

Sacando fuerzas cuando creía que no le quedaban, volvió a la tienda, una tienda polvorienta convertida en un improvisado y descorazonador hospital de campaña, y se dirigió a la cama de Tarik.

—¿Cómo murió?

—¿Qué?

—Mi hijo, ¿cómo murió?

—No lo sé... —contestó Tarik con un hilo de voz, y después de un sobrecogedor silencio que impregnó el aire de emoción contenida, añadió—: Antes del combate, rezó y consultó algo en su cartera. Salimos... salimos para avanzar en la toma de posiciones y no lo volví a ver... Tenía mucha fe en su Dios. Me dijo que si moría no estaría solo... que su padre le estaría esperando. Salimos... salimos para avanzar en la toma de posiciones y no lo volví a ver. Resistimos lo que pudimos bajo el fuego enemigo. Pero nos costaba tomar la posición, nos quedaban pocas municiones. No llegaban refuerzos. La moral de la tropa se venía abajo...

»Entonces, recibimos la orden de replegarnos... Alguien dijo: «Los soldados de regulares mueren, pero no se retiran». Pero nos replegamos la mayoría. Los republicanos nos lo pusieron muy difícil... Él no se replegó. Otros tampoco... Más tarde, no sé cuándo..., a lo lejos..., lo vi tirado en el suelo. Era lejos del lugar donde habíamos estado combatiendo... Me extrañó... Pregunté, pero nadie me dijo nada... Cuando cesó el fuego, fui a recogerlo. Se había desangrado, tenía varias heridas de bala y metralla, pero no sé exactamente cómo murió, ni cuánto tardó en morir... Busqué su cartera; no estaba. Lo enterré con mis propias manos.

—¿Dónde...? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó sin apenas abrir la boca Lolita.

—En el Pico de la Muerte, cerca de Gandesa.

—¡Vamos, Guelín! —ordenó.

—¿Qué dices, mamá? ¿Adónde?

—A por tu hermano, a Gandesa, al Pico de la Muerte.

—¡Estás loca! Ya no puedes salvarle. ¡Está muerto, mamá! Tú no puedes ir a primera línea de fuego. ¡Solo conseguirás que te maten!

—No me importa morir —sentenció Lolita—. He venido a por tu hermano y no me iré sin él, aunque sea lo último que haga.

Tarik murió al día siguiente: no pudieron contener la infección y tuvo un fallo multiorgánico. Fue enterrado en una fosa común. Nadie reclamó ni buscó su cuerpo. Nadie lo recordó en la tierra,

nadie salvo Lolita, que pensaría en su rostro doliente y temeroso muchas veces a lo largo de su vida.

El médico responsable del hospital de campaña se enfadó con Lolita. Los oficiales de mayor graduación la intentaron retener. Su hijo Guelín la suplicaba. Pero no hubo nada que la pudiera detener. El chófer les abrió la puerta y madre e hijo subieron al coche. Las granadas estallaban a su paso, la aviación formaba un baile en el aire soltando ráfagas de metralla a discreción. En la cuneta, cadáveres, restos de coches destrozados, árboles y tierra quemada. Una bomba cayó justo detrás del vehículo, convirtiendo el camino que acababan de recorrer en una bola de fuego y llamas. El ruido fue ensordecedor. Las cosas habían perdido su contorno, se desfiguraban dentro de una nube de polvo y humo. Rocas pulverizadas, troncos y matojos carbonizados. Durante unos minutos, parecía que lo que estaban viviendo no era real sino imágenes de una película, una película a la que, de repente, hubieran quitado el sonido. Lolita notó un silbido en los oídos: no podía escuchar nada. El mundo se había quedado mudo. Pensó que iba a morir; no le importaba. Entonces miró su anillo, un anillo de oro con tres pequeños brillantes, el anillo que Conchita siempre le había pedido, desde muy pequeña, insistiendo continuamente en que se lo diera. Ella se negaba. Era muy joven para llevar cosas de valor y, con su despiste, pronto lo perdería. Eso no podía pasar, porque era de su madre: era un recuerdo de su madre. Pero, entonces, tendría que vivir para dárselo, cuando su hija fuese mayor. Tenía que vivir por su hija Conchita.

El chófer paró el coche y, acto seguido, señaló:

—El Pico de la Muerte está a novecientos metros en dirección norte. El frente está a tres kilómetros en dirección este, pero hay cuadrillas de milicianos por todas partes. Están perdiendo la guerra; no dudarán en disparar, aunque sea una mujer... Es una inconsciencia lo que van a hacer.

Pero Lolita salió sin hacer caso, sin escuchar, sin vacilar.

—¡Señora, al suelo! ¡Vuelva! ¡Nos están atacando! —le gritó el chófer desde la carretera—. ¡Por Dios, póngase a cubierto! ¡La van a matar...!

Guelín caminaba con dificultad detrás de ella. La herida de la cadera, que todavía drenaba, le provocaba unos fuertes dolores y no le permitía alcanzarla. Aunque seguía a su madre con esfuerzo, Lolita no le esperaba. Solo pensaba en subir... Subía y las voces se diluían; subía y su cuerpo se encogía... A cada paso que daba, su corazón latía con más fuerza; cada metro que recorría, se aceleraba su pulso... Hasta que sintió una sacudida, una especie de pinchazo que paralizó todo el movimiento de su cuerpo. Levantó la cabeza. Una luz agonizante bañaba el paisaje que la rodeaba con una gama de colores ocres que iba variando de una tonalidad a otra a medida que se ocultaba el sol. Y, de repente, en la cima de la colina, en una especie de atalaya entre montones de tierra, aparecieron, como iluminados por esa luz fugaz que oscila entre el día y la noche, decenas de palos incrustados. Y, entre ellas, ahí estaba. Una cruz. Solo una. Una cruz de madera. Sintió cómo su cuerpo temblaba. Allí estaba su hijo.

Había perdido el sentido de la orientación. Desubicada, como una muñeca rota, cayó al suelo. No podía seguir. Oyó la voz de Guelín que, detrás de ella, la llamaba.

—¡Mamá, vuelve! No sigas tú sola, ¡espérame!

Pero no podía volver atrás. Necesitaba seguir como quien busca agua para no abrasarse. Tenía que avanzar, subir a la atalaya, saber si era él, si era su hijo el que estaba enterrado debajo de esa cruz; pero estaba paralizada: su cuerpo no obedecía las órdenes que recibía, no se movía. El miedo a enfrentarse a la realidad había inmovilizado por completo sus piernas.

—¡¡Dios mío, ayúdame!! —gritó, y el grito desgarró a su hijo, que estaba a punto de alcanzarla, y paralizó al chófer, que, más atrás, les seguía con una pala en la mano. Usando algo que había dentro de ella, una fuerza insondable que no creía tener, se arrastró por la tierra, se mezcló con ella, y así, intentando acortar la distancia entre dos mundos, la distancia entre la vida y la muerte, la distancia entre la vida de su hijo y su propia vida, mientras avanzaba, seguía gritando.

—¡¡Dios mío, ayúdame!!

Logró llegar a la cruz. Alrededor solo había palos. A escasa distancia, su hijo Guelín; más atrás, el chófer. Se miraron los tres. Lolita ya no tenía fuerzas, ya no tenía voz. Pero su mirada se aferró a la cruz. Entonces cavó. Cavó como loca, al mismo ritmo que le latía el corazón, cavó con sus manos y cavó con su alma, compulsivamente, ansiosamente, con desesperación... Hasta que empezó a llover. La tierra comenzó a humedecerse y a ofrecer menos resistencia a la erosión de sus manos, renegridas, como todo a su alrededor. Su hijo y el chófer cavaban a su lado... Sin embargo, llegado un momento, la levantaron. Querían alejarla, querían protegerla, disminuir su dolor. Pero en ese preciso instante un relámpago iluminó la colina. Asomaba un cuerpo. Ella lo vio. Se volvió a agachar. No pudieron detenerla y, penosamente, lo desenterró. Era Antonio.

Lo abrazó. Se abrazaron los tres: sus hijos y ella. No fueron conscientes del tiempo que permanecieron así. El chófer, ese testigo involuntario, se quedó mudo, inmóvil. El mundo entero se paralizó. Una ligera lluvia caía sobre ellos.

Lolita utilizó el único trozo de blusa que todavía se mantenía limpia debajo de la falda para retirar los restos de sangre de la cara de su hijo. Sangre negra y seca que, mezclada con la tierra, tenía pegada como formando una segunda piel. Llevaba puesto su uniforme de regulares: pantalón azul, cinturón de cuero y una blusa beige desgarrada por los impactos que las balas habían dejado. El cuerpo presentaba síntomas de descomposición; entonces lo vio... Había un gusano recorriendo el cuello de su hijo, avanzando por su pecho. Ya no pudo más. Se levantó y gritó, gritó con las pocas fuerzas que le quedaban, gritó como no lo había hecho nunca, gritó por su marido, por su hijo, por Eduardo y por Tarik, gritó por todo lo que había perdido y por todo lo que le quedaba por perder. Gritó a Dios, a ese Dios que parecía haber estado ausente, que parecía no atreverse a asomarse a un campo desolado e infectado de dolor y miseria.

—¿Para qué, para qué sirve esta guerra? ¿Quién gana con ella? ¿Gana España? ¿Ganas tú? ¡Yo tenía una familia y esta guerra me la ha quitado! Te pedí un marido y me diste el mejor. ¿Recuerdas? Y el mejor hijo. Y ahora permites que los hombres me lo quiten. ¿Por qué? ¿Por qué? Te diré quién gana: ganan los gusanos que se comen los cuerpos inmaculados de nuestros hijos... Los gusanos son los únicos que ganan con la guerra.

Y llorando, ya sin gritar, ya sin fuerzas, Lolita se volvió a agachar junto al cuerpo inerte, morado y helado de su hijo.

El chófer y Guelín, que habían contemplado la escena sin poder articular palabra, se acercaron a Lolita. La separaron de su hijo y, con mucho cuidado, procedieron a trasladar el cuerpo de Toñín

hasta el coche. Iniciaron el descenso lentamente, en silencio. Lolita detrás de ellos. Lo colocaron en la parte de atrás, en la caja de cinc que hasta ese momento descansaba vacía en el maletero. Y emprendieron el viaje más largo y triste de sus vidas. El viaje de vuelta a Zaragoza. El último viaje a Zaragoza. Había dejado de llover y el sol, agonizante, exhalaba su último rayo antes de ocultarse detrás de las montañas. Una gama de colores se abrió ante ellos. Mil tonalidades formaban un arco y el coche iba directo hacia él. Lolita cambiaba su mirada: de los colores del cielo a la caja de cinc y de la caja de cinc a los colores del cielo, con un movimiento similar a las oscilaciones de un péndulo que, poco a poco, va perdiendo fuerza y que, al final, se apaga como se para un corazón roto que ha dejado de latir. Y, en medio de tanta tragedia, Lolita sintió paz. Había encontrado a su hijo.

Ya era noche cerrada. Tenían que volver casi a tuestas, pero tampoco importaba mucho. A tuestas vivían desde hacía más de dos años. Esa noche, Lolita y Guelín se quedaron en un pequeño hotel cercano a la plaza de los Sitios. Ninguno de los dos consiguió dormir.

Lolita se puso a escribir, como lo haría una autómatas. Como si no pudiera en realidad hacer otra cosa.

Dios ha querido someterme a una nueva prueba privándome de mi hijo adorado. Hasta ahora, él me daba fuerzas para resistir tanta amargura y tan grandes tragedias como pesan sobre mí.

Mi Toñín ha sacrificado su vida de diecinueve años llena de alegría, de entusiasmo y de valor guerrero, promesa de grandes triunfos para la nación. Todo lo dio por España, dejando a su pobre madre en una amargura y desolación infinitas, que él con su alegría y optimismo juvenil a veces lograba aliviar. ¡Dios sea siempre bendito! Él sabe por qué hace las cosas. Nosotros no entendemos nada de nada.

Al día siguiente, madre e hijo enterraron a Toñín en un nicho de Zaragoza. Su lápida rezaba:

D. Antonio Campíns Roda

Teniente de Regulares. Muerto heroicamente por Dios y por España en el frente del Ebro, el 1 de octubre de 1938 a los 19 años. R.I.P.

Allí se quedó solo. Lolita y Guelín volvieron a Huelva con esa misma sensación. Solos.

16. *Dos claveles rojos*

Sevilla

En Huelva, Antonio estaba cada vez más preocupado. No sabía nada de su hermana ni de ninguno de sus dos sobrinos desde el momento en que ella y Guelín se habían ido a primera hora de la mañana. Eran las seis de la tarde y no había tenido noticias.

—¡Qué raro que no me hayan puesto un telegrama ni una llamada! —le dijo Antonio a Conchita.

—Tite, no te preocupes. No habrán podido: el viaje, los papeleos... Ya sabes cómo es mamá. Le gusta dedicar tiempo a todo y hasta que no esté todo arreglado no nos llamará. Ya verás. Cuando menos te lo esperes, estarán los tres de vuelta.

—Me preocupa Toñín. Él siempre me llama cuando tiene un rato, siempre me pide consejo. Muy malo tiene que estar para no llamarme.

—No le des más vueltas, Tite —insistió Conchita.

—Está bien —concedió su tío—. Me voy a Aduanas, no puedo retrasarme más. Me quieren promocionar y destinar a Málaga...

—¿A Málaga? Ni lo sueñes. Yo no me voy a Málaga ahora. Me encanta Huelva, tengo muchas amigas. No voy a dejarlas... Conmigo no cuentas.

—¿Cómo que contigo no cuente? ¡No digas tonterías! Ya veremos. Los destinos no los elijo yo, pero les estoy dando largas todo el tiempo. Voy a decir que, de momento, no puedo ir, y luego preguntaré a mis colegas de Zaragoza si han tenido noticias de tu madre y tus hermanos. Quizás hayan necesitado pedir información en la delegación de allí y se hayan puesto en contacto con algún jefe de aduanas. Tal vez sepan algo y me puedan informar. Cualquier cosa me tranquilizará —Antonio miró a su sobrina—. ¿Te vienes conmigo?

No quería dejarla sola. Sabía que la espera se le iba a hacer eterna.

—No, prefiero quedarme: tengo que estudiar y hacer un par de redacciones para mañana. Y además son redacciones de tema libre. Me encanta cuando nos mandan redacciones libres. Así que no te preocupes por mí. Antonia me ha dicho que esta noche hará una sopa de ajo, y sabemos lo mucho que te gusta la sopa de ajo... Tendrás que venir a cenar... La hace por ti.

—Igual que tu madre. Tenéis una facilidad y una imaginación para escribir... ¡Con la pereza que a mí me da redactar una simple carta! Volveré pronto hoy. No me pierdo esa sopa de ajo por nada.

Antonio salió intentando disimular delante de Conchita el estado de nerviosismo y ansiedad en que se encontraba. Intentaría hacer gestiones desde su despacho. Iría hasta allí dando un paseo para calmarse. Aduanas estaba al lado del puerto y la distancia desde la calle Rico era corta.

Conchita, en su casa, escribía la redacción. Antonia, en la cocina, preparaba la sopa. Llamaron a la puerta. Conchita acudió con rapidez a abrir. Era el asistente de su hermano. En una mano llevaba la gorra de Toñín, en la otra, una caja de cartón.

Nada más verlo supo lo que le iba a decir. Lo llevaba temiendo desde que se había ido, desde que había ido a buscarlo a la estación sin poder encontrarlo.

—Hola, Conchita —saludó con cara inexpresiva—. ¿Están tu madre o tu tío por ahí?

—No, no hay nadie. Estoy sola.

—Vaya. Pues... No sé qué decir... Tú no te preocupes, cariño... Sé fuerte... Estas cosas pasan...

—Mi hermano ha muerto —soltó.

El asistente se quedó helado con la frialdad que demostraba la joven. No pudo evitar decir, bajando la mirada:

—Sí. Cayó en la batalla del Ebro. Lo siento mucho.

—¿Mi madre lo sabe?

—No lo sé. He ido a buscar al cuartel de Zaragoza las cosas de tu hermano. Acabo de llegar a Huelva. No he podido localizar a tu madre en ningún sitio... Pensábamos que solo estaba herido... pero... no sé qué ocurrió. ¿Quieres que me quede contigo un rato? Me imagino cómo te sientes.

—No. ¡Vete! —contestó Conchita.

—¿Estás segura?

—Sí. Estoy segura.

—Bueno, cariño, como quieras. Eres una chica muy valiente. Si necesitas algo, llámame y dile a tu madre, cuando vuelva, que he venido —pareció querer añadir algo más, pero la expresión pétrea de Conchita lo impidió.

A Conchita esas palabras la enfurecieron: ¿por qué la llamaba cariño? Si casi no la conocía, si apenas habían cruzado un par de palabras. ¿Qué sabía él de cariños? ¿Por qué se empeñaba en vaciar de contenido una palabra que para ella representaba tanto? ¿Por qué le decía que era fuerte? ¿Por qué le decía que era valiente? Ella no era valiente, ni era fuerte. Estaba sola y tenía miedo..., eso pensó Conchita nada más cerrar la puerta.

El dolor, por esperado, no fue menor. Desde hacía semanas presentía que no volvería a ver a su hermano, presentía que iba a morir. Pero una cosa era presentir... y otra sentir.

Abrió la caja de cartón: libros, cuadernos, agendas militares... De repente, vio su cartera: era de piel marrón y ponía «Ejército Militar Español». Tenía un agujero de bala. La bala que lo mató, pensó. La abrió, dentro había dos fotos: una era de una chica muy joven junto a una bicicleta; la otra era de su hermano fumando con otro soldado que tenía la piel muy morena. Los dos llevaban el mismo uniforme. Las fotos también tenían un agujero. Además, había papel de fumar y una pequeña libreta con teléfonos. Con el mismo agujero. Siguió buscando y, debajo de su expediente y de cartillas militares, vio una caja metálica pequeña: una caja de Heno de Pravia. Su caja de jabón.

La abrió. Dentro, dos monedas de dos reales, dos sellos y otra foto en blanco y negro. Una de los tres: estaba con sus trenzas, radiante, en medio de sus dos hermanos mayores vestidos de regulares. Se le formó un nudo en la garganta. Ella también tenía un agujero; lo tenía en el corazón. Cogió la caja y salió corriendo, por la calle Concepción, por la Marina. Llegó a un parque y, por

fin, al puerto... Se sentó, se acurrucó y, tiritando con la caja de lata entre las manos, se quedó mirando al mar. No podía llorar.

Lolita y Guelín volvieron a Huelva dos días después. Hubo lloros, abrazos, lamentos. Pero Lolita no quería mostrar su verdadera amargura a su familia, no quería dejar que se hundiesen en la pena. No quería que el corazón de los suyos se marchitara.

Y lo consiguió. El dolor no se fue, pero el rencor, con el tiempo, desapareció. Conchita trataba de darle ánimos. Estaba en todo momento pendiente de ella.

—Mamá, no te preocupes. Dios ha querido llevárselo para que hiciera compañía a papá. Él estaba solo en el cielo. Tú nos tenías a los tres aquí —le decía. Tenía que hacerse la fuerte, tenía que aparentar más entereza de la que, en realidad, tenía. No soportaba ver sufrir a su madre.

Lolita se emocionó con las palabras de su hija. Recordó en ese momento el fatídico viaje en coche bajo las granadas y el fuego enemigo. Se acordó de lo cerca que estuvo de perder la vida, y entendió por qué Dios la había dejado vivir.

—Conchita, quiero que, a partir de ahora, lleves el anillo de mi madre —dijo inmediatamente—. Siempre me lo has pedido y yo no quería dártelo. No quería que lo perdieras, pero ya te has hecho mayor y responsable —y, sacándose el dedo anular, se lo entregó—: Toma. Ya es tuyo.

—No, mamá —dijo Conchita rechazándolo—. Lo llevó tu madre hasta que murió. Quédatelo tú y cuando me dejes, cuando seas muy, muy mayor, solo entonces lo llevaré... Solo entonces me lo pondré... Y así te sentiré cerca cuando no estés. Ahora no me hace falta el anillo. Te tengo a ti.

La cara de Lolita se iluminó con una sonrisa y se le quebró la voz. No pudo decir nada. No era necesario.

Se sentaron a comer. Antonia servía la mesa. Estaba cada vez más distante y seria: la muerte de Toñín, su niño favorito, la había alejado de todos los demás. Era como si ya no le importara el resto de la familia ni cumplir las obligaciones que siempre había tenido tan bien atendidas; como si no le importara perder el trabajo en la que había sido su casa durante tanto tiempo.

Guelín tampoco parecía normal. No era solo la pérdida de su hermano, había algo más. Estaba muy inquieto, casi no hablaba, salía solo y en casa se sentaba en un sillón apartado. Se pasaba las horas mirando por la ventana, no tenía ganas de conversación. Ese día, cuando todavía le quedaba una semana de permiso, para sorpresa y disgusto de todos, anunció su decisión.

—Mamá, me incorporo al frente. Vuelvo a la batalla del Ebro —informó, con tono de solemnidad.

—Pero si el comandante te ha dado permiso... Te queda una semana. ¿Por qué te vas ahora? —preguntó alarmada Lolita.

—No puedo estar aquí sin hacer nada. Mi padre y mi hermano han dado su vida por España: estoy en deuda con ellos. Se lo debo... No puedo estar aquí parado de brazos cruzados. Tengo que luchar. Ellos habrían hecho lo mismo. Tenemos que acabar esta guerra, tenemos que terminar esta locura. Debemos defender a España de los rojos, de los ateos, y devolver la normalidad a nuestras familias para recuperar la paz. ¡Mamá! ¿Es que no lo entiendes?

—¿Que si no lo entiendo? Lo entiendo perfectamente. El que parece no entenderlo eres tú —contestó Lolita en tono enérgico—. He perdido a dos de mis tres hombres. Tú eres el único que me queda. No voy a permitir que te maten ni los rojos ni los nacionales ni nadie... A ti no te voy a

perder. Te aseguro que nadie me va a quitar al único hombre que me queda. Que sean otros los que acaben la guerra: nosotros ya hemos hecho bastante por España —hizo una pausa, y en su mirada había tanto dolor como rabia—. Además, puede que estés confundido y tu enemigo no esté en el frente. Quizás lo tengas detrás sin que lo sepas —dijo sin poder contenerse—. Si quieres volver, tendrás que pasar por encima de mi cadáver. ¿Te ha quedado suficientemente claro? ¡Por encima de mi cadáver!

Guelín, que no entendía muy bien lo que quería decir su madre, no tenía intención de discutir con ella. Se levantó y se fue a su habitación.

La mañana siguiente cogió su petate y, sin despedirse de nadie, se fue a la estación con destino a Zaragoza.

En cuanto Lolita lo descubrió, llamó a todas sus antiguas amistades, antiguos generales amigos de su marido que ahora ostentaban el poder. Estaba decidida a utilizar la influencia de sus conocidos. Antes no había querido hacerlo, pero ahora estaba dispuesta a cualquier cosa. Y, al final, su empeño y su lucha lograron su objetivo. Destinaron a su hijo a un puesto en la retaguardia. A las dos semanas, Guelín regresó a casa contrariado, enfadado, pero sano y salvo. Nunca más volvió al frente.

Sin embargo, no lograba acostumbrarse a la vida lejos de la primera línea de batalla. El ritmo que llevaba cuando estaba allí, la adrenalina, la sensación de darlo todo, de ser un héroe habían desaparecido. Ahora le remordía la conciencia: sentía que no hacía nada por España; que su padre y su hermano no se sentirían orgullosos de él. Le preocupaba qué pensarían de él sus hombres, sus compañeros, sus amigos, y culpaba a su madre de esa situación. Siempre que tenía ocasión le echaba en cara que lo hubiese convertido en un cobarde y que sentía que había dejado tirado a su hermano, que prefería morir en el frente a seguir viviendo así.

—Puedes decirme lo que quieras —contestaba Lolita sin ceder—. Échame la culpa de todo cuanto se te ocurra. Pero no volverás al frente. Aunque no me vuelvas a hablar, aunque no me quieras ver. Prefiero que me odies estando vivo a que me quieras estando muerto.

Y tal era la determinación de su madre que Guelín no se atrevía a contrariarla. Poco a poco se fue adaptando a su nuevo puesto, se ganó el respeto de todos sus superiores y su actitud cambió drásticamente. La guerra le había hecho madurar. Estudió con tesón y consiguió las mejores calificaciones de los cursos que realizó. Llegaría a alcanzar la graduación de coronel de infantería; sin embargo, su carrera militar se vio sensiblemente perjudicada por el trágico fin de su padre, y los años siguientes, al finalizar la guerra, sufrió la incomprensión y el olvido por parte de muchos militares que habían sido compañeros de su progenitor. Pero nunca dejó de defender con ardor y convencimiento la memoria de su padre frente a los ataques de que fue objeto por los que fueran sus compañeros en los sucesos de Granada, de los interesados descendientes de aquellos y de historiadores poco rigurosos en el análisis de los hechos. A pesar de todo, de las desgracias que había sufrido y de los comentarios que tendría que soportar, la vida le tenía reservada una sorpresa.

La familia Campíns afrontaba el día a día con la serenidad de saber que habían establecido una pacífica rutina. Conchita empezó a sentir curiosidad y se preguntaba qué haría tantas horas su madre encerrada en el cuartito moruno.

—Mamá, ¿pero qué haces? —dijo Conchita intentando entrar en la habitación en la que ella se encerraba.

—Nada... Escribir. ¡Sal de aquí, que me distraes! ¡Anda, ve a estudiar y déjame desahogarme tranquila! —suspiró Lolita.

—¿Desahogarte? ¿Con quién, mamá? Si estás sola —insistió Conchita.

—Con Carmen Berzosa. Le estoy escribiendo para contarle nuestro fatídico viaje. No he sido capaz de hacerlo antes.

Y Conchita vio las cartas que le escribía a su amiga Carmen, pero también un montón de pliegos amontonados en una esquina.

—¿Y estos folios, mamá? ¿Qué son?

—Cosas mías, Conchita. ¡Déjame tranquila! ¿Te gustaría que yo entrara en tu habitación y empezara a leer tu diario?

—¿Mi diario? ¿Cómo sabes que tengo uno?

—Yo te lo regalé.

—Ya. Pero ¿cómo sabes que escribo?

—Porque te conozco, porque eres mi hija y porque las madres sabemos muchas cosas sin necesidad de que nos las digan. Pero no te preocupes: no he leído ni leeré nada.

Conchita se dio cuenta de que era mejor irse y no preguntar nada más.

—Vale, está bien... Me voy. Espero que algún día me digas qué escribes.

Lolita se quedó de nuevo a solas, enfrascada en las líneas que escribía a su amiga. En ellas encontraba sosiego, una especie de tregua, pero al mismo tiempo reavivaba un dolor del que ya no podía deshacerse. Así era escribir.

Ya me tienes aquí, Carmen querida. He regresado de mi fúnebre viaje y vivo... sigo viviendo.

Al llegar a Zaragoza después del viaje, que te puedes imaginar que del ansia y afán de llegar y ver a mi hijo me parecía que el avión no adelantaba, me enteré de que mi ángel, mi ilusión y mi esperanza ya no existían. Había dado su alma a Dios y su cuerpo a la patria. Cuando me pusieron el telegrama, diciéndome que estaba herido grave, hacía ya unos días que había muerto. Ni yo puedo aún escribir ni he de contarte ahora mi nuevo calvario. Mi hijo Miguel, que me acompañaba, y yo, los dos siempre solitos y en contra de la opinión de muchos, nos fuimos al frente y desenterramos el cadáver amado de aquel hijo, aquel tesoro que Dios me prestó durante diecinueve años (los mismos que disfruté de su padre) y que ahora ha reclamado para sí. Lo pusimos en una caja de cinc en nuestro coche y así fuimos, horas y horas, hasta Zaragoza, en donde por ahora ha quedado enterrado. Murió el 1 de octubre (fiesta del caudillo), lanzándose el primero con sus moros a los avances que le habían ordenado.

Murió solo, sin una mano amiga que fuese para él un consuelo en aquella hora. Dicen que fue un tiro en la femoral y que se desangró; otros dicen que, después de herido, cayó un cañonazo en la ambulancia y le mató junto con otros; no sé lo que pasó. Solo sé que su alma pura estaba preparada para unirse a su Dios. Pocos días antes había comulgado en el Pilar; después confesó con el capellán del tabor y, antes de entrar en el combate, este le volvió a absolver. El día antes de su muerte dijo que le gustaría ir pronto a ver el cielo. Ya está allí, con su padre. Pero nosotros, sin la ayuda de Dios, no podríamos sufrir su ausencia. Tú sabes lo que era mi hijo Antonio: un talento excepcional y un criterio claro y recto, cosas nada corrientes en esas edades.

Dios ha querido llevárselo de este mundo, sin que se contamine con tanta miseria y tanta maldad.

Que Dios Nuestro Señor se apiade de su pobre madre, tan desgraciada, y a quien esta guerra le arranca los pedazos de su alma, sin compasión de ninguna clase. ¡Mi hijo Antonio! ¡Mi ilusión! ¡Mi esperanza!

Cuanto yo te diga es poco de las simpatías que había sabido inspirar en esta vida: sensible, fino, inteligente... Huelva entera lo llora. La gente que acudió a la misa y la que, a diario, acude a esta casa, es buena prueba de ello. Las muchachas lloran y comulgan a diario por él.

Guelín ha sido para mí algo grande. Hemos sufrido los dos mucho; él pierde a su compañero, su amigo y su ayuda. No se había separado de él desde que nació. Por suerte, he podido frenar su ímpetu de volver al frente, de volver al terreno que precisamente le privó de seguir disfrutando de su querido hermano. Hubiese removido cielo y tierra con tal de impedir que me arrebatasen otro pedazo de corazón más.

La niña, como en la otra tragedia, muy afligida pero fuerte y dándome siempre ánimos. Dice que papá se lo ha querido llevar porque estaba allí solo y yo tenía aquí a los tres.

Tu familia de Zaragoza, todos, muy bien y cariñosos conmigo.

Escríbeme muy a menudo, que necesito tus cartas.

Afectos a Berzosa y mil besos para ti. Sigo rezando por que no le pase nada a tus hijos. No puedo acostumbrarme a la idea de que ya a uno de los míos no puede pasarle aquí nada.

Lolita

Pero sus rezos no sirvieron de nada, como le contaría Carmen en la respuesta a su carta: el hijo de su querida amiga, su hijo pequeño, un chico rubio de unos preciosos ojos azules, murió en la División Azul; no defendía España, defendía Leningrado. Un desengaño amoroso le había partido el corazón. Nadie supo si buscaba consuelo o recomponer su orgullo herido, pero sin pensarlo mucho se alistó en la 250.ª División de Infantería, animado por el fervor patriótico de Serrano Suñer. Demostraría que era capaz de ir a Rusia y dejar allí bien alto el nombre de España. Pensaba que las noticias del frente ruso pronto llegarían a España, llenarían los periódicos y, al volver, sería mucho más fácil reconquistar el amor perdido. El viaje había sido extremadamente duro. Tardó más de cincuenta y cuatro días en llegar a Rusia, primero en tren y luego a pie, recorriendo más de cuarenta kilómetros al día en unas condiciones durísimas. Nadie supo qué pasó ni cómo murió. Nunca pudieron encontrar su cuerpo. Su capitán sobrevivió y lo único que trajo de él fue su cartera. Su novia, el Ejército y España entera se olvidaron de él. Solo lo lloró y lo recordó su familia. Su madre, destrozada, encontró consuelo en su amiga del alma, en esas cartas que eran bálsamo y dolor al mismo tiempo. Las dos sabían lo que significaba perder a un hijo. El sufrimiento las unió más.

El Tite había sido destinado dos años a Málaga como director general de Aduanas y Lolita y Conchita se fueron con él solo Guelín se quedó allí. Vendieron todos los muebles, dejaron la casa de la calle Rico. Conchita dejó el colegio del Santo Ángel, la plaza de las Monjas, la calle Concepción, el puerto y Punta Umbría... y a sus queridas amigas.

En Málaga, Lolita abrió una casa nueva en la calle Larios. Recordó que la última vez que estuvo allí, en esa ciudad, había sido con sus padres. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces. Conchita cambió por enésima vez de colegio: ahora iría a las Esclavas del Divino

Corazón. Otra vez sería la nueva, otra vez tendría que hacer nuevas amigas. Estaba harta, odiaba cambiar de colegio.

Antonia tampoco parecía contenta con el cambio. Cada día se mostraba más amargada; ahora, lejos de Huelva y de Zalamea, le parecía estar en un destierro. Desde la muerte de Toñín su actitud había cambiado, pero desde la llegada a Málaga, sin Guelín, se transformó radicalmente. No salía casi a la calle y los días que tenía libres los pasaba leyendo en su habitación. No hablaba con nadie. Cada vez estaba más aislada. La relación con Conchita, según había ido creciendo, se había complicado. Se trataban con respeto, pero ninguna confiaba en la otra.

El Tite no parecía encajar del todo en su nuevo puesto. Dudaba de si había sido una promoción o una forma de apartarlo; los tiempos eran difíciles. Todos echaban de menos Huelva.

Pero la inesperada aparición de Guelín en Málaga sacó a todos de la apatía en la que estaban inmersos, al disfrutar de unos días de permiso que aprovechó para visitar a la familia.

Una mañana, acompañado de su hermana pequeña, entró en una farmacia para comprar aspirinas a su madre y casi las tuvo que cambiar por tranquilizantes para él. La mujer más guapa y elegante que un hombre podía imaginar en el más profundo de sus sueños estaba allí, delante de él, pidiendo un antiácido para su padre. Se llamaba Berta. Era rubia y era rusa. Sus objetivos, desde ese momento, dejaron de ser terrenos enemigos para convertirse durante mucho tiempo en uno más sólido, más pleno: conquistar a Berta.

Conchita se dio cuenta al momento de lo que estaba ocurriendo, así que, cuando la bella joven fue atendida y se dirigía hacia la salida, le salió al paso.

—Disculpe, señorita. Verá, he venido con mi hermano a comprar unos... eh... —Conchita echó un vistazo rápido a la pequeña caja que la mujer llevaba en la mano—, unos antiácidos para mi madre. Pero, claro, él no sabe cuáles son los más adecuados. Y para nuestra madre queremos lo mejor.

La mujer se quedó mirando a aquella chica tan risueña, luego lanzó una mirada a su hermano mayor, que no podía disimular la mezcla de arrebató y estupor que sentía en esos momentos. Tras sonreírle a Conchita y guiñarle un ojo, dándose por enterada del juego, se presentó ante Guelín, que supo adoptar a tiempo una expresión más firme. Y mientras los clientes los adelantaban sin reparo, ellos se enfrascaron en una agradable conversación.

Al salir de la farmacia, Guelín quiso reprender a su hermana por lo poco decorosa que había sido su estrategia, pero terminó estrujándola con cariño entre sus brazos por haberle conseguido una cita con aquella mujer que con tanta fuerza lo había embelesado.

Ese mismo día, mientras comían y escuchaban las noticias de la guerra, oyeron por la radio que la calle donde vivían en Huelva, donde vivían sus amigos, donde sentían que estaba su casa, la calle Rico, había cambiado de nombre: ahora se llamaba calle Queipo de Llano. Todos se miraron en silencio. Nadie siguió comiendo.

A partir de entonces muchas de las calles de Huelva, Málaga, Madrid, cambiaron de nombre. Todos los que fueran una vez amigos de su padre tenían ahora una calle, pensaba Conchita. ¿Por qué su padre no? ¿Por qué su padre estaba muerto y los demás no... si era el más fuerte..., si era el más listo de todos? Siempre se lo había oído decir a su madre. No lo entendía.

Hasta dos de las principales avenidas de Huelva cambiaron de nombre: avenida de Alemania y avenida de Italia, porque eran los países aliados de Franco. Sin embargo, Conchita no entendía por qué no había una avenida de Inglaterra, con todos los ingleses que había en Huelva trabajando en las minas de Riotinto.

Lolita, mientras tanto, escribía en su habitación. Escribía a sus amigas y también a las autoridades para intentar conseguir la pensión de su hijo. Necesitaba contribuir a los gastos que tenía que afrontar su hermano, pero todavía no había conseguido nada. Sentía que eran una carga para el Tite. Pensar en que las huérfanas del general Mola habían conseguido una pensión de mil ochocientas cincuenta pesetas para sus gastos educativos y que a su viuda le habían pagado la factura de cuatro mil setecientas pesetas para un chalet y, sin embargo, a ella le negaban una y otra vez la pensión de su hijo le revolvió el estómago. Aunque, en el fondo, el dinero ya no le importaba. Se alegraba por ellas... Habían sido sus amigas. Eran buenas chicas. Pero necesitaba ayudar a su hermano. Se preguntaba a diario qué hubiera sido de ella sin el Tite.

Un día a la hora de comer, cuando charlaban animadamente como hacían siempre mientras estaban a la mesa, Conchita parecía muy contenta. Más contenta de lo normal. Estaba sentada enfrente de su madre; el Tite presidía la mesa. Antonia, como siempre, servía la comida. Lolita bendijo los alimentos como cada día antes de empezar a comer. Ese día había cocido.

—¡Qué bueno está el cocido, Antonia! —celebró, mientras se limpiaba la boca con la servilleta. Antonia la miró con escepticismo. No estaba acostumbrada a los halagos de Conchita.

—Te veo muy contenta, Conchita —comentó su madre, sorprendida—. ¿Has ganado otra vez al baloncesto en el colegio?

—No, mamá, hoy no he jugado. Pero, si estoy contenta, es porque tengo una buena noticia que darte.

—¿Una buena noticia? Pues cuanto antes mejor.

—Me ha llamado mi amiga Isabelita Naylor. La invité a Málaga y me ha dicho que vendrá a pasar unos días con nosotras.

—¡Qué bien! Pues sí que es una buena noticia.

Y mientras decía esto, Antonia, que ya había recogido los platos de la sopa y se disponía a servir la carne, no pudo evitar preguntar:

—¿Isabelita es esa amiga tuya inglesa?

—Sí, esa. Su padre trabaja en las minas de Riotinto y hemos quedado en que ella vendrá unos días aquí y luego yo iré a su casa y me enseñará las minas. Dice que estar allí es como estar en la luna. ¡¡Qué ganas tengo de ir!!

Antonia no pudo reprimir un gesto de asco que era difícil de justificar.

—¿Por qué pones esa cara, Antonia? —preguntó Conchita sin disimular su sorpresa.

—No me gusta tu amiga. Ella y su familia se dan unos aires... Se creen superiores a los demás.

—Pues me da igual que te guste o no. Va a venir de todas maneras, o sea que te tendrás que aguantar. Y que sepas que te equivocas: ella y su familia son encantadoras y no se dan aires de nada. Eres tú la que está amargada y la que va de lista —le dijo a la cara, tal como le lanzara un dardo envenenado.

—¡Conchita! —le recriminó su madre—. Esos no son modos de hablar a nadie.

—Mamá, es que Antonia siempre me está pinchando y me hace saltar.

Y dicho esto, sin esperar a terminar de comer, se levantó de la mesa. Reunió el valor necesario para pedir permiso con dignidad y retirarse a su cuarto sin esperar réplica.

—¡Mujeres! Siempre peleando. No tenéis remedio... —se quejó Antonio—. Si no fuera porque la vida sin vosotras perdería todo su encanto... En fin, aprovecho para irme yo también, que me toca volver ya a aduanas.

Se levantó y se marchó sin despedirse. Lolita y Antonia se quedaron solas.

—¿Qué te pasa, Antonia? Estás siempre a la defensiva. ¿Qué te ha hecho esa pobre niña?

—Señora, la niña no me ha hecho nada, pero su padre y sus compañeros ingleses no me gustan. Se creen tan superiores... Durante años han sometido a mi gente a trabajos en condiciones durísimas, contaminando y envenenando el aire de mi pueblo, de Riotinto y de toda la comarca con las emanaciones sulfurosas de las dichosas teleras. ¡Y acuérdense del año de los tiros! Más de cien personas que se manifestaban contra la contaminación fueron asesinadas a tiros. La compañía lo tapó y nadie pagó por ese crimen. Mi madre lo vivió y siempre me ha contado que fue horrible: niños, mujeres; murieron tantos inocentes por culpa de esos ingleses...

—Pero, Antonia, de eso hace mucho tiempo. Además, el padre de Isabelita es una persona extraordinaria. Da trabajo a mucha gente. Eso es lo que ahora necesita España: que haya trabajo y se cree riqueza.

—No me convence, señora. No tiene razón. Esa gente solo piensa en sí misma, en su notoriedad y en ganar dinero. No piensan en los demás, están explotando a nuestra gente y a nuestro país. Y ahora con los nacionales, con los suyos, señora, esos que son tan católicos... ¡Las cosas irán a peor!

—¡Antonia, no me discutas más ni me hables así! ¡Basta ya!

—No, no le discuto. Es imposible: no quiere entender.

Antonia hizo ademán de retirarse con una soberbia que molestó sobremanera a Lolita.

—¡Antonia, no te permito que me contestes! —gritó Lolita.

—Qué raro —dijo Antonia, volviéndose y mirando a los ojos a Lolita—. ¡Qué raro que no me permita contestarle cuando permite cosas mucho peores y sin rechistar! Matan a su marido, a su hijo, pierde sus pertenencias y aquí está todos los días bendiciendo la mesa, sonriendo y dando gracias a Dios —soltó Antonia con una rabia que no podía ni quería contener.

Las palabras cayeron sobre Lolita en un solo golpe, como una sonora bofetada. Sentía el calor incendiando sus mejillas, su pecho y su estómago.

—Antonia, no sabes lo que dices —dijo Lolita, tratando de mantener las formas—, no tienes ni idea de cuál es mi dolor ni cuál es mi indignación... Pero mi dolor es mío y de nadie más. No voy a amargar la vida de los que me rodean. No quiero que mis hijos vivan con rencor, con odio, ni quiero que sean unos amargados... Algún día todos nos presentaremos ante Dios y daremos cuenta de nuestros actos. Mientras tanto tenemos que perdonar, dar las gracias por seguir viviendo y buscar la paz. La paz material es difícil de conseguir, sí, pero me conformo con que los míos tengan paz de espíritu. Y eso es lo que me gustaría también para ti y los tuyos: que encontréis la paz de los espíritus. Con odio, como el que tienes ahora, no podrás vivir.

Antonia se volvió sin rebatir nada y, de un portazo, se encerró en su habitación.

Era una tarde gris. Empezaba el invierno. Las tardes acortaban su duración. Lolita sabía en su interior que, tarde o temprano, tendría que despedirla. Esa tensión que mantenía con Conchita no le gustaba: podía notar la rabia y la envidia. Pero, si la despedía, ¿dónde iría?, ¿qué sería de ella? No era joven, no le sería fácil encontrar otro trabajo. No, no podía abandonarla. La quería demasiado para dejarla a su suerte.

Apagó la luz del comedor. Entró en su pequeña habitación; había empezado a llover. Era solo una nube pasajera, pero el viento azotaba con fuerza en las ventanas, las gotas de agua se estrellaban rítmicamente contra los cristales. Mañana los limpiaría. Más tarde, al amparo de la noche, bajo una luna cómplice de sus pensamientos, los sentimientos de Lolita se escurrían entre folios de papel recién escritos... Fuera, al mismo tiempo, se escurrían las gotas de agua por el cristal de las ventanas.

Un inconfundible aroma a café la despertó. Se levantó despacio y se asomó a la ventana. Ya no llovía: con las primeras luces del amanecer, teñido el horizonte de ocre y amarillos, recordó que había soñado... Había sido un sueño reparador, le había dejado buen sabor de boca, pero no conseguía evocarlos. Tenía la sensación de que había soñado con alguien conocido, alguien cercano; todavía sentía su presencia, pero no conseguía distinguir quién era.

Antonia había preparado desayuno para todos. Tostadas, cruasanes, había hecho mermelada de fresa. La tensión del día anterior había desaparecido de su cara, se la veía más relajada. Hasta que irrumpió Conchita, como siempre, estresada porque llegaba tarde al colegio.

El Tite estaba en el salón. La radio se oía de fondo... De repente se levantó, con un gesto de incredulidad. Se mantuvo unos momentos en silencio, inmóvil. Pero lo que acababa de oír era verdad, aunque no pudiese creerlo. Lo que tanto esperaban y nunca ocurría, lo que no confiaban en escuchar ese día... ocurrió.

—Tengo que daros una gran noticia —dijo Antonio mientras entraba precipitadamente en la cocina—. ¡La guerra ha terminado! ¡Hemos ganado!

Segundos antes, la voz de un locutor había leído el parte en la radio: «En el día de hoy, 1 de abril de 1939, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos. La guerra ha terminado».

Y, entonces, para asombro del Tite, nadie reaccionó. Ni un grito de alegría, ni una palabra de euforia, ni siquiera una lágrima. Las tres mujeres calladas; sus rostros reflejaban miedo, parecían sacudidas por un temblor, por la incertidumbre de no saber realmente qué iba a pasar a continuación. Como si la guerra hubiera dejado atrás todo su pasado, al que ya no podían volver, y ahora no supiesen muy bien qué hacer ni hacia dónde ir.

¿Tanto les había cambiado la guerra que no eran capaces de expresar sus emociones?, pensó el Tite. ¿Tanto les había cambiado, que ante una noticia así se quedaban calladas? Habían perdido demasiado. España había perdido demasiado. No había sido la lucha de un bando contra otro: había sido la lucha de los dos bandos contra sí mismos. No había sido la lucha de republicanos contra nacionales: había sido la lucha de comunistas, anarquistas y socialistas entre sí. Como también lo había sido entre falangistas, carlistas y franquistas. Había sido la lucha del hermano frente al hermano, del ego frente al ego, del hombre frente al hombre... La del individualismo, la lucha por demostrar que se es mejor que el de al lado, mejor que el de enfrente. Una lucha de los

que viven en el mismo país pero en diferentes realidades y con distintas percepciones... Lo que para unos era bueno para otros era malo. Había sido una guerra fratricida.

Ahora tenían que librar otra: la que no se ganaba con balas.

Pero Málaga, después de la guerra, sí expresó su alegría. Se había convertido en un hervidero de gente. El jaleo y la euforia estallaron por todas partes. Las calles estaban llenas de tropas militares repartiendo chocolate a los niños. Las campanas de una iglesia cercana repicaban sin parar. Los cafés de la plaza de la Constitución estaban abarrotados de gente que salía a la puerta brindando con vino de jerez; del Café Suizo brotaban calurosos aplausos a la Nueva España; y del Café Central, vítores al ejército nacional. Aunque todavía flotaba en el ambiente el recuerdo de los miles de personas, ancianos, mujeres y niños que habían encontrado la muerte dos años antes, al tratar de huir de Málaga, cuando entraron las tropas de Queipo de Llano y fueron bombardeados y masacrados por la aviación nacional en la carretera de Almería.

La Dirección de Aduanas también estaba llena de gente. Cada día, nuevas incorporaciones, la mayoría jóvenes ambiciosos y sin preparación. Ya no eran siquiera los mismos, ya nada era lo mismo. Unos meses más tarde, el Tite recibió una notificación. En el sobre se podía leer: «A la Atención de D. Antonio Roda Rovira. Jefe Superior de Administración Civil del Cuerpo Técnico de Aduanas». En su interior guardaba el comunicado de su jubilación. Tenía cincuenta y nueve años. Y una familia que mantener.

En ese mismo instante, tomó una decisión. Y lo primero que hizo fue comunicárselo a sus mujeres.

—Tengo que daros una noticia: ¡Volvemos a Huelva!

Esta vez sí saltaron y se abrazaron. Las tres se pusieron como locas de contentas. Lolita volvería a estar cerca de su hijo. Conchita no podía creer que regresaría junto a sus amigas Piluqui, Isabel y Ana. Ya no hacía falta que las invitara a Málaga: ella iría a Huelva y se quedaría allí para siempre, pensaba, por mucho que el destino le tuviese reservada una vida muy lejos de esa ciudad. Pero ahora soñaba con volver a pasear por la calle Concepción, con volver a tomar un helado en la Cervecería Bonilla, con volver a asomarse a la barandilla del puerto. Con algo tan sencillo como volver a coger la canoa hasta Punta Umbría y nadar allí con Piluqui.

A Antonia también se le iluminaron los ojos: estaría cerca de su querida Zalamea la Real y de su Riotinto. No pensaba, entonces, en que el ambiente allí pudiese haberse enrarecido, no había lugar para pensar en la posibilidad de que el rencor se hubiese instalado en muchos de los habitantes del pueblo y de que, durante mucho tiempo, hubiese fugitivos y milicianos en los alrededores perturbando la estabilidad de la zona.

Pasados unos días, cuando estaban haciendo los preparativos para el viaje de vuelta, Lolita le habló a su hija con la ilusión del que espera un ansiado encuentro.

—¿Sabes lo que vamos a hacer de camino a Huelva?

—No —contestó Conchita, sin mucho interés.

—¡Adivina, a ver si aciertas! —insistió Lolita.

—No, mamá. No tengo ganas de pensar ahora. ¡Dímelo, por favor!

—Está bien. Nos desviaremos y, aunque retrasemos un día más el viaje, pararemos en Sevilla. Mañana es día dieciséis. Hace tres años que murió papá y quiero llevarle unas flores, estar cerca

de él.

—¿Papá está enterrado en el cementerio de Sevilla?

—Sí, hija, sí. Ironías del destino... ¿Sabes? Estos años no he parado de pensar en lo curioso que es que tu padre fuera a morir en la ciudad en la que yo siempre quise vivir. ¿Será una señal?

—preguntó Lolita, más para sí misma.

—¿Una señal? ¿De quién, mamá?

—No lo sé... Es como si alguien me quisiera decir algo, como si buscaran la forma de asegurarse de que volvería a Sevilla. Siento como si alguien hubiera hecho que nuestros destinos, los de tu padre y el mío, volvieran a cruzarse.

—¿Sabes? Yo creo que es papá quien te manda la señal... Seguro que es él, que, allá donde esté, estará pensando en ti.

—En las dos: estará pensando en las dos. En ti y en mí —contestó Lolita sonriendo.

Y se miraron con complicidad, esa complicidad que solo puede existir entre madre e hija.

Al día siguiente emprendieron el viaje. Alquilieron un coche, sería más cómodo que el tren. Delante, Antonio conducía; Lolita iba a su lado. Detrás, Conchita y Antonia deslizaban su mirada a través de sus respectivas ventanillas.

Mientras el coche avanzaba, Conchita le daba vueltas a la cabeza. No entendía por qué seguían soportando a la amargada de Antonia. No entendía por qué la miraba con esa cara, por qué siempre le contestaba con monosílabos y, en cambio, era tan cariñosa con su madre y con el Tite, por no recordar cómo era con su hermano. Era cariñosa con todos menos con ella. No lo entendía. Seguía convencida de que la odiaba. Seguro que le tenía envidia porque era joven y guapa, y ella era vieja y fea... Y, además, roja. Con lo bien que estarían sin ella... Sobraba en su casa. Esos eran los pensamientos que albergaba, aunque una parte de ella sabía que podían ser injustos, incorrectos y por eso nunca se atrevía a expresarlos.

—Conchita, saca el monedero. ¡Conchita, te estoy hablando! ¿Por qué no contestas? —insistió Lolita con tono enérgico.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo de repente, volviendo la cabeza desde la ventanilla del coche hacia el asiento delantero, donde iba su madre. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no la había oído.

—Hija, últimamente tienes la cabeza en las nubes... ¿No te habrás enamorado?

—¡Muy graciosa, mamá! Si me enamoro algún día, te aseguro que no lo dudarás.

—Te decía que saques unos reales de tu monedero. El Tite va a parar en ese puesto para comprar unas flores.

Conchita obedeció a su madre y, pasados unos minutos, el Tite paró el coche. Bajaron y compraron dos ramos, uno de rosas rojas y otro de margaritas blancas.

Llegaron al cementerio cuando el sol caía sobre las tumbas. El brillo azul de un cielo sin nubes les hizo más fácil la búsqueda de la calle San Leandro. Al cabo de un rato, la encontraron. Allí estaba Miguel.

Una cruz de mármol blanco, una lápida del mismo color y unas letras grabadas en relieve decían a gritos:

SOLO DIOS ES JUSTO

*EXCMO. SR. GENERAL
D. MIGUEL CAMPÍNS AURA
GOBERNADOR MILITAR DE GRANADA
ALCOY 28/III/1880
SEVILLA 16/VIII/1936
MILITAR DE GRAN PRESTIGIO
CATÓLICO Y PATRIOTA
EJECUTADO INJUSTAMENTE EN LA GUERRA CIVIL
SEÑOR, PERDÓNANOS A TODOS Y ACÓGELO EN TU GLORIA ETERNA*

Y, colocados perfectamente en la parte superior de las letras y justo debajo de la cruz de mármol, dos claveles rojos. Solo dos claveles.

—¿Quién los habrá dejado? —preguntó intrigada Lolita.

—Habrá sido tu amiga, Carmen Berzosa.

—¡Imposible! Hace más de un año que destinaron a Lucio a Madrid. Carmen no ha vuelto a Sevilla desde entonces.

—¿Guelín? ¿No habrá sido Guelín, que ha pasado por aquí estos días de camino a algunas prácticas?

—Te aseguro que no. Hablé ayer con él y nos está esperando en Huelva.

—Aquí no conocemos a nadie. ¡Qué raro! ¿Quién será?

—No lo sé, pero no le des más vueltas. Seguro que ha sido alguna amiga tuya que ha pasado por aquí —contestó el Tite sin darle mayor importancia.

Pero Lolita sabía que no había podido ser ninguna amiga suya; ninguna se acercaría: el temor a Queipo de Llano las detendría. Se quedó muy intrigada aunque, por más que pensaba, no podía imaginar quién le habría dejado los claveles a su marido.

Conchita colocó las margaritas blancas. Después Lolita dejó las rosas rojas. Rezaron juntos. Juntos estuvieron en silencio, un rato largo, y con el corazón en un puño se fueron.

—¡Hasta siempre, Miguel! —dijo Lolita antes de irse y susurró—: Otra vez le dejamos solo...

No tuvo honores. No tuvo reconocimiento. Olvidado de todos. Excepto de uno. Alguien que el día 16 de cada mes, durante más de cincuenta años, le estuvo dejando en su tumba dos claveles rojos.

Una vez en el coche, hablaron de Sevilla, de Málaga, de Huelva... Pero la conversación fue perdiendo el tono, perdiendo fuerza hasta que se deshizo en el aire. Desapareció. Los pensamientos volvieron a levantarse en la cabeza de Lolita con la misma fuerza con la que se levanta una tormenta. Irse de Sevilla, dejar solo a su marido en la ciudad donde le habían fusilado, le hacía sentirse culpable, sentir que abandonaba el lugar que le correspondía, el lugar donde debía estar, que era junto a Miguel. Ahora, todos de camino a Huelva para volver a empezar, se sentía como si estuviera haciendo algo indigno, algo que la humillaba y que le remordía la conciencia, como si dejarlo en Sevilla fuera la actitud más infame que pudiera tener. Sentía que lo traicionaba, que lo dejaba atrás. Que lo abandonaba. Porque seguir viviendo sin él era abandonarlo para siempre.

Después de un largo mutismo que a todos les dejó un poso de sabor amargo, fue Lolita quien rompió el silencio.

—Cuando muera, tenéis que reunirnos. Quiero que me enterréis con mi marido y mi hijo. ¿Me lo prometéis?

—Pero, mamá. ¿Qué dices? No pienses ahora en eso —reprochó Conchita con cara de asombro.

—¿Me lo prometes? —insistió Lolita.

—¡Qué pesada eres!

—¡Contesta! ¿... Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Pero Conchita nunca llegó a cumplir su promesa.

Transcurrió un año sin guerra. La vida les empujaba, les arrastraba; ellos, mientras tanto, se dejaban llevar... Guelín se había integrado en la rutina militar. Su relación con la chica de la farmacia, Berta, iba muy en serio. Su vida estaba marcada por la disciplina y el orden. El haber combatido en la guerra le había favorecido en su carrera. Acababa de ascender a comandante. Estaba contento, pero había algo en su conciencia que no le dejaba tranquilo. Nadie volvió a hablar de su padre ni de su hermano en su presencia. Cuando salían sus nombres, siempre se pasaba de puntillas o se cambiaba de conversación.

Pero lo peor fue el día que vio publicado en un libro que el hijo de Campíns, cegado por el deseo de venganza, se había ido a buscar a Queipo de Llano y, pistola en mano, le había disparado hiriéndole en un brazo. Como no había conseguido matarlo, acto seguido el chico había disparado contra sí mismo, quitándose la vida. Guelín no podía creer que alguien hubiese sido capaz de escribir aquello. No se podía ser más cruel con semejante difamación. Tuvo que salir defendiendo su honor y el de su hermano. Redactó una carta, diciendo que él no pudo suicidarse puesto que estaba vivo y que su hermano tampoco pudo, puesto que había muerto heroicamente en la batalla del Ebro. Él mismo, junto a su madre, lo había inhumado. Levantó la vista del papel y durante un rato pensó que era inútil, que esa carta acallaría su conciencia pero no los rumores que surgían contra su padre y su hermano. Aun así, no se echó atrás. La carta apareció publicada en un periódico, confrontando las mentiras anteriormente publicadas.

El Tite, por su parte, disfrutaba de su jubilación, de Huelva y de sus muchas amigas. A pesar de su edad, seguía teniendo los mismos seductores ojos azules y el mismo encanto con las mujeres. Algunas de ellas, ya maduritas y sin muchas posibilidades de encontrar varón, no habían renunciado a la posibilidad de conquistarlo y hacerlo pasar por el altar. Pero nadie lo conseguiría. Era soltero por convicción.

Lolita dormía mal. Descansaba cada vez menos horas. En los últimos tiempos se había despertado sobresaltada; presentía que alguien se le acercaba y, cuando ese alguien le iba a hablar, se despertaba. Otras veces se levantaba con esa sensación placentera de haber soñado con un ser querido, pero no recordaba con quién y eso la empujaba a encerrarse en su habitación para seguir escribiendo. Se sentaba delante de su mesa camilla, bajo su quinqué azul, miraba por la ventana y luego bajaba la vista al papel en blanco. Mientras la habitación se llenaba de sentimientos, el papel lo hacía de tinta.

Escribía a su amiga Carmen y a las autoridades para defender la memoria de su marido de tantas falsedades que se decían y se publicaban. Una de esas cartas obtuvo respuesta por parte del coronel Franco Salgado-Araujo.

Muy señora mía:

Contesto a su carta de 24 del pasado septiembre manifestándole que, por estar de lleno dedicado a mis funciones profesionales, no leo libros ni periódicos y, por lo tanto, no ha llegado a mi conocimiento hasta el recibo de la suya lo que manifiesta con relación a su marido (q.e.p.d.) el ABC de Sevilla y el libro Rojo y Negro.

Creo haberle dicho a raíz de la muerte de su esposo, que con el tiempo las pasiones se serenarían y la verdad quedaría en su lugar. Esta Vd. equivocada si cree que yo he acogido la menor versión sobre la conducta de su malogrado esposo. No hice más que manifestar a Vd. el motivo por el que se fundaba la sentencia, pero sin hacer la menor manifestación sobre mi manera de pensar en un asunto del que soy ajeno y en el que solo he intervenido para contestar a sus cartas, a lo que me obliga no solo la cortesía sino también el haber servido a las órdenes de aquel.

Tengo entendido que el gobernador general del Estado, general de Brigada, Sr. Valdés, es el llamado a intervenir sobre la publicación de periódicos y libros; así que a él puede Vd. dirigirse, si lo tiene por conveniente.

Le reitero una vez más mi pésame y la seguridad de que, a su debido tiempo, S.E. quedará enterado de su carta.

Francisco Franco Salgado-Araujo

Eran palabras que conformaban una respuesta, pero que a Lolita poco o nada podían aportarle. El mal estaba hecho, el daño continuaba estrujándola con sus dedos retorcidos y venenosos. Pero ese mismo sufrimiento la había hecho resistente. Pocas cosas podrían causarle una pena mayor que aquella que la acompañaría ya para el resto de su vida: no haber podido evitar la muerte de sus dos hombres. No haber tenido oportunidad tan siquiera de decirles adiós.

17. *El marino griego*

Huelva

Antonia parecía haber perdido parte de su amargura. La escasa luz que se filtraba por una persiana medio bajada de su habitación alumbraba miles de partículas de polvo que, al sacudirlas con su plumero, había expandido y flotaban alrededor de un armario de madera labrada. Su expresión, mientras limpiaba, había cambiado. Todos reconocían en ella un anticipo de la expresión de la felicidad, esa felicidad que solo se refleja cuando estás enamorado. Había restablecido contacto con sus primos y había hecho nuevos amigos en Zalamea. Cada vez parecía más atraída por la vida en el campo. Los fines de semana y casi todos los días de fiesta un hombre de mediana edad, trabajador de las minas, la recogía en la puerta de casa para llevarla a su pueblo. No cabía duda. Antonia, por fin, había conquistado a un hombre. Estaba cerca de los cincuenta años y nunca se había sentido tan joven.

Conchita era la que más había cambiado. Había dejado atrás sus trenzas, sus calcetines y todo el dolor reprimido. Atrás también había quedado el invierno. La primavera había entrado con fuerza. Era una especialmente calurosa: la primavera de 1940. Huelva se había convertido en un hervidero. Todo el mundo se preparaba para la celebración. Era el día de la Victoria, 1 de abril.

Conchita se despertó temprano, inquieta. Esa noche, el calor, los nervios y la ansiedad no le habían dejado dormir bien. Se puso su vestido blanco con rayas amarillas, se miró en su espejo abatible y la imagen reflejada no le convenció. Se dirigió al armario y volvió con un vestido blanco con flores negras en el brazo: se lo puso ante el espejo y, al volverse ligeramente para abrocharse los botones de la espalda, pensó: «Este sí».

Después se cepilló el pelo y, con una habilidad difícil de explicar, en un minuto se hizo un moño estilo italiano. Era única para hacerse moños. Ninguna de sus amigas había conseguido nunca tener la misma destreza. Su pelo, además, había recuperado el rubio de la infancia.

Sacó el carmín y, al momento, sus labios tomaron un intenso color cereza. Los zapatos de tacón la estilizaban y las medias daban un suave brillo a sus piernas, unas piernas que todo el mundo afirmaba que había heredado de su madre. Estaba guapa. Estaba guapa porque estaba contenta y estaba contenta porque era feliz.

Se disponía a salir con sus amigas para ir al muelle del puerto, como era costumbre entre ellas desde hacía tiempo, cuando, inesperadamente, llamaron a la puerta. Era el cartero.

—¿Doña Concepción Campíns?

—Soy yo —contestó Conchita, extrañada.

—Tiene un telegrama.

—¿Para mí?

—Sí, de Barcelona. ¿Me firma, por favor?

Conchita firmó, y a gritos llamó a su madre:

—¡Mamá, mamá, ven, date prisa! ¡Telegrama de Barcelona! ¿Quién será?

Lolita apareció en el umbral de la puerta. Antonia, con el delantal lleno de polvo y el plumero en la mano, también salió, haciéndose la distraída, de su habitación. Los telegramas nunca traían noticias buenas. Quería oír de primera mano de qué se trataba.

Conchita abrió el telegrama y anunció su contenido en voz alta, atónita.

—¡¡Es Leonor!! Los primos de Barcelona me comunican su fallecimiento. Dicen que en su testamento me ha dejado como heredera universal... —su gesto se tornó incrédulo—. No puede ser... Me lo deja todo: la casa, los muebles, las joyas... ¡Todo para mí, mamá! ¡¡Todo!!

—Leonor... pobre Leonor —lamentó Lolita—. Era ya mayor, sufrió mucho con la muerte de tu abuelo. Y, después, lo de tu padre; lo quería como si fuera su propio hijo. Desde que acabó la guerra pensé en ir a verla. Sabía que estaba delicada, pero no imaginaba que estuviera tan mal.

No pude despedirme de ella, pensó Lolita. Entonces recordó sus sueños de las últimas semanas. Se le encogió el corazón. Era Leonor con quien soñaba. Le estaba avisando de que se iba. Se estaba despidiendo.

—Su sobrino dice que ha sido un infarto. Tenía ochenta y seis años —leyó Conchita, con el gesto compungido—. ¡Qué pena, mamá! Dice el telegrama que me deja la casa a condición de que la chica, la que conocimos en su casa cuando era pequeña, se quede allí en usufructo hasta su muerte. Se llamaba Enriqueta, ¿te acuerdas de ella? La cuidó fielmente toda la vida y ahora no tiene dónde ir. De las joyas podemos disponer ya. Son joyas que pertenecían a su familia.

Mientras tanto, Antonia, sin dejar sus labores de limpieza, escuchaba la noticia con particular atención.

—No me esperaba esto... ¡La buena de Leonor! —exclamó Lolita—. Nunca pensé que te dejaría a ti la casa, ya sabes que tu abuelo tenía un hermano mayor. Siempre pensé que la casa y las joyas serían para sus hijos y no para ti. Tuvisteis muy poca relación.

—Sí, mamá. Tuvimos poca relación, pero yo sentía que me quería tanto como yo la quería a ella. No hace falta tratar mucho a una persona para llegar a quererla. Nunca he sabido por qué quieres más a unas personas que a otras. Pero es algo instintivo, no creo que se pueda explicar.

—La buena de Leonor, siempre protegiendo a los niños... Supongo que pensó que sus sobrinos ya no necesitaban ayuda. Que eras tú quien la necesitaba ahora —suspiró agradecida Lolita porque, en el fondo, sabía que su suegra tenía razón.

Y Conchita recordó el día en que fueron a Barcelona cuando su padre estaba destinado en Gerona. El momento en el que todos juntos cantaron el himno de Infantería... Recordó aquella casa palaciega que tanto le había impresionado. Y pensó en que ya no estaban su padre, ni su abuelo, ni Leonor. Pero la casa seguía, con sus muebles, sus cosas, sus recuerdos... Volvió a mirar el telegrama, a repasar cada línea, y eso le hizo darse cuenta de que las personas no mueren del todo porque siguen viviendo en las cosas que les pertenecieron, en las calles por las que pasearon, en las ciudades que visitaron. En las casas donde vivieron. Se dijo a sí misma que, en realidad, la esencia de Leonor estaba en sus muebles y en sus joyas, que la esencia de su abuelo estaba en esa casa de Barcelona que acababa de heredar, que la esencia de su padre estaba en el palacio de la Aljafería y en la academia militar de Zaragoza, y la de su hermano, en su casa de la calle Rico y en la calle Concepción de Huelva; y pensó en que, mientras ella viviera, nadie ni

nada podría sacarles de esos lugares porque formaban parte del entorno, un entorno que hablaba de ellos; mientras ella volviera, los recordaría. Por eso Leonor le había dejado la casa: para que volviese con ellos, para no dejarlos ir del todo.

Lolita tampoco pudo evitar recordar la primera vez que los vio. Miguel y Leonor hacían una buena pareja. Ella había devuelto a su suegro la felicidad que perdiera siendo tan joven. Era una mujer discreta y generosa. Incluso su Miguel, que al principio no aceptó a su madrastra y que nunca convivió con ella porque siempre estuvo interno en colegios militares, la llegó a querer. Rememoró en ese momento cómo Miguel le había contado que una vez, durante la República, salieron a pasear por las Ramblas su padre y Leonor, cuando les pilló un tiroteo de anarquistas... Ellos siguieron paseando cogidos del brazo, muy dignos, porque su suegro siempre decía: «Un militar nunca se da la vuelta». Casi les cuesta la vida. Pero siguieron adelante sin volverse. Y así los veía ahora, cogidos del brazo, envueltos por un vaporoso velo de nubes, caminando a través del tiempo, muy dignos, sin darse la vuelta, sin mirar atrás. Porque, si lo hiciesen, serían testigos del triste destino que le esperaba a la que durante tantos años había sido la casa familiar. Pasarían los años, la criada de Leonor moriría. Conchita heredó la casa y, como necesitaban dinero, la vendió a un banco. El banco, condicionado por la especulación inmobiliaria, derribó la casa y vendió el solar. Sigue siendo un solar. Pero todavía resuena en el barrio una lejana voz: «Un militar nunca se da la vuelta. Nunca mira atrás».

Los pensamientos de madre e hija fueron interrumpidos de golpe por otro timbrazo. Volvían a llamar a la puerta.

Ahora eran las amigas de Conchita, que venían a buscarla. El timbre devolvió de golpe a las mujeres a la realidad. Cuando Conchita levantó la vista del telegrama, lo primero que se encontró fue una extraña sonrisa de Antonia. «¡Qué mujer! Está en todas partes», pensó. Dejó el telegrama en la cómoda de la entrada. Se despidió de su madre, cubriéndole la cara de besos, y se fue con sus amigas.

Al ser Huelva una de las primeras zonas de España en ser tomada por parte del bando nacional, su puerto se convirtió en uno de los primeros destinos de los mercantes alemanes para la descarga de material bélico. La situación estratégica de la ciudad fue vital en muchas ocasiones para desarrollar los objetivos de los U-Boot, submarinos de élite alemanes, bien sirviendo de punto de aprovisionamiento, o bien como punto de partida de operaciones secretas, de las cuales, hoy en día, todavía se desconocen muchos detalles.

La cara de asombro de los onubenses cuando veían entrar por la ría de Huelva los sumergibles, que representaban la vanguardia tecnológica a nivel marino, era digna de un cuadro.

Pero si durante la guerra la mayoría de los barcos que se registraron en la aduana de Huelva eran submarinos, después de la guerra el desfile se amplió a todo tipo de barcos procedentes de todas partes del mundo. Un acontecimiento que le proporcionaba a Huelva una ventana al mundo, y que a Conchita y a sus amigas les volvía locas. Llegaron todas al Club Náutico, donde el hermano de Piluqui las estaba esperando. Fernando era el hermano pequeño pero el más espabilado, y les había prometido darles una vuelta en una pequeña embarcación de recreo propiedad de la familia. Siempre buscaba excusas para impresionar a Conchita.

Navegaron en un día espléndido. Sacaron unas bebidas, cantaron. A Conchita le encantaba cantar; lo hacía fatal, no tenía buen oído y desafinaba, pero, como todas las cosas que se hacen desde el corazón, resultaba agradable. El hermano de Piluqui era único contando historias: conocía tantas y tantas anécdotas que era imposible apartar los ojos de él. Tenía la habilidad de captar la atención de todos, aunque nadie sabía si sus relatos eran verdad o producto de su imaginación... Pero eso era lo de menos; él siempre decía que si la realidad era aburrida y triste resultaba fácil escapar de ella. Solo había que inventarse una buena historia y contarla con entusiasmo. Lo único que importaba era lo mucho que se reían. A carcajadas, lo que les hacía encogerse como acordeones y reírse más todavía.

Hasta que en un momento de la travesía, de repente, apareció. Era un barco inmenso, solemne, majestuoso. Se estaba acercando demasiado a la costa. Fernando dejó de ser el foco de atención. Todas se quedaron mirando al soberbio transatlántico... Grandes letras doradas grabadas en el casco gritaban su nombre: *Pezopoulus*. El buque se llamaba *Pezopoulus*. Y era grandioso.

Asomándose por la popa, tres oficiales, con uniformes y gorra blanca, relucían con el fuerte sol de la mañana. Enseguida se dieron cuenta de que miraban a través de unos prismáticos. Las estaban contemplando a ellas.

Al saberse observadas, no tardaron en atusarse el pelo, en sacar sus pintalabios. Y no paraban de cuchichear y de reírse... Fernando dejó de hablar, asumió su repentino segundo plano y se bebió una cerveza.

Los tres oficiales las habían cautivado. Dos eran de estatura media, el tercero por la izquierda era mucho más alto que sus compañeros. Y, de repente, ese, el tercero, el más alto, movió la mano marcando un saludo militar. A Conchita le conmovió; sintió algo familiar y repitió el saludo. Fue la única que se atrevió a hacerlo.

Después de comentar la aparición estelar del *Pezopoulus* llegaron al Club Náutico. Estaban acaloradas, soñaban con un refresco. Las historias de Fernando y la imagen del buque habían conseguido subirles la temperatura.

Fernando había reservado una mesa para seis personas: Conchita, Piluqui, Isabelita y él; además, estaban a punto de llegar otros dos de sus hermanos, Patricio y Carlos. Los tres oficiales del transatlántico también llegaban en ese momento. Fernando se había levantado para pedir la comida. Quería sorprenderlas con una buena mariscada, volver a impresionarlas... Sin embargo, cuando regresó, le había cambiado un poco el gesto; llevaba una nota en la mano y se dirigió a Conchita con un gesto casi despectivo:

—Ese marino de allí atrás —dijo, señalando la parte posterior del bar donde había varios oficiales extranjeros charlando mientras un camarero, detrás de la barra, se les acercaba parsimoniosamente—. Ese, el más alto, me ha dicho que te dé esto... Que lo siente mucho porque no habla muy bien español. Seguro que es alemán. Huelva se ha llenado de alemanes —añadió Fernando.

Conchita miró en la dirección que Fernando le indicaba y vio al marino de uniforme blanco, dedicándole un saludo con la mano. Esta vez resultaba mucho más informal que el que le había dirigido desde el barco. Ella, sonrojada y algo nerviosa, le devolvió el saludo, y entonces se dio cuenta de que el marino tenía la nariz larga y afilada. Siempre le habían atraído los hombres con

nariz grande, le resultaban más varoniles. Bajó la vista para leer la nota: «Me gusta mucho tu vestido blanco de flores negras. Me gustaría invitaros a ti y a tus amigos después de comer a tomar un té en la terraza de fuera», decían unas letras muy pequeñas, que parecían escritas a toda velocidad en aquel pedazo de papel blanco.

Conchita no contestó; era muy digna para esas cosas. Y, aunque el marino le había gustado desde el primer momento, se hizo la dura, sabedora de que la dificultad atraía. En ese momento se acordó de un refrán que le había enseñado su madre, asegurándole que siempre funcionaba: «Quiéreme con fácil dificultad...». Sí, estaba decidida a trasladarlo a la práctica.

—¿Qué pone, Conchita? ¿Qué te dice? —preguntaban ansiosas sus amigas—. ¡Qué suerte tienes! No está nada mal ese marino alemán —añadían, nerviosas y muertas de envidia.

—Nada. No dice nada en particular... Solo nos manda sus saludos —respondió Conchita, quitando importancia al tema. Y Fernando aprovechó el momento para recuperar el protagonismo; siguió contando historias mientras todos continuaron riendo como si nada.

Pero Conchita estaba nerviosa.

Cuando acabaron de comer y hacían ademán de levantarse para irse, los tres oficiales las abordaron con un gesto de simpatía y galantería masculinas.

Uno de ellos dijo:

—Permítanme invitarles a un té y unas pastas en la terraza de fuera. Es la primera vez que desembarcamos en Huelva y nos gustaría que nos asesoraran sobre los sitios de interés que podemos visitar.

Los hermanos de Piluqui se ofrecieron a hacer de cicerones: les llenaba de orgullo enseñar su ciudad. Mientras hablaban de La Rábida, Punta Umbría, Palos de Moguer y Colón, el oficial alto de nariz larga se acercó con sutileza a Conchita.

—¿Cómo te llamas?

—Conchita.

—Encantado. Yo soy Jean.

—¿Eres alemán? —preguntó Conchita al escuchar su acento.

—No, soy griego.

—¿Griego?

—Sí, de Atenas.

—¿Y qué hace un griego aquí?

—La marina es mi vida y la Marina me ha traído hasta Welva.

—¿Welva? ¿Qué es eso?

—Esta ciudad... ¿No se llama Welva?

—Pues no. Se llama Huelva.

—Perdón. Mi pronunciación no es muy buena todavía.

Es pésima, pensó Conchita y, a continuación, añadió:

—Pues dale las gracias a la Marina por traerte a Huelva. Tiene algo especial que no vas a encontrar en ningún otro lugar...

—Sí. Esta mañana me di cuenta de que tenía algo especial. El espejismo de una rubia en medio del mar que me deslumbró.

—Muy gracioso. No sabía que los griegos erais tan «piropeadores» —dijo Conchita, mirándole sin interés mientras pensaba: «Es simple y predecible».

—Ni yo sabía que las españolas erais tan soberbias.

—¿Soberbia yo? —y añadió a sus pensamientos—: «¡Además, chulo!».

—No, tú no... Las españolas en general.

—Ten cuidado, marinero griego, con lo que dices de las españolas.

—Soberbias y, además, arrogantes...

—¿Soberbias y arrogantes? No te pases —zanjó Conchita con un tono seco y dándose la vuelta con intención de irse.

«¿Quién se habrá creído que es este griego para llamarme arrogante?», pensó otra vez.

—¡No, espera...! No te vayas.

—Pues entonces no me insultes.

—¡Discúlpame! Solo quería halagarte; no era mi intención ofenderte. Pensé que eran piropos.

—Deberías saber que, si me dices que soy arrogante y soberbia, no estás haciendo un gran trabajo de alabanza.

—Lo siento. Mi español no es perfecto y a veces no encuentro las palabras adecuadas. Quería decir que tienes... distinción y elegancia, que tu presencia eclipsa todo lo demás. ¿Qué palabra debería haber usado?

—Simplemente tendrías que haber dicho que las españolas tenemos mucha clase.

—¿Clase? ¿Pero clase de qué? ¿Clase o clases? —preguntó arrastrando las palabras en un intento de disimular su fuerte acento extranjero—. ¿Plural o singular?

Y Conchita, al ver su cara de despiste, no pudo evitar echarse a reír. Él, sin saber muy bien por qué, tampoco pudo contenerse. Desconocía todavía que la risa musical de Conchita era como un agujero negro; tenía el poder de atrapar a todo el que estaba cerca. Nadie escapaba a sus contagiosas carcajadas. Justo en ese momento, los interrumpió Piluqui.

—¿Se puede saber de qué os reís?

—Piluqui, mira: Te presento a Jean.

—Encantada, Jean.

—Un placer —contestó Jean, con galantería.

—Conchita, ¿nos vamos? Mi hermano te acompañará a casa —añadió distraídamente su amiga.

Conchita miró de reojo a Piluqui, sin disimular una mueca de fastidio. Ahora que empezaba a no parecerle tan simple... Le dedicó su mirada al marinero, que la observaba expectante.

—Bueno, me tengo que ir... ¡Adiós!

—¡Espera! Quiero dejaros una foto del *Pezopoulus*. Es como ofreceros mi casa —se acercó a Conchita y, al darle la foto, sus manos se rozaron y sus miradas se cruzaron. Fue como si ese instante se hubiera detenido, como si se hubiera congelado.

El fuerte acento griego de Jean rompió de repente el hechizo.

—¿Volverás por el Club Náutico? ¡Me gustaría verte otra vez!

—¿A mí? Si soy soberbia y arrogante...

—No, no eres soberbia ni arrogante. Tienes mucha clase —susurró Jean, guiñándole el ojo.

Y consiguió arrancar una sonrisa de complicidad a Conchita, quien, enseguida, cambiando a un gesto más serio, añadió:

—Volveré.

Y se fue sin esperar respuesta.

Mientras se alejaba con Piluqui y su hermano Fernando, vio cómo los tres oficiales salían del Club Náutico en dirección al embarcadero. Charlaban animadamente mientras subían al barco. Jean levantó la cabeza. Parecía buscar algo. Por fin la vio. Conchita, al sentirse observada, apartó la mirada de inmediato. Tenía los ojos de ese color que tiene el mar cuando ha llovido, a medio camino entre el azul añil y el verde esmeralda. Se preguntó cuánto tiempo permanecerían en Huelva. Si sería el suficiente para volver a verse.

Entonces oyó que desde lejos gritaba:

—¡Te buscaré!

Y ella sintió que lo haría. Jean había encallado entre el asombroso encanto y la risa musical de Conchita, risa que se había convertido en el eco de una promesa: la promesa de que el flechazo, esa clase de flechazo con poder para cambiar una vida, estaba al alcance de la mano, saltando a tierra, a la vuelta de la esquina.

—¡Conchita, qué suerte tienes! Se ha fijado en ti el más guapo —comentó Piluqui—. Si se me hubiera acercado a mí... ¡yo no podría dormir en toda la noche! —añadió, mientras daba un pequeño suspiro.

—¡No es para tanto! Si solo hemos cruzado cuatro palabras y las ha dicho mal... No parece tener mucho recorrido el marinerito; ni siquiera habla bien español.

Dijo esto último con gesto altivo y sin mostrar demasiado interés por el tema. Era verdad: no hablaba un español tan correcto, no parecía ser un buen conversador, ni siquiera parecía muy formal... pero le había gustado. Eso también era verdad. Y lo que nunca supo Piluqui fue que Conchita esa noche no pegó ojo.

Se acostó temprano al llegar a casa. No paraba de dar vueltas en la cama. ¿Tendré valor de volver al Club Náutico? ¿Tendré valor de hablar con él? ¿Será demasiado evidente que vuelvo solo para verle?, se preguntaba Conchita una y otra vez. Claro que volveré, se contestó inmediatamente. Si era preciso, volvería todos los días. Lo tenía claro. Quería verle otra vez... Pero ¿y él? ¿Volvería? Y si volvía... ¿cómo iban a coincidir? ¿A qué hora iría, qué día iría? ¿Cuánto tiempo estaría en Huelva? ¿Y si no volvía? La mayoría de los barcos que fondeaban en Huelva cargaban los materiales en el muelle del puerto un par de días y se marchaban. Muchos no volvían jamás. Pero él había dicho que la buscaría. ¿Por qué se lo había creído? ¿Por qué le habría hecho caso a un desconocido? A un marino y, además, atractivo. A todas les diría lo mismo. ¡Qué ingenua!

—¡Cómo he podido ser tan tonta de creerle! —se reprochaba en voz baja, irritada—. Seguro que tiene una novia en Grecia esperándole. O quizás tenga hasta varias, repartidas por todos los puertos a los que llega en su barco.

No paraba de darle vueltas a la cabeza. No paraba de darle vueltas a ese griego. No entendía cómo ni por qué le había pasado. Pero ya no le cabían dudas, aunque hasta entonces había desconfiado de ello. Ahora estaba segura: los flechazos existían. Le quería.

A las seis de la mañana abrió los ojos sobresaltada; lo primero que hizo fue pensar en él. Durante todo el día no consiguió quitárselo de la cabeza y, por la noche, su último pensamiento fue para él. ¡Ya no podía más! Se lo contaría a su madre, decidió. Ella le aconsejaría. Pasó todo el día intentando encontrar el momento, la forma de decírselo, pero no se atrevió.

Al día siguiente, se levantó muy temprano. Se moría de ganas de salir a la calle y gritar, de contar al mundo lo que sentía; pero eran tantas las emociones que había experimentado por dentro en esos dos días que, si las dejaba salir, el mundo se llenaría y ya no cabría en él nada más. De ese día no pasaba, esta vez se lo contaría a su madre: estaba decidida; ella la comprendería. Preparó un buen desayuno. Cuando se despertó Lolita, ya tenía la mesa preparada. Un aroma a café recién hecho llevó a su madre directa a la cocina.

—¿Y esto a qué se debe? —preguntó sorprendida—. ¿Celebramos algo para que estés hoy tan dispuesta?

—¡Mamá! Esta tarde nos vamos a merendar y al teatro.

—¿Qué dices, Conchita? Si esta tarde íbamos a organizar una partida de cartas con las hermanas Luengo...

Las hermanas Luengo eran dos hermanas solteras, amigas de la infancia de Lolita, y con las que solía organizar unas entretenidas partidas de cartas.

—¿Cómo tienes tantas ganas de salir hoy, de repente? Además, esta mañana estoy cansada. Anoche me acosté tarde haciendo el inventario de las joyas de Leonor —explicó Lolita en tono quejoso—. Estaba con las joyas, así que me decidí a clasificar y ordenar todas las que tenemos por antigüedad. En el joyero verde, las joyas más antiguas y las de más valor. En el joyero rojo, las más modernas y la bisutería. Y en el joyero de piel marrón envejecida, las joyas de Leonor. ¿Te has enterado, Conchita? Luego no me digas que no sabes dónde están las cosas.

—¡Sí, mamá! El joyero rojo, verde y marrón... ¡Todo organizado! Pero deja de pensar en joyas y en cosas materiales... Tengo que hablar contigo, mamá. Me tienes que aconsejar... Llevo dos noches sin poder dormir.

—¿Que no puedes dormir? ¿Qué te pasa? ¿Qué has hecho?

—No te preocupes, no he hecho nada malo.

—¿Entonces? —preguntó Lolita, mirando con cara de complicidad a su hija y sospechando ya por dónde iban los tiros.

—¿Qué prefieres: *El patio* de los hermanos Álvarez Quintero, en el Gran Teatro, o *Pigmalión*, en el Cine Park? Las dos las estrenan hoy, lo he visto esta mañana en la cartelera del periódico *Odiel* —argumentó Conchita sabiendo de antemano la respuesta.

—Me da igual. Me apetece cualquier cosa con tal de estar contigo —contestó Lolita, sin ocultar su amor maternal.

—Pues... ¡Vamos a ver *Pigmalión*! Mis amigas me han dicho que es una película preciosa. Trata de un profesor que convierte a una simple florista en una respetada dama... Y, luego, merendaremos en La Esquinita te Espero. Nos tomamos un café con leche frita, que allí está riquísima, y te cuento, mamá. Tengo que contártelo todo, para que me entiendas. Solo tú puedes entenderme sin pensar que estoy loca.

Pronunció estas palabras con una expresión de infinita ilusión. Sabía que la comprendería porque su madre, como su abuela, como Leonor, como todas las mujeres de su familia, siempre había creído en los flechazos.

Y, esa tarde, madre e hija se fueron tan contentas al cine. La película les contagió un optimismo mágico; a Conchita le hizo pensar que no había nada imposible. Con un café en La Esquinita te Espero le contó a su madre que había conocido a un marino, que era griego, que hablaba mal español, que le gustaba muchísimo y que no conseguía quitárselo de la cabeza...

—¿Me comprendes, mamá?

—¡Claro que te comprendo! Pero creo que no estás hecha para que te comprendan. Estás hecha para que te quieran.

—¿Y si no vuelve, mamá?

—¿Por qué no iba a volver? No hay que concederles nunca espacio a las dudas, a las suposiciones; solo sirven para hacerse heridas que luego te costará curar. Pero, si no vuelve, no te preocupes. Ya vendrá otro... La vida nunca dejará de sorprenderte. Por cierto, ¿cómo has dicho que se llamaba? ¿Miguel?

—No, mamá; Miguel, no. Se llama Jean.

—¡Ah! Jean. Y... ¿no conoces a ningún Miguel?

—Pues no, mamá. No conozco a ningún Miguel.

—Bueno. Supongo que ya llegará alguno con el tiempo...

—Pero ¡yo no quiero que llegue otro! Aunque se llame Miguel. Yo quiero a este, ¡solo a este! Y se llama Jean.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que lo quieres si apenas lo conoces?

—No hace falta conocer a una persona para quererla.

—Te confundes en eso. Podrías llevarte sorpresas. A veces la gente no es como parece —su madre la miró con una ternura más madura, como si la experiencia tomase la rienda de sus palabras—. No tengas prisa, Conchita, la vida es muy larga... No me gustaría que te precipitaras. Por cierto, ¿sabes cuál es la verdadera historia de Pígalión? —le preguntó en tono más desafiante.

—¿De Pígalión? ¿La película que hemos visto?

—Sí, la película que hemos visto, pero no la historia protagonizada por Audrey Hepburn sino la verdadera leyenda del Pígalión.

—Mamá, qué pesada eres. Ya estás con tus historias...

—¿Quieres saberla o no?

Conchita asintió, sin reprimir un gesto de fastidio; nunca era capaz de resistirse a las historias que le contaba su madre.

—Para que lo sepas, te diré que, según la mitología griega, Pígalión era el nombre del rey de Chipre; un hombre bondadoso, sabio y trabajador. Pero, pese a todo eso, no encontraba a la mujer adecuada para casarse. Buscaba la mujer perfecta. Como después de afanosos esfuerzos seguía sin encontrarla, decidió encerrarse en su taller para esculpir él mismo a la mujer ideal.

—Pobrecillo... Pero, mamá, ¿me quieres decir a qué viene esto?

—Día y noche se dedicaba con esmero y paciencia —siguió relatando Lolita sin hacer caso a las protestas de su hija— a crear su sueño; esculpió con mucho detalle y cuidado rasgos y formas. Con cada golpe que daba, el deseo aumentaba. La fuerza de ese deseo le llevó a terminar la obra después de largo tiempo, y el resultado fue de tal belleza que una noche pidió a la diosa Afrodita que convirtiera esa mujer de mármol en una mujer de carne y hueso. A la mañana siguiente, al volver a su taller, la bella estatua había cobrado vida. Descendió del pedestal con una sonrisa en los labios.

—Muy bonito, mamá. Pues mira: Pigmalión tiene su estatua y yo espero que vuelva el griego.

—Conchita, por Dios. Lo que te quiero decir es que seas sensata y pienses bien cómo quieres que sea el hombre que comparta tu vida contigo, el padre de tus hijos. Y si este no es, no te preocupes: el tuyo estará esperando en algún sitio... y lo encontrarás. Pero nunca, nunca, te des por vencida. No te conformes con menos de lo que merezcas, ni tengas prisa... Ya sabes lo que decía tu abuela: «Quiéreme poquito a poco y no te apresures, que lo que a mí me gusta quiero que dure».

—Ojalá que dure mamá.

Madre e hija volvieron a casa cogidas del brazo. Conchita sentía alivio, una especie de alegría melancólica le hormigueaba en el estómago. Lolita sonreía al sentir la cabeza de su pequeña enamorada en su hombro. Volvían a compartir paseos llenos de secretos y consejos, volvían a disfrutar de una complicidad que hasta el momento la tragedia les había arrebatado.

18. *Poderoso caballero es don Dinero*

Huelva

Huelva, entonces, era una ciudad de unos cincuenta y cinco mil habitantes que vivía con la esperanza de recobrar la tranquilidad y la actividad en el comercio; una vida que pasaba por las travesías en canoa a Punta Umbría, por los paseos hasta el muelle del puerto, por los tranquilos atardeceres en la plaza, por las escapadas a los pocos cines, cafeterías o teatros de la época y por las faenas taurinas que se celebraban con el fin de recaudar fondos para la causa franquista.

Pero pasaba también por las lamentables condiciones económicas que se vivían en los pueblos, condiciones que habían empeorado con la detención de muchos cabezas de familia que se encontraban arrestados y condenados en la cárcel de Huelva, donde el número de presos y de fusilamientos aumentaba significativamente.

Era ya noche cerrada cuando madre e hija llegaron a casa después de su escapada. El Tite había salido con unos amigos y advertido de que llegaría tarde. Antonia se había ido todo el fin de semana a su pueblo.

—Esta noche estamos solas, Conchita.

—Sí, ¡qué tranquilas vamos a estar!

Cuando Lolita entró en casa, lo primero que hizo fue acercarse al armario de madera de caoba tallada y policromada que tanto le gustaba, con la intención de guardar la pulsera que se había puesto esa tarde. Su lugar estaba en el joyero rojo, pues no tenía demasiado valor. Pero se frenó en seco al darse cuenta de que el armario estaba abierto.

Ella lo había cerrado antes de salir. La llave la había escondido en el cajón de su cómoda, como había hecho siempre.

—¡Conchita! —gritó alarmada.

Su hija acudió al momento, asustada por el grito de su madre.

—¿Has abierto tú el armario? ¿Te lo dejaste abierto antes de salir? —insistió, mientras sentía un golpe de angustia en el estómago.

—No, mamá, ya sabes que yo no toco tus cosas.

—Pero... es que está abierto. ¡Está abierto! Eso es que alguien lo ha forzado... ¡No es posible! La llave. ¡La llave! ¿Dónde está?

Se precipitó hacia las estanterías donde estaban los joyeros. Ahí estaban... sí, pero abiertos. El corazón se le desbocó, le latía a un ritmo que no podía controlar, sentía como si fuera a salirse del pecho. Le dolía. Primero miró en el joyero verde. Vacío. En el rojo quedaban algunas cosas, las de poco valor. El marrón de piel... ¿dónde estaban las joyas de Leonor? ¡Esas no, por favor! ¡No! ¡No estaban! El anillo de oro blanco esmaltado con diamantes, el reloj de oro esmaltado con incrustaciones de esmeraldas y rubíes, el pequeño pomo de perfume con cristales y corales, los medallones, los pequeños retratos pintados al óleo sobre plata... ¡NO! Sintió que se mareaba, la

cabeza se le iba... Tuvo que sentarse al borde de la cama y aun así estuvo a punto de caer al suelo.

Conchita, que había estado contemplando con espanto el desasosiego de su madre sin terminar de entender nada, se acercó a ella.

—Mamá, ¿qué pasa, mamá?

Y entonces vio que el color había desaparecido de la cara de Lolita. Estaba blanca, con la mirada perdida. Su madre parecía un cadáver.

—Nos han robado, Conchita —respondió con un hilo de voz.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Robado, quién? ¿Nuestras joyas, mamá? ¿Las de Leonor?

Sin aguardar respuesta, Conchita se acercó de un salto al armario y confirmó lo que su madre acababa de contarle.

—Todas, nos han robado todas. No nos queda nada, Conchita... Nada.

—Pero... ¿Quién, mamá? ¿Quién nos ha podido robar?

Las dos se miraron. Desolada, la hija; descompuesta, la madre.

—¡Ha sido Antonia, mamá!

—No digas eso.

—¿Cómo que no diga eso? ¿Cómo puedes estar tan ciega? Ha sido ella. Estoy segura.

—No levantes testimonios sin tener pruebas.

Lo que Lolita no añadió en voz alta fue que por su cabeza pasaba esa misma posibilidad, aunque se resistía a creerlo. Quería a Antonia como a una hija... No, de ninguna manera podía haber sido ella.

—¿Por qué siempre la defiendes? Antonia es la mujer más falsa que he conocido en mi vida. Te ha estado engañando todo este tiempo sin que te dieras cuenta.

—¿Engañando? Qué sabrás tú de engaños... ¿Qué sabrás tú de la vida!

Lo dijo de tal forma que cada una de las palabras impactaron en el estómago de Conchita como piedras afiladas, una detrás de otra. Apretó los labios y contó hasta diez para no contestar a su madre. Cuando se sobrepuso a la conmoción inicial, su voz no tembló.

—Tenemos que llamar a la policía. Ellos sabrán qué hacer.

Al poco rato, dos agentes se presentaron en la casa. Conchita les informó de sus sospechas; intentarían localizar a Antonia en su casa del pueblo. Todo apuntaba a que había sido ella. Lolita guardaba silencio.

Se fueron a la cama poco después de que llegara el Tite, que intentó tranquilizarlas sin éxito.

—Mamá —dijo Conchita, antes de irse a la cama—. ¡Déjame ver tu mano! —Lo pidió en voz muy baja, como si no se atreviera, como si le diera miedo pronunciar esas palabras.

—Lo llevo puesto —contestó Lolita, y enseguida enseñó a su hija el anillo de oro con tres brillantes para tranquilizarla.

Conchita respiró aliviada. Se fue a dormir, pero esa noche tampoco pudo pegar ojo. La mañana siguiente, muy temprano, sonó el teléfono. Era la policía. Habían detenido a Antonia junto a su novio, Tomás, un anarquista al que buscaban desde hacía tiempo. Estaban en la cárcel de Huelva. Tenían que presentarse allí para reconocerlos, denunciarlos y declarar en su contra.

Y allí fueron. La impresión que se llevaron fue tremenda.

Un capitán las recibió y las condujo a su despacho, pero antes pasaron por pasillos llenos de celdas donde se apiñaban decenas de personas; muchas de ellas apenas eran unos niños, todos con un aspecto deplorable. El aire se hacía irrespirable, se oían gritos de dolor por todas partes.

—¿Qué es esto? ¿Por qué gritan? —preguntó descompuesta Lolita—. ¡Son desgarradores esos gemidos! ¿...Qué les hacéis?

—Señora, hay que apretarles para que confiesen sus pecados; que griten lo que haga falta hasta que nos digan dónde se esconden los cabecillas. Solo así podremos limpiar y liberar a España de sus enemigos... —fue la respuesta imperturbable del capitán—. Como esa criada suya a la que hemos detenido en su casa follando con un anarquista. Al tal Tomás lo buscábamos desde hacía meses, pero se escurría hábilmente, como una lombriz, en la sierra de la provincia. Ahora morirá también como una lombriz, a patadas contra el suelo; el muy cabrón pagará por lo que ha hecho.

—¿Tenían las joyas? ¿Las han recuperado? ¿Las tenían ellos? —repitió insistentemente Lolita sin prestar atención a otras consideraciones.

—No, señora, no tenían nada encima. Registramos la casa y nada. Las habrán escondido o pasado a otros guerrilleros. Se conectan entre ellos; se intercambian información y material, que esquivan dentro de una red difícil de desmontar. No dan la cara... ¡Los muy cobardes! ¡Hijos de puta! Pero no se preocupe, acabaremos con todos esos cabrones bastardos.

—Pero... ¿han confesado que fueron ellos? ¿Qué le han dicho?

—Nada, no dicen nada. Simplemente callan. No han confesado, pero es solo cuestión de tiempo que lo hagan...

—¿Cuestión de tiempo?

—Sí, solo tiempo. Suelen tardar entre dos o tres días en hablar, pero son humanos... Cuando están solos se vuelven débiles y, al final, acaban desembuchando.

—Pero ¿qué hacen para que hablen? ¿... Les pegan?

—¡Pues claro! Estos anarquistas es el único lenguaje que entienden.

—¿A una mujer? ¿No pegarán a una mujer?

—¡Claro que les pegamos! Esas zorras son las más duras. No abren la boca a menos que sean madres; por eso, si nos enteramos de que tienen hijos es mucho más fácil: las amenazas con mutilar o matar a sus cachorros y no vea cómo cantan. Su vida no les importa demasiado, pero la de sus hijos... Hacen cualquier cosa por salvarlos. De todas formas, a las muy tontas no les sirve de nada; los matamos igualmente. Una vez que han cantado, los torturamos delante de ellas como castigo por haber traído escoria a este mundo. Su criada, sin embargo, será más dura. Ya hemos averiguado que no tiene familia... pero no se preocupe: el teniente sabrá cómo tratarla. Ninguna sale sin hablar. Se encargará de tener mañana la confesión. Recuperaremos sus joyas, señora, se lo aseguro, y estos dos lo pagarán. Ella se pudrirá en la cárcel, él suplicará que le llevemos al paredón.

—¡No! —dijo de forma enérgica Lolita—. ¡A ese precio no quiero las joyas!

—¿Cómo?

—Que no quiero las joyas. Retiro la denuncia.

—Señora, ¿usted está loca?

—Sí, estoy loca. Simplemente quería dar un escarmiento a esa roja. Pero la verdad es que no me ha robado nada. Suéltela. Ya es suficiente.

El capitán la miró con detenimiento, obligándola a sostener una mirada fría y dura como el acero de una espada bien afilada.

—Comete un error —sentenció tras un silencio largo—. Se arrepentirá, le aseguro que tienen sus joyas. Conozco a ese Tomás y conocemos su *modus operandi*... Ya lo ha hecho otras veces.

—He dicho que ponga en libertad a Antonia Contreras; con respecto al otro hombre, puede hacer con él lo que quiera.

Madre e hija abandonaron las dependencias de la policía. Conchita miró a su madre con la misma cara perpleja que había esbozado desde el momento en que Lolita sostuvo la mirada al capitán.

—Pero... mamá —musitó incrédula—, ¿qué has hecho? Conozco a Antonia: sé que ha sido ella, estoy segura... ¿Quizás no fue suya la idea, quizás fue de ese novio asqueroso que tiene! Pero ella lo hizo, estoy segura de que tiene nuestras joyas, las de tu madre, las tuyas, las de Leonor... ¡Todas, mamá! Yo las quiero... Eran mías, me las dejó Leonor. No permitas que se las queden, no dejes que se las quede ella... ¿O es que te importa más que yo? Di la verdad; siempre lo he notado. Siempre has estado pendiente de ella, siempre la has defendido en todo. ¿Por qué no luchas ahora por recuperar las joyas, por recuperar lo que es nuestro?

—¿Sabes por qué? ¿Quieres saberlo? —contestó Lolita con tono irritado, parándose en seco—. Porque mientras tenga la más mínima duda sobre la inocencia de Antonia, y la tengo, no seré capaz de condenarla a esa tortura. Lleva más de veinte años conmigo. Puede que me haya traicionado, puede que tengas razón, pero no he dejado de quererla... Además, piensa por un momento, ¿y si estamos equivocadas? ¿Y si no ha sido ella? ¿Y si ha sido ella pero bajo la amenaza de su novio anarquista? ¿Tendrías la conciencia tranquila? ¿Tendrías la conciencia tranquila, Conchita, si por nuestra culpa la torturan, la humillan y la matan? —Conchita bajó la mirada—. ¡Contesta! ¡Contéstame!

Conchita no contestó. Regresaron a casa en silencio.

Lolita escribió una nota a Antonia donde le explicaba que remitiría las pocas pertenencias que ella había dejado en casa a su dirección en Zalamea la Real. A cambio le exigía que nunca más volviera a pisar la casa de Huelva, ni que intentara ponerse en contacto o acercarse a ella ni a nadie de su familia. Si lo hacía, la denunciaría. La nota se la entregó al capitán y le pidió que se la diera en mano a Antonia al salir de la cárcel.

Esa noche cenaron los tres solos. Nadie les preparó la mesa. Lolita no podía quitarse a Antonia de la cabeza. ¿Por qué les hacía esto? Le había enseñado todo lo que sabía, le había dado todo lo que tenía y la había ayudado en todo lo que podía. Pero, por encima de todo eso, la había querido. ¿Por qué les hacía esto?

No podía ser. No había sido Antonia. No podía haber sido ella. Esas palabras se repetía una y otra vez Lolita. Otra traición no... No podía ser esa la constante en su vida.

Sería un año más tarde, con todo de vuelta a la normalidad, cuando tuvieran noticias de su antigua empleada. El Tite disfrutaba de la tranquilidad de Huelva, que alternaba con alguna copita de vino de jerez bien frío y alguna buena amiga, de las que siempre le rondaban. Conchita había

vuelto a ver a Jean y Lolita seguía escribiendo. Cuando ya nadie se acordaba de Antonia, leyeron en el *Diario de Huelva* que Walter Browning había vuelto a la ciudad y había visitado Riotinto y Zalamea la Real.

Walter Browning era hijo menor de un rico agente de bolsa londinense; había estado en el Jesus College de Cambridge y, como otros muchachos de su posición, tenía tendencia a gastar demasiado e incurrir en deudas, lo que desaprobaba severamente su padre. Tardó poco en abandonar su carrera en Cambridge. Poco después, decidió hacer un curso de minería en la Escuela Técnica de Liverpool; de allí embarcó a México, a fin de convertirse en un solitario buscador de oro en Sierra Madre, donde la experiencia lo transformó. Así llegaría, años más tarde, a convertirse en director de la empresa Riotinto.

El alcalde del pueblo aprovechó la ocasión que le ofrecía la inesperada visita de tan ilustre personaje para invitarle a comer platos típicos de la zona en un nuevo restaurante que había alcanzado fama local llamado Casa Tomás, en Zalamea la Real. Los periódicos de la zona (*Odiel*, *Diario de Huelva...*), al día siguiente, publicaban fotos del alcalde, Mr. Browning y la dueña del restaurante, la señora Contreras, que, además, era la jefa de cocina. Los periódicos la alababan por haber dejado gratamente impresionado con la calidad culinaria de sus platos a tan honorable invitado.

Lolita se quedó de piedra cuando esa mañana, al hojear la prensa, comprobó en la foto del periódico *Odiel* que la jefa de cocina, la dueña del establecimiento, la tal señora Contreras, era Antonia. Entonces pensó en su hija y se sintió hundida por el peso de la culpa. Por fin comprendió el doloroso reproche de Conchita.

El señor Browning murió en Kent el día de Navidad de ese mismo año, pero antes convirtió el restaurante de Antonia en cita gastronómica obligada para todo inglés que visitaba la provincia.

Ni Lolita ni Conchita ni Antonio pusieron un pie nunca a menos de cien metros de distancia de ese local levantado con el valor de las joyas que ahora los enfrentaba a una triste realidad que durante tanto tiempo habían querido ignorar.

19. *La gangrena*

Huelva

Conchita no malgastaba su tiempo en pensar en Antonia: ya había salido de su vida tiempo atrás. Ese verano, el verano de 1942, sus pensamientos iban en otra dirección. Durante ese año volvió varias veces al Club Náutico, pero nunca estaba Jean. Tampoco vio al *Pezopoulus* atracado en el muelle. Cada vez que iba al puerto y no encontraba al marino griego, volvía a casa desanimada, como si el Club Náutico no fuera lo mismo si él no estaba allí. Y luego, cuando se acostaba por la noche, no paraba de dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Se había ido. Pero... ¿sin decir nada? No era posible, se decía. Parecía tan interesado, parecía que de verdad le gustaba... ¿Tan pocos días había durado su estancia en Huelva? ¿Cómo se había ido tan rápido? Grecia estaba tan lejos. ¡Ya nunca lo volvería a ver! Podía haberle dejado una nota. Pero, ¡claro!, ¿A quién? ¿Dónde? ¡A cualquiera!, se dijo a sí misma de inmediato. Si hubiera querido encontrarme, lo hubiera hecho. ¡No, no tenía excusa! ¿Por qué intentaba encontrar motivos para justificarle? ¿Por qué se habría hecho ilusiones? ¿Por qué era tan ingenua y tan tonta? Un marino... ¡Con la cantidad de mujeres de todo tipo que conocería! Era de esperar. ¿Por qué no lo habría pensado antes? ¡Nunca más! ¡Nunca más! Se acabó, decidió una noche. Se lo sacaría de la cabeza fuese como fuese. No iba a perder un minuto más en tonterías. A Conchita le dolía darse cuenta de que algo que para ella había significado tanto para él no había significado nada.

La hora de comer seguía siendo el momento de las largas conversaciones. Aunque, ahora, eran solo tres en la mesa. Guelín se había casado con Berta, la joven que había conocido en una farmacia cuando el Tite estaba destinado en Málaga. Era hija del consignatario del puerto y descendiente de una familia rusa de origen judío que encontraría su propio calvario un año más tarde, perseguidos, detenidos y torturados por el régimen alemán.

A Guelín lo habían destinado a Madrid recientemente y allí vivían desde entonces. Berta había heredado los rasgos rusos de su familia: era rubia, con una piel muy fina y muy blanca y unos ojos de un azul transparente. Guelín estaba perdidamente enamorado. Se habían casado en la iglesia de Santa Bárbara, como sus padres, y toda su ilusión se condensaba en tener hijos. Guelín, que siempre había sido el menos estudioso de la familia y que tantos quebraderos de cabeza había dado a sus padres, ahora, sin embargo, había cambiado: no paraba de estudiar y solo pensaba en su carrera militar y en servir a España. Y su carrera progresaba con éxito. Era feliz junto a su mujer; empezaban una nueva vida. Una vida mejor en la que pronto aparecerían dos niños. El mayor, rubio y de ojos azules como su madre, y la pequeña, idéntica a su padre.

Por lo tanto, ya solo eran tres los que se sentaban a la mesa en Huelva. Madre e hija se reían con los escarceos amorosos del Tite; seguía sintiendo pasión por las mujeres, a pesar de que nunca llegase a comprometerse con ninguna de ellas. Su vida ya estaba comprometida: desde que su cuñado había muerto, se entregaba por completo a su hermana y su sobrina.

Ese mediodía sonó el teléfono. Conchita se levantó de inmediato a cogerlo, como si esperara algo, aunque no supiera el qué.

—Mamá, es para ti. Es tu amiga, Consuelito Mola.

—Dile que no puedo ponerme —dijo Lolita, mientras se acordaba de Consuelo Mola, de Carmen Franco, de todas sus amigas de Zaragoza.

«¿Ahora se acuerdan de mí?», pensó, mientras seguía comiendo. «¿Ahora me llaman? ¿Dónde estaban cuando las necesitaba?», se preguntaba sin poder evitarlo. «¿Les remorderá la conciencia o será tan solo por pena? Una viuda, sin dinero... ¡No! ¡No pienso ser una víctima delante de nadie! De nadie y menos de ellas. Ninguna se compadecerá de mí», se decía a sí misma con rabia e impotencia.

—Mamá, ya le he dicho que no puedes ponerte, pero me dice que quiere saber cuándo os podéis reunir a merendar. ¿Qué le digo?

—Conchita, dile que estoy muy ocupada —insistía Lolita tratando de disimular el acelerón de su frecuencia cardíaca.

—Pero, mamá, te vendría muy bien reunirte con tus viejas amigas... ¿Por qué no le dices que venga?

—¡Conchita, por favor! ¿No me has oído? Dile que estoy ocupada y que no tengo tiempo de reuniones.

—¡Vale, mamá, vale! Te he oído... ¿Le digo que la llamarás?

—No. No tengo intención de llamarla ni de volver a verla. Dile simplemente que no puedo reunirme.

Conchita obedeció a su madre, transmitió su mensaje con frío afecto y se volvió a sentar en la mesa. Pero el ambiente se había enrarecido. La tensión se había instalado en la mesa y el silencio cortaba la respiración. Las miradas se centraban en los platos. Nadie levantaba la vista. Para aligerar el pesado aire que se había vuelto irrespirable, al Tite se le ocurrió hacer una propuesta. Limpiándose los labios con la servilleta que sostenía en la mano, rompió el silencio mirando a Conchita.

—Mañana es día dieciséis. ¿Qué os parece si vamos a Sevilla y visitamos la tumba de tu padre?

Lolita miró a su hermano con gratitud; nada en el mundo le apetecía más. En el cementerio de Sevilla se sentía más cerca de su marido: visitarlo le daba paz.

A Conchita también le agradó la idea, siempre estaba dispuesta a visitar la tumba de su padre. Lo echaba tanto de menos... Además, le gustaba ir al cementerio, perderse entre las tumbas y entretenerse leyendo los epitafios, los nombres grabados en el mármol, la fecha de nacimiento y la fecha de muerte, imaginando sus vidas, preguntándose si les recordaría alguien o si por el contrario ya nadie pensaba en ellos.

—Sí, sí, vamos a ver a papá. Vamos mañana —contestó Conchita sin dudar.

Al día siguiente, después de parar en un puesto de carretera donde compraron unas flores, llegaron al cementerio de San Fernando de Sevilla. Bajaron del coche y entraron los tres caminando. Avanzaban entre las tumbas, en silencio, como no queriendo despertar a los muertos; y mientras lo hacían, el sol con sus rayos iluminaba las lápidas, llenando todo de luz, como queriendo atravesar los sueños de los que allí yacían. Era un cementerio alegre: parecía más bien

un jardín, el jardín de los ausentes, y así, mientras respiraban una reconfortante sensación de paz, trataban de localizar la tumba de Miguel.

—¡Mira, Lolita! La tumba de Joselito el Gallo —dijo Antonio a su hermana.

Lolita se quedó mirando la monumental tumba del que fuera su torero favorito. Sintió un pinchazo en el corazón y siguió caminando. A su lado, su hermano se adaptaba a su paso.

Conchita se quedó atrás. Se había parado delante de una tumba que destacaba sobre las demás. Estaba en el centro de una rotonda, entre la calle de la Fe y la calle de la Esperanza, y su Cristo parecía elevarse como una flecha hacia el cielo.

—¡Mamá, espera! Mira. ¿Quién está enterrado en esta tumba que tiene este Cristo tan alto?

—No lo sé, Conchita.

Entonces el Tite tomó la palabra, con tono de viejo profesor:

—Es la tumba de Antonio Susillo. Era un famoso escultor que, al crear ese Cristo tan grande que te ha llamado la atención, tuvo una equivocación que a él le pareció imperdonable: colocó en posición inversa los pies del crucificado. Debido a este error se pegó un tiro.

—¡Qué horror! ¿Solo por ese fallo tonto se pegó un tiro? —exclamó angustiada Conchita—. Si no se nota, nadie lo habría notado...

—Quizás, solo quizás, estaba muy triste y no tenía nadie al lado en ese momento que le dijera que nadie lo notaría. Pero no acaba aquí la historia. Dicen que el primer verano que estaba la imagen del Cristo situada aquí donde la veis ahora, observaron que, inexplicablemente, le brotaba miel de la boca y le caía por el pecho. Comentan que fue un milagro. Y, por eso, desde entonces, a este Cristo le llaman el Cristo de las Mieles.

Lolita y Conchita se miraron sobrecogidas. Un silencio se apoderó de la escena después del relato. Siguieron buscando a Miguel sin cruzar más palabras, sin hacer más paradas.

Lo que no les contó el Tite fue que no había sido un milagro. Simplemente, las abejas habían instalado su colmena en el interior de la efigie que estaba hueca y, cuando apretaba el calor, la miel de los panales se derretía y salía por la boca del Cristo.

Por fin, llegaron a la calle San Leandro. Encontraron la tumba sin necesidad de mirar el número y, una vez más, allí estaban los dos claveles rojos, los mismos de siempre: relucían ante un sol implacable y parecían haber echado raíces en la misma tierra en que yacía Miguel, en el mismo mármol, como si la tumba de Miguel tuviera el poder de transformar la muerte en vida, como si del dolor brotara un soplo de vida de la misma forma que brotaba la hierba entre las tumbas.

Los tres se quedaron unos minutos observando fijamente los claveles y luego se miraron entre sí. Hasta que Lolita rompió el silencio.

—Una vez es casualidad. Tantas veces no. Tiene que ser alguien que, recurrentemente, le trae flores a tu padre.

—¡Qué misterio! —exclamó Conchita—. Han pasado varios años y siempre que venimos aquí están, siempre dos, siempre colocados en la misma posición. Siempre recién cortados. Me entran ganas de venir de noche y esperar escondida detrás de una tumba para saber cuándo y quién le trae flores a papá.

—No lo sé. No se me ocurre quién puede ser. Es muy raro... —añadió el Tite.

Conchita, con los ojos ligeramente humedecidos, releyó una vez más las palabras grabadas en el mármol, palabras que siempre le habían impresionado y que pronunció en alto: «Solo Dios es Justo». Pero esta vez la conmovieron de distinto modo, porque pensó que había otro tipo de justicia, que el verdadero justo era el desconocido que dejaba flores a su padre; que, fuera quien fuese, estaba vivo y, a su manera, le hacía justicia aquí, en la Tierra.

—Voy a dar un paseo —dijo a continuación, intentando disimular su emoción—. Hay tantas historias sin contar en este cementerio... Quiero ir a descubrirlas —añadió a modo de excusa para ausentarse un rato.

Pero, en realidad, la única historia que quería descubrir era la del desconocido que dejaba flores en la tumba de su padre. Dando un paseo entre las tumbas, fue despertando a familias muertas durante años, dándoles vida por un momento, imaginando sus pasiones, sus traiciones... El aire ya no olía a verano, olía a pasado.

Lolita, al ver que su hija se alejaba, inesperadamente y ante la mirada compasiva de su hermano, se volvió de espaldas. Como si estuviera a solas con su marido, explotó. Ya no podía aguantar más, pero lo hizo con extrema suavidad, sin hacer ruido, como explota una pompa de jabón que ha crecido demasiado.

—¿Por qué me dejaste sola? —empezó a decirle a su marido—. ¿Pensabas que la religión me ayudaría a sobrellevar tu pérdida? ¿Pensaste que era lo suficientemente fuerte? Pues no: ni la religión, ni Dios, ni la familia me han compensado de tu ausencia. Daría mis hijos, mi vida, todo, con tal de pasar un solo día contigo... No puedo soportar ver a los que fueron nuestros amigos pavonearse con esos aires de grandeza, ver cómo se compadecen de mí. No puedo soportar que me consideren una víctima ni puedo soportar al Ejército, ese que me niega la pensión de nuestro hijo, ni a los políticos que disfrutaban de un régimen que exhibe el éxito y el triunfo en todos sus actos, ni a ninguno de los que fueron tus compañeros, tus alumnos, tus amigos y se callaron, traicionándonos. No quiero volver a verlos, no he querido ver a mi amiga Consuelo Mola: lo sabía..., lo sabía todo y no me dijo nada, no nos dijo nada, no nos advirtió. Ni siquiera he tenido fuerzas ni ganas de educar a nuestros hijos como tú querías porque no sabía cómo hacerlo..., porque ya no podía, ni quería hacerlo si tú no estabas conmigo... Lo siento, pero te he fallado... A ti y a Dios. He intentado sobrellevar este calvario pero no lo he conseguido. Disimulo delante de todos, me callo; no quiero venganzas porque no quiero contaminar a nuestros hijos de odio, pero me come el rencor por dentro... No lo he podido vencer, ni lo he podido evitar... Nada ha salido como habíamos planeado, nada como esperabas. Mi vida aquí es una farsa y yo soy una farsante. Ya nada me importa... Y te contaré la verdad. La realidad de cómo murió tu hijo, nuestro Toñín. Me lo ocultaron durante mucho tiempo; no me lo querían decir, pero no paré hasta que lo averigüé. Fue herido por la fuerza enemiga en una pierna... Pero dieron la voz de alarma y sus compañeros lo recogieron, llamaron a una ambulancia; pensaban que estaba a salvo, que lo llevaban a casa. Pero no era así, se equivocaban. Cuando la ambulancia arrancaba para dirigirse a Zaragoza, justo en ese momento, nadie sabe cómo ni por qué, la artillería propia lanzó una bomba sobre el coche. Entonces todo se convirtió en acero retorcido, olor a carne quemada... y el cuerpo de nuestro hijo quedó tirado en un campo donde ya no quedaban árboles, donde ya no quedaba vida... Yo misma,

con Guelín, lo inhumé. El mismo bando os mató a los dos. Vuestro bando. El nuestro. Los nuestros. Y, a pesar de eso, he seguido viviendo, para contártelo hoy aquí.

De pronto, le sobrevino un mareo. Fue como si una carga enorme hubiese dejado de hacer contrapeso, tuvo que sentarse en la tumba para evitar desplomarse en el suelo. Su hermano la sujetó por la espalda con un gesto de infinita ternura para ayudarla. Conchita volvía en ese momento de su paseo. Lolita, rápidamente, trató de cambiar el gesto y se recompuso. Momentos después, los tres juntos, dejaron el cementerio. Miguel no se quedó solo; dos claveles rojos permanecieron con él.

Volvieron a Huelva, allí donde los tres intentaban darle un sentido, una forma, un orden a la vida. Como si fuera posible evitar que la vida hiciera con ellos lo que le diera la gana.

La ciudad estaba radiante: las calles se llenaban de gente y en el puerto anclaban infinidad de buques de la marina de guerra. Se acercaban las fiestas Colombinas, unas de las más importantes en Andalucía, pero, a diferencia de la mayoría de las festividades, estas no poseían ninguna raíz religiosa. Se rememoraba la historia, la partida de las carabelas descubridoras de Colón. Era costumbre que, el día tres de agosto, las autoridades de Huelva y socios de la Colombina salieran para La Rábida, donde se celebraría una misa en conmemoración de la que habían oído Colón y sus intrépidos acompañantes antes de su salida del puerto de Palos.

El muelle se llenaba de casetas, atracciones, tómbolas, espacios creados para el baile... Cada poro del puerto respiraba alegría; el corazón de la ciudad palpitaba deseo, amores y diversión.

Durante toda la semana se celebraban corridas de toros. Madre e hija eran grandes aficionadas a la fiesta taurina. Conchita no cabía en sí de gozo porque a su tío le habían pedido autorización para que permitiera a su sobrina ser presidenta de la corrida de toros más importante que se celebraría esos días en la provincia, la corrida del Litri, en la plaza de la Merced. Ese día, Conchita cumplía dieciocho años. Se puso una mantilla y un mantón de manila y se sintió la mujer más importante del mundo. El ambiente se impregnó de un olor a miedo y a olés, y la emoción que desbordaba la plaza ante los triunfos de los valerosos toreros erizaba la piel de cualquier asistente.

El día tres amaneció con tormentas de verano; las lluvias duraron solo un par de horas, pero dejaron el mar de ese color entre esmeralda y turquesa que daba al agua una apariencia de irrealidad y belleza a la vez.

Conchita había quedado con sus amigas Piluqui e Isabelita para contemplar el espectáculo, para ver cómo todo tipo de embarcaciones de la Armada, tocando sus bocinas, se acercaban al muelle del puerto para celebrar tan esperado evento. Después, el muelle se llenaba de uniformes blancos; era como si saltara a tierra la Marina entera. En ese momento, dos gaviotas volaban en dirección a las tres jóvenes. Parecían no asustarse ante la presencia humana. Una de ellas se posó en la barandilla del muelle. Miraba fijamente a las tres amigas. Piluqui llevaba una bolsa de patatas; le ofreció una a la gaviota. Y, cuando la gaviota apresaba su botín y retomaba el vuelo, justo entonces, lo que parecía impensable sucedió.

Conchita siguió con la mirada la huida de la gaviota y su botín y, mientras sobrevolaba un buque mercante a no mucha distancia del muelle, reconoció unas letras grandes grabadas en su casco: *Pezopoulus*. Notó que el estómago se le subía a la garganta a la vez que la gaviota se alejaba con

las alas extendidas. Sus ojos siguieron mirando a la gaviota hasta que desapareció en el mar, pero ya solo veían al *Pezopoulus*. Cuando, incrédula, volvió a enfocar la mirada hacia el barco, lo vio. Él situó la mano en primer tiempo de saludo, exactamente igual que la primera vez. Ella casi se precipitó al agua de lo nerviosa que se puso. Intentó disimular, se dio la vuelta y le dijo a Piluqui:

—¡Vámonos!

—¿Qué? ¡Si acabamos de llegar! —contestó Piluqui, distraídamente. Había estado pendiente solamente de la actividad de las gaviotas y no se había dado cuenta del episodio que acababa de presenciar su amiga.

—¡Que nos vamos, corre!

—Pero... ¿qué pasa?

—Nada... ¡Pero vámonos!

Entraron en el Club Náutico, que estaba a rebosar de gente. Fernando y sus amigos enseguida entablaron conversación con ellas y rápidamente se formó un corrillo en el que, como siempre, era Fernando quien llevaba la voz cantante.

Empezó a contar historias de cómo las fiestas Colombinas no siempre habían sido alegres y recordó que, en el año 1918, se habían convertido en tragedia al detonar los fuegos de artificio dentro del mortero. Hirieron a ocho personas y provocaron el fallecimiento de tres niños que se encontraban en el lugar de la explosión. Mientras los oyentes se llevaban las manos a la boca, impresionados por el relato del trágico desenlace de las fiestas de aquel año, Jean y otros dos oficiales se acercaron al grupo. Minutos antes habían entrado en el club. Fernando, enseguida, se dirigió a ellos y procedió a presentarlos al resto de los componentes del corrillo que se había formado... Conchita sintió cómo todo su cuerpo temblaba, los nervios no la dejaron articular palabra. Sin esperar a saludarle, salió del club; se dirigió a su casa, sin mirar atrás, pero enseguida oyó que alguien la llamaba con acento extranjero.

—¡Conchita, Conchita, espera! ¡Vuelve, por favor! Tengo... tengo que hablar con... contigo... ¡Espera!

Era él. Esa era su voz. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Su corazón quería correr a su encuentro, pero su cerebro dirigía sus piernas en dirección opuesta. No paró, no se dio la vuelta... Siguió andando cada vez más deprisa, cada vez más nerviosa hasta llegar a su casa. Sacó las llaves, abrió la puerta y se fue directamente a su habitación. Se tumbó en la cama, hundió la cabeza en la almohada y se relajó: entonces empezó a pensar si habría hecho bien en irse tan digna. ¡Quizás debería haberle escuchado! Si la llamaba, si quería hablar con ella, tendría que ser por algo... Pero estaba tan enfadada que no quería oírle. No le había escrito ni la había llamado; estaba allí por casualidad. Pero, entonces, ¿por qué salió corriendo detrás de ella? Quizás no la había olvidado, quizás estaba allí por ella, quizás había ido a buscarla.

No pudo soportar más la incertidumbre. De un golpe, se levantó: de un golpe salió de casa, de un golpe cerró la puerta. Bajó las escaleras corriendo, y corriendo bajó la calle Concepción, giró por la calle de la Marina y, casi sin aliento, llegó al puerto. Acalorada, subió de nuevo al Club Náutico. Miró por todas partes. No estaba. No. Ya no estaba, pensó con desesperación.

Una ráfaga de aire fresco entró inesperadamente por la puerta y, de un soplo, apagó su deseo; todo se desvaneció. Hacía frío.

Pasaron unos segundos, minutos tal vez; no sabía cuántos, pero sí supo que estaba perdida. Miraba a la derecha y a la izquierda del tiempo, de un tiempo y de un espacio que no conocía. Su corazón tenía que aprender a estar tranquila, pero había olvidado cómo se hacía, había olvidado qué hacía allí, por qué estaba allí. Las fiestas Colombinas habían perdido su encanto de la misma forma que lo pierde la lotería cuando no hay ningún décimo que jugar. Ella ya no podía jugar. Había perdido el décimo.

Por detrás de ella apareció Fernando. Parecía tener un radar especial para detectarla.

—¡Conchita, creía que te habías ido! ¿Qué te pasa? Estás tiritando —con un gesto de galantería, se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros desnudos de su querida amiga—. A estas horas, la humedad de la brisa marina se mete en los huesos —añadió con cariño—. ¡Espera! Te traeré algo de beber.

A Conchita le horrorizaba la idea de pasar la noche charlando con Fernando; le tenía aprecio, pero era demasiado empalagoso y esa noche no tenía ganas de aguantar a nadie más... Afortunadamente apareció Isabelita, que venía muy bien acompañada por un hombre grueso: parecía mucho mayor que ella, llevaba un puro en la mano.

—Conchita, vamos al muelle a ver los fuegos artificiales —dijo con ímpetu Isabelita.

—Id vosotros. Yo estoy esperando a Fernando; ha ido a por algo de beber.

—¡Venga, vente con nosotros o te perderás los fuegos! Ya nos buscará él cuando consiga las bebidas. Con la de gente que hay, todavía tardará —manifestó el acompañante de su amiga, como quien da una orden a un subordinado.

Conchita dejó cuidadosamente la chaqueta de Fernando en la silla y salió con sus amigos. El aire parecía haberse detenido. Ya no tenía tanto frío.

Entonces oyó decir al acompañante de Isabelita:

—¿Preparadas para la magia milenaria? ¿Sabíais que fue un chino, hace más de dos mil años, quien inventó los fuegos artificiales?

—No, no tenía ni idea —contestó Isabelita con voz de admiración.

Entonces escucharon lo que parecía un petardo, seguido de un silbido que fue creciendo en intensidad y, después de un espacio de silencio, un estallido. Un olor a azufre y a pólvora se mezcló con el olor a sal, alga y humedad... Los olores se fundieron de una manera natural, familiar, como las galletas al fundirse con la leche, después de los fuegos artificiales, en su casa de Gerona... y entonces lo vio todo: era la casa de su infancia. Estaban sus padres y sus hermanos, el cuartel, los jardines. Todo cobró vida otra vez como si hubiera subido a una máquina del tiempo, como si un hilo invisible hubiese unido sensaciones y recuerdos... Alguien la agarró por detrás... y la realidad se precipitó sobre ella.

—Sabía que volverías —susurró una voz con fuerte acento extranjero. Era su voz.

Y volvió a sentir el escalofrío que ya había sentido en otras ocasiones, cuando él estaba cerca.

Conchita se dio la vuelta. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Pues ya sabías más que yo.

Mientras, desde el Club Náutico llegaban los acordes de un bolero de Jorge Sepúlveda:

*Bajo el patio de la luz crepuscular,
cuando el cielo va perdiendo su color,*

*quedo a solas con las olas espumosas
que me mandan su rumor...*

Después de un silencio, sus miradas enfocaron al cielo, pero ya solo se veía el humo de la estela de los fuegos.

—¿Sabes una cosa? —preguntó él, acercándose a su oído.

—No. Dime.

—Me encantaría bailar contigo en la cubierta del *Pezopoulus*.

—¿Un griego sabe bailar boleros?

—No, pero supongo que una española sí.

Conchita no sabía bailar boleros, pero siempre se había sentido atraída por lo desconocido, por lo inalcanzable y, ahora, sentía un vértigo difícil de explicar. Anhelaba bailar con él, tocar su cuerpo. Y él sentía su deseo.

—¿Vamos? —insistió Jean.

Él oyó su sonrisa, leyó sus pensamientos y, cuando sus ojos color mar rozaron los suyos, Conchita se levantó y dijo:

—Vamos.

Lo dijo aun sabiendo que todos la estaban mirando y que toda Huelva lo comentaría esa noche, la mañana siguiente y durante un mes. Pero, esa noche, Conchita bailó como si estuviera dentro de una burbuja alrededor de la que nada pasaba; todo lo demás se había detenido, todos los ruidos se habían apagado. La gente ya no murmuraba. Se le olvidó dónde estaba. Solo seguía el ritmo y la música de un bolero con acordes oníricos que fluía entre los dos y que desembocaba en lo más profundo de ella, haciendo posible que su cuerpo expresara lo que sentía su alma.

Se dejó llevar por la música y sintió que flotaba, sintió que era una pompa de jabón bailando sobre un mar de alfileres. Sabía que, en cualquier momento, algún alfiler les rozaría y la burbuja explotaría. Por eso bailó dejándose llevar, como si fuera el último baile de su vida; perdió el sentido de la dirección de las cosas. Con tanta vuelta no sabía si iba o venía, y su conciencia empezó a vagar por parajes hasta entonces desconocidos para ella, en ese juego de acercarse íntima y sutilmente, de rozarse los labios para antes de llegar a besarse volver a alejarse sensual, atrevidamente; en ese juego de dar vueltas en que él la atraía, sinuoso, para luego ella distanciarse, un juego en el que no le soltaba la mano. Sintió que, abrazados, bailaban de puntillas sobre el mar, sin rozar el agua, sin salpicar una gota. Abrazó la libertad de sentir, la libertad de vivir; advirtió algo en su interior que le recordó que estaba viva, que era persona. Ni siquiera necesitaba hablar; tomaron la palabra las muchas ganas que tenía de disfrutar de la vida, de la gente que conocía y de la que todavía no había llegado a su vida, y el deseo impetuoso de seguir bailando con él. No sabía si vivía o soñaba, sintió que hasta ese instante había consumido sin sentido muchas horas de su tiempo, que todas las horas pasadas y las horas futuras se fundían en un único torbellino, el torbellino de ese momento, de ese baile. Sintió que todo empezaba de nuevo, que la vida empezaba ahora; sentía y sentir la hacía feliz.

Cuando Conchita volvió a casa su corazón latía con emoción, pero también con inquietud porque era consciente del retraso con el que llegaba. Nada más abrir la puerta se encontró al Tite

de pie con gesto serio, algo extraño en él. En ese momento la burbuja estalló y ahí lo supo. No soñaba: solo vivía.

—¿Te parece que son horas de llegar a una casa decente? —le recriminó el Tite.

—Lo siento. Me he retrasado un poco.

—Tu madre ha llamado a todas tus amigas, hasta que le han dicho que estabas con ese marino griego.

—Sí, Tite, estaba con él. Pero no te preocupes, solo me ha enseñado su barco. No sabes qué experiencia: he visto los camarotes, el puente de mando, las cocinas —le explicó Conchita con entusiasmo y con la intención de rebajar la tensión. Después añadió: —También hemos bailado.

—¿Bailado, eh? ¿Bailado? —dijo el Tite en tono de reproche—. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que mientras bailabas tu madre estaba preocupada? ¿Que le ha dado una taquicardia porque no sabía nada de ti? ¿Que ha tenido que tomarse tranquilizantes porque lo último que le dijeron era que habías subido a un barco con un hombre? —hizo una pausa, en la que a Conchita no se le ocurrió nada que replicar—. ¿No te das cuenta de que esto es una provincia y no puedes ir sola por ahí con desconocidos?

—Lo siento mucho, Tite... Son las Colombinas, es una excepción. Todo el mundo está en la calle... Yo..., lo siento... No me di cuenta de la hora. Además... ¡no es tan tarde!... ¡Bueno, no me mires así! Ahora voy a pedirle perdón a mamá... Voy a verla, seguro que no está dormida.

—¡No! —dijo tajante el Tite—. Ahora déjala descansar. Ya hablaré yo con ella. Mañana tendrás tiempo de disculparte por ser tan irresponsable... y tan inconsciente —añadió, sin deshacerse del tono recriminatorio.

Dando un portazo, el Tite la dejó sola, yéndose a su habitación.

A Conchita le remordía la conciencia. Sabía que se había retrasado, que nunca había llegado tan tarde; pero no había hecho nada malo... ¡Se había sentido tan viva! Al meterse en la cama, se deslizó entre las sábanas y sintió el roce del algodón acariciándola y abrazándola como si fuera la desnuda piel de unos brazos. Durmió toda la noche de un tirón.

La mañana siguiente se levantó muy pronto: quería prepararles el desayuno a su madre y al Tite en compensación por la intranquilidad y el mal rato que les había hecho pasar la noche anterior.

—Buenos días, mamá —saludó Conchita cuando apareció su madre en el umbral de la puerta.

—Buenos días —respondió Lolita, con tono serio.

—¿Enfadada?

—Sí, enfadada.

—Pero, mamá... No me retrasé tanto... Solo bailamos.

—Me da igual que solo bailaras —objetó Lolita, mientras se acercaba a ella—. ¿No te das cuenta de que esto es una provincia muy pequeña? ¿De que todo el mundo comenta? Tienes que comportarte como una señorita, Conchita. ¿No te das cuenta de que no eres una cualquiera? Recuerda: «La mujer del César no solo tiene que ser buena, tiene que parecerlo». ¿Lo entiendes, Conchita? ¿Lo entiendes?

—Sí, mamá —concedió, evitando mirarla a la cara—. Está bien, tienes razón... No te enfades, prometo que no volverá a ocurrir. Tranquilízate... ¿Mamá? ¿Mamá? Pero ¿qué dices? ¿Mamá, por

qué pones esa cara? ¡¿Qué te pasa...?! ¡Contesta! Espera, siéntate aquí. Bebe agua... No te preocupes... espera... Ahora vengo.

En cuestión de segundos, el rostro de Lolita se había amorado, su pecho se inflaba y desinflaba a un ritmo que había erizado la piel de Conchita. Sin perder un segundo, salió corriendo de la cocina en busca de su tío.

—¡¡Tite, ven, corre! ¡¡Ven!! A mamá le pasa algo —gritó, presa del pánico.

Regresó de inmediato a la cocina con el Tite pisándole los talones.

—¡Lolita! ¿Qué te pasa? ¿Me oyes?

Pero Lolita no podía hablar. Tenía la boca torcida, guiñaba un ojo en un extraño gesto... No parecía entender bien lo que le decían. Perdió el equilibrio, y Antonio se apresuró a sujetarla. Conchita, con el rostro lívido, le ayudó a sentarla.

—¡Corre, Conchita! ¡Ve a buscar al médico! ¡No pierdas ni un minuto!

Conchita no tardó ni diez minutos en volver con el doctor Carretero. Vivía en la misma calle y era el médico de la familia. Era un buen profesional y una buena persona. También era muy bajito, por lo que todos le llamaban *Carreterito*.

El doctor la examinó con cuidado y se acercó al Tite:

—Hay que llevarla inmediatamente a un hospital. Podría ser una embolia —enunció con tono autoritario.

Lolita, aunque todavía oía y veía, aunque todavía estaba consciente, tenía la mente difusa, espesa; intentaba despertar, recordar, hablar, sentir, moverse. Pero era inútil, no podía... No podía.

Una ambulancia los llevó al hospital de la Merced. A Lolita enseguida la pasaron al quirófano. Mientras, en la sala de espera, las horas se hacían eternas para Conchita y el Tite. Lo único que podían hacer era esperar. La impotencia les consumía. Las primeras horas fueron críticas. Los dos, sentados, se miraban en silencio, abstraídos por el ruido de sus pensamientos. Conchita no paraba de atormentarse: ¡Si hubiera llegado antes! ¡Si no hubiese vuelto a buscarle! ¡Si me hubiera quedado en casa! Soy una egoísta... No pensé en lo mucho que se preocuparía por mí, en lo nerviosa que estaría... Si por lo menos la hubiera avisado. Pero no lo hice, no lo hice. Llegué tarde, tan tarde que ahora mi madre se muere por mi culpa, solo por mi culpa. ¡Dios mío, por favor, que no se muera! ¡No te la lleves! ¡La necesito! No dejes que me quede sola. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te empeñas en quitarme a todos los que me quieren?

El Tite, mientras la observaba y la veía tan compungida, tan desolada, se acercó a ella y la arropó con palabras cariñosas.

—No te atormentes más. No es culpa tuya; sabías que tu madre estaba delicada desde hacía tiempo, que tiene diabetes y la tensión alta... No te preocupes, es una luchadora. Se pondrá bien. Confía en Dios.

Y, esta vez, Dios les hizo caso. A los diez días, Lolita salió por su pie del hospital. Había reaccionado bien a los medicamentos, se había recuperado casi por completo.

El médico le explicó a Conchita que había sido un trombo en una arteria de la pierna, que ese trombo se había escapado y le había subido por el cuerpo hasta llegar al cerebro. Pero, aunque esta vez lo había superado, su madre tenía todas las arterias enfermas y, especialmente, las del

corazón, la cabeza y las extremidades inferiores. Lo último que le dijo antes de dejar el hospital fue:

—Vigila de cerca sus pies. Los dedos de los pies, especialmente el pulgar: si ves que se pone azul o negro, llama de inmediato al médico o tráela directamente aquí.

—¿Azul o negro? ¿Y eso qué significa? Si se ponen los pies de ese color, ¿qué significa? — insistió preocupada Conchita.

—Significa que tiene gangrena.

Y entonces sintió que se precipitaba al vacío. No sabía exactamente qué era la gangrena, pero intuía que nada bueno podía ocultarse tras esa palabra.

Durante las semanas siguientes a la salida del hospital no se separó de su madre. El Tite y ella se turnaron para que nunca estuviera sola. Si alguno tenía que salir, el otro se quedaba con ella.

Lolita le restaba importancia. Decía que no había sido nada, que solo había sido un susto. Que ella, gracias a Dios, se encontraba bien; pedía que la dejaran sola y que no la trataran como una enferma porque no lo estaba... Salía a pasear todos los días con su hija, pero los paseos eran cada vez más cortos. Terminaba poniendo excusas: que si hacía calor, que si tenía que hacer la comida, que si esperaba visita... Pero la verdad era que le daban calambres; cada vez le dolían más las piernas cuando andaba. Los últimos días le dolían hasta cuando estaba sentada.

Hasta que un día Conchita insistió.

—¡Venga, mamá! Tienes que salir. Te tiene que dar el aire. ¡Vamos a dar un paseo!

—No, Conchita. Hoy ve tú sola; sal con tus amigas hasta el puerto... A ver si ves a ese griego.

—No, mamá. O vamos juntas o no salgo. Además, no tengo interés en ver a nadie, y menos a ese griego. No me ha llamado, ni ha dado señales de vida... Se ha ido, sin decir nada. Él se lo pierde. Tenías razón: ya vendrá otro mejor.

—Veo que estás muy enfadada para no interesarte en absoluto por él —comentó Lolita, con un deje irónico.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó Conchita, intentando cambiar de asunto.

—No insistas. Me duelen las piernas.

—Vale. Pues nos quedamos... Te voy a dar un masaje.

—¡No! ¡No me des masaje! ¡No! ¡Déjame sola!

—¿Por qué no, mamá? ¿Qué te pasa? Si te encantan los masajes...

La brusca reacción de su madre le hizo sospechar, temiéndose lo peor. Sin mediar palabra, le quitó a su madre los zapatos, las medias... y, entonces, lo descubrió: tenía los dedos de los pies negros. Una ráfaga de olor a podrido invadió la habitación. Un líquido fétido brotaba de los dedos del pie. Era la excreción de la carne. Llamó al doctor Carretero de inmediato, con dedos temblorosos. Mientras, el olor a carne necrosándose, un olor intenso, un olor a muerte, se extendía por toda la habitación.

A los pocos minutos, el médico estaba en casa. Tras examinar a Lolita, llamó a su hija aparte y le dio su veredicto:

—Es gangrena gaseosa. La pierna está gangrenada... Hay que cortarla. No hay otra solución. Si no lo hacemos, se extenderá por todo el cuerpo. Es una enfermedad invasora y puede provocar un choque séptico.

—¿Cortar la pierna? —repetía Conchita sin asimilar el contenido de esas palabras—. ¿Cómo es posible? Pero... ¡ha tomado los medicamentos! Yo se los he dado todos los días, ¡todos!

—La enfermedad es así. Es implacable. A veces, los medicamentos no la pueden detener y avanza por el cuerpo como lava arrasando una montaña. Por eso hay que cortar, y tenemos que hacerlo ahora, aquí mismo. Corre riesgo de muerte. Necesito una autorización. Tu hermano, tu tío...

—Mi hermano no vive en Huelva. Mi tío no está en casa... Yo soy la única que está aquí.

Conchita sabía que tenía que tomar una decisión, y que tenía que hacerlo ella sola. La vida de su madre estaba en sus manos. Sentía miedo, miedo a equivocarse, pero, al mismo tiempo, la recorrió una oleada de valentía que violentamente se formó dentro de ella, empujándola a tomar una decisión sin vacilar.

—Ya, pero... Pero tú no eres mayor de edad —cuestionó el médico.

—No, no soy mayor de edad, pero soy su hija. Yo le autorizo. Córtesela. ¡Córtesela ya, pero sálvela! Por favor, sálvela —le suplicó—. No deje que se muera.

El médico no dudó demasiado, el tiempo corría en contra de una vida. Dio a firmar a Conchita unos papeles mientras llamaba para pedir la asistencia necesaria. Al cabo de treinta largos minutos, entró el Tite, que todavía no sabía nada. Una enfermera llegó al mismo tiempo con material quirúrgico.

—Hay que prepararlo todo: alcohol, sábanas limpias, instrumentos, anestesia...

—No se preocupe. Enseguida estará todo a punto —aseguró la enfermera.

—¿Por dónde van a cortar? —quiso saber Conchita.

—Por encima de la rodilla.

—¿Por encima de la rodilla? Pero... ¡si solo tiene los dedos gangrenados!

—Hay que cortar por una parte que esté totalmente sana. Cuanto más arriba, mejor. Lo siento.

Conchita salió de la habitación, el médico no le permitió quedarse. El Tite la acompañó; sus manos se apretaron con fuerza durante largo rato. Cuando volvió a entrar, la impresión fue tremenda: vio la silueta de la pierna de su madre sobre una mesa; una manta la tapaba. Enfrente, en la cama, yacía su madre inconsciente. Lolita tenía cincuenta años.

Pasó toda la noche sentada junto a la cama de su madre. Una infección le había producido fiebre. Las horas se escurrían y la fiebre no remitía. El médico estaba preocupado; no paraba de preguntarse si hubiese debido llevarla a un hospital. Pero sabía la respuesta. Hubiera muerto en el camino. Se respondía a sí mismo para convencerse de que había hecho lo correcto. A pesar de ello, se atormentaba repasando las horas previas a la intervención, hasta que se sentó en una silla y se le cerraron los ojos. Cuando volvió a abrirlos, ya era de día. Conchita seguía en el borde de la cama; hablaba a su madre. La fiebre había remitido. Lolita se había despertado, encontrándolo todo oscuro. Al reconocer a su hija, la habitación se había iluminado.

—Mamá, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, cariño. Gracias a ti.

—Gracias a mí, no, mamá. Será gracias al médico, a tu querido Carreterito. Te dio medicamentos y, al final, te han hecho efecto. Ya verás qué pronto te pones bien. ¿Qué te apetece, tienes sed? ¿Te traigo un vaso de agua?

—No, estoy bien —respondió, con tono cansado—. No tengo sed, ni quiero agua, ni más medicamentos; solo quiero que estés tú a mi lado y que me rasques la pierna. Me pica un poco y me cuesta moverme...

Entonces vio la expresión de Conchita, vio las inyecciones en una bandeja sobre la mesa de noche. Un olor a tierra mojada se colaba por la ventana, mezclándose con el olor a alcohol y medicamentos, y, de inmediato, recordó la cara de Eduardo, el amigo de su hijo en el hospital de Zaragoza. Recordó cómo le pidió que le rascara la pierna y cómo ella simuló que lo hacía... Y revivió el dolor que sintió. Así fue cómo lo entendió. Lo entendió todo.

—No está, ¿verdad? Me la han cortado.

Conchita se quedó bloqueada. No sabía qué decir. «¿Cómo eres tan lista, mamá?», acertó a pensar y, con toda la ternura de que fue capaz, susurró:

—No, no está, mamá. Ya no está... Lo siento. No había otra solución. Pero no te preocupes. No la necesitas, yo seré tus piernas... —dijo, intentando camuflar su profundo dolor.

—¡Anima esa cara, Conchita! No quiero verte así. ¿Qué más da? ¿Crees que me importa perder una pierna después de haber perdido a tu padre? ¿Después de perder a tu hermano? Mi pierna no me importa, hija, no me importa nada. Podían haberme cortado las dos: me hubiera dado igual. Las cosas de este mundo poco me importan. Solo me importas tú. Y lo único que me preocupa es ser una carga para ti, no quiero que cargues con esto. No quiero que tú seas mis piernas —se reclinó sobre la cama, con esfuerzo. Conchita agarró su mano—. Quiero que tus piernas sean mi vida, que tú vivas por mí, porque si tú tienes piernas es como si yo las tuviera. Quiero que salgas por las dos, que vayas a todas partes por las dos, que tu presencia sea un regalo para el mundo, que no te quedes en casa conmigo; quiero que camines, que corras, que transformes cada día, cada paseo cotidiano por el puerto en un día extraordinario, que conozcas gente y sitios nuevos y que, luego, me cuentes lo que veas, lo que descubras, lo que encuentres. Yo siempre te estaré esperando y te aconsejaré lo mejor que pueda. Porque si tú andas, entras, sales, conoces y descubres, es como si yo anduviera, entrara, saliera y descubriera. Tú y yo somos lo mismo.

Al ver a su madre tan fuerte, al ver que había perdido una pierna pero no el equilibrio, al ver que seguiría siendo su punto de apoyo, que no se derrumbaba, sintió que la angustia y el miedo que la atenazaban desde el día anterior se deshacían. Sin palabras, con unas lágrimas silenciosas humedeciéndole el rostro, se inclinó sobre su madre. La abrazó, recibió su abrazo. Solo pensó: «Gracias, mamá».

Tío y sobrina se turnaban para salir. Nunca la dejaban sola. La casa se llenaba de visitas, siempre había gente. Y cuando se iban, cuando las partidas de cartas terminaban, se apagaban las luces y se quedaban solas. Entonces Lolita, con su silla de ruedas, se retiraba a su habitación y se sentaba en la misma mesa, a la luz de su quinqué, y escribía, escribía a sus amigas y escribía al Gobierno. Tengo que insistir, se decía, soy una carga demasiado pesada para el Tite.

La señora viuda del general Campíns desea le concedan la pensión de su hijo Antonio Campíns Roda, teniente de regulares, muerto en acción de guerra en el frente del Ebro el día 1 de octubre de 1938.

Dicha pensión, que se solicitó a su debido tiempo, le fue denegada por no considerar a la solicitante pobre de solemnidad. Hoy que esta se encuentra inválida y con una pierna cortada a consecuencia de

una embolia, cuyo estado le origina grandes gastos, le es muy necesaria la pensión de su hijo muerto en el mismo campo de batalla a los diecinueve años.

*Dolores Roda
Viuda de Campíns*

Los gastos se habían disparado. Ahora necesitaban enfermera; tuvieron que volver a contratar cocinera y chica de la limpieza. Lolita sentía que ella y su hija eran una carga para su hermano.

Después de numerosas cartas, consiguió la pensión. Pero, como al parecer la desgracia no estaba dispuesta a abandonar a la familia, tuvo que devolverla a los dos años de haber empezado a cobrarla. No tenían derecho a recibir dos pensiones, y ya tenían la pensión del Tite; la explicación que pretendían dar era que no era pobre de necesidad. ¿Qué sabrían ellos sobre la necesidad? Lolita devolvió hasta el último céntimo.

20. *Nerón*

Huelva

Transcurrían los días y el aire olía ya a tarde húmeda de otoño. Conchita no esperaba nada cuando recibió una postal de Montreal. También había una carta. Era de Jean.

El sufrimiento de tantos meses sin tener noticias de él. Nada podría hacerlo olvidar. Pero el vacío que le dejó su partida sin despedida se volvió a llenar al recibir aquella carta. Las intermitentes noticias de Jean le hacían sentir que se perdía, que se encontraba y que de nuevo se volvía a perder. Nunca nadie sabe por qué, pero, si un corazón se mueve cerca de otro, tira de él como si estuvieran unidos en la distancia por una cuerda invisible.

El corazón de Jean se movía y le contaba en su carta que, durante dos semanas, fue al Club Náutico y al puerto y no la vio... Tampoco vio a ninguna de sus amigas. Después el *Pezopoulus* levó anclas y emprendió una travesía a Montreal para transportar materiales. En la travesía, de casualidad y a través del comentario de un miembro de la tripulación que era onubense, se enteró de lo que le había pasado a su madre. En la carta le explicaba lo mucho que lo sentía, diciéndole que él siempre estaría a su lado. También le relataba que había conocido a unas marquesas que vivían desde hacía tiempo en Nueva York pero que tenían la intención de viajar a España. En concreto, querían visitar Huelva, el lugar desde donde salió Colón. Él les preguntó si podían llevar un regalo para la madre de su novia. Las marquesas se ofrecieron amablemente; llegarían a Huelva en tres semanas. Y eso era solo el anticipo, porque en menos de un año volvería él personalmente a España.

Esa carta ablandó el corazón de Conchita, que olvidó las noches en vela esperando noticias suyas, los días esperando una llamada. Se emocionó con la idea de que dos marquesas vinieran a Huelva, a su casa... Pero su hogar parecía un hospital. Su madre, incapacitada; el Tite había envejecido en los últimos tiempos y estaba delicado de salud. Vivían en una casa sencilla de una calle sencilla, ¿cómo iba a recibir a las marquesas en ella? ¿Qué impresión se iban a llevar, acostumbradas al lujo que rodeaba a Jean?

Ese día, cuando se sentaron a comer los tres, le comentó a su madre sus preocupaciones, lo apurada que estaba; había pensado en que quizás sería mejor llevar a merendar a las marquesas al hotel París, en la plaza de las Monjas. Ese hotel les encantaría y ella quedaría estupendamente.

Su madre la miró con severidad.

—Que sea la última vez que te avergüenzas de lo que tienes. Nunca te achiques ni por tu casa ni por tu familia ni por tu dinero. Ni trates de aparentar más de lo que eres. Las recibiremos aquí. Lo mejor que puedes ofrecer es tu casa y tu familia. Siéntete orgullosa de quién eres y de lo que tienes.

Conchita no tuvo necesidad de replicar nada. Su madre tenía razón. Cuando llegaron a Huelva, las invitaron a casa y ellas se fueron encantadas con la hospitalidad de los onubenses. Vinieron

cargadas de regalos de parte de Jean; todos eran libros: *María Antonieta*, de Stefan Zweig; *El abanico de Lady Windermere*, de Oscar Wilde; *Una mujer sin pasado* y *El duque de ayer*, de El Caballero Audaz; *Sin patria*, de Pombo Angulo; *La casa de la Troya*, de Alejandro Pérez Lugín; *Su hora*, de Elinor Glyn; *Abajo las armas*, de la Baronesa Bertha von Suttner... Jean sabía lo mucho que le gustaba leer a Lolita. Pero nadie esperaba que las marquesas trajeran la biblioteca entera a su casa. Nada le pudo hacer más ilusión, Jean le había regalado vida.

Y el tiempo pasaba... Los años les iban arrugando la piel y desvelando los rincones que todavía permanecían ocultos dentro de ellos. El Tite había engordado y había perdido ya casi todo el pelo, excepto el bigote, que, aunque se había teñido de blanco, seguía igual de poblado. Y quizás fuera ese bigote acompañado de su labia habitual lo que hacía que mantuviera el mismo atractivo para las mujeres. Él nunca disimuló lo mucho que le gustaban, cosa que alguna vez le trajo algún problema con alguna de las señoras que venían de visita. Cuando llegaban las amigas de Lolita y de Conchita a casa, organizaban unas partidas de cartas que a veces se alargaban durante horas. Nunca faltaban risas, ricas meriendas y mucha emoción. El Tite, cada vez que llegaba, no podía evitar sentarse a la mesa con las señoras y señoritas y jugar una mano con ellas. Curiosamente, siempre se caía una carta al suelo. Entonces él, en un movimiento raudo, se agachaba para recogerla ante la mirada recriminatoria de su sobrina, que conocía la estrategia de su tío para ver de cerca las piernas de sus amigas.

—Tite, parece mentira... Con la edad que tienes, ¿es que nunca vas a cambiar? —le preguntaba su hermana con cierto tono de censura.

—Nunca —contestaba él, socarronamente, tratando de aguantar las ganas de esbozar una sonrisa.

Todas, jóvenes y mayores, reían ante las ocurrencias del Tite.

Conchita vivía con la ilusión de tener noticias de Jean. Sabía que no le convenía, pero, como ella bien conocía, el corazón tiene razones que la razón no entiende. Era consciente de que el abismo estaba delante de ella, de que la emoción y la ilusión no la dejaban ver el precipicio que se escondía un paso más allá. Pero ella prefería no mirar.

Y Lolita llevaba su calvario como podía... Las arrugas en la cara, los surcos debajo de los ojos y el pelo cano la habían convertido en una anciana antes de tiempo. Se sentaba a escribir delante de su escritorio y era como si viajara en el tiempo, como si corriera contra él. Volvía a andar, volvía a bailar. Tenía piernas, las que conquistaron a su marido; recordaba los piropos que le decían al caminar. Pero siempre que se perdía en esas evocaciones volvía con brusquedad al presente. Tomaba conciencia de que no podía correr contra el tiempo, de que estaba aquí y ahora, y le faltaba una pierna. Aparecían entonces de nuevo los pozos negros de su razón que le provocaban una angustia en la boca del estómago, obligándola a dejar de escribir. Se quedaba muy quieta y miraba por la ventana, observando abstraída a la gente que pasaba por delante de su casa, por su misma calle y su misma ciudad. Todos iban con prisas, pocos sonreían, solo los niños que jugaban en la puerta... La mayoría tenía cara de mal genio. Irían rumiando sus problemas, pensaba ella, sus quehaceres diarios, sus preocupaciones... Le gustaba imaginarse la vida de las personas que veía pasar: un caballero con sombrero, de mediana edad y con poblado bigote, preocupado porque no le llegaba el sueldo para cubrir los gastos de tantos hijos; una joven de piel

muy blanca y extremadamente delgada, melancólica porque su novio no le daba todo el cariño que ella necesitaba; una señora enojada estirándose el vestido porque, de refilón, había visto el reflejo de su figura en un escaparate y se veía gruesa... Pero ninguno de ellos se daba cuenta de que tenían piernas, de que podían moverse de un lado para otro, de que podían dirigirse donde quisieran sin depender de nadie. Podían correr, nadar, bailar. Ninguno se daba cuenta de lo mucho que tenían: motivos para esbozar una sonrisa eterna.

Uno de esos días en que, ensimismada, miraba por la ventana, vio cómo una ráfaga de viento arrancaba una piña de un árbol y esta golpeaba su ventana, quedándose encajada en el alféizar. Manejando su silla, se acercó a la ventana con cuidado con la intención de abrirla y tirar la piña, pero, cuando fue a cogerla, su sorpresa fue mayúscula al comprobar que no era una piña: era un pequeño gorrión que el viento había sacado de su nido. Todavía estaba vivo. Lo cogió con sumo cuidado y llamó a su hija:

—¡Conchita, mira! ¡Ven! ¡Mira lo que he encontrado en la ventana!

A los pocos segundos apareció Conchita, quien al verlo fue entusiasmada a buscar algodón. Construyeron un nido, dejaron al pequeño gorrión en él y después fueron a la cocina a cocer un huevo. Sacaron la yema, la macharon y la mezclaron con pan rallado; después impregnaron la mezcla en un palillo y poco a poco se lo dieron al pajarito. Primero, cada hora; después, cada dos horas, y así todos los días y todas las semanas. Había que alimentarlo fuera de la jaula, una jaula que Conchita compró con mucha ilusión. Le daban de comer directamente en la mano, por lo que se fue acostumbrando al contacto humano, al roce de los dedos en sus plumas. En poco tiempo volaba por toda la habitación, se posaba en el hombro, en la cabeza, en el dedo de Lolita, que, acercándolo a la jaula, dejaba que de un salto se metiese en ella. Le llamaron Nerón porque, siendo tan pequeño, les conquistó a todos y se quedó con ellos para siempre. Siempre subido al palo más alto de la jaula. Siempre mirando al cielo. El canto de Nerón dejaba huella en las palabras que escribía Lolita. Y las palabras de Lolita dejaban huella en el canto de Nerón. Si ella no estaba, él no cantaba. Nunca imaginó que un simple gorrión pudiera hacerle tanta compañía.

Había llegado el verano de 1944. La difícil situación que se vivía en el mundo apenas afectaba a Huelva, que mantenía su tranquilidad y su alegría. A Conchita le encantaba pasear por las tardes con su madre en dirección al puerto. Antes de llegar se paraban en el Café de las Palmeras, siempre animado y acogedor, con sus mesitas a la sombra de los toldos y de los pinos, rodeado de jardines. Allí se sentían embriagadas por ese aroma a café, a azahar y a sol andaluz. Se sentaban un rato y, al poco tiempo y con la vitalidad que le daban el sol y el café, Conchita cogía carrerilla y empujaba la silla de su madre a tal velocidad que enseguida estaban en el muelle. Llegaban justo a la hora en que todo se hechiza, esa hora del largo y mágico crepúsculo con el que se apaga el día en Huelva. Esa hora en que un sol sangriento va a morir a las cimas del Conquero dejando a su paso reflejos rosáceos que tiñen el mar de plata. Después llegaba el mejor momento para las dos, cuando surgían las primeras estrellas. Esa noche de verano aparecieron cinco formando una W: era Casiopea. Jean le había enseñado a reconocerla; era muy sencillo, siempre estaba visible si se observaba desde el hemisferio norte y siempre estaba al lado de la Osa Mayor. Conchita se hizo la sorprendida cuando Lolita se lo explicó, escuchando con atención, pero ya hacía tiempo que, en las noches despejadas, contemplaba Casiopea. Jean le había contado que él siempre veía la W

cuando estaba en Inglaterra, en Alemania... y que justo el extremo de la W marcaba el norte, aunque, en realidad, pensaba que a él le marcaba el camino de regreso a casa, ya que la imaginaba como la W de Welva, su particular forma de pronunciar el nombre de la ciudad. Ciudad a la que siempre quería llegar, en la que siempre se quería quedar.

Ojalá la esté viendo ahora tal y como la veo yo, pensó Conchita sin decir nada a su madre. Y bajo esas estrellas, los buques de guerra y los grandes mercantes parecían dormidos... Se oía el chapoteo de unos remos; a lo lejos, el canto andaluz de un joven marinero. Era el canto de un fandanguillo de la zona:

Tres cositas tiene Huelva que no las tiene Madrid: la Rábida y Punta Umbría y ver los barcos venir al amanecer del día.

Después de ese rato en que compartieron un silencio íntimo, regresaron a la calle Concepción, que de noche seguía llena de gente. Todos querían ver y dejarse ver. Las terrazas de los bares se abarrotaban: estaban tan concurridas que era difícil abrirse paso. Cuando abandonaron el bullicio del centro, y después de tomarse cada una un irresistible bocadillo de calamares, Conchita ya no pudo aguantar más.

—Mamá, Jean me dijo que mañana llegaría a Huelva... Pero no sé, me lo dijo hace un mes... No he tenido cartas. Ni ninguna noticia. ¿Tú crees que vendrá? ¿Crees que se acordará de mí? Conocerá tantas mujeres que querrán estar con él... ¿Por qué iba a volver conmigo? No tengo dinero, ni tengo mundo. Solo soy una mujer de provincia, con veintiún años, y ni siquiera soy guapa. Además, tengo una nariz que parece una porra.

—¡Qué tonterías dices! ¡Claro que se acordará y claro que vendrá! Estoy segura. Tú eres especial, Conchita. Con tus cosas malas y tus cosas buenas, pero no hay muchas como tú. Créeme, aunque se vaya a buscarlas a la Antártida. Pero si me equivoco y no viene, él se lo pierde. Ya vendrá otro y será mucho mejor... Te lo aseguro.

Después de una larga tarde de paseo y confidencias llegaron a casa tan contentas. Conchita se veía mucho más segura y optimista. Lolita sentía que podía acariciar con los dedos la belleza de una vida normal.

Cuanto más deseamos que algo llegue, más sorprendidos nos quedamos cuando finalmente sucede lo que tanto esperamos. Por eso, cuando al día siguiente llamaron a la puerta, Conchita no pudo ocultar su júbilo.

—¡¡Jean!! ¡Has venido, qué alegría! Pensé que no te vería.

—Te dije que vendría hoy, ¿no te acuerdas? ¡Vámonos!

—¡Sí, claro! Pero ¿cómo? ¿Dónde vamos?

—Vamos a la playa.

—¿Ahora? Meses sin vernos y lo único que se te ocurre decirme es que quieres ir a la playa.

—¡Sí! Acompáñame a la playa...

—¡Estás loco!

—Por ti —y le dio un beso.

Justo en el momento en que asomaba Lolita por el pasillo, Jean canturreó en alto:

—*Tres cositas tiene Huelva que no encuentro en Grecia: Conchita, su dulce voz y ver a su madre sonreír.*

—¡Qué guasa tienes, Jean! —dijo Lolita, con su marcado acento andaluz—. Veo que has aprendido mucho español.

—Tengo buena profesora —contestó, mirando a Conchita.

Y dicho esto se despidieron de Lolita, camino de la playa. Conchita se había acostumbrado a coger la canoa para ir a Punta Umbría. Casi siempre estaba llena de gente; cabían hasta trescientas personas, lo que convertía la travesía en algo bastante cotidiano. Pero esa mañana, al ser tan temprano, estaba casi vacía. La temperatura era suave, ni frío ni calor. Ellos iban en la proa y veían el agua como si fuera un cristal que se partiera en dos, formando olas de espuma, mientras un sol radiante enriquecía el paisaje con su baño de oro. Al fondo, el estuario del Odiel se llenaba de bandadas de gaviotas que alzaban el vuelo al pasar la canoa. A Jean el paisaje le pareció de una belleza extraordinaria. Conchita, en su compañía, sintió que lo veía por primera vez.

La playa, con su arena dorada por un sol implacable, estaba más vacía de lo habitual... Era tan extensa que Jean creyó que llegaba hasta Portugal.

Dieron un paseo, se salpicaron jugando y riendo como dos críos y se sentaron en la arena para admirar ese bello paisaje marino.

—Tengo que decirte una cosa —pronunció Jean, rompiendo el silencio.

—Dime.

—Me destinan a Nueva York.

—¿Qué dices?

—La semana que viene tengo que estar allí. He venido para decírtelo; dejo el *Pezopoulus* y me incorporo al *Atlantic Duke*.

—¿Estás bromeando?

—No, no bromeo. Sabes que la situación internacional ahora es muy complicada: el mundo parece desplomarse, se ha convertido en un volcán... Y a mí me necesitan allí. No puedo decir que no.

—Y vienes a Huelva... A mi casa... ¿Me traes aquí para decirme esto?

Conchita sintió que el mar se abrió bajo sus pies y la corriente se la llevaba sin poder hacer nada. No tenía fuerzas; se había quedado paralizada. Después de unos minutos, cuando fue capaz de reaccionar, su amor propio herido la obligó a levantarse, a coger su cesta y su toalla y, de manera muy digna, aunque rota de dolor por dentro, le dijo:

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que te deseo lo mejor! —y, girándose, se fue en dirección al embarcadero con la idea de volver a casa.

—¡Espera! —gritó Jean.

Conchita no se volvió y apretó el paso.

—¡Espera! —insistió él, alcanzándola y cogiéndola del brazo—. He venido a Huelva, te he traído hasta aquí, para pedirte que te vengas conmigo a Nueva York. Y que te cases conmigo.

Conchita se paró en seco. El dolor fue remitiendo poco a poco... Una oleada de alivio y felicidad se fue extendiendo por todo su cuerpo, como una mancha de aceite en el mar; después de unos instantes, se volvió y buscó su mirada.

Jean la miró con sinceridad, por fin sus ojos húmedos y brillantes se encontraron.

—¿Qué dices, Conchita? ¿Te casas conmigo?

Jean iría buscando la casa en Nueva York mientras ella se quedaría en Huelva haciendo los preparativos para la boda, ese era el plan; él volvería en tres meses y se casarían en la iglesia de la Concepción. Después partirían rumbo a una nueva vida, juntos. Todo el camino de vuelta en la canoa fueron haciendo planes: tenían tantas cosas de qué hablar y tan poco tiempo... Jean se marcharía en dos días.

Esa noche en su casa, durante la cena, les dio la noticia al Tite y a su madre.

—¿A Nueva York? —repitió incrédula Lolita—. No lo dirás en serio.

—¡Estamos en medio de una guerra mundial! ¿Y tú te quieres ir a Nueva York? —añadió el Tite.

—Sí, así es. Me iría donde fuera con tal de estar con Jean.

—Conchita, yo solo quiero que seas feliz —dijo Lolita—, pero ¿has pensado que él se irá a navegar y tú te quedarás sola en una ciudad enorme, sin conocer a nadie, sin hablar bien el idioma? ¿Estás segura de que es eso lo que quieres? Allí estarás sola. Y además casi no os conocéis; no puedes estar tan segura.

—¡Mamá! Nunca estaré sola si sé que Jean está pensando en mí. Y si nos conocemos; nos hemos escrito durante dos años. No hace falta ver a una persona todos los días para conocerla, para quererla... Además, me ha dicho que me presentará a las mujeres de sus compañeros; serán mis amigas.

—Conchita, tienes solo veintiún años... Esas mujeres serán todas mayores, tendrán otra cultura, otras costumbres.

—¡¡Mamá, ya está decidido!!

—Bueno, pues muy bien, hija. Si tú eres feliz así, mañana mismo empezamos con los preparativos. No te preocupes, todo saldrá perfecto... Ya lo verás.

A la mañana siguiente se despertaron todos pronto; era un día triste y gris, llovía ligeramente. Las nubes lo desdibujaban todo en la calle y en casa. Conchita ayudó al Tite a levantar a su madre. Lolita había adelgazado mucho y su hermano la levantaba con una facilidad no exenta de delicadeza; el muñón había cicatrizado bien, pero a Conchita se le encogía el corazón cada vez que lo veía. Una vez en su silla, la aseó, le embadurnó el cuerpo de crema y la peinó. Se esmeró todo lo que pudo por dejarla guapa. La miró y se asustó. La imagen que acogieron sus ojos no era la de su madre. Era la de una anciana. Lolita se estaba consumiendo. Ese día tenía la mirada perdida.

—Me ha escrito tu hermano... Dice que el clima seco de Madrid le sienta muy bien a Berta y que el embarazo transcurre con total normalidad. Ser padre le hace inmensamente feliz. Pido a Dios que todo vaya bien.

—Todo irá bien, mamá, no hay de qué preocuparse.

Pero fue consciente de que las palabras de ánimo no la alegraron como otras veces. Ya no recuperaba el brillo en los ojos. Su mirada seguía triste.

La llevó a la cocina y desayunaron juntas.

—Yo no voy a comer mucho. Tengo que mantener la línea; quiero elegir el traje más bonito del mundo. Voy a impresionar a Jean. He pensado empezar a mirar ya esta semana.

—Muy bien... Si quieres, yo te acompaño cuando tú me digas.

—Claro, mamá. No hay mejores consejos que los tuyos. Pero, dime, ¿qué te pasa?

—Nada. Solo me preocupa que no estés en España cuando nazca tu sobrino.

—No le des importancia a eso. Vendré, vendremos mucho a España, ya lo verás.

Pero al decir esto Conchita supo que no era verdad, que el mundo estaba en guerra y desconocía qué iba a pasar. Podían transcurrir años sin volver a España.

En ese momento, desde el baño, llegaba el eco de la tos seca de su tío: llevaba días con mucha tos, solía padecer de bronquitis. Y, entonces, Conchita se asustó. ¿Y si le pasaba algo a su tío? Últimamente tenía muy mal aspecto, estaba pálido y con muchas ojeras; ya estaba mayor, cada vez más torpón.

¿Qué sería de su madre si a él le ocurría algo? ¿Quién cuidaría de ella? ¿Y quién cuidaría del Tite? Él, que lo había sacrificado todo por su madre y por ella desde que murió su padre... Su hermano Guelín estaba en Madrid. Ya bastante tenía con ocuparse de su carrera y de su propia familia, no podía pedirle que viniera a Huelva. Una angustia le subió desde la boca del estómago y se le instaló en la garganta. Empezó a pensar que era una egoísta, que no podía dejar en esas condiciones a su madre, que sin ella se apagaría como una vela. Tampoco podía dejar a su tío... Con esos remordimientos no podía empezar una nueva vida, no tendría la conciencia tranquila. No sería feliz.

Llevó a su madre al cuartito moruno y dejó la silla de ruedas, donde estaba sentada Lolita, junto a la mesa.

—Mamá, necesito apuntar las cosas que tengo que hacer. ¿Te importa que arranque una hoja de tu cuaderno?

—Coge las que quieras, cariño... El cuaderno es tuyo. Pero déjalo luego donde lo has encontrado. Tienes la habilidad de cambiarme siempre las cosas de sitio.

—Sí, mamá.

Conchita se fue a su habitación. Se recostó en la cama y con una pluma escribió en la hoja en blanco cuatro líneas con la mejor caligrafía de que fue capaz. Escribió las palabras como le salieron, sin pensarlas ni procesarlas, directas del corazón al papel... Luego la metió en un sobre y salió de su cuarto.

Al salir, se cruzó con el Tite en el pasillo. Se fijó en que también él se había convertido en un anciano: tenía el bigote totalmente blanco, la frente llena de surcos y le habían salido unas marcadas bolsas alrededor de los ojos.

—Salgo un momento a ver unas tiendas, ahora vengo.

—¿Preparativos de la boda?

—Sí, eso. Preparativos.

—Vale, pero ¿volverás para comer? Ya sabes cómo se preocupa tu madre.

—No sé si llegaré a comer, pero no me esperéis por si acaso. Puede que vaya a comer a casa de Piluqui.

—No tardes mucho. Esta tarde tengo que salir yo... No me vayas a dejar aquí esperándote y luego no llegue a mi cita con mis antiguos compañeros de aduanas —reclamó el Tite, con cierto tono de reproche.

—No te preocupes —contestó ella, mientras le besaba suavemente la mejilla.

Y salió de casa deprisa. Miró al cielo. Una ligera lluvia caía sobre Huelva. Era como si un tupido velo cubriera la ciudad entera haciendo desaparecer todos los matices, haciendo perder todos los colores.

Se dirigió a la calle Concepción y, una vez allí, corrió hasta llegar a la calle de la Marina. Bajó hasta el puerto y se dirigió al Club Náutico, a la cervecería. Estarían allí, allí habría alguien.

Preguntó al camarero. No estaban; no había bajado ningún marino todavía. Salió del recinto y se acercó hasta el muelle. Aquí estaba, despertándose, el *Pezopoulus*, majestuoso. Había dejado de llover; el cielo se había despejado por completo. Un nítido horizonte contrastaba con el intenso azul del agua, un azul que oscilaba entre añil y verde esmeralda. Y mientras, a lo lejos, cerca de la playa de Punta Umbría, unos tímidos y tenues rayos de sol descomponían como si fuera un caleidoscopio todos los colores del mundo. Dos marineros saltaban a tierra desde un bote cuya presencia no había advertido hasta ese momento.

—Disculpen, ¿son de la tripulación del *Pezopoulus*? —les preguntó Conchita tímidamente, mientras ataban los cabos a los amarres.

—Sí, señorita. Acabamos de saltar a tierra para cargar más materiales. Zarpamos mañana rumbo a América.

—¿Conocen al capitán Jean Kyriakon?

—Sí, claro. El capitán Kyriakon es nuestro capitán.

—¿Le pueden entregar esta carta?

—Por supuesto.

—Asegúrense de que la lee, por favor. Es importante. Y díganle que no espero respuesta.

Conchita regresó a casa después de comer, pero no paró en casa de Piluqui como le había dicho a su tío; no comió en ningún sitio. Había perdido el apetito, durante ese día y para los meses siguientes, de tal forma que adelgazó y después enfermó. Un ganglio en el pulmón la tuvo un mes en la cama. Al final, gracias a los cuidados del doctor Carretero, de su madre y de su tío, se recuperó. Pero ya no era la misma: seguía débil, muy delgada y tremendamente desmejorada. Su madre estaba preocupada. Poco a poco, se fue adaptando otra vez a su vida. Sus amigas fueron sus confidentes y su mejor apoyo, sobre todo Piluqui, que se convirtió en una pieza indispensable en el engranaje que formaba su vida. Sin ella, la maquinaria que se ponía en marcha cada mañana no funcionaría. Y así, cuando la peor parte había pasado, cogían juntas la canoa para ir a Punta Umbría, se bañaban en la playa y nadaban hasta muy lejos, tan lejos como el primer día que se habían conocido. Nadar juntas las unía más que ninguna otra cosa en el mundo.

Así transcurría el tiempo, hasta que un día su madre en la comida, con un tono desenfadado, anunció la primicia.

—Tu tío y yo tenemos una noticia que darte.

—¿Qué noticia?

—Nos mudamos, nos trasladamos. Nos vamos a Madrid.

—¿Qué? ¿Madrid? Pero si Madrid no tiene mar. En Madrid no hay puerto. ¿Por qué a Madrid?

—¡Conchita, qué cosas dices! Claro que no hay mar ni puerto. Por eso nos vamos allí. El ambiente seco te vendrá bien. A todos nos vendrá bien. Allí están tu hermano y tu sobrino.

Estaremos todos juntos. Tendremos más facilidades médicas para mi enfermedad... Además, en Madrid tú podrás estudiar lo que quieras. Conocerás gente nueva, harás otras amistades... Ya verás cómo te alegrarás.

—No, mamá, no me alegraré —contestó con decepción—. Me quedé aquí por ti, por vosotros. No me fui con Jean para no dejarte sola. Ahora no me puedes hacer esto; no podemos irnos de Huelva. No podemos irnos de aquí. Están mis amigos, los lugares que me gustan... Aquí tengo mi vida. Quizás no es lo que tú quieres para mí, pero es mi vida, mamá, es mía. Y estoy harta de que siempre decidáis por mí.

Salió de casa bruscamente. Echó a correr, como si correr fuera lo único que le calmara, y así siguió hasta que llegó al muelle... Se apoyó en la barandilla y allí miró al horizonte, miró al mar. Buscó el *Pezopoulus*. Pero no estaba. El *Pezopoulus* nunca volvió a fondear en el puerto de Huelva. Ella tampoco volvió allí después de ese día. Unas gaviotas, en ese instante, desplegaron sus grandes y blancas alas y emprendieron el vuelo. Mientras se alejaban, se acercaban los acordes de una vieja canción, canción que, como una broma del destino, el mismo que parecía jugar siempre con ventaja sin dejar elegir, era la misma que sonaba el día que bailaron en el mar...

*Ni un lejano barquichuelo que mirar,
ni una blanca gaviota sobre el mar...
Yo tan solo recordando la aventura que se fue,
la aventura que en tus brazos amorosos disfruté,
bajo el palio sonrosado
de la luz crepuscular.
Mirando al mar soñé
que estabas junto a mí.
Mirando al mar yo no sé qué sentí,
que, acordándome de ti, lloré.*

El rumor del agua, golpeando la pared del muelle, le provocaba nostalgia, le producía tristeza. Echaba de menos la risa de Jean, su acento extranjero, su forma de escucharla, de mirarla. Ese rumor de olas le hacía sentir el vacío que su ausencia había dejado en ella. Un vacío que, al dejar Huelva, se hizo más grande, convirtiéndose en un espacio de tiempo infinito que paralizó su vida durante muchos meses, dejándola sin color, sin sonido. Era el silencio del adiós.

21. *La paz de los espíritus*

Madrid

Madrid había cambiado mucho. Los estragos de los tres años de guerra se reflejaban como cicatrices en los edificios y en los monumentos. La posguerra y el aislamiento internacional se palpaban en el aire que se respiraba. La ciudad se había empobrecido. Había dado un paso atrás. La familia Campíns había alquilado una casa en la calle Máiquez, 29. A Lolita siempre le gustó el teatro; por eso, le entusiasmaba vivir en la calle que llevaba el nombre de Isidoro Máiquez, uno de los mejores actores españoles entre 1791 y 1820, y que en sus registros tenía la misma facilidad para hacer reír que para hacer llorar. Goya le dedicó más de un retrato. Máiquez fue perseguido por liberal y afrancesado y desterrado a Granada, donde se apagó un mes después de su llegada; murió pobre, delirando y recitando.

La casa de la calle Máiquez era un bajo que hacía esquina con Doce de Octubre. Tenía muchas ventanas al exterior; gracias a ello, a pesar de su condición de bajo, era muy luminoso. Tenía un portal muy amplio sin escaleras, lo cual facilitaba el acceso. A Conchita no le costaba nada sacar a su madre en la silla y dar largos paseos por el Retiro; solo tenían que bajar la calle Doce de Octubre y, en pocos minutos, estaban en el pulmón de Madrid: así llamaban todos al magnífico parque que tenían tan cerca de casa. Les encantaba llegar hasta el estanque, pasear por el Palacio de Cristal, dar una vuelta por la estatua del Ángel Caído, hacer fotos en la Rosaleda y acabar en la Casa de Fieras tirando pan a los monos y cacahuets a los elefantes.

Incluso había días, especialmente cuando venía su hermano Guelín con su familia, que entre todos sacaban a su madre al teatro. Siempre llegaban los primeros y se iban los últimos para que nadie los viera entrar o salir. Pero eran pocas las ocasiones en que eso ocurría.

—Mamá, ¿quieres que merendemos en la Gran Vía después del teatro? El Tite quiere llevarnos al Café Zahara; ya sabes lo que le gusta tomarse allí un chocolate con churros mientras departe con los fieles tertulianos. Me ha dicho que hoy quiere ir allí con nosotras.

—No, Conchita, no insistas. Sabes que no me gusta ir a restaurantes ni a cafeterías. No me gusta toda la parafernalia que hay que montar para trasladarme hasta allí. No quiero molestaros ni quiero inspirar lástima a los demás.

Lolita era tan cabezota en ese aspecto que a menudo se salía con la suya. Solían comer casi siempre en casa, una casa que, por las tardes, se llenaba de gente que acudía a visitarla y se quedaba atrapada allí durante horas, entre conversaciones estimulantes y desafiantes partidas de cartas.

Conchita estaba satisfecha con su nueva vida. Tenía la conciencia tranquila. Había hecho lo que tenía que hacer (aunque en un primer momento eso no coincidiese con lo que quería), que era mudarse a Madrid con su madre y su tío. A fin de cuentas, los quería y le gustaba vivir con ellos. No necesitaba mucho más. ¡Les debía tanto! No existía un vínculo mayor con nadie como el que

tenía con su madre. Y a su tío le quería tanto como a un padre. Sin embargo, a veces sentía que su vida en Madrid era demasiado rutinaria: iba a clases de inglés y francés para no perder su nivel, atendía a diversos cursos de mecanografía, hacía planes... Pero pensaba que no había nada importante en juego, que ya no había sueños. Había dado la espalda a los deseos, sentía que la vida iba muy deprisa y que a ella se le escapaba algo. Quizás la felicidad estaba en otra parte, en otra ciudad, con otras personas. Ese pensamiento la reconcomía por dentro. Le hubiera gustado saber escribir como escribía su madre, para poder desahogarse, para encontrar respuestas; pero no se le daba bien. Veía las palabras flotar cerca de ella pero no podía atraparlas, no podía hacerlas suyas para escribir sobre el mundo que veía, ese mundo que se le quedaba pequeño, y para escribir sobre el mundo que no veía, ese mundo que no conocía pero que sabía que existía y que ansiaba descubrir.

Por eso un día, exactamente igual que el anterior y que sería igual que el siguiente, no aguantó más y se armó de valor. Aprovechó la hora de comer. Estaban los tres sentados en la mesa.

—Mamá, voy a trabajar —anunció, de manera tajante.

—¿Qué has dicho? —preguntó incrédula su madre.

—Que voy a empezar a trabajar.

—¿Será una broma?

—No, no es una broma. Hablo muy en serio.

—Eres una señorita. Las chicas de tu clase no trabajan y tú no necesitas trabajar, no te falta de nada —dijo Lolita, sin esconder cierto malestar.

—Conchita, ¿cómo se te ocurren esas ideas? Sabes que, mientras yo viva, no te faltará de nada. Si necesitas algo más, solo tienes que pedírmelo —dijo el Tite, para reforzar la posición de su hermana.

—Ese es precisamente el problema, que no quiero pedírtelo. Ya has hecho bastante por nosotras. Es hora de que te devuelva, por lo menos, parte de lo que nos has dado.

—No hace falta que te diga que eres más que una hija para mí. No tienes que devolverme nada. ¿Cómo se te ocurre decirme eso? No entiendo a qué viene esto ahora.

—Pues viene porque quiero sentirme útil, quiero demostrar que puedo valerme por mí misma.

—No tienes que demostrar eso a nadie.

—Sí, Tite, me lo tengo que demostrar a mí misma.

—Conchita, ¡déjate de tonterías! ¿Por qué no sales con Fernando? No para de llamarte — propuso Lolita, en un intento de rebajar la tensión que empezaba a flotar en el ambiente.

—Mamá, no salgo con Fernando porque no me gusta.

—Pues es un chico culto, serio y te quiere...

—Sí, me quiere, lo sé. Y yo le aprecio como amigo, pero no me gusta como hombre. Además, por si no lo sabías, es más joven que yo.

—¡Vaya...! ¿Y no conoces a ningún Miguel? ¿No tienes ningún pretendiente que se llame Miguel?

—¡Y dale con Miguel! ¡Mira que eres pesada! Para tu información, te diré que conozco a un Fernando, a un José María y a un Carlos. Pero no conozco ningún Miguel ni tengo intención alguna de conocerlo.

—Es una pena... —lamentó Lolita, en voz baja.

—La pena es que no paras de preguntarme por pretendientes, mamá.

—¿No seguirás pensando en ese griego? —preguntó con tono de curiosidad su tío.

A Conchita esa pregunta le quemó como si le hubiera caído encima agua hirviendo. Reaccionó subiendo el tono de voz.

—Lo único que pienso y lo único que quiero es sentirme un ser útil. Quiero levantarme cada mañana con un propósito, con la obligación de salir a la calle, de ofrecer lo que sé, de estar informada, de cumplir un horario; quiero llenar las horas del día y despertarme con la sensación de que todo puede suceder, de que puedo esperar todo de la vida: trabajo, amor, inspiración. Quiero disfrutar de la belleza de lo inesperado, de la magia de lo desconocido. Y aquí, encerrada en casa todo el día, me ahogo. Me ahogo.

—Bueno —concedió su madre tras un silencio—. Si estás tan ahogada, no te voy a impedir que hagas lo que quieras, pero... ¿se puede saber en dónde piensas trabajar?

—En el Ministerio del Ejército. Fernando me ha dicho que es fácil entrar como secretaria si eres huérfana de guerra.

—¿Y qué harás allí? ¿Entre tanto hombre? —preguntó inquieta su madre.

—Mamá, seré secretaria y haré lo que hacen las secretarias: escribiré cartas, archivaré, cogeré el teléfono, pasaré a máquina documentos, haré traducciones de inglés y francés...

—Pues si es eso lo que quieres, ya te he dicho que no te lo voy a impedir. Haz lo que te parezca. ¡Allá tú! —zanjó Lolita con tono severo y gesto de indiferencia.

—A mí tampoco me gusta la idea —añadió el Tite, en un tono más amable, pensando que quizás con el tiempo se le pasarían las ganas—. No creo que sea adecuado a tu clase convertirte en oficinista. Te estás rebajando a trabajar de secretaria sin tener necesidad. Por lo menos tómate un tiempo, medítalo.

—Lo siento, Tite. La decisión está tomada. Pretendo empezar tan pronto pueda. Solo trabajaré por las mañanas. Por las tardes me quedaré en casa para que tú puedas salir.

Y fue así como Conchita se salió con la suya y le cambió la vida. Los días ahora tenían el sabor de quien se siente útil, de quien tiene obligaciones fuera de casa, de quien goza de una vida más llena. Los militares cada día estaban más contentos con ella; su madre y su tío, cada vez más disgustados.

El Ministerio del Ejército estaba en frente de la Cibeles, hacía esquina en Recoletos con Alcalá. Era el antiguo palacio de Buena Vista, que en otro tiempo había pertenecido al valido del rey Carlos IV, Manuel Godoy, quien, a pesar de haber invertido en su acondicionamiento y decoración, nunca llegó a vivir en él. Cuando Conchita lo vio por primera vez, se quedó admirada. Era inmenso, como el frondoso jardín vallado que lo rodeaba. Se levantaba muy temprano para llegar con tiempo. Cuando entraba por la magnífica puerta de la calle de Alcalá, se sentía alguien importante.

Al terminar su jornada laboral, solía dar un paseo por Recoletos: le encantaba ver los cafés y las terrazas llenas de gente. Continuaba bajando hasta llegar al paseo del Prado y, justo antes de llegar a Atocha, se detenía en un elegante hotel, el hotel Nacional, donde reponía fuerzas tomándose un aperitivo rodeada de suelos de mármol, escaleras de forja y cromadas cristaleras y

vidrieras, antes de coger el autobús. Otros días, sin embargo, volvía a casa andando. Caminaba por Recoletos hasta Colón. Allí cogía la calle Goya hasta llegar a Narváez. Acelerando el paso, cruzaba los bulevares de Ibiza y Sáinz de Baranda y llegaba al número 29 de la calle Máiquez, donde su madre la esperaba para comer.

Era el mes de marzo, se acercaba la primavera y estaba contenta. Cuando llegó a casa, su madre y su tío la estaban esperando para comer, como de costumbre. Pero algo pasaba. No le preguntaron qué tal el trabajo ni qué novedades había por el ministerio... Nada. No decían nada en absoluto.

—¿Qué os pasa? —preguntó Conchita—. ¿Por qué no me contestáis?

—Hemos leído en el *ABC* que ayer murió Queipo de Llano, en el cortijo que le regaló el Ayuntamiento de Sevilla —carraspeó el Tite con la mirada perdida.

—Vaya. ¿Y dónde lo entierran?

—Lo enterrarán hoy con todos los honores en la Basílica de la Macarena, muy cerca de donde tu padre fue fusilado —dijo Lolita, incapaz de reprimir un gesto de dolor.

—Su cuerpo estará en la Macarena, pero su alma se pudrirá en el infierno.

—¡Conchita! No te he educado para que hables así.

—Pero, mamá... ¿No te alivia saber que está muerto?

—No, no me alivia. No me alivia la muerte de nadie. Ni siquiera la de ese señor.

—La verdad es que no te entiendo... ¡Siempre tan resignada!

—¿Me hubiera servido de algo no serlo? —preguntó, clavando la mirada en la de su hija—. ¿Qué crees que hubiera conseguido?

—Defender la memoria de papá —sentenció Conchita.

Y a Lolita se le encogió el corazón.

—Bendice la mesa, Conchita, por favor —dijo después de un tenso silencio, tratando de disimular su sufrimiento.

—¡Bendícela tú! Hoy a mí no me apetece.

—Señor, bendice los alimentos que vamos a tomar y a nosotros también —añadió el Tite precipitadamente.

Lolita pasaba las mañanas en una de las habitaciones que daba a Doce de Octubre. Le encantaba sentir el calor del sol que, magnificado a través de los cristales de la ventana, acariciaba su piel. Una amiga le había regalado un precioso pie dorado para colgar la jaula de Nerón. Y allí, en esa habitación del bajo de la calle Máiquez, 29, soleada y alegre, con su pequeño gorrión, su quinqué azul y su pequeño escritorio, había reinstaurado su rincón de lectura.

Escribir le ayudaba a soportar las contrariedades que se le presentaban, le ayudaba a pensar con claridad, le ayudaba a vivir... Sin embargo, ya no escribía a su querida amiga Carmen Berzosa; había muerto recientemente tras una larga enfermedad. Tampoco escribía reclamando ni preguntando nada. Sentía que el mundo empezaba a despoblarse de la gente que la quería, convirtiéndola poco a poco, al ritmo de las muertes, en una desconocida. Lolita ya era eso: una desconocida. Intuía que su lugar había dejado de estar en este mundo.

Y, por eso, escribía a sus hijos:

El día que yo no esté quiero que os ocupéis siempre del Tite, así podréis compensarle parte de lo

mucho que ha hecho por nosotros.

Tú, Conchita mía, ten resignación con las penas y contrariedades que te brinde la vida; ofréceselo todo a Dios y acuérdate de tu madre que tanto ha sufrido en este mundo y que, por Dios y por vosotros, ha procurado llevar su martirio con la mayor resignación posible. No creo haberlo conseguido y, por eso, pido al Señor que me perdone. No os olvidéis de rezar por mí, por vuestro padre, que fue el hombre mejor del mundo. Seguid siempre su ejemplo como caballero, como cristiano y como militar; rezad también por él, por nuestro adorado Toñín y por mis padres. Yo os bendigo a todos y espero, por la misericordia de Dios, veros a todos en el cielo.

Berta, hija mía, cuida de mi hijo y de mi nieto. Que mis niños sean santos y no me olviden,

Hoy, 26 de junio de 1953

—¡Mamá! ¿Qué escribes? —interrumpió Conchita.

—Nada —contestó Lolita, tapando lo que había escrito con la mano. No quería que su hija viera su testamento.

—Nerón está muy callado. Ponle la radio, ya verás cómo se anima... —le sugirió Conchita; siempre que su pequeño pájaro oía la radio se ponía a cantar y ya no había quién le callara.

Nada más encenderla sintonizaron un bolero de Jorge Sepúlveda y, pocos segundos después, Nerón empezó a cantar. Las dos se quedaron admiradas escuchando los cantos que tan armoniosamente se entrelazaban. De repente, Lolita le preguntó a su hija:

—Conchita, solo por curiosidad. Si tuvieras una hija, ¿cómo la llamarías?

—Mamá, lo sabes de sobra. ¡Lolita, como tú!

—Pues te voy a pedir un favor.

—Depende de lo que me pidas. ¡Miedo me das!

—Es muy fácil. Solo quiero que no la llames Lolita.

—¿Cómo? ¿No quieres que la llame como tú?

—Bueno, sí, pero con un matiz... Quiero que la llames María Dolores.

—¿María Dolores? ¿Cómo voy a llamar a una niña pequeña María Dolores? Es muy serio, de señora mayor.

—Hazlo por mí. Me gusta tanto este bolero... Es tan bonito y tan español.

Y Lolita, según llegaba a su oído el sonido de la música, empezaba a canturrear y a mover las manos.

—Es curioso cómo una pizca de poesía puede penetrar de tal forma en la mente —añadió, con los ojos entrecerrados—. ¿Te puedes creer que me hace sentir que puedo mover las piernas? La que me queda y la que perdí. Tengo tantas ganas de bailar...

Al decir esto, Conchita empujó la silla de su madre y empezaron a dar vueltas y a cantar, juntas, mientras sonaba el bolero de Jorge Sepúlveda.

Dios te ha dado la gracia del cielo...

y en tus ojos en vez de miradas, hay rayos de sol...

y olé y olé, envidia te tienen las flores, te mueves mejor que las olas

María Dolores, te canto un bolero...

—¡La llamaré como quieras, mamá! —le dijo Conchita a su madre mientras movía la silla al ritmo de la música. Estaba decidida a no ofrecer resistencia; no iba a molestarse por una batalla que no tendría lugar. Tenía treinta años y ninguna intención de casarse: era casi imposible que tuviera una hija.

Cuando acabó el bolero, Conchita le dijo a su madre que hacía un día precioso y que tenía que salir a ver el cielo, ese cielo tan azul que había por las mañanas en Madrid. En eso era mucho mejor que Huelva, donde casi siempre amanecía cubierto por un ligero velo que no se disipaba hasta bien entrado el día.

Salieron a la calle. Paseando por Doce de Octubre llegaron al Retiro, dieron una vuelta por el paseo de Coches y acabaron en el estanque. Allí se detuvieron viendo cómo una pareja subía a una barca; mientras ella coqueteaba, él no paraba de remar. Había algo fluorescente en la pareja que hacía que no pudieran apartar la mirada de ellos. Dicen que el amor y el dinero no pueden estar ocultos. Lolita, sin embargo, pensaba que el dinero se podía ocultar, pero que el amor se convertía en el ojo del huracán donde quiera que estuviera: no había manera de esconderlo. Después de un buen rato remando, el chico no pudo resistir más, se acercó a ella y la besó. Y, entonces, Lolita pensó en que nadie podía vivir sin amor, sin un poco de contacto físico, sin cariño. Conchita, que leyó el pensamiento de su madre y para evitar preguntas comprometidas, dijo repentinamente:

—Voy a comprar cacahuets. Espérame aquí.

Lolita se quedó contemplando admirada la estatua ecuestre del rey Alfonso XII que presidía el estanque. El retrato del joven rey a caballo, en posición de revista de tropas y con la afilada espada extendida hacia el suelo, siempre le había impactado. La verdad era que todas las esculturas de Mariano Benlliure le impresionaban. Recordaba que en Sevilla todas las veces se detenía ante la escultura de Joselito el Gallo y la miraba con el corazón en un puño. Pero esta todavía le gustaba más. Quizás fuera porque siempre sintió simpatía por Alfonso XII. Estaba convencida de que no había fallecido a los veintisiete años por tuberculosis; su vida se había apagado por lo mucho que echaba de menos a su joven esposa, muerta pocos años antes que él. Nunca somos tan poderosos como cuando estamos enamorados y somos correspondidos, y esa experiencia pone el listón tan alto que después de vivirla ya nada es igual, porque el amor hace a las personas tan fuertes que ningún viento las puede arrastrar, por muy fuerte que sople. Pero, cuando desaparece la persona amada, la otra se vuelve débil y cualquier brisa puede tumbarla. Eso era lo que, en realidad, le había pasado a Alfonso XII, y eso era lo que le había pasado a ella: después de haber perdido lo que más querían, la brisa que vino les tumbó.

Mientras Conchita aguardaba su turno en el puesto de venta de cacahuets, notó cómo alguien se le acercaba.

—¡¡Conchita Campíns!! ¡No me lo puedo creer! ¡Tú eres la hija de Dolores Roda! —exclamó con voz juvenil una señora mayor de aspecto elegante.

—Sí, soy yo —contestó Conchita, extrañada.

—No te acordarás de mí. Soy la viuda del general Sueiro; era compañero de tu padre: estuvieron juntos en el desembarco de Alhucemas y fue profesor en la Academia Militar de Zaragoza cuando tu padre era el jefe de estudios. No sabes cuántas veces te he visto corretear por el palacio de la Aljafería cuando eras pequeña —añadió, alborozada.

—¿Ah, sí? ¡Pues qué bien! —respondió Conchita, sin saber muy bien qué decir.

—Eres el vivo retrato de tu madre. Por cierto, ¿vive todavía?

—Pues ¡claro que vive! Está aquí conmigo. Me espera en el estanque.

—¡Pobre mujer! Lo que ha tenido que sufrir. Me gustaría mucho verla, después de tantos años...

Te acompaño, vamos a buscarla.

Conchita, que conocía a su madre, dijo inmediatamente:

—No, no se preocupe. Voy yo a buscarla y ahora pasamos por aquí.

—Muy bien, os espero. Estoy aquí, en esa terraza con unas amigas —dijo la señora señalando una mesa enfrente de ellas, llena de señoras igual de elegantes y de mayores que ella.

Conchita se fue corriendo a buscar a su madre mientras pensaba en la casualidad enorme que era que la hubiera encontrado, y en que quizás Lolita se pondría muy contenta al saberlo.

—Conchita, he dicho que no —fue su respuesta en cuanto se lo hubo contado—. No quiero verla.

—Pero, mamá. No lo entiendo; parecía que tenía muchas ganas de verte, se alegró mucho al verme a mí. Le he dicho que te iría a buscar y que nos pasaríamos a verla. Mira, está en la terraza del paseo cerca del Palacio de Cristal. ¡Venga! Vamos y luego visitamos el palacio.

—Pues no pasaremos. Ni por la terraza ni por el Palacio de Cristal. Empuja la silla en otra dirección y llévame a casa —dijo Lolita con gesto de enfado y de una forma tan autoritaria que Conchita no se atrevió a replicar—. Insisto: no quiero verla ni ahora ni nunca.

Con el paso del tiempo, Conchita se había acostumbrado a Madrid, a sus calles luminosas y alegres, a su cielo azul y su clima seco. Algunas veces, cuando salía de trabajar, volvía a casa cruzando el Retiro. Le encantaba caminar sola entre los castaños de indias, escuchando el susurro que el viento dejaba al soplar cerca de ellos. Grababa el momento en su retina y en su oído para así hacerlo suyo para siempre. También le gustaba pararse frente a la estatua del Ángel Caído. Le sorprendía cómo podían haber hecho una estatua al demonio. Y era esa la única estatua al demonio que había en el mundo entero. Se quedaba pensativa, mirando los chorros de agua que salían de las cabezas de los monstruos que decoraban el pedestal de la estatua. Antes de llegar a casa, los días de frío, compraba un cucurucho de castañas asadas en el puesto de Narvárez y se lo llevaba a su madre. Le encantaban las castañas asadas.

Sin embargo, había otros días en que entraba en una iglesia pequeña, una iglesia que no parecía tal: parecía una simple casa más. Estaba camuflada entre edificios iguales, señalada solamente con el número 11 de la calle Recoletos. Por fuera, nada la diferenciaba del número 15, pero al entrar todo cambiaba. Podía sentirse que Dios estaba cerca. Estaba allí y no en otro sitio. Lo que más le llamó la atención fue el nombre de la iglesia. Se llamaba como ella. Ese día, un 14 de febrero de 1956, había entrado para pedir por su madre. Llevaba días delicada: su salud se iba deteriorando y Conchita estaba preocupada. Una monja colocaba flores en el altar. Era una mujer menuda, pero las arrugas de su cara y su pelo canoso delataban la huella que los años habían dejado en ella. Le sonrió. Su sonrisa le conmovió, le transmitió paz. La siguió con la mirada. Y de repente se dio cuenta de que una de las flores que estaba colocando en el altar se había caído al suelo. Con sumo cuidado, se acercó y la recogió. Intentó devolverla a su lugar, pero la monja se

acercó, sonriente, y con una dulzura extrema le dijo: «Quédatala, hija, esta es para ti». Se miraron durante unos segundos como si se conocieran, como si un magnetismo especial las hubiera atrapado a las dos. La flor era un crisantemo color ciclamen. Cuando Conchita quiso agradecer su amabilidad, la monja había desaparecido ya tras una puerta.

Al salir, pudo ver en el reloj del palacio de Correos que ya eran las dos. Se había retrasado y no llegaría a tiempo para comer. Cruzó a la acera de enfrente para coger el autobús. Sabía que llegaba tarde, sin embargo no estaba preocupada; se sentía contenta, como embriagada por una sensación de paz, lo que le hizo ralentizar el paso. No tenía prisa. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Durante el trayecto en autobús, veía la sonrisa de esa monja anciana y menuda en cada cara de los pasajeros que estaban delante y detrás de ella. Como si el mundo entero le sonriera a la vez.

Finalmente llegó a casa. Otras veces iba apurada para no retrasar la comida. Ese día no le importaba llegar tarde. Abrió la puerta y entró.

—¡Menos mal que has llegado, Conchita! Tu madre hoy no ha querido levantarse de la cama en todo el día. La veo muy débil. Está rara —le comunicó el Tite con un gesto de preocupación, nada más verla.

A Conchita le mudó la expresión de la cara. Entró sin mediar palabra en la habitación de su madre. La encontró pálida, con la mirada perdida; tenía la cabeza apoyada en dos almohadas, pero aun así respiraba con dificultad.

—Conchita, dame la mano —le pidió con una voz muy débil.

—¡Claro, mamá! Ya estoy aquí —le dijo con inmenso cariño mientras le cogía y le besaba la mano.

—Conchita...

—Dime, mamá —y Conchita se inclinó sobre ella mientras le decía—: Ya verás cómo ahora que estoy aquí te animas; ya lo verás, mamá. Te voy a acercar a la ventana. Hace un día precioso para ser febrero.

—Dame un abrazo... —dijo Lolita con un hilo de voz.

—Mamá, ¡estás mimosa hoy!, ¿eh? —le dijo Conchita a su madre en tono irónico mientras se acercaba rebotando cariño.

Conchita la rodeó con sus brazos y pegó su cara a la de ella; permanecieron así minutos, muy pegadas, juntas nada más, abrazadas. Entonces sintió una respiración muy fuerte, más fuerte de lo normal, profunda y cavernosa, como si su madre intentara absorber todo el aire de la habitación en un esfuerzo ímprobo.

—¡Mamá! ¿Qué te pasa? ¡Mamá! ¡Abre los ojos, mamá! ¡Mírame...! ¡Mamá, hálame! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola, mamá...! ¡Ahora no, ahora no! ¡Hace un día precioso y todavía no lo has visto! ¡¡Tite, llama al médico!!

Las palabras de Conchita acabaron quebradas por el llanto, un silencioso y amargo llanto.

Mientras el Tite llamaba al médico, Conchita le hacía la respiración boca a boca a su madre, pero su corazón había dejado de latir. Su madre había muerto en sus brazos. Su cuerpo seguía en los brazos de Conchita, pero ella ya no estaba. Había ido a encontrarse con su marido.

Conchita, doblada por el dolor, se imaginó a su madre, pero esta vez de cuerpo entero, caminando con sus dos piernas, con sus tobillos finos y sus muslos bien contorneados como siempre los había tenido y corriendo ligera en un precioso día azul: iba en busca de Miguel. Él la estaba esperando, le tendió la mano, la cogió en brazos y le dio vueltas, jadeantes los dos, con la respiración entrecortada por ese deseo tanto tiempo contenido. Lolita reía mientras, en volandas, su marido la llevaba al sitio donde podrían retozar y bailar juntos para siempre. Sus corazones volvían a latir y sus almas vibraban al volverse a ver. Eran las cuatro de la tarde del 14 de febrero. Era el día de los enamorados.

Dentro de su infortunio, Lolita fue una mujer afortunada. Había sido amada, y ese amor paciente, verdadero y profundo que había recibido a raudales lo guardó en los rincones secretos de su alma y lo devolvió multiplicado por cien. La amaron con ternura infinita sus padres, que se desvivieron por ella antes de dejarla huérfana; la amó con una entrega absoluta su hermano, que no la dejó sola ni un minuto, convirtiéndose en el padre de sus hijos. Aunque conoció el dolor de la traición, sus verdaderas amigas la quisieron de forma incondicional, le pidieron consejo y ella siempre les irradió luz en medio de la noche como una lámpara encendida. En todo momento antepuso la amistad a cualquier otro interés. La amó su marido con un amor exultante, fundiéndose en la misma carne, una carne que mientras estuvieron juntos nunca perdió su ímpetu juvenil, su alegría de darse sin esperar nada a cambio. Y, sobre todo, la amaron con devoción sus hijos, a los que ella siempre adoró y trató de proteger. Pero el vínculo más fuerte siempre lo tuvo con su hija Conchita: vivió por ella, para ella y gracias a ella. De tal forma que para Conchita su madre se convirtió en su referente, en su mentora, en su guía; el amor que le profesaba traspasó las barreras del tiempo y del espacio, lo guardó intacto durante lo que le quedó de vida. Vida que, a partir de ese momento, vivió por las dos, no habiendo un solo día en que no se acordara de ella.

—Teníamos que haberla enterrado con papá —lamentó Conchita.

—No tiene sentido llevarla tan lejos —contestó el Tite.

—Nos lo pidió...

—Ya estarán juntos.

—Es verdad... Y nosotros solos, aquí...

—Nos tenemos el uno al otro, Conchita; no estamos solos.

—Ya... Mañana iré a trabajar.

—¿Mañana? Solo han pasado tres días.

—No puedo quedarme en casa... No lo soporto.

—Está bien, haz lo que quieras.

—Haz lo que quieras, nos tenemos el uno al otro, no estamos solos.... Palabras, solo palabras. Pues sí, estamos solos. Yo me siento sola: primero, mi padre; después, mi hermano; y ahora, mi madre. Ellos muertos y nosotros solos, solos y callados. A mi padre le traicionaron todos: sus amigos, sus colegas... Y tú, callado. Mis hermanos, callados... Queipo de Llano le mató. Fue él, y vosotros, como unos cobardes, no habéis hecho nada... ¡Nunca! Y por eso ha muerto mi madre. Ha muerto porque vosotros no hicisteis nada...

—Conchita, pero ¿qué estás diciendo? ¡No te consiento que me hables así!

—No habéis hecho nada, no habéis dicho nada: siempre callados. Nunca me dijisteis cómo fueron las cosas, nunca me contasteis la verdad.

—¿Cómo puedes decir que no hemos hecho nada? Fue la guerra, fueron las circunstancias. Son situaciones difíciles. La incertidumbre... La vida es así.

—¿La guerra? Y cuando acabó la guerra, ¿qué? Nunca he oído una palabra en contra de los que le traicionaron, nunca un deseo de ir a por el asesino de mi padre. ¿Es que no tuvisteis la valentía de coger un revólver y presentaros en su casa y pegarle un tiro? ¿Por qué no lo hicisteis? Mató a mi padre y él siguió viviendo como un rey. «El rey de Andalucía» lo llamaban. ¡No es justo! ¿Dónde está la justicia? No la divina, ¡la justicia! Tantas leyes que has estudiado, ¿para qué sirven? ¿Para qué? Dime para qué sirven...

—Conchita, tranquilízate. No hables así. Estás diciendo barbaridades, cosas que no sientes. Te arrepentirás.

—No, Tite. El problema es que sí las siento, es que siento remordimientos por no haber sido yo quien le arrebatase la vida a ese asesino... Tú conociste a mi padre, sabías cómo era. ¿Cómo has podido vivir tan tranquilo? ¿Cómo has podido olvidar y mirar para otro lado como si nada hubiera pasado? ¿Cómo has podido vivir sin ganas de venganza?

Y el Tite cambió el gesto. Se derrumbó. Ya no tenía sentido seguir fingiendo.

—No lo sé, Conchita. No sé cómo he podido seguir viviendo después de ver morir a tu padre. No sé cómo he podido seguir viviendo después de no haber conseguido salvarle. No sé cómo he podido... pero, si lo he hecho, ha sido solo por vosotros... ¡Por ti, por tus hermanos, por tu madre!

—¿Por qué nunca me dijiste nada? ¿Por qué nunca me dijiste lo que pensabas? ¿Por qué te callaste? Tendríais que habernos contado a mis hermanos y a mí lo que de verdad pasó. Estábamos en nuestro derecho a saberlo. ¡Quizás, si lo hubierais hecho, mi hermano no hubiese luchado y ahora estaría vivo!

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de decir eso, Conchita? Tu hermano era un soldado, lo llevaba en la sangre y hubiera luchado de cualquier forma. Y mírate a ti. ¿Acaso no has tenido una infancia feliz? ¿No has crecido en un ambiente agradable y querida por todos? Nunca sentiste rencor ni odio, ¿verdad? Dime, ¿es así? ¿Es así? ¿No? —insistió el Tite, endureciendo el tono—. Por eso lo hice, por eso callé... Por vosotros. Ni tu madre ni yo queríamos amargaros la vida; no podíamos hacer otra cosa. Tu hermano estaba en el Ejército. No podíamos dejar que crecierais con rencor, con odio, con deseos de venganza. Por eso nos callamos. A veces las cosas no son como te gustaría que fueran, como hubieras deseado, y te tienes que aguantar aunque cueste. Si hubiese estado solo, si no hubierais estado vosotros, no sé qué hubiera hecho... Pero estabais. Estabais y a vosotros he dedicado mi vida: a vuestra felicidad.

A Conchita se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que era verdad lo que decía su tío. Se estremeció, con un hilo de voz casi imperceptible dijo:

—Perdóname, Tite.

—Ven aquí, muñequita linda... —y, al abrazarla, Conchita sintió que también era su padre quien lo hacía.

La vida seguía, así tenía que ser. Conchita se enfundó en un luto riguroso y se recogió su larga melena rubia en un moño. Moño que a partir de entonces no se quitaría y que se convertiría en una de sus señas de identidad.

Intentó llenar con el trabajo el vacío que le dejó la muerte de su madre, pero no era suficiente: no había nada que pudiera ocupar el profundo agujero que le había dejado su dolorosa ausencia. Ese agujero se reflejaba en sus ojos, que habían perdido la chispa de alegría que siempre tenían.

Esa tarde, tres días después de la muerte de su madre, se acordó de Nerón. Entró en el cuartito donde escribía su madre y allí estaba la jaula. Pero, para su sorpresa, comprobó que la puerta de la jaula estaba abierta y la ventana también. No está, pensó. Se ha escapado. Corrió hacia la ventana y se asomó. Miró al cielo, ese cielo de donde descienden los pájaros y, entonces, sintió el mordisco de la duda. Se giró. Allí estaba. En el suelo de la jaula, tieso. Patas arriba. Muerto. Una voz interior enseguida le dijo: «Es tu culpa; no le has puesto agua, no le has puesto comida». Pero tenía agua. Tenía comida. Y estaba muerto.

Fernando se acercaba todas las tardes a la calle Máiquez. Los tres, ya que el Tite se les unía encantado, solían tomar café mientras hablaban de política, de teatro o de cualquier otro acontecimiento social. Fue un gran apoyo para Conchita durante esos meses.

Una tarde, Fernando se presentó con un sobre.

—Conchita, léelo. Es para ti.

—¿Para mí? —y, sin disimular su impaciencia, Conchita lo abrió y lo leyó:

A CONCHITA CAMPÍNS

De estética gallarda eres Conchita.

Inspiras sueños y derramas mieles

Modelo podrías ser de Pasteles

y Ave Phenix de Venus Afrodita

Propia estás y en sazón para la cita

orlada de azucenas y laureles

del dulce madrigal en que dos fieles

hacen boda feliz por Dios bendita

En tus ojos fulgura el sentimiento

de la mujer hermosa y soberana

que presa está en la red de sus decoros

Y discurre con claro pensamiento

cuánto vale y cuánta dicha gana

quien goce con su amor esos tesoros

Fdo.: Fernando González de Canales

Mientras Conchita lo leía, Fernando la miraba con ansiedad en busca de una reacción, una expresión, una palabra... Buscaba cualquier señal a la que agarrarse con la misma esperanza con que un naufrago busca agarrarse a cualquier cosa que salga a flote.

—Fernando, me has conmovido, pero quiero ser sincera contigo. Ahora no puedo comprometerme con nadie.

—Lo sé, Conchita. Lo sé. Pero eso no cambia que me preocupe por ti; tienes que salir de casa y distraerte, no puedes estar todo el día encerrada, eres muy joven...

—No tan joven, ya no soy una veinteañera.

—No importa la edad que tengas. Tú siempre serás joven.

—Muy galante por tu parte... ¿Sabes que está aquí mi amiga Cristina Sabrás, de Huelva? Ha venido unos días a ver a su hermano. Me ha preguntado que si quiero salir con ella; dice que será un rato, esta tarde a última hora, solo a dar una vuelta por Serrano. No sé qué hacer.

—Tienes que salir, Conchita. Sal con ella, ¡no lo dudes! Ya verás cómo te distraes. Cristina es muy animada: seguro que te hace reír. Además, verás gente y recuperarás la ilusión por las cosas. Tienes que sacudirte la tristeza y mirar hacia delante.

—Está bien. Me da pereza, pero te haré caso. Ahora la llamo y le diré que sí, que me voy con ella...

—Muy bien. Entonces, me marchó tranquilo. ¡Tite, cuida de esta flor, que está un poco mustia! —le dijo Fernando al salir. El Tite le hizo un gesto de complicidad y pensó: «Qué pena, se va un buen hombre».

Conchita salió, finalmente, esa tarde con Cristina. Llevaba un traje de chaqueta negro y una blusa blanca, pendientes de perlas haciendo juego con un collar que sensualmente le rodeaba el cuello. El moño alto italiano, recogido hábilmente con horquillas, le realzaba la figura y le daba un toque de distinción y elegancia. Cristina llevaba un traje verde, exactamente del mismo color que sus rasgados y expresivos ojos de gata, y que, además, contrastaba con su corta y favorecedora melena negra. Era la amiga más atractiva que tenía. Las dos juntas causaban sensación. Los chicos les decían que se parecían a Shirley Maclaine y Joan Fontaine.

—Desde que murió mi madre me cuesta dormirme por las noches —le contaba Conchita a su amiga mientras paseaban—. Empiezo a pensar, a dar vueltas a las cosas, me desvelo y no hay manera de conciliar el sueño.

—A mí a veces me pasa. Pero tengo un truco que nunca falla —contestó Cristina.

—Ya... Seguro que cuentas ovejas.

—Casi... ¡Cuento novios!

—¿Novios?

—Sí, hija. He tenido tantos que cuando llego al último, que además era el más aburrido, me quedo totalmente dormida.

Conchita recordó en ese momento a Manolo, el último novio de Cristina, y no pudo evitar soltar una carcajada, de esas que salen de dentro, que no se pueden reprimir. Ninguna de las dos podía parar de reír recordando lo guapo y lo insulso que era Manolo.

Y así, entre risas y recuerdos, caminaban cogidas del brazo cuando cruzaron el bulevar de la calle Ibiza. Justo cuando estaban a la altura del mercado, se dieron cuenta de que los zapatos de tacón estaban empezando a dar señales de alarma, por lo que al pasar por la boca de metro se miraron y no lo dudaron: se subieron casi en marcha, consiguiendo llegar a Serrano sin dolor de pies. Cuando salieron del metro, Cristina le susurró a su amiga al oído.

—¿Te has fijado en esos dos? Iban en el mismo vagón que nosotras, justo enfrente, y no nos han quitado los ojos de encima.

—Cristina, no me he fijado ni me voy a fijar... ¿Es que no puedes pasar una sola tarde sin pensar en conquistas?

—Bueno, poder sí puedo... Pero no quiero perder el tiempo. Tenemos treinta y cinco años. O pensamos un poco en conquistas o nos quedaremos para vestir santos.

—A mí me da igual.

—¿Cómo que te da igual? Una mujer está hecha para ir del brazo de un hombre; eso es lo que decía siempre tu madre.

—Pues yo no. No necesito el brazo de ninguno.

—Venga... No te las des de dura. ¿Te sigue escribiendo Jean?

—Sí, me sigue escribiendo.

—¿No se ha casado?

—No. Que yo sepa, no. Pero ahora entiendo que mi madre tenía razón: no hubiera salido bien. No hubiese funcionado.

—Eso nunca lo sabrás.

—Sí. Lo sé. Fue solo una ilusión.

Conchita, a partir de ese día, no volvió a escribir a Jean. Pero él nunca olvidó a aquella chica rubia con clase que conoció en el mar. Pasaron los años y siguió zarpando, levando anclas, estibando los recuerdos y haciéndose a la mar. Hasta que, accidentalmente, mientras disfrutaba de un día de pesca en sus queridas islas griegas, se le enroscó el pie en el lastre del aparejo y salió despedido hacia el mar. La red lo atrapó y lo envió hacia el fondo. El mar en su inmensidad se tiñó de negro. Nadie pudo salvarlo. Tenía cincuenta y cinco años, y aquella chica rubia con clase que lo había cautivado nunca llegaría a enterarse de su aciago destino.

Cristina y Conchita llegaron al Café Roma, que hacía esquina con la calle Ayala. Entraron y se sentaron en una mesa adosada a unos grandes ventanales que acababan de abrir, aprovechando el buen tiempo que hacía esos días en Madrid. Las sillas eran antiguas, de madera oscura y algo rancias, pero sus asientos y respaldos mullidos de color granate eran bastante cómodos. Tomaron un café y un pincho de tortilla. Al poco tiempo, se sentían como nuevas.

Salieron otra vez a la calle y ahí estaban otra vez... esperándolas. Eran dos: uno muy rubio de ojos claros y el otro de pelo moreno peinado hacia atrás, con los ojos oscuros, pequeños y muy expresivos. Los dos eran muy delgados. Llevaban unas camisas remangadas que dejaban al descubierto unos brazos de venas gordas, venas que se marcaban todavía más con el movimiento pendular que dibujaban al llevar cadenciosa y rítmicamente a la comisura de los labios un pitillo de la marca Ducados. Cuando soltaban el humo, lenta y sinuosamente, eran la viva estampa de la virilidad.

Los dos hombres las llevaban siguiendo desde el metro. Las piernas de esas mujeres y la manera en que las movían los tenían abducidos y, cuando las dos amigas pasaron por delante de ellos, no lo dudaron más.

—¡Hola! Os hemos visto entrar en el café y hemos decidido esperaros. Pensábamos que quizás no os importe que os acompañemos a casa; es muy tarde para que volváis solas —dijo el rubio.

—No te pares, Cristina, sigue —declaró Conchita de manera autoritaria.

—Bueno, si es solo acompañarnos, no nos importa... —dijo Cristina, contradiciendo a su amiga y haciéndole un gesto de complicidad.

—Eres incorregible. ¡Deja ya de coquetear! —gruñó Conchita.

—No es coqueteo; es que el rubio es igual que Paul Newman —contestó Cristina en tono muy bajo para que no la oyeran—. ¿No te has dado cuenta?

—Ya, y el moreno igual que Cary Grant... —añadió Conchita irónicamente.

—Sí, justo. Yo también lo he pensado —fue la respuesta de Cristina, con una chispa de alegría.

—¿Sois de Madrid? —les interrumpió de nuevo el rubio, entorpeciéndoles el paso.

—Yo vivo en Huelva; mi amiga, en Madrid. Y vosotros, ¿de dónde sois?

—Yo soy de Madrid... y este también —dijo el rubio, señalando al chico moreno que estaba a su lado y que parecía más serio.

—¿Vivís por esta zona? —preguntó Cristina con interés creciente.

—En la calle Menéndez Pelayo.

—Yo también —añadió el moreno.

—Qué casualidad.

—Sí, y en el mismo número.

—¡No me digas!

—Y en la misma casa —añadió el moreno.

—¿Sois compañeros de piso?

—Son hermanos —dijo Conchita con aire de suficiencia y cierta arrogancia.

—Pero no nos parecemos en nada —alegó el moreno—. Siento si mi hermano os está molestando y entreteniendo. Seguro que teníais prisa.

—No, no pasa nada, tranquilos... —dijo Conchita, haciéndose la indiferente.

—Entonces, ¿nos daríais el teléfono? —preguntó el rubio.

—Lo siento. No damos teléfonos a desconocidos.

—Era de esperar... Entonces, nos diréis al menos cómo os llamáis antes de irnos.

—Sí, claro. Conchita —dijo, mientras se daba la vuelta para irse.

—Yo, Cristina —y se dio la vuelta también, con su amiga.

—«Doble C». ¡Esperad un momento! ¿... Volveréis por aquí?

—Puede —dijo Cristina, coqueteando otra vez.

—Bueno, pues yo soy José María. ¡Adiós, bombón!

—¿Bombón? Bombón derretido. ¡Será tonto! ¡Vámonos! —rezongó Conchita dando un codazo a su amiga.

—Yo soy Miguel —dijo el moreno mientras daba una calada al cigarro y les dedicaba media sonrisa—. Si cambiáis de opinión, os estaremos esperando. Nosotros venimos mucho por aquí.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Conchita, dándose la vuelta.

—Miguel.

—¿Miguel?

—Conchita, por favor, como si nunca hubieras oído ese nombre —dijo extrañada Cristina.

—Sí, Miguel —contestó el joven moreno, sorprendido.

Conchita se quedó quieta.

—Pero... ¿No nos íbamos? —dijo Cristina.

Conchita sintió que le daba un vuelco el corazón, sintió que le flojeaban las piernas, que se mareaba; se puso nerviosa. La voz le temblaba. Y entonces se fijó en él por primera vez: era como si hasta ese momento no lo hubiera visto. Alto y elegante. Parecía serio, pero sonreía con ironía; al hacerlo se le marcaban arrugas en los ojos y se le pronunciaba la nuez en la garganta. Tenía un cuello largo y lleno de venas. Le gustaba. Era él... ¿Cómo no se había dado cuenta antes? No podía hablar, no podía reaccionar. Ahí estaba, parada como una tonta. Miró al cielo y pensó: «Has sido tú, mamá».

Ya no se podía ir, ahora no. Tenía que hacer algo, decir algo. A continuación, para asombro de Cristina, rectificó:

—Pensándolo mejor, creo que sí os vamos a dar el número de teléfono...

Miguel fumaba pausadamente, caladas largas, varoniles... No decía nada pero le brillaban los ojos, enrojecidos y relucientes, que no podían apartar la mirada de Conchita; ella le devolvió una sonrisa. Era como si ambos se mirasen en un espejo oscurecido por el humo del tabaco, como si intentaran reconocerse, tratando de disipar el oscuro velo que les separaba. Y ese fue el detonante que liberó toda la química y toda la física que los dos llevaban dentro.

Al mes de conocerse, Miguel ya quería casarse. Conchita le pidió tiempo; pretendía cambiarse de casa, terminar los proyectos que había empezado en el Ministerio, hacerse un ajuar... Pero lo que más le preocupaba era decírselo a su tío. No sabía cómo reaccionaría. Había evitado hablarle de la situación, hacer cualquier comentario al respecto, temerosa de que ello despertara algún recelo en su envejecido tío. No quería causarle ninguna preocupación. Pero había llegado el momento.

Decidió perpetuar la tradición de hablar de los temas importantes a la hora de la comida. Recordó que su madre le decía que un hombre siempre está de mejor humor después de comer. Y así, un caluroso día de verano, cuando estaba sentada a la mesa con su tío tras degustar un refrescante gazpacho andaluz, supo que había llegado el momento.

—Tite, tengo que darte una noticia.

—¿Qué pasa? ¡No me asustes!

—No pretendo asustarte. Lo que quiero decirte es algo que me hace muy feliz.

—Si te hace feliz a ti, también me lo hará a mí.

—Me caso.

—¿Que te casas?

—Sí, Tite. Me caso.

—Pero... ¿con quién?

—Con un chico que conocí en la calle Serrano hace unos meses.

—¿Con un desconocido? ¿Con alguien que has conocido por la calle? Ni lo sueñes... No puedes hacer algo así.

—Tite, estoy enamorada.

—Me da igual. Tendré que pedir informes, averiguar quién es su familia, dónde vive... Si es de tu misma clase, a qué se dedica, si es formal. Habrá que saber si es adecuado para ti.

—No hace falta que pidas informes, Tite, no te preocupes. Es de buena familia; vive con sus padres y sus hermanos en la calle Menéndez Pelayo. Es serio, bueno, me quiere... y... se llama Miguel. Estamos buscando casa para mudarnos. Cuando la tengamos, nos casaremos.

—Entonces, ¿lo tienes decidido? Te casarás... —dijo el Tite, más para sí mismo, dejándose caer sobre una silla—. Te irás a una casa nueva y yo... yo me quedaré aquí. Vaya, estar sin ti... Solo... Te perderé.

—No, Tite —replicó Conchita con emoción contenida—. Tú vendrás con nosotros. Nos cambiaremos de casa los tres. Empezaremos una nueva vida los tres juntos. Yo nunca me separaré de ti.

Los ojos del Tite se nublaron por la emoción. La misma que con el paso de los años le resultaba más difícil esconder. Sacó el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo y se secó una lágrima rebelde que no pudo contener. Conchita, al contemplar la escena, se levantó y, con la voz entrecortada, le dijo a su tío:

—¿Cómo has podido pensar que me iría sin ti?

Los días pasaban con su habitual velocidad y, sin embargo, todavía no había encontrado una casa que le convenciera. Quería que fuera por el barrio, le gustaba estar cerca del Retiro. Cada mañana compraba el *ABC* y estudiaba todos los anuncios de ventas de casas de segunda mano. Señalaba con un lápiz los que estaban por esa zona; marcó uno en la calle General Mola, pero enseguida, de manera inconsciente y sin saber muy bien por qué, lo borró. Marcó otros en la calle Fernán González, en la calle Antonio Arias, en Ibiza y el último en la calle Jorge Juan; esa casa estaba más lejos, pero le animaba la idea de vivir en una calle con nombre de marino y astrónomo español.

Una mañana se sentó al lado del teléfono y se dispuso a llamar a todos. Empezaría por el de la calle Fernán González.

—Buenos días, llamaba por la casa que se vende en Fernán González, 39.

Le respondió una voz muy varonil, más grave de lo habitual:

—Sí, aquí es. Dígame.

—Me gustaría tener más información sobre los gastos de comunidad del piso que vende, y también saber cuándo lo puedo visitar.

—Si quiere, puede acercarse esta tarde. Ya no vivimos allí, pero iré para recoger unos libros. La puedo esperar.

—Muy bien. ¿Sobre las cinco y media le viene bien?

—Sí, perfecto. ¿Me puede decir su nombre y apellidos?

—Conchita Campíns.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? ¿Conchita...? ¿Qué más?

—Campíns, Conchita Campíns.

—Campíns...

—Sí, así es —contestó Conchita—. Entonces esta tarde nos vemos, ¿de acuerdo?

Conchita aguardó una respuesta, pero la voz grave y varonil no contestaba. Detrás del teléfono solo se oía una lejana respiración.

—¿Oiga? ¿Está usted ahí? ¿Oiga?

—Sí... sí... Disculpe. A las cinco y media la espero.

¡Qué raro es este hombre!, pensó Conchita al colgar. A continuación, llamó a los otros pisos y concertó visitas, pero todas eran dentro de dos o tres días. La única cita que tenía concertada para esa tarde era la de la calle Fernán González. Al principio dudó en ir, pero pudo más lo bonito que parecía el piso que la poca confianza que le inspiraba el vendedor.

Después de comer, justo cuando acabó de recoger la cocina, en un arranque de valentía o quizás de inconsciencia, decidió no esperar más y acercarse.

—¡Me voy! —dijo en voz alta—. Tite... Salgo a comprar unas medias a Galerías Preciados. Volveré enseguida —insistió, subiendo aún más el tono de voz para asegurarse de que su tío la oía mientras cerraba la puerta tras de sí sin esperar respuesta.

Llegó al cabo de un rato de caminata. Faltaban todavía unos minutos para la hora convenida, pero pulsó el timbre. El portal se abrió. Conchita subió.

—Buenas tardes. Soy Conchita Campíns, ¿recuerda? Hablamos esta mañana.

—Sí, sí, claro. Pase, por favor... Pase por aquí.

La voz grave y varonil tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Era un hombre grueso y llevaba la cabeza tan rapada y brillante como una bola de billar.

Atravesaron un largo pasillo lleno de cuadros con motivos bélicos en la pared de la derecha y puertas lacadas en blanco en la pared izquierda. Llegaron a un salón luminoso, donde un amplio sofá situado bajo la ventana por la que se colaban los rayos de sol dominaba la escena. Tanto a un lado como al otro del sofá tapizado con alegres motivos florales había estanterías llenas de libros perfectamente colocados, por tamaño y por color; todos miraban en la misma dirección menos uno. Estaba al revés. Eso le inquietaba. Sintió el impulso de acercarse para darle la vuelta, pero se contuvo.

—Siéntese, por favor —sugirió la voz varonil, obligándola a apartar su mirada del libro.

Y Conchita se sentó. En ese mismo instante el hombre tomaba asiento junto a ella.

Hablaron de la orientación de la casa y de las horas de luz solar, de los gastos de comunidad y de las posibilidades de rebajar el precio. Hasta que, en un determinado momento, el hombre cambió por completo el rumbo de la conversación.

—Perdone que la interrumpa con otro tema, pero tengo curiosidad por saber si usted tiene algo que ver con Miguel Campíns, el general Miguel Campíns, que murió en Sevilla en el año treinta y seis.

Conchita se quedó helada e inmediatamente contestó:

—Sí, era mi padre.

—¿Entonces usted es la hija del general Campíns?

—Sí, así es —contestó, mirándolo totalmente extrañada.

Y, en ese momento, la expresión de la voz varonil cambió completamente. Conchita percibió cómo le empezaba a temblar el labio, ligeramente, como si fuera presa de un tic nervioso. Parecía que quería volver a decir algo, pero ese temblor descontrolado le impedía arrancar a hablar. Cuando por fin lo hizo, empezó a tartamudear de tal forma que parecía otra persona. Ya no era el mismo hombre que le había abierto la puerta.

—Permítame que me presente y disculpe que no lo haya hecho hasta ahora —dijo, arrastrando las palabras—. Me llamo Damián Troncoso. Fui alumno de su padre en la Academia General de Zaragoza. Formé parte de la primera promoción de caballeros cadetes, lo que supuso un enorme orgullo para mí y para toda mi familia. Y, aunque esté mal que yo lo diga, me gradué siendo el número uno.

Conchita se quedó atónita y sintió cómo se le aceleraba el corazón mientras escuchaba con atención el relato de Damián.

—Su padre me enseñó que la Academia Militar tenía como fin principal el de educar y luego instruir a los futuros oficiales para hacerlos, primero hombres; después, soldados y caballeros. Y sobre esa base modelar el oficial que el Ejército necesitaba —dijo Damián con emoción.

Conchita no daba crédito, tampoco lograba entender a qué venía todo eso ahora. Pero Damián continuó:

—El coronel Campíns, porque era coronel cuando me daba clase, siempre decía que saltaba a la vista la labor de constancia, de voluntad, de energía, de paciencia, de tacto y, sobre todo, de espíritu profesional que se necesitaba para ser oficial. Decía que aquellos tiempos que corrían entonces eran de libertad y eran afortunados, sí, pero también de licencia, de libre discusión de todo lo divino y humano, de lo que se sabía y de lo que no se sabía; de gran cultura, pero también de gran ligereza. Tiempos en que cualquier osado advenedizo sentaba cátedra de lo que no entendía y en los que nunca faltaban desgraciados, la mayoría de buena fe y otros con miras egoístas, que le escuchasen y le siguiesen; en que había tantos pedantes que se presentaban y se les glorificaba como eminencias, siendo muchos los tontos que los creían porque sí. En esos tiempos, me decía que siempre ocurría lo mismo: los que iban por la calle vistiendo y pareciendo hombres eran muchos; pero los que lo eran de verdad, los conscientes, los que sabían cuál era su fin, tenían un deber, lo sentían y lo cumplían, eran muy pocos.

Conchita empezó a sentir un nudo en el estómago. Reconocía esas palabras, esa manera de hablar.

Damián se paró unos minutos.

—¿Quiere algo de beber?

—No, gracias —dijo Conchita.

—¿Le importa que me sirva un poco de agua?

—En absoluto.

Mientras se servía el agua, Conchita aprovechó para levantarse un momento y dar la vuelta al libro que la tenía obsesionada. Lo ojeó por encima y pudo leer: «La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad, por eso nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti». Era de Ernest Hemingway.

En ese momento, Damián regresó y recuperó la palabra.

—La gente ve lo que decide ver porque no cuestionan que aquello que la mayoría les presenta como verdad sea realmente cierto. Con solo una mente lúcida sería suficiente para ponerles en evidencia. Pero, lamentablemente, las mentes lúcidas no abundan, dado que la lucidez va precedida de la dignidad y la valentía para ver lo que hay y no lo que otros quieren que veamos. Su padre tenía esa mente lúcida; siempre explicaba en las clases que la mayoría de los soldados

carecían de voluntad, de ideas propias, de sentimientos propios. Tomaban todo lo ajeno; mejor dicho, se les sugería lo que debían pensar. Estaban a merced de los demás, tenían instintos y maneras de ser borreguiles porque lo igual atrae a lo igual. Los menos sentían y pensaban por sí mismos, pero los más tenían fines limitados y egoístas: vivir bien, cómodos. La riqueza, la familia, todos fines limitados e inmediatos, pero no altos ideales. Por eso, él siempre decía que los verdaderamente hombres y más en unos tiempos de positivismo como los de entonces, los que querían mirar por encima de los demás, tener la satisfacción interior de sentirse dueños de sí mismos, esos eran muy pocos.

Apenas podía creerlo. Eran las palabras de su padre... Ese hombre no mentía, reconocía la forma en que su padre se expresaba. Ya no le cabía duda: eran sus palabras, palabras que presagiaban ya entonces lo que acabaría pasando, como si de alguna manera intuyera lo que un caprichoso destino le tenía preparado.

—Su padre tenía razón, tenía toda la razón... ¡Qué pocos son los hombres auténticos! Todo esto nos contaba en las clases y aún nos contaba más. Decía que en el Ejército son desgraciadamente muchos los militares, que incluso ocupan altos puestos en la milicia, que creen que el ser soldado es hacer entrega completa de la propia voluntad, del libre albedrío. No sucede solo en el nuestro, sino que es defecto muy general en muchos ejércitos, sobre todo en los de naciones en que la cultura no ha llegado a tener verdadero desarrollo; en aquellas naciones que, aún con un aparente progreso, no han llegado a constituir verdaderas democracias. Y esa idea, en esas naciones, está aún más difundida en el elemento civil. Por eso, muchos de sus reglamentos, de sus instituciones legales incluso, van enderezadas a captar o a matar esa voluntad de todo el que es soldado, cualquiera que sea su categoría. Y, lo peor del caso, es que muchas veces lo consiguen. No piensan en que con hombres así, con hombres que pierden su condición de tales y pasan a la categoría de esclavos, con esos no se vence. A esos es muy difícil, si no imposible, inculcarles la voluntad de vencer.

—Mi padre tenía razón... Con esos hombres no se vence —interrumpió Conchita algo nerviosa—, pero a los hombres que son dueños de sí mismos, a los que tienen voluntad propia, los matan primero, mueren primero... ¿Es eso vencer? ¿De qué te sirve vencer si te matan? ¿De qué sirve vencer si estás muerto?

—Sirve, se lo aseguro; sirve más de lo que se imagina. Como diría su padre: «Ellos mueren, pero sus enseñanzas, su ejemplo y sus valores permanecen, eso nadie lo puede matar. El que no sea así, al que le falte voluntad, el que no tenga un ideal ni lo sienta de esa manera —nos decía en las clases—, será un número más en el anuario, uno que lleva un uniforme y reclama ciertos derechos, pero nunca será un soldado y mucho menos un verdadero oficial». Durante mucho tiempo yo sentí que le había fallado, que había sido un número más en el anuario, que había sido un aborregado sin voluntad, sin criterio. He pasado mi vida en el Ejército, pero sin sentir un ideal... Porque mi ideal estaba muerto.

Hizo dos amagos de aclararse la garganta para decir lo que venía a continuación, pero no fue capaz. Con voz temblorosa, confesó:

—Yo lo maté. Yo maté a su padre. Formé parte del pelotón de fusilamiento.

—¿Qué dice? ¿Cómo es posible? ¡No... no es verdad! —replicó Conchita, horrorizada, casi sin poder articular las palabras.

—No quería hacerlo, no podía hacerlo... Pero fue su padre quien me dio fuerzas aquella mañana del 16 de agosto y me ordenó que cumpliera con mi deber. Nos saludamos con orgullo militar. Volví al pelotón. No quiso taparse los ojos. Me miró y sentí que me decía «dispara»... Y disparé. No he podido olvidar su mirada ni una sola noche durante todos estos años. He seguido en el Ejército por él y con él porque ni un solo día ha dejado de estar presente en mi vida. Siempre me he preguntado qué sería lo que diría o haría Campíns en esta u otra situación y, siempre, siempre, he tratado de seguir sus enseñanzas. Perdóneme, perdóneme, por lo que más quiera...

La serenidad de Damián había ido menguando con cada palabra, con cada confesión. Sus ojos brillaban, sus labios temblaban. Pero la honestidad no había llegado a difuminarse en ningún momento.

—No tengo nada que perdonar —dijo Conchita, tras un silencio—. Usted cumplía con su obligación, cumplía las órdenes que le dio mi padre. Él murió en paz.

—Durante muchos años solo encontré consuelo visitando su tumba.

—¿Usted ha visitado su tumba? ¿En Sevilla?

—Sí. Al principio iba todos los meses al cementerio de San Fernando; ahora voy una vez al año. La única razón de cada viaje a Sevilla es peregrinar a su tumba, recordar sus enseñanzas y pedirle perdón.

—¿Usted? Era usted... Durante más de veinte años estuvo dejando aquellas flores... ¿Por qué nunca nos llamó? ¿Por qué nunca intentó localizar a mi madre? —quiso saber Conchita ansiosa, atropelladamente—. Le hubiera gustado conocerlo, saber que era usted el causante de tanto misterio, que era su alumno...

—No podía llamarles. La sensación de culpa no me permitía acercarme a su familia. Maté a la persona que más admiraba, maté a mi maestro, a mi mentor, a quien me hizo sentir orgulloso de ser un oficial español... —declaró Damián emocionado, pero continuó hablando—. Ha sido una dura carga, un peso difícil de llevar. Solo podía descargar mi conciencia estando cerca de él, visitando el cementerio —añadió con voz entrecortada.

—Visitando el cementerio y dejando dos claveles rojos todos los meses durante veinticinco años —susurró Conchita con los ojos nublados por las lágrimas.

Y en ese momento no hicieron falta más palabras. Una mirada de profunda emoción cruzó el rostro de Conchita y el de Damián; unos segundos después, se abrazaron como si se conocieran de toda la vida, como si hubieran estado toda la vida esperando encontrarse, esperando ese momento. Como si hubieran vivido de la ilusión de ese encuentro, un encuentro que presentían que haría estallar en mil pedazos toda la angustia, la amargura y el rencor contenido durante tantos años. Ya no necesitaban nada más. En ese abrazo en medio del silencio los dos encontraron paz. La paz de los espíritus.

Era una preciosa tarde de otoño. Las hojas caían rojas, lentas, hasta el suelo. Allí permanecían quietas, esperando a que un golpe de viento las volviera a levantar y arrastrar a otro caprichoso destino. Conchita las seguía con la mirada mientras caminaba de vuelta a casa. Sentía ese aire

fresco en la cara. En lo alto, el cielo estaba lleno de nubes moldeando las más curiosas formas. Una de esas nubes era más negra que las demás y amenazaba lluvia. Ya olía a humedad, a tierra mojada; olía a su infancia, cuando esperaba la lluvia mirando a las nubes y saltando a la comba. Si caminaba deprisa, llegaría a la calle Máiquez sin mojarse. No llevaba paraguas. Pero empezó a llover. Se mojó. Se mojó mucho. Y la lluvia diluyó en silencio los límites del tiempo: ya no sabía si llevaba trenzas o llevaba un moño. Pero no le importó. Se sentía feliz. Se sentía la mujer más feliz de la Tierra.

22. ¡Adiós, mamá!

Madrid

En el cementerio de San Fernando de Sevilla se oían de lejos los acordes de un bolero... *Angelitos negros que también se van al cielo todos los negritos buenos.*

Ese día enterraban a Antonio Machín. Sin embargo, era un ángel blanco el que presidía su tumba.

Muy cerca de allí, en la calle San Leandro, una señora de mediana edad miraba una tumba de mármol blanco. El sol brillaba en su pelo rubio, que, recogido en un moño, parecía una luz encendida. Llevaba un traje de flores blanco y negro que dejaba entrever unas piernas bien contorneadas acabadas en unos finos tobillos. De la mano tenía cogida a una niña pequeña. La niña era muy delgada, llevaba una falda corta por la que asomaban unas escuálidas piernecillas. Unas coletas altas decoraban su cabecita rubia y menuda. Las dos dejaron de mirar la tumba por un momento para charlar animadamente entre ellas.

—Mamá, ¿por qué el abuelo Miguel está enterrado en Sevilla y la abuela y el Tite están en Madrid?

—Muy sencillo: porque el abuelo murió en Sevilla y la abuela y el Tite murieron en Madrid.

—¿Y por qué pone que solo Dios es justo?

—Porque, si en esta vida los hombres no hacen justicia, siempre, siempre Dios se encarga de hacerla cuando llegas al cielo.

—Pues menos mal que existe el cielo. Y... ¿por qué hay dos claveles rojos?

—¡Cuántas preguntas, María Dolores! Ahora no tengo tiempo de contestar tantas cosas. Tenemos que rezar un padrenuestro y tres avemarías por tu abuelo.

—¡Mamá, venga, contéstame! Si rezo todo lo que me has dicho, ¿me contestarás?

—No sé. No es el momento, no seas pesada... Es una historia muy larga.

—No me importa que sea larga... ¡Mamá, cuéntamela!

—Es la historia de la abuela.

—Entonces, ¡cuéntame la historia de la abuela! ¡Por favor, mamá!

—Algún día te la contaré, María Dolores, cuando seas un poco mayor. Ahora no la entenderías...

—¡Cuéntamela ahora, mamá, por favor! No esperes a que sea mayor, que falta mucho tiempo...

—Está bien, te la contaré. La abuela la escribió en un libro. Tendré que buscarlo, hay muchas cosas que ya no recuerdo y otras que solo sabía ella... Pero en ese libro está todo.

—¿Un libro? ¿Y cómo se llama ese libro, mamá?

—*La cruz de madera.* Se llama *La cruz de madera.*

Nunca encontramos el libro, nunca supimos lo que escondía *La cruz de madera*. Lo que os he contado en estas páginas es lo que yo he supuesto que mi abuela quería contar, y lo he supuesto basándome en vagos recuerdos, algo de fantasía y mucho cariño. Lo que de verdad contó nunca lo sabremos.

Pero lo que sí sé es que, durante los últimos años, siempre le preguntaba a mi madre qué era aquello de lo que se sentía más orgullosa en su vida. Y siempre me contestaba lo mismo:

—Me siento orgullosa de haber estado con mi madre cuando murió, orgullosa de que muriera en mis brazos...

Yo, entonces, no entendía esa respuesta. Pensaba que había cosas mucho más importantes por las que sentirse orgullosa: sus hijos, su marido, su trabajo. Ahora, sin embargo, lo entiendo. Ahora lo entiendo porque ella murió y no lo hizo en mis brazos.

Dicen que todos escribimos porque hay algo en nuestra conciencia que quiere escapar, que quiere salir, liberarse. Mi abuela quería contar su *Cruz de madera* y escribió con tinta invisible en las paredes de mi mente el guion de este libro. Y lo hizo por mi hija, para que tuviera un refugio al que pudiera acudir mientras viviera; lo hizo por mi madre, porque le hubiera encantado ver que sus palabras cobraban vida; y lo hizo por mí, sobre todo por mí, porque sabía que escribir estas páginas era lo que siempre había querido, lo que siempre había necesitado. Y porque ella sabía que, al escribir, yo, al fin, podría decir:

—¡Adiós, mamá!

Anoche, cuando terminaba, tenía calor. Contemplé el quinqué azul iluminando el escritorio. Di una vuelta al anillo de tres brillantes que adornaba mi dedo. Me levanté y me asomé a la terraza. Miré al cielo porque en Madrid no hay mar que contemplar. La noche estaba despejada. No había nubes, ni contaminación, ni luna. Y, de repente, la vi. Resplandecía. Tan lejos y al mismo tiempo tan cerca. Era una constelación. Casiopea. Pero esta vez no tenía forma de W. Tenía forma de M. Cinco astros brillantes señalaban el Norte en forma de M. Mi madre no sabía que Casiopea daba vueltas alrededor de la Estrella Polar. No sabía que el destino estaba escrito en las estrellas.

Justo entonces, de repente, desde el inmenso silencio del universo, me pareció oír el eco de la voz musical de mi madre: «¡Ay, mi pescadito, no llores ya más! ¡Ay, mi pescadito, deja ya de llorar!». Era una vieja canción de una antigua película que solía cantarme cuando era pequeña... No podía ser. Estoy obsesionada, pensé, pero afiné el oído hasta límites insospechados y escuché con atención. Escuché a través de las constelaciones, a través de las galaxias y de las dimensiones... Ya no me cabía duda: sí, era ella, era su voz. Y, mirando al infinito, sentí una reconfortante sensación. Sentí que, por fin, había encontrado la paz de los espíritus.

*La cruz de madera fue un pacto no escrito entre tres
almas; no quise romper el pacto, ni quise perder las almas.*